

# ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO



Casimiro Prieto y Valdés



# ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

PARA EL AÑO

# 1892



MONTEVIDEO

ANDRÉS RIUS

SORIANO, 127



COLABORADORES  
del Almanaque en 1892

SEÑORAS

Juana Manuela Gorriti, Lastenia Larriva de Lloa, Amalia Puga y Blanca de los Ríos

SEÑORES

Amicis, Andrade, Arreguire, Balart, Bares, Berisso, Calcaño, Calzada, Campoamor, Castellar, Cané, Castellanos, Costa, Crespo, Egózcue, Estremera, García Mérou, García Velloso, Gautier, González Prada, Granada, Gras y Elías, Guido Spano, Huguet y Campaña, Jordán, López Benedito, Lloa, Malagarri-ga, Mármol, Matta, Mendes (Cátulo), Méndez (Gervasio), Menéndez Pelayo, Monner Sans, Montes, Oller, Opisso, Ossorio y Gallardo, Palacio (Manuel del), Palacios (Pedro B.), Palma (Ricardo), Pedrell, Peza, Pombo, Reina, Roxlo, Rueda, Ruiz (Eduardo B.), Segovia Rocaberti, Solar, Valbuena, Villafañe, etc., etc.

ARTISTAS

Cabrinety, Llovera, Mestres, Pellicer, Planas y Ross



# ÍNDICE LITERARIO

Amicis (Edmundo de). — El álbum de un padre. . . . .	66
Andrade (Olegario V.). — El canto del poeta, poesía. . . . .	91
Arreguine (Víctor). — Tropicales, poesía. . . . .	35
Balart (Federico). — *., poesía. . . . .	52
» » El carmen, poesía. . . . .	144
Bares (Manuel A.). — El Carnaval. . . . .	174
Berisso (Luis). — Una excursión al Monte Sagrado. . . . .	37
Calcaño (Eduardo). — La balanza. . . . .	141
Calzada (Rafael). — Casimiro Prieto. . . . .	10
» » Novus. . . . .	217
Campoamor (Ramón de). — En los abanicos de dos hermanas, poesía. . . . .	36
» » ¿Por qué mata el amor? dolora. . . . .	61
» » Humorada. . . . .	73
» » Conócete á tí mismo, dolora. . . . .	191
Castelar (Emilio). — El Mediterráneo. . . . .	156
Cané (Miguel). — La música. . . . .	192
Castellanos (Moisés N.). — Efectos de la crisis. . . . .	54
» » Desde lejos, poesía. . . . .	180
Costa (Pablo della). — Horas melancólicas. . . . .	93
Crespo (Pedro). — Dos modelos de poesía. . . . .	44
» » A un autor de pensamientos, poesía. . . . .	86
Egózcue (Carlos M.). — El pájaro culpable, poesía. . . . .	171
Estremera (José). — Los dos perros, fábula. . . . .	140
García Mérou (M.). — Canto del Norte. . . . .	51
García Velloso (J. J.). — Profesión de fe, poesía. . . . .	84
» » El genio español, poesía. . . . .	232
Gautier (Teófilo). — Enrique Heine. . . . .	129
González Prada (Manuel). — La muerta, poesía. . . . .	214
Gorriti (Juana Manuela). — Idilio. . . . .	81
Granada (Daniel). — El arte. . . . .	210
Gras y Elías (Francisco). — Un recuerdo. — Pedro Antonio de Alarcón. . . . .	27
Guido Spano (Carlos). — Mi busto, poesía. . . . .	76
» » Libro en blanco, poesía. . . . .	143
Huguet y Campañá (Pedro). — El gran problema, poesía. . . . .	79
» » Satanás, soneto. . . . .	118
Jordán (Vicente R.). — Dramas de la vida. . . . .	120
Larriva Llona (Lastenia). — El padre nuestro. . . . .	63



López Benedito (Fernando).— De vuelta, poesía. . . . .	99
» » » Fabuleja, poesía. . . . .	155
Llona (Numa Pompilio).— Paisajes del Guayas, poesía. . . . .	53
» » » Recuerdos y fantasías, poesía. . . . .	127
Malagarriga (Carlos).— Definiciones y vulgaridades. . . . .	257
Mármol (José).— Fragmento de un Canto al Brasil, poesía. . . . .	107
Matta (Gillermo).— A un historiador, poesía. . . . .	97
» » El galo moribundo, poesía. . . . .	163
» » David D'Angers y su maestro, poesía. . . . .	197
Mendes (Cátulo).— La señora de Rosablanca. . . . .	103
Méndez (Gervasio).— A Victoriano E. Montes, poesía. . . . .	236
Menéndez Pelayo (M.).— El pájaro de Aglaya, poesía. . . . .	117
Monner Sans (Ricardo).— Cantares. . . . .	128
Montes (Victoriano E.).— Bibliotecas escolares. . . . .	238
Oller (José M.).— Á ella, poesía. . . . .	182
Opisso (Alfredo).— El baile de máscaras. . . . .	55
Ossorio y Gallardo (Carlos).— En la cena de la duquesa de M., poesía. . . . .	49
Palacio (Manuel del).— Chispas. . . . .	62
» » El hombre de hoy, soneto. . . . .	102
Palacios (Pedro B.).—?, poesía. . . . .	254
Palma (Ricardo).— Filosofía, poesía. . . . .	101
» » Filigranas, poesías. . . . .	207
Peza (Juan de Dios).— Entre ruinas, poesía. . . . .	42
Pedrell (Felipe).— Arrigo Boito. . . . .	88
» » Pedro Mascagni. . . . .	184
Pombo (Rafael).— Ordenes para España, poesía. . . . .	162
Prieto (Casimiro).— La diva. . . . .	31
» » Las de Pérez. . . . .	109
» » El vengador de su honra, poesía. . . . .	152
» » Al amor de la lumbre. . . . .	164
» » Faces de la luna de miel, poesía. . . . .	187
» » Amor platónico, poesía. . . . .	213
» » El paraíso, poesía. . . . .	216
» » Cantares. . . . .	231
» » Los malos maridos. . . . .	243
» » La hija de Putifar, poesía. . . . .	262
Puga (Amalia).— Moisés, poesía. . . . .	116
Reina (Manuel).— Las estaciones, poesía. . . . .	261
Ríos (Blanca de los).— Tu nombre, poesía. . . . .	196
Roxlo (Carlos).— A don Quijote de la Mancha, poesía. . . . .	138
» » Tácito, poesía. . . . .	190
Rueda (Salvador).— El brazo, poesía. . . . .	41
» » Verano, soneto. . . . .	108
» » Invierno, soneto. . . . .	188
» » Ríe que ríe, poesía. . . . .	198
» » Soneto. . . . .	256
Ruiz (Eduardo B.).— A una fea, poesía. . . . .	50
» » Página suelta, poesía. . . . .	242
Segovia Rocaberti (E.).— Torquemada, poesía. . . . .	241
Solar (Alberto del).— Insomnio. . . . .	200
V.— Sucesores directos de Cristóbal Colón. . . . .	46
Valbuena (Antonio).— Castillo de naipes. . . . .	146
Villafañe (Segundo I.).— El puestero, poesía. . . . .	85

# ÍNDICE ARTÍSTICO

---

## CABRINETY (F.)

Libro en blanco (ilustración). . . . .	143
Al amor de la lumbre (ilustraciones). . . . .	164

## LLOVERA (José)

La diva (ilustraciones). . . . .	31
Los malos maridos (ilustraciones). . . . .	243

## MESTRES (Apeles)

Los meses del año. . . . .	14
Entre ruinas (ilustración). . . . .	42
El cochero de plaza (variedad). . . . .	50
Canto del Norte (ilustración). . . . .	51
El baile de máscaras (ilustraciones). . . . .	55
Chispas (ilustración). . . . .	62
El álbum de un padre (ilustraciones). . . . .	66
El centinela y el médico del regimiento (ilustraciones). . . . .	74
La mundana (variedad). . . . .	84
El canto del poeta (ilustración). . . . .	91
Horas melancólicas (ilustración). . . . .	93
Confidencias (variedad). . . . .	98
Astronomía (variedad). . . . .	102
Fragmento de un Canto al Brasil (ilustración). . . . .	107
Las de Pérez (ilustraciones). . . . .	109
Enrique Heine (ilustración). . . . .	129
El moralista, cuento vivo. . . . .	135
Galantería (variedad). . . . .	145
El vengador de su honra (ilustraciones). . . . .	152
La voz de los animales (variedad). . . . .	160
El pájaro culpable (ilustración). . . . .	171
En la esquina (variedad). . . . .	188
El nuevo convidado de piedra (variedad). . . . .	196
La muerta (ilustración). . . . .	214



Novus (ilustraciones) . . . . .	217
Un quebrado (variedad) . . . . .	240
Torquemada (ilustración) . . . . .	241
Dos tenorios (variedad) . . . . .	252
La hija de Putifar (ilustraciones) . . . . .	262

### PELLICER (J. L.)

Una excursión al Monte Sagrado (ilustración) . . . . .	37
Ante una estatua (variedad) . . . . .	126
David D'Angers y su maestro (ilustración) . . . . .	197
El genio español (ilustración) . . . . .	232

### PLANAS (Eusebio)

La señora y la doncella (variedad) . . . . .	80
--	----

### ROSS (Paciano)

Casimiro Prieto Valdés (retrato) . . . . .	9
Pedro Antonio de Alarcón (alegoría) . . . . .	26
Excmo. Sr. Duque de Veragua (retrato) . . . . .	45
Sra. D. <sup>a</sup> Mercedes Cabello de Carbonera (retrato) . . . . .	65
Arrigo Boito (retrato) . . . . .	87
Dr. D. Antonio F. Piñero (retrato) . . . . .	119
La eminente novelista argentina Sra. D. <sup>a</sup> Juana Manuela Gorriti escribiendo uno de sus libros . . . . .	161
D. Leopoldo Alas (retrato) . . . . .	173
Pedro Mascagni (retrato) . . . . .	183
Sr. D. Carlos Roxlo (retrato) . . . . .	189
Sr. D. Alberto del Solar (retrato) . . . . .	199
Dr. D. Daniel Granada (retrato) . . . . .	209
Estrellas del Rimac . . . . .	215
Sr. D. Victoriano E. Montes (retrato) . . . . .	237
Sr. D. Pedro B. Palacios (retrato) . . . . .	253



# Casimiro Prieto Valdés

DIRECTOR DEL

ALMANAQUE SUD-AMERICANO



## CASIMIRO PRIETO

---

¡Cayó por fin!

Es decir, capituló ante las exigencias de sus amigos, los ruegos de los editores del ALMANAQUE y la pública curiosidad que pedían á todo trance la solemne exhibición de sus rasgos fisionómicos.

Porque, sépase que la adquisición del retrato de Casimiro Prieto significa una verdadera batalla, repetición de muchas otras libradas de varios años á esta parte, en que él había salido vencedor por el sencillo método de esconder su cara, como si fuese un tesoro atestado de perlas y de diamantes; pero en ésta, él fué el vencido; nosotros éramos muchos y él... uno solo.

Era imposible, absurdo, que no se confirmase una vez más aquello de

Vinieron los sarracenos  
y nos molieron á palos...

Y aunque no seamos malos, ni sarracenos, salva nuestra perdurable tendencia hacia el sistema conyugal que impera allá por el Oriente, ni se sabe que á Prieto le hayan dado ninguna paliza, lo cierto es que poseemos su *vera efigie* y que sale en el ALMANAQUE para que sepan todos qué cara tiene ese eterno regocijador de espíritus melancólicos é implacable perseguidor de suegras empedernidas.

Debo, sin embargo, hacer constar una de las bases de la capitulación, porque no es del todo exacto que los vencedores hayamos conseguido la *vera efigie* de Prieto: él se rindió á medias... y se entregó de perfil.



No obstante, es él; á la legua se le conoce; ese es Prieto, el nacido en Reus, donde hizo sus primeros estudios, llevando admirablemente sus cuarenta años, con su rostro eternamente serio, pero siempre agradable y afectuoso; sus invariables y clásicas patillas y su mirada inteligente y observadora.

Porque Prieto es así: serio como él solo. Nadie diría, al hablar con él, salvo por los golpes de ingenio con que de cuando en cuando matiza su conversación, que tiene delante á ese espíritu travieso, chispeante, verdaderamente fecundo, cuyos trabajos humorísticos dados á luz de más de veinte años á esta parte y esparcidos en periódicos, revistas, libros y folletos, formarían no menos de treinta gruesos volúmenes.

Y sentado esto, á lo que quiero agregar, aunque le duela, que si hay caracteres excelentes y espíritus buenos, Casimiro Prieto debe figurar entre los mejores, ¿qué he de decir yo de este popularísimo escritor que no sepa todo el mundo?

Sin embargo, algo hay que no todos saben, sino los que tenemos el placer de tratarle íntimamente. Por ejemplo: el primer periódico en que escribió allá en España, siendo todavía un muchacho, se titulaba *El Crepúsculo*. Era un semanario lleno de ingenio y de excelentes trabajos literarios, que Prieto fundó en unión con el malogrado é inspiradísimo poeta Joaquín M. Bartrina.

Por cierto que en aquella publicación colaboró también con la pluma y con el lápiz el más tarde celebrado pintor y dibujante José Llovera, cuyos hermosos trabajos artísticos han podido admirar más de una vez los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

A su llegada al país, hace ya próximamente veinticuatro años, empezó á demostrar sus envidiables condiciones como escritor humorístico.

Durante muchos años, el infatigable Prieto tuvo á su cargo



una sección, buscada siempre con avidez por el público, en *La Nación*, *La Prensa* y *El Nacional*.

Escribió también durante varios años para *El Correo Español*; fué uno de los fundadores y dirigió el diario *La Prensa Española*, y actualmente escribe una sección humorística en *El Sud-Americano*, seguramente la mejor revista ilustrada que haya visto la luz en el Río de la Plata.

Prieto es, además, autor de algunas obras teatrales, entre ellas las tituladas *Receta contra la crisis*, que se representó con extraordinario éxito, *El sombrero de don Adolfo* y *La emancipación de la mujer*.

Pero su verdadera obra, aquella de que él puede con más justicia ufanarse, es la fundación y popularización de este ALMANAQUE, con cuyo nombre disfraza todos los años un hermoso Álbum artístico-literario, que difícilmente ha de conocer rivales en su género.

Y puesto que de este libro se trata, justo es consignar aquí también el nombre del activo é inteligente editor don Ramón Espasa, quien acogiendo con verdadero entusiasmo la idea de Prieto, la llevó al terreno de la práctica de la manera brillante que el público ha podido apreciar, atento más al éxito artístico y literario de la publicación, que á los intereses de empresa.

¿Y qué he de decir yo del ALMANAQUE, la afortunada creación de Prieto, con sus diez y seis años de próspera y brillante vida, cuando al pasar sus ojos por estos renglones, lo tiene el lector entre sus manos?

Por de pronto, en él se confunden todos los años, en noble y amenísimo consorcio, escritores americanos y escritores españoles, viniendo á ser de esa manera el *Almanaque de Prieto*, como le llama todo el mundo, una hermosa personificación de la solidaridad del pensamiento hispano-americano.



Y esta circunstancia, de mayor alcance social de lo que á primera vista parece, siempre constituirá por sí sola un timbre de honor para el nombre del fundador del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

Pero he aquí cómo, sin querer, quien empezó con el propósito de no decir casi nada acerca de Casimiro Prieto, lo ha dicho casi todo.

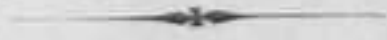
Y la verdad es que era necesario; porque seguramente no habrá un solo lector del ALMANAQUE SUD-AMERICANO que no lea con placer estos breves apuntes acerca de Prieto, y que no vea con más placer aún su simpática fisonomía.

Si dispusiese de espacio y el caso cupiese dentro de la consabida capitulación, tal vez me hubiese atrevido á trazar una especie de semblanza literaria de este hombre que lleva su heroísmo intelectual hasta el extremo de hermanar la gracia inagotable de sus artículos y de sus versos, con la secretaría del Departamento Nacional de Estadística, en la que vive feliz entre estados, números y promedios; pero me está vedado.

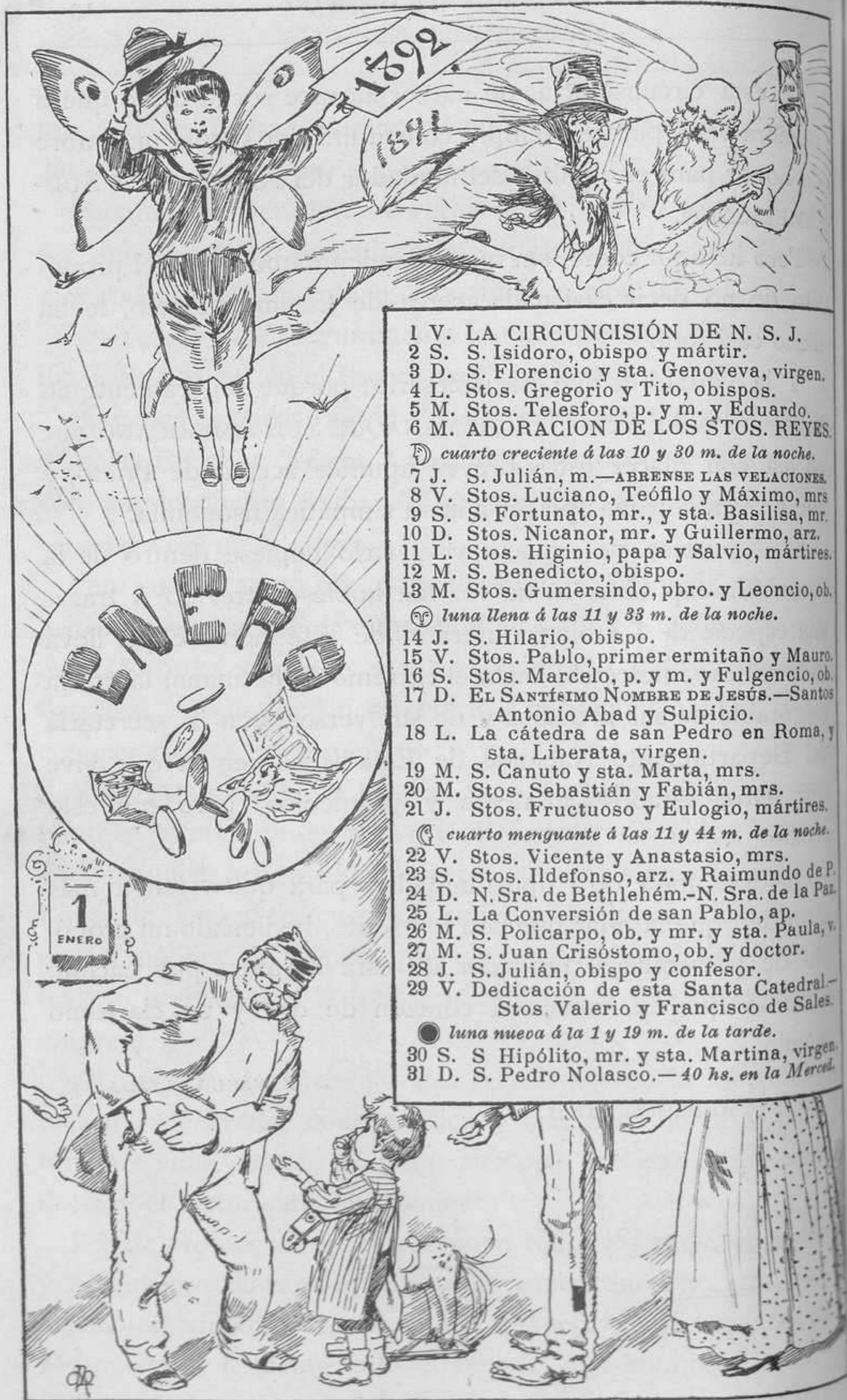
Quédese para otra oportunidad y para quien tenga más autoridad que la mía: que con lo escrito, he llenado mi propósito de presentar al fundador de esta hermosa publicación, como lo que es, como un corazón de oro y un clarísimo ingenio.

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, Junio, 1891.







- 1 V. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
- 2 S. S. Isidoro, obispo y mártir.
- 3 D. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.
- 4 L. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
- 5 M. Stos. Telesforo, p. y m. y Eduardo.
- 6 M. ADORACION DE LOS STOS. REYES.

☽ cuarto creciente á las 10 y 30 m. de la noche.

- 7 J. S. Julián, m.—ABRENSE LAS VELACIONES.
- 8 V. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
- 9 S. S. Fortunato, mr., y sta. Basilisa, mr.
- 10 D. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arz.
- 11 L. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
- 12 M. S. Benedicto, obispo.
- 13 M. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, ob.

☾ luna llena á las 11 y 33 m. de la noche.

- 14 J. S. Hilario, obispo.
- 15 V. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
- 16 S. Stos. Marcelo, p. y m. y Fulgencio, ob.
- 17 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—Santos Antonio Abad y Sulpicio.
- 18 L. La cátedra de san Pedro en Roma, y sta. Liberata, virgen.
- 19 M. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
- 20 M. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
- 21 J. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.

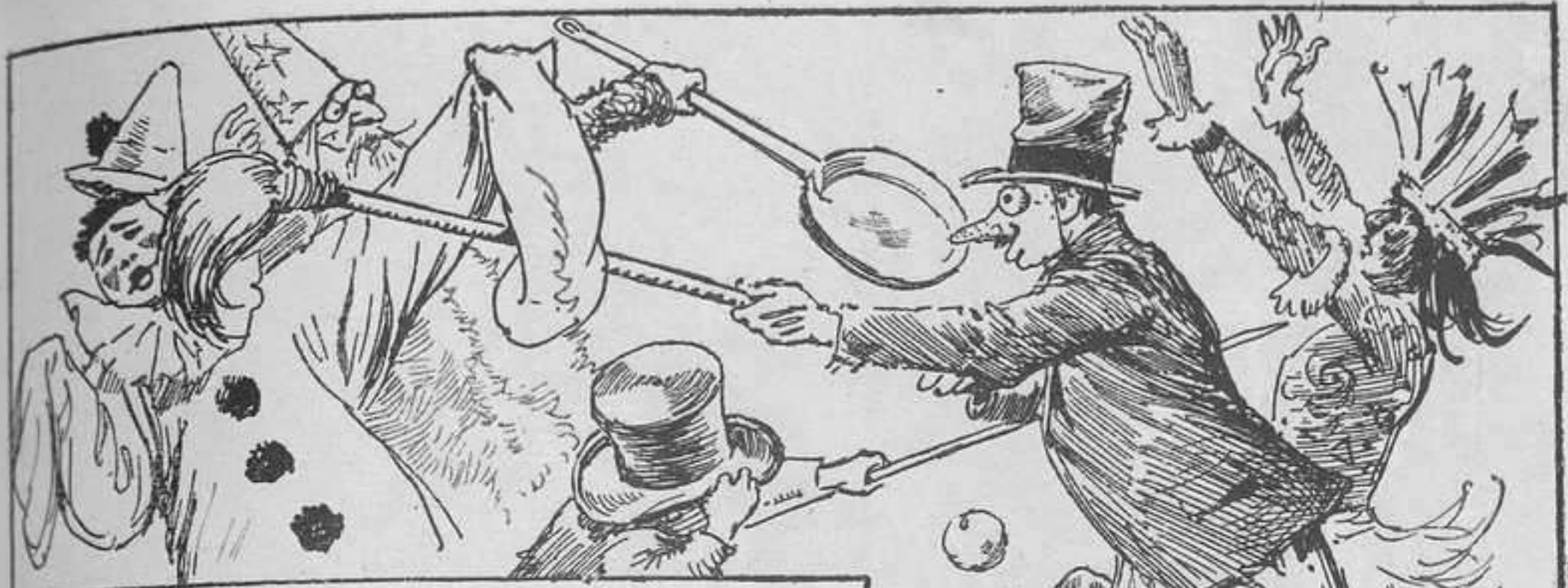
☾ cuarto menguante á las 11 y 44 m. de la noche.

- 22 V. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
- 23 S. Stos. Ildefonso, arz. y Raimundo de P.
- 24 D. N. Sra. de Bethlehém.—N. Sra. de la Paz.
- 25 L. La Conversión de san Pablo, ap.
- 26 M. S. Policarpo, ob. y mr. y sta. Paula, v.
- 27 M. S. Juan Crisóstomo, ob. y doctor.
- 28 J. S. Julián, obispo y confesor.
- 29 V. Dedicación de esta Santa Catedral.—Stos. Valerio y Francisco de Sales.

● luna nueva á la 1 y 19 m. de la tarde.

- 30 S. S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
- 31 D. S. Pedro Nolasco.—40 hs. en la Merced.





- 1 L. Stos. Cecilio é Ignacio, ob. y mr.
- 2 M. LA PURIFICACION DE NTRA. SRA.
- 3 M. Stos. Blas, ob. y Laurentino, mrs.
- 4 J. Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato.
- 5 V. S. Albino, ob. y sta. Agueda, virgen.
- ☽ cuarto creciente á las 7 y 7 m. de la mañana.
- 6 S. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires.
- 7 D. Stos. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
- 8 L. Stos. Juan de Mata, Lucio y Ciriaco.
- 9 M. S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
- 10 M. Stos. Ireneo, Amancio y Escolástica.
- 11 J. Stos. Félix, mr., y Saturnino, papa.
- 12 V. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.
- ☾ luna llena á las 3 y 51 m. de la tarde.
- 13 S. S. Benigno, mr., y sta. Catalina, vr.
- 14 D. De Septuagésima. — S. Valentin, pb.
- 15 L. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
- 16 M. La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.  
— Stos. Gregorio, p. y Elías, profeta.
- 17 M. Stos. Rómulo, mártir y Julián.
- 18 J. Stos. Simeón ob. y Claudio, mrs.
- 19 V. Stos. Gavino y Marcelo, mrs.
- 20 S. Stos. Eleuterio, ob. y Nemesio, mrs.
- ☾ cuarto menguante á las 8 y 13 m. de la noche.
- 21 D. De Sexagésima. — Stos. Félix, ob. y Fortunato, mr.
- 22 L. La cátedra de s. Pedro en Antioquía y sta. Margarita.
- 23 M. La Commemoración de la Pasión de N. S. J. C.  
— Stos. Pedro Damián, y Policarpo.
- 24 M. Stos. Matías, apóstol, y Modesto.
- 25 J. S. Sebastián.
- 26 V. N. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
- 27 S. S. Baldomero, cfr.
- 28 D. De Quincuagésima.—Ind. de 40 h. en las Catalinas.— S. Justo, mr.— CARNAVAL.
- luna nueva á las 12 y 53 m. de la noche.
- 29 L. Stos. Cayo y Serapión mrs.



910





- 1 M. S. Rudesindo, ob. — C. LAS VELACIONES.
- 2 M. CENIZA.—*Abs. y ayuno.*—S. Heraclio, mr.  
—*Principia el ayuno cuaresmal.*
- 3 J. Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
- 4 V. *Abstinencia.*—S. Casimiro, cfr.—La Sa-  
grada Corona de Espin. de N. S. J. C.
- 5 S. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
- ☽ *cuarto creciente á las 4 y 27 m. de la tarde.*
- 6 D. 1.º de Cuaresma.—S. Olegario, ob.
- 7 L. Sto. Tomás de Aquino.
- 8 M. S. Juan de Dios.
- 9 M. *Témporas.*—Sta. Francisca Romana, v.
- 10 J. S. Melitón y los 40 mártires.
- 11 V. *Témp.*—*Abst.*—Lanza y Clavos de N. S. J. C.
- 12 S. *1 émporas.*—S. Gregorio.
- 13 D. 2.º de Cuaresma.—S. Leandro.
- ☾ *luna llena á las 9 y 17 m. de la mañana.*
- 14 L. Stas. Florentina, vrg. y Matilde, reina.
- 15 M. S. Raimundo, abad.
- 16 M. Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
- 17 J. S. Patricio y sta. Gertrudis.
- 18 V. *Abs.*—La Sta. Sábana de N. S. J. C.
- 19 S. ✠ EL PATRIARCA S. JOSE.
- 20 D. 3.º de Cuaresma.—S. Braulio.
- 21 L. S. Benito abad. OTONO.
- ☾ *cuarto menguante á la 1 y 17 m. de la tarde.*
- 22 M. Stos. Deogracias, ob. y Octaviano.
- 23 M. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
- 24 J. Stos. Agapito, ob. y Dionisio.
- 25 V. *Abst.*—ENCARNACION DE N. S. J. C.  
—Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
- 26 S. Stos. Manuel y Braulio, ob.
- 27 D. 4.º de Cuaresma.—S. Ruperto, ob. y cf.
- 28 L. Stos. Sixto, papa y Doroteo, mr.
- *luna nueva á las 10 y 27 m. de la mañana.*
- 29 M. Stos. Cirilo y Pastor.
- 30 M. S. Juan Climaco.
- 31 J. S. Benjamín y santa Balbina.





- 1 V. *Abst.*—La Sma. Sangre de N. S. J. C.—Imp. de las llagas de sta. Catalina.
- 2 S. S. Francisco de Paula.—RESEÑA.
- 3 D. DE PASIÓN.—Traslación de las reliquias de santa Rosa de Lima.—RESEÑA.
- 4 L. S. Isidoro, arzobispo.

☾ cuarto creciente á las 3 y 8 m. de la mañana.

- 5 M. San Vicente Ferrer y sta Irene.
- 6 M. Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.
- 7 J. Stos. Epifanio y Rufino.
- 8 V. *Abst.*—Los siete Dolores de María Sma.
- 9 S. Stas. Casilda y María Cleofé.—RESEÑA.
- 10 D. DE RAMOS.—S. Ezequiel.—RESEÑA.
- 11 L. SANTO.—Stos. León, dr. y Felipe, papa.
- 12 M. SANTO.—Stos. Julio, papa y Víctor, mr.

☾ luna llena á las 2 y 43 m. de la mañana.

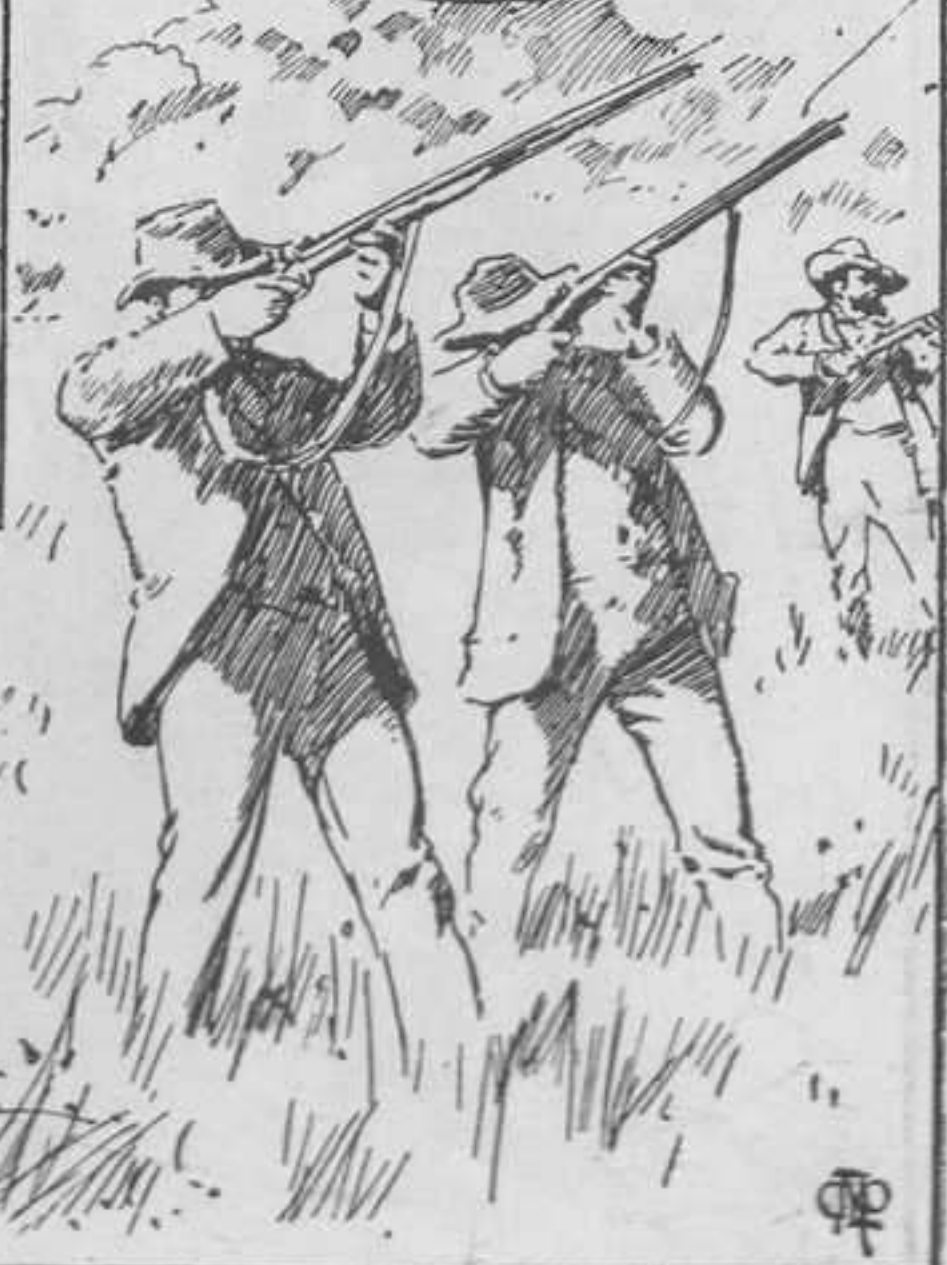
- 13 M. SANTO.—S. Hermenegildo.—*Ayun. y abst. hasta el Sábado Santo inclusive.*—RESEÑA.
- 14 J. SANTO.—S. Pedro G. Telmo.
- 15 V. SANTO.—S. Máximo y sta. Anastasia.
- 16 S. SANTO.—S. Toribio de Liébana, obispo.
- 17 D. PASCUA DE RESURRECC.—S. Aniceto, p. y B. María A. de J.—40. h. en Montserrat.
- 18 L. S. Eleuterio, obispo y mártir.
- 19 M. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
- 20 M. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.

☾ cuarto menguante á las 2 y 17 m. de la mañana.

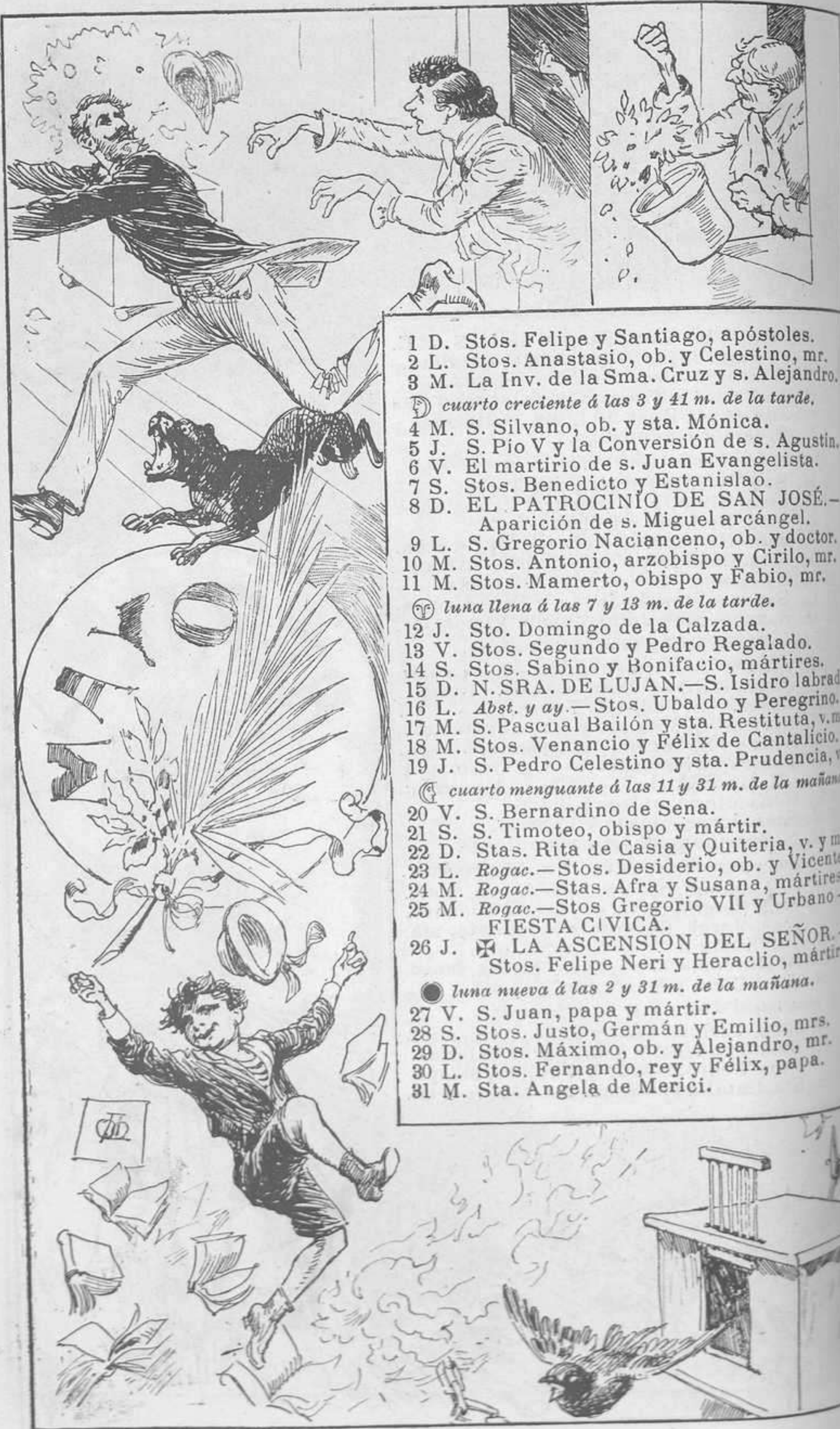
- 21 J. S. Anselmo, ob. y s. Simeón, ob. y mr.
- 22 V. Stos. Sotero, Cayo, p. y mrs. y Teodoro.
- 23 S. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, ms.
- 24 D. DE CUASIMODO.—S. Honorio, ob.
- 25 L. S. Marcos.—*L. mayores.*—A. LAS VELAC.
- 26 M. Stos. Cleto y Marcelino, p. y mr.

☾ luna nueva á las 6 y 47 m. de la tarde.

- 27 M. Stos. Toribio, arz., y Pedro Armengol.
- 28 J. Stos. Prudencio, Vital y sta. Valeria.
- 29 V. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.
- 30 S. Sta. Catalina de Sena.—*Ind. 40 h. en su igl.*







- 1 D. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
- 2 L. Stos. Anastasio, ob. y Celestino, mr.
- 3 M. La Inv. de la Sma. Cruz y s. Alejandro.

☽ cuarto creciente á las 3 y 41 m. de la tarde.

- 4 M. S. Silvano, ob. y sta. Mónica.
- 5 J. S. Pio V y la Conversión de s. Agustín.
- 6 V. El martirio de s. Juan Evangelista.
- 7 S. Stos. Benedicto y Estanislao.
- 8 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.—  
Aparición de s. Miguel arcángel.
- 9 L. S. Gregorio Nacianceno, ob. y doctor.
- 10 M. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mr.
- 11 M. Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mr.

☾ luna llena á las 7 y 13 m. de la tarde.

- 12 J. Sto. Domingo de la Calzada.
- 13 V. Stos. Segundo y Pedro Regalado.
- 14 S. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
- 15 D. N. SRA. DE LUJAN.—S. Isidro labrad.
- 16 L. Abst. y ay.—Stos. Ubaldo y Peregrino.
- 17 M. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, v. m.
- 18 M. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
- 19 J. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.

☾ cuarto menguante á las 11 y 31 m. de la mañana.

- 20 V. S. Bernardino de Sena.
- 21 S. S. Timoteo, obispo y mártir.
- 22 D. Stas. Rita de Casia y Quiteria, v. y m.
- 23 L. Rogac.—Stos. Desiderio, ob. y Vicente.
- 24 M. Rogac.—Stas. Afra y Susana, mártires.
- 25 M. Rogac.—Stos. Gregorio VII y Urbano—  
FIESTA CIVICA.

- 26 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR.—  
Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.

● luna nueva á las 2 y 31 m. de la mañana.

- 27 V. S. Juan, papa y mártir.
- 28 S. Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs.
- 29 D. Stos. Máximo, ob. y Alejandro, mr.
- 30 L. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.
- 31 M. Sta. Angela de Merici.





- 1 M. Stos. Segundo y Fortunato.
- 2 J. S. Marcelino y compañeros, mártires.

*☾ cuarto creciente á las 6 y 9 m. de la mañana.*

- 3 V. S. Isaac, conf. y santa Paula, virgen.
- 4 S. *Abst. y Ay.*—S. Francisco Caracciolo.
- 5 D. PASCUA DEL ESP. STO.—40 h. en Mont.
- 6 L. S. Norberto, ob. y sta. Paulina, mr.
- 7 M. Stos. Pablo, ob., Pedro y comps. mrs.
- 8 M. *Témp y ay.*—S. Salustiano.
- 9 J. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
- 10 V. *Témp. y ay.*—S. Zacarias y sta. Margar.

*☾ luna llena á la 9 y 43 m. de la mañana.*

- 11 S. *Témps. y ay.*—S. Bernabé, apóstol.
- 12 D. SANTÍSIMA TRINIDAD.—*Titul. de esta archidiócesis.—Ind. de 40 h. en la Catedral.*
- 13 L. S. Antonio de Padua.
- 14 M. Stos. Basilio, ob. y dr. y Eliseo, prof.
- 15 M. Stos. Vito y Modesto, mártires.
- 16 J. ✠ CORPUS CHRISTI.—S. Aureliano.
- 17 V. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano.

*☾ cuarto menguante á las 6 y 10 m. de la tarde.*

- 18 S. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, ms
- 19 D. Stos. Gervasio, Protasio y Juliana, vn.
- 20 L. Sta. Florentina, virgen.
- 21 M. S. Luis Gonzaga.—*Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
- 22 M. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, m.
- 23 J. *Ayuno.*—Stos. Zenón y Apolinario.
- 24 V. LA NATIVIDAD DE S. JUAN B.—SAG. CORAZÓN DE JESÚS.—40 h. en San Ign.

*☾ luna nueva á la 10 y 47 m. de la mañana.*

- 25 S. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
- 26 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.
- 27 L. Stos. Zoilo, mr. y Ladislao, rey.
- 28 M. *Abst. y ay.*—Stos. León, p. é Ireneo, ob.
- 29 M. S. PEDRO Y S. PABLO.—40 h. en la Cat.
- 30 J. Conm. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana.



OP





- 1 V. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio.  
 cuarto creciente á las 10 y 21 m. de la noche.
- 2 S. N. Sra. de los Desamp. - 40 h. en S. Nic. B.
- 3 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C. S. Ireneo.
- 4 L. S. Laureano.
- 5 M. La Trasl. de las reliq. de nuestro patrón s. Martín, y s. Miguel de los S.
- 6 M. S. Rómulo, ob. y el S. profeta Isaías.
- 7 J. Stos. Fermín, Claudio y Sinfioriano, ms.
- 8 V. Sta. Isabel, reina de Portugal.
- 9 S. S. Cirilo. — FIESTA CIVICA.
- luna llena á las 10 y 13 de la noche.
- 10 D. Stos. Enero, Félix y Felipe, ms.
- 11 L. Stos. Pío, papa y Cipriano, mártires.
- 12 M. Stos. Juan Gualberto ab. y Félix, mr.
- 13 M. S. Anacleto, papa y mártir.
- 14 J. Stos. Buenaventura, ob. y Cirilo, mr.
- 15 V. S. Enrique, emperador.
- 16 S. El Triunfo de la Sma. Cruz. — Nuestra Sra. del Carmen. — Ind. 40 h. en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmen.
- cuarto menguante á las 11 y 22 m. de la noche.
- 17 D. S. Alejo, stas. Donata y Segunda, ms.
- 18 L. S. Camilo de Lelis, f., y sta. Sinfiorosa.
- 19 M. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina.
- 20 M. Stos. Jerónimo y Elías, prof.
- 21 J. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
- 22 V. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
- 23 S. Stos. Apolinario, ob. y mr. y Liborio.
- luna nueva á las 8 y 17 m. de la noche.
- 24 D. S. Francisco Sol.
- 25 L. Santiago, ap., y sta. Valentina.
- 26 M. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.
- 27 M. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs.
- 28 J. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio.
- 29 V. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
- 30 S. Stos. Abdón, y Senén, mrs.
- 31 D. S. Ignacio de Loyola. — Ind. 40 h. en su iglesia.
- cuarto creciente á las 3 y 48 m. de la tarde.





- 1 L. Stos. Pedro Advíncula, y Domiciano.
- 2 M. N. Sra. de los Angeles. — *Jub. de Por.*
- 3 M. Inven. de s. Estéban, y s. Eufonio.
- 4 J. S. Domingo de G. — *Ind. 40 h. en su igl.*
- 5 V. Ntra. Sra. de las Nieves. — S. Osvaldo.
- 6 S. La Transfig. de N. S. J. C., s. Sixto, p.
- 7 D. Stos. Cayetano, fdr., Pedro y Julián.
- 8 L. Stos. Ciriaco, Eleuterio y comps. mrs.

☾ luna llena á las 9 y 1 m. de la mañana.

- 9 M. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
- 10 M. S. Lorenzo, mr. y sta. Paula, v. y mr.
- 11 J. Stos. Rufino, Tiburcio, y sta. Susana.
- 12 V. Sta. Clara, v. — *Pat. menor de esta ciudad por su reconquista. — Ind. 40 h. en S. Juan.*
- 13 S. Abst. y ay. — Stos. Hipólito y Casiano.
- 14 D. S. Eusebio, mr.
- 15 L. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SMA.

☾ cuarto menguante á las 4 y 25 m. de la mañana.

- 16 M. S. Roque. — *Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
- 17 M. Stos. Anastasio y Bonifacio.
- 18 J. Stos. Floro y Agapito.
- 19 V. Stos. Luis, ob., Julio y Andrés, mrs.
- 20 S. S. Bernardo ab. y el sto. prof. Samuel.
- 21 D. S. JOAQUÍN, PADRE DE NTRA. SRA.
- 22 L. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.

☾ luna nueva á las 7 y 53 de la mañana.

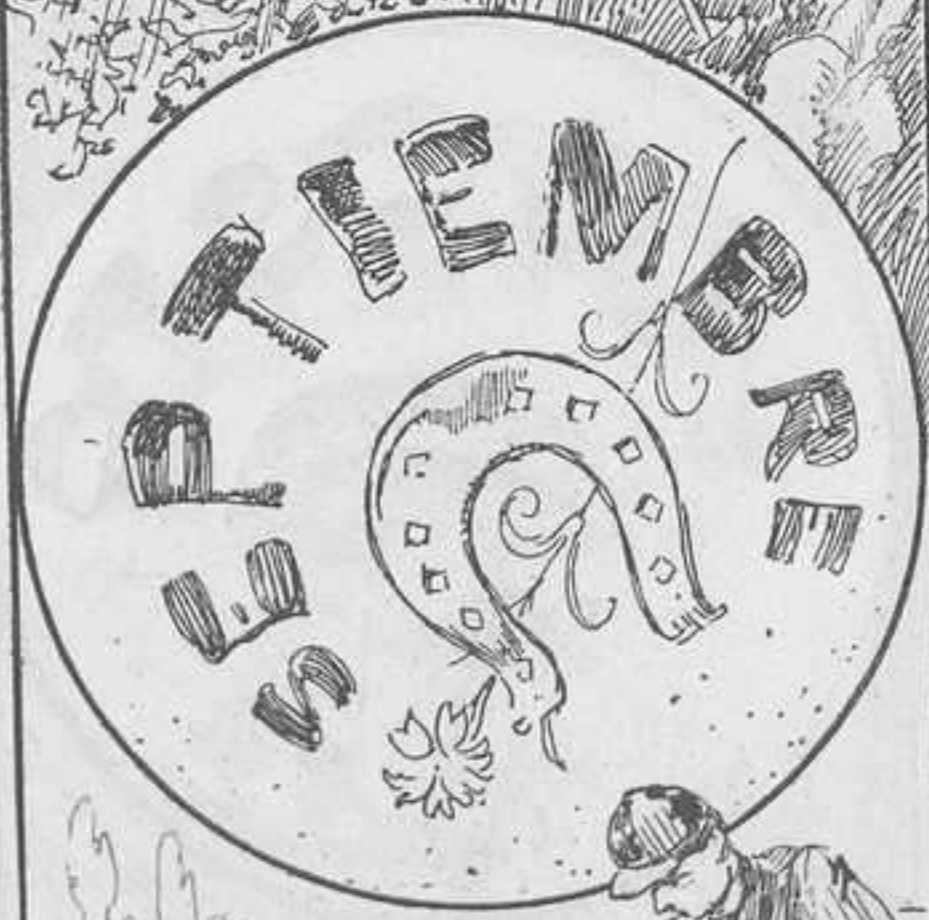
- 23 M. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
- 24 M. Stos. Bartolomé, ap. y Romano, ob.
- 25 J. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
- 26 V. Stos. Ceferino, Ireneo y Adriano, ms.
- 27 S. S. José de Calasanz.
- 28 D. Stos. Agustín, ob. y dr., y Bibiano, ob.
- 29 L. Sta. Cándida, virgen.
- 30 M. SANTA ROSA DE LIMA, vn., patrona principal de esta América Meridional. — *Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*

☾ cuarto creciente á las 9 y 29 m. de la mañana.

- 31 M. S. Ramón N. — *Ind. de 40 h. en la Merced.*







- 1 J. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
  - 2 V. Stos. Antonino, mártir y Esteban, rey.
  - 3 S. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia.
  - 4 D. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, vgn.
  - 5 L. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano.
  - 6 M. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
- ☾ luna llena á las 6 y 25 m. de la tarde.
- 7 M. S. Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
  - 8 J. ✠ LA NAT. DE MARIA SMA.—Ind. de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y Mont.
  - 9 V. S. Jerónimo y sta. Maria de la Cabeza.
  - 10 S. Stos. Nicolás de Tolentino, y Lucio.
  - 11 D. EL DULCE N. DE MARIA.—S. Emiliano.
  - 12 L. S. Serapio y Leoncio, mrs.
  - 13 M. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.
- ☽ cuarto menguante á las 10 y 37 m. de la mañana.
- 14 M. La Exaltación de la Sma. Cruz.—Indulgencia de 40 h. en el Socorro.
  - 15 J. Sta Melitona.
  - 16 V. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
  - 17 S. S. Pedro de Arbués.
  - 18 D. La Conmem. de los Dolores de la Santísima Virgen.—Sto. Tomás de Villan.
  - 19 L. S. Genaro y compañeros, mártires.
  - 20 M. S. Eustaquio.
- luna nueva á las 9 y 59 m. de la noche.
- 21 M. Témp. y ay.—S. Mateo. PRIMAVERA.
  - 22 J. S. Mauricio y compañeros mártires.
  - 23 V. Témp. y ay.—Stos. Lino, p. y Constan.
  - 24 S. Témp. y ay.—Ntra. Sra. de las Mercedes.—Ind. de 40 h. en su iglesia.—S. Gerardo.
  - 25 D. Sta. Maria de Cervellón (ó del Socorro).
  - 26 L. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
  - 27 M. Stos. Cosme y Damián, hermanos ms.
  - 28 M. S. Wenceslao, y el b. Simón de Rojas.
  - 29 J. Ded. de s. Miguel A.—40 h. en su iglesia.
- ☽ cuarto creciente á las 2 y 17 m. de la mañana.
- 30 V. S. Jerónimo, dr. y sta. Sofia, viuda.



ES





- 1 S. S. Remigio, obispo.
  - 2 D. Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.— Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio.
  - 3 L. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
  - 4 M. S. Francisco de Asís.—Ind. 40 h. en su igl.
  - 5 M. S. Froilán, obispo.
  - 6 J. S. Bruno, fundador.
- ☾ luna llena á las 3 y 39 m. de la mañana.
- 7 V. S. Marcos, p. y sta. Justina, vr. y mr.— Ind. 40 h. en Sto. Domingo del Smo. Rosario.
  - 8 S. S. Demetrio, mr. y sta. Brígida, viuda.
  - 9 D. S. Dionisio, y el sto. Patrea. Abrahán.
  - 10 L. Stos. Franciso de Borja y Paulino.
  - 11 M. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
  - 12 M. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y san Alfredo.—Ind. de 40 h. en la Recoleta.

☾ cuarto menguante á las 7 y 11 m. de la tarde.

- 13 J. S. Eduardo, rey.
- 14 V. Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata.
- 15 S. Sta. Teresa de Jesús, v. y s. Fortunato.
- 16 D. La Maternidad de María Sma.—S. Nereo.
- 17 L. S. Florentino, mr. y sta. Eduvigis, vda.
- 18 M. S. Lucas, evangelista y Justo, mr.
- 19 M. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
- 20 J. Stos. Feliciano, y stas. Irene y Saula.

● luna nueva á las 2 y 39 m. de la tarde.

- 21 V. S. Hilarión, ob. y sta. Ursula vn. y mr.
- 22 S. Stos. Felipe, ob. y Severo.
- 23 D. La Pureza de María Sma.— S. Donato, ob.
- 24 L. S. Rafael Arcángel.
- 25 M. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria.
- 26 M. Stos. Evaristo, Servando y Germán.
- 27 J. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
- 28 V. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol.

☾ cuarto creciente á las 5 y 30 m. de la tarde.

- 29 S. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia.
- 30 D. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
- 31 L. Ayuno.—S. Nemesio y sta. Lucila, ms.







- 1 M. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 M. La Conmem. de los fieles difuntos.
- 3 J. Sta. Eustoquia.
- 4 V. Stos. Carlos Borromeo, y Nicandro.
- ☾ luna llena á las 12 y 51 m. del día.
- 5 S. S. Eusebio, y el bto. Martín de Porres.
- 6 D. Stos. Severo, mr., y Leonardo, cfr.
- 7 L. Stos. Florencio, ob. y Amaranto, mr.
- 8 M. Stos. Severo y Victorino, mártires.
- 9 M. Stos. Teodoro y Alejandro.
- 10 J. Stos. Andrés Avelino y Trifón, mrs.
- 11 V. ☩ S. MARTIN, ob. Patrón principal de esta Archid. — Ind. 40 h. en la Catedral.
- ☾ cuarto menguante á las 7 y 12 m. de la mañana.
- 12 S. Stos. Martín, p y Diego de Alcalá.
- 13 D. Patroc. de Ntra. Sra. — 40 h. en Balvanera.
- 14 L. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
- 15 M. Stos. Eugenio, ob. y mr., y Leopoldo.
- 16 M. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
- 17 J. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
- 18 V. S. Máximo, obispo.
- 19 S. S. Ponciano, p y m. y sta. Isabel.
- luna nueva á las 9 y 9 m. de la mañana.
- 20 D. Ntra. Sra. de la Piedad. — Ind. de 40 h. en su iglesia. — S. Félix de Valois.
- 21 L. La Presentac. de Ntra. Sra. — Stos. Alberto y Honorio. — Ind. 40 h. en S. Miguel.
- 22 M. Sta. Cecilia, virgen y mr.
- 23 M. S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.
- 24 J. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, vn.
- 25 V. Sta. Catalina, virgen y mr.
- 26 S. Los Despos. de Ntra. Sra., y s. Fausto. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
- 27 D. I de Adviento. — Stos. Facundo y Acacio.
- ☽ cuarto creciente á las 6 y 45 m. de la mañana.
- 28 L. S. Gregorio III, papa y Mansueto.
- 29 M. Stos. Saturnino y Filomeno.
- 30 M. S. Andrés, ap., y sta. Justina, v. y m.





- 1 J. S. Eloy y stas. Cándida, mr. y Natalia.
  - 2 V. *Ayuno*.—S. Silvano, ob. y sta. Bibiana.
  - 3 S. *Ayuno*.—S. Francisco Javier y s. Crispín.
- ☾ *luna llena á las 10 y 49 m. de la noche.*
- 4 D. *II de Adviento*.—Sta. Bárbara, vgn.
  - 5 L. S. Sabas, ab. y sta. Crispina.
  - 6 M. S. Nicolás de Bari.
  - 7 M. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
  - 8 J. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SMA. — *Ind. de 40 h.*
  - 9 V. *Ayuno*.—Stas. Leocadia y Valeria, vgs.
  - 10 S. *Ayuno*.—Ntra. Sra. de Loreto, y santas Gorgonia y Eulalia.

- ☾ *cuarto menguante á las 11 y 7 m. de la noche.*
- 11 D. *III de Adviento* —S. Dámaso y s. Daniel.
  - 12 L. S. Donato y sta. Emerenciana, v. y m.
  - 13 M. Sta. Lucía, virgen y mártir.
  - 14 M. *Témp. y ay.*—Stos. Nicasio y Arsenio.
  - 15 J. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, ms.
  - 16 V. *Témp. y ay* —Stos. Eusebio y Valentín.
  - 17 S. *Témp. y ay.*—Stos. Lázaro, ob. y Floriano.
  - 18 D. *IV de Adviento*.—S. Teótimo.
  - 19 L. Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.

- *luna nueva á las 4 y 7 m. de la mañana.*
- 20 M. Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.
  - 21 M. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
  - 22 J. Stos. Demetrio y Floro, mártires.
  - 23 V. El beato Nicolás Factor y sta. Victoria.
  - 24 S. *Vigilia con ay. y abs.*—S. Gregorio, mr.
  - 25 D. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
  - 26 L. S. Esteban, proto-mártir.

- ☽ *cuarto creciente á las 5 y 43 m. de la tarde.*
- 27 M. S. Juan, apóstol y evangelista.
  - 28 M. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro.
  - 29 J. Sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y el sto. rey profeta David.
  - 30 V. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
  - 31 S. S. Silvestre, p., y sta. Paulina.







## Pedro Antonio de Alarcón

NACIÓ EN GUADIX EL 10 DE MAYO DE 1833, † EN MADRID  
EL 19 DE JULIO DE 1891



## UN RECUERDO

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

¡Todos se van!...

Aquellos autores de mis obras favoritas, que fueron mis mejores maestros y mis leales amigos, cuando con fe ciega soñaba con los bellos ideales de la calenturienta poesía al llamar á las puertas de la juventud, he visto, sin llegar á viejo, bajar á la fosa unos tras otros, cuando yo, por el cariño que les profesaba, los creía poco menos que inmortales como muchas de sus obras.

Cuando al abandonar la escuela primero y el colegio después, me pasaba las horas muertas encerrado en la torre de mi casa leyendo *La conjuración de Venecia*, el *Guzmán*, *El moro expósito*, *De Villahermosa á la China* y *La flor del ángel*, no sospechaba que fueran abandonando el mundo los ilustres autores de aquellas obras, que apenas comprendía y que tan bien me hacían sentir, prefiriéndolas á todos los bulliciosos juegos, propios de la edad, á que me brindaban mis amigos.

Los primeros poetas por quienes vertí una lágrima fueron Eguílaz y Camprodón; lamenté la del incomparable Bretón de los Herreros; dediqué un canto á la memoria de Ayala; postrado en el lecho del dolor me comunicó el correo la de García Gutiérrez; participé del duelo universal por la muerte de Víctor Hugo; ayer consagré un humilde recuerdo á Fernández y González; hoy lamento la pérdida de Alarcón, mañana... tal vez vestiré de luto por Zorrilla, Balaguer y Castelar.

Yo lo confieso sin rebozo, soy entusiasta por Pérez Galdós, me cautiva Campoamor, me embelesa Valera; pero adoro con delirio las obras de los poetas y novelistas que educaron mi espíritu, que cautivaron mi corazón de quince años, que excitaron mi risa con *El Curioso parlante*, y enternecieron mi alma con *Los Amantes de Teruel*; que abrieron ante mis ávidos ojos dilatados horizontes; que me mostraron lo bello, lo noble y lo grande; que me guiaron por las sendas del arte y pusieron la lira en mis manos como el don más hermoso que podía recibir de ellos y de Dios.



La primera vez que oí hablar de Pedro Antonio de Alarcón, era yo muy niño. Recuerdo que era en una época de gloria para España. En mi ciudad natal se levantaban arcos triunfales, monumentos alegóricos y ricas y elegantes colgaduras se ostentaban en los balcones, y vistosas enramadas en los portales de cada casa. Las campanas repicaban á fiesta; las músicas recorrían las calles; las salvas de morteretes atronaban los aires, y un gentío inmenso, loco, frenético de entusiasmo, como un río desbordado, acudía en tropel á la estación á recibir al invicto caudillo, al ilustre hijo, al rayo de la guerra, que había fatigado á la muerte con su gloriosa espada en las cumbres y en los arenales del África, y que al regresar, conducido de la mano por la victoria, á la hermosa tierra que le vió nacer, recorría una senda de flores y laureles entre hurras, vítores y aclamaciones que subían de punto á medida que se internaba en la ciudad.

Aquel general ¿á qué decirlo?... era Prim. Después de haber recorrido con triunfo poco menos que toda España, llegaba á Reus á depositar en manos del Municipio su vencedora espada aún teñida en sangre mora. Entonces fué cuando mi buen padre abrió ante mí un precioso libro que encerraba la crónica de aquella santa cruzada, páginas de gloria trazadas entre el humo del combate, bajo la tienda y bajo la vela, sobre el caballo, en el hospital de sangre, en la cumbre del monte, en el fondo de un barranco; á la luz de la luna y de los relámpagos, entre el estampido de los truenos y de los cañones, y en Tetuán en el oculto camarín de la recatada mora ó bajo el arco de la Judería, por el esclarecido novelista, el soldado voluntario del batallón *Ciudad Rodrigo*, don Pedro Antonio de Alarcón.

Aquel libro, por espacio de muchos años no se me caía de la mano. Formaba parte de la biblioteca de una sociedad de recreo, y tantas veces como ponía el pie en ella corría al gabinete de lectura y me pasaba las horas muertas mirando los grabados intercalados en el texto, y extasiándome en las descripciones de aquellos desiguales combates, que pusieron tan alto el buen nombre de España, y añadieron inmarcesibles páginas de gloria al romancero general.



Pero la obra de Alarcón, que más me hizo sentir, que me produjo un efecto más vivo y más profundo; que más fascinó mi espíritu despertando en mi alma el sentimiento artístico, fué de *Madrid á Nápoles*. ¡Cuántas veces con ese libro en la mano me sorprendió la aurora! ¡Cuántas veces el sol de la tarde iluminó con su último rayo los elocuentes y poéticos párrafos de sus brillantes descripciones, que leía con avidez á la luz del crepúsculo vespertino, solo y divagando por deliciosas arboledas!... Yo residía en aquella época en una población rural, triste como todas, hundida entre montañas y enemiga de todas las manifestaciones del espíritu. En ella me creía poco menos que prisionero y pedía á Dios alas como las había concedido á los pájaros para volar á otras regiones. Odiaba cuanto me rodeaba y me entristecía cuanto veía. ¡Imaginaos, pues, con qué deleite recorrería las páginas de aquel hermoso libro, que describía ante mis ojos el imponente espectáculo de los Alpes, los poéticos lagos de las islas Borromeas, el canal de Venecia, la melancolía de Verona, los recuerdos de Pisa, el entusiasmo de Ferrara, los monumentos de Roma y los encantos de Nápoles! ¡Con qué afán leía las mágicas descripciones de sus fiestas, de sus costumbres, de sus alamedas, de sus jardines, de los inmortales lienzos de sus museos, de los tesoros de sus bibliotecas, de la hermosa majestad de sus palacios, en donde se asomaron en otros días Lucrecia Borgia, Catalina de Siena, Julieta y Leonor de Este, y saludaría á sus hijos predilectos, á sus hombres de siempre, como diría el poeta, desde Virgilio á Silvio Pellico, desde Miguel Ángel á Canova, desde Rafael á Tintoretto, desde Palestrina á Bellini, desde San Francisco á Savonarola, desde Cicerón á Mazzini, desde Mario á Garibaldi, desde Rómulo á Víctor Manuel, desde San Pedro á Pío IX.

Los primeros versos que escribí fueron fruto de la lectura de ese interesante libro. Él me hizo exclamar, dirigiéndome á un amigo imaginario, al que fingía que con su amada se disponía á visitar aquel país que tanto interés ha despertado siempre á los artistas, músicos y poetas:



. . . . .  
 ¡Dichoso tú! que vuelas presuroso  
 otro cielo á admirar y otras montañas;  
 la tierra del placer, de los recuerdos,  
 do oficia el amor y el pueblo canta.  
 La patria de los bandos y venenos,  
 en do la libertad marcó su planta,  
 en do flotan del arte las canciones,  
 donde la religión sus templos alza.

. . . . .  
 Y surcaréis en la enlutada góndola,  
 que apenas se desliza por el agua,  
 las misteriosas calles de Venecia  
 por la mágica luna plateadas,  
 contemplando sus puentes y artesones,  
 sus palacios de mármol de Carrara;  
 recordando la mente sus grandezas,  
 sus leyes, sus orgías y sus damas.  
 Y correréis, febriles de emociones,  
 á descansar en la argentina rada  
 do el Vesubio imponente como fiero  
 el horizonte trueca en mar de llamas...  
 Rezaréis á los pies del Vaticano  
 que hasta el cielo su cúpula levanta,  
 soñaréis contemplando el Coliseo,  
 dormiréis en la quinta de Adriano.  
 Que cuanto bello imaginó la mente,  
 cuanto el artista en su delirio alcanza,  
 legaron Rafael, Bramante y Vinci  
 á su florido edén llamado Italia.

¡Pobre Alarcón! El castizo y sentido novelista, que me hizo  
 soñar mundos enteros de poesía con *El final de Norma*; que  
 me hizo sentir como pocos con *Dos ángeles caídos*; que  
 refrescó mi corazón con *El sombrero de tres picos*; que tan  
 bien comprendió la novela naturalista en *El capitán Veneno*,  
 que encadenó mi alma con *El Niño de la bola*, ha bajado al  
 sepulcro, joven aún, cargado de dolores, tristezas y desenga-  
 ños. Siete años atrás otorgó el testamento de sus libros, des-  
 pidiéndose de sus entusiastas admiradores. Colgó la lira, rom-  
 pió la pluma y se encerró en casa. Él, idealista como pocos,  
 soñador, creyente, expansivo y entusiasta, se creía forastero  
 en su patria, en medio de la insulsa, prosaica y grosera lite-  
 ratura que ha invadido el campo de las letras, hastiando el  
 alma, negando el sentimiento y materializando el corazón.

Barcelona, Julio 1891.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS





## LA DIVA

A MI EXCELENTE AMIGO EL SEÑOR DON JUAN FUREST

En su *boudoir*, la bella Rosalía,  
 delante de un espejo, así decía  
 á Juan, su esposo infiel, llena de enojos:  
 —¿Cómo teniendo estos divinos ojos,  
 llenos de luz y fuego,  
 que contemplaste un día atortolado,  
 y este rostro agraciado,  
 de perfil, si no griego, casi griego,



me olvidas, fementido,  
 por ese ángel caído,  
 en cuya red de amores  
 suspiraron ya tantos pecadores?  
 Y Juan, que la escuchaba y sonreía,  
 contestó: — No es verdad, esposa mía.  
 ¿Yo olvidarte? ¡jamás! de tu hermosura  
 cegóme el sol y te amo con locura,  
 como se ama una vez, nunca dos veces...  
 — ¡Infame!

— No te engaño;  
 ¡ciego estoy!...

— Sí, ¡lo creo! y no es extraño  
 que, ciego como estás, así *tropieces*.

— Mas dime, ¿de qué nacen tus recelos?  
 ¿qué duda te devora  
 y engendra en tí la sierpe de los celos?  
 contesta... ¿por qué callas?... ¡pues no llora!...  
 no sé en qué te he ofendido  
 ni me explico en tus ojos ese llanto,  
 teniendo, como tienes, un marido,  
 á quien, bueno y rendido,  
 nada le falta para ser un santo.

— ¡Vaya un santo!... ¡de *higuera*!  
 ¿y la *diva*? ¿y la rosa? ¿y la pulsera?  
 ¿Me negarás que á tu pasión no esquivas  
 y al verte de su hechizo en la red preso,  
 su amor, si eso es amor, te dió la *diva*,  
 primero en una flor... luego en un beso?  
 ¿Me negará también tu torpe labio  
 que la diste, infiriéndome un agravio,  
 una hermosa pulsera de brillantes,  
 precio vil de sus ósculos amantes?  
 — ¡Calumnias!

— ¡No!

— Te juro...

— ¡En el teatro buscaste tus laureles,  
 y olvidaste, perjuro,  
 que en él todo se anuncia por carteles!

— Digo que son calumnias, amor mío;  
 ya ves cómo te escucho y me sonrío,  
 aunque tu encono más y más se aviva,  
 lo cual prueba, con sobra de elocuencia,  
 que tengo muy tranquila la conciencia.

— ¡O que sabes fingir... como la *diva*!

— Apuesto á que es tu tía Altisidora  
 la que inventó esos cuentos... ¡qué señora



¡con qué maldita maña  
 hace, de cualquier cosa, una montaña!  
 Porque alguno me vió entre bastidores,  
 ya supuso al momento  
 que iba allí con mal fin y nació el cuento  
 de no sé qué pulseras ni qué flores  
 trocadas, como prenda de cariño,  
 entre una *diva* de ojos seductores  
 y yo... ¡que soy más cándido que un niño!  
 ¿Cómo piensas que olvide mis deberes  
 por el frívolo amor de esas mujeres,  
 en cuyo corazón, falso é inconstante,  
 no para un caballero un solo instante?  
 ¡No me niégues, mi bella Rosalía,  
 que esos cuentos son cuentos de tu tía!  
 ¿A qué mentir así? ¡vaya una gloria!  
 —¡No son cuentos, infiel! ¡es pura historia!  
 —¿Conque crees historia verdadera  
 el cuento escandaloso  
 de la *diva*, la rosa y la pulsera?  
 —¿Quién lo duda? te han visto más de cuatro  
 saliendo con tu amante del teatro.  
 —¿Cuándo?

—Anoche... ¡y no quiere  
 que en mí estallen los celos!...

—¡Es gracioso!

si anoche velé al bueno de Fructuoso,  
 que estaba si se muere ó no se muere!  
 ¡Pobre chico! le hallé ya sin aliento,  
 y en mis brazos pensé que se quedaba...

—Pero... ¿murió?

—No tal.

—Lo sospechaba,

pues pasó por la calle hace un momento.

—¿Fructuoso?

—Sí.

—Te juro, Rosalía...

—¡Ya ves que no son cuentos de mi tía!  
 No mientas más y basta ya de engaño;  
 sé que ardes por la *diva* en una hoguera  
 y que es tuya... ó fué tuya la pulsera  
 que luce, impura, de tu honor en daño.

—Pues bien... ya no lo niego, hermosa mía;  
 confieso que es verdad, aunque arda Troya,  
 mas no fué, como piensas, á la amante  
 á quien dí, por mi mal, tan rica joya:  
 ¡fué á la *diva*, á la *estrella*, á la cantante!



Rendir quise homenaje á su talento  
y no hallé mejor modo  
de realizar mi intento,  
que ofrecerla brillantes... ¡eso es todo!  
—¿Y la rosa?

—¿La rosa? ¡puro cuento!  
—Ya he dicho que te han visto más de cuatro  
saliendo con la *diva* del teatro,  
aunque lo niegues con tan torpe ahinco.  
—¿Más de cuatro?

—¡La cólera aún me acosa!  
—Pues yo puedo citarte más de cinco  
que no han visto tal cosa.  
—¿Te burlas?

—¡Por mi vida!...  
á nadie quiero yo más que á mi esposa  
y tanta obstinación me desespera;  
¿qué prueba exiges de mi amor, cumplida,  
puesto que dudas de él?... ¿otra pulsera?  
¡la tendrás!

—¿No me engañas?

—¡Bueno fuera!...  
¡gracias á Dios que estás ya... *convencida!*  
—Si prometes, desde hoy ser más constante  
y juras olvidar á la cantante...  
—¡A la *cantante*, no! quien la haya oído,  
como yo, delirante,  
no es fácil dé al olvido  
los arpegios y trinos y primores  
con que hechiza y encanta...  
¡qué jilgueros ni pardos ruiñones!  
¡tú no sabes, no sabes cómo canta!  
Todavía me siento enardecido,  
al pensar, con deleite... en su *garganta*.

CASIMIRO PRIETO





## TROPICALES

---

### I

Es la edad floral. El tiempo  
de los primeros amores;  
las noches son perfumadas  
y son de fuego los soles.  
Andan pájaros azules  
en las penumbras del bosque,  
de esos que acaso vinieron  
con los tempranos fulgores.  
Su tinte á pequeñas bocas  
de mujer, roban las flores  
de la ceiba americana,  
lira de alados acordes.

Es la edad floral. Las márgenes  
ricas en niveos liotones,  
con nelumbios y junquillos  
se engalanan. Brilladores  
los cocuyos en los pastos  
fosforecen por la noche,  
fuegucitos que voltean  
en la sombra, como soles.

Era así. Tiempo tranquilo  
de los primeros amores,  
la vez en que apareciste  
ante mis ojos. De entonces  
han pasado tantos días,  
tantas nieblas, tantas noches!

Los mirajes de mi cielo,  
sus fantásticos colores,  
se han tornado en macilentas  
y pesadas cerrazones.  
Cual imágenes de un sueño  
han huído mis visiones,  
¡han pasado tantos años!  
¡tantas brumas! ¡Tantas noches!  
Y sin embargo, tú vives  
en mi alma. Mil canciones  
aún despiertan en mi lira  
al conjuro de tu nombre,  
como en los tiempos benditos  
de los primeros amores.



## II

Arde el rojo crepúsculo, ese beso  
prolongado y sensual,  
que se dan tierra y cielo en las llanuras  
de mi tierra natal.

El sol cae moribundo en el remanso  
como un anciano dios  
y el ala tienden, que es nevada y fina,  
las garzas dos á dos.

Hay un perfume vago y penetrante  
de anémona y clavel,  
y aves nuevas que pían en las ramas  
del frondoso laurel.

Lágrima de la tarde ardiente y viva  
temblante en el azur,  
¡qué bella es Venus, cuando muere el día  
en los cielos del Sur!

Amo las tardes. A su luz te miro  
lucir más ideal  
y es más grata y más tierna al alma mía  
tu mirada triunfal!

Montevideo, 1891.

VÍCTOR ARREGUINE

—♦—

## EN LOS ABANICOS DE DOS HERMANAS

## HUMORADAS

## I

La más sabia, Rosario, es la que aún  
el amor con los bienes de fortuna,  
que, si el dulce no es malo,  
ni aun en cuenco de palo,  
es natural que sea,  
servido en copa de oro, miel hiblea.

## II

La que está, como tú, Paca adorada,  
del arte enamorada,  
discurre de este modo:  
la gloria que no es nada,  
sobrevive al dinero que lo es todo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR





## UNA EXCURSIÓN AL MONTE SAGRADO

### RECUERDOS DE ITALIA

Acompañado de varios compatriotas y del tenor Tamagno, hice una excursión al Monte Sagrado, que se yergue majestuoso al pie de la pequeña ciudad de Varese y que tiene el atractivo singular y extraño de lo desconocido, para los que, como nosotros, estamos habituados á las planicies vastas y á las llanuras infinitas de la Pampa.

La mañana era espléndida. El ambiente saturado de la brisa balsámica de la montaña y las flores silvestres despedían gratos olores; los castaños y los pinos en flor deleitaban la vista fatigada, y el gorjeo de los ruiseñores y de los mirlos, en la espesura sombría, halagaban el oído y hacían correr veloces las dos horas de volanta, que median del pueblo á la mitad del camino que conduce al monte histórico.

La senda recorrida es de las más variadas y pintorescas que se pueden imaginar: hileras no interrumpidas de árboles fron-



dosos de todas las especies y familias, colocados hábilmente á ambos lados del camino de piedra, que serpea en torno de la montaña; villas caprichosas y pintorescas, ocultas unas entre la maleza y perdidas otras entre *cirrus*, allá en una loma plomiza; imágenes de santos y de vírgenes pintados en los muros, quién sabe por qué desconocido discípulo de Rafael; precipicios inmensos en cuyo fondo cruzan veloces raudales de agua turbia; lagos que á aquella altura simulan inmensas planchas de plata; valles verdes como la esmeralda en donde pacen tranquilamente los ganados, é iluminado todo por un sol esplendoroso y deslumbrador.

Nos detuvimos unos minutos á contemplar aquella vista preciosa, y después descendimos del coche que nos había conducido hasta allí y cabalgamos en las mulas, que en menos de media hora nos llevaron á la cumbre deseada.

Penetramos en la iglesia, donde se cantaba la misa con un órgano desafinado y con voces más desafinadas aún. Allí pudimos convencernos del fanatismo que reina en algunas comarcas de la que fué un día Itálica famosa. La iglesia aquella estaba estivada de carne humana hasta el tope; quién se daba fuertes golpes de pecho, poniendo á prueba su constitución, quién besaba el suelo con frecuencia, y quién lloraba á mares, creyendo ganar de ese modo el soñado paraíso, divinizado por Dante en su poema inmortal.

Tal es la ignorancia y la primitiva sencillez de ciertas gentes, que en Saronno, que queda á pocas millas de Milán, he visto un domingo toda la población en el templo, ir á la madrugada y salir á la puesta del sol; escuchar primero los oficios, después la doctrina y por último el sermón.

El templo que he citado y que se levanta en la cúspide, contiene frescos antiquísimos y pinturas de mérito. Como tal, vale la pena de verse. Como arquitectura no ofrece ninguna particularidad y no se diferencia de la comunidad del género. Hace más de cien años que fué erigido y se conserva todavía intacto como el primer día de su fundación. En el cortil se ven grabados en grandes placas de mármol jeroglíficos lati-



nos, que cubren las tumbas en donde reposan las cenizas de los capellanes que se han turnado en la *regencia*.

El altar mayor y el púlpito ostentan profusión de dibujos y miniaturas alegóricas, relieves y bajo relieves representando el simbolismo sagrado.

No pudimos examinar las riquezas y tesoros que contiene en brillantes, rubíes y topacios, los cálices de oro y plata hábilmente cincelados y los ornamentos sacerdotales, á causa de hallarse oficiando desde el cura hasta el sacristán.

A pocos pasos de allí vimos la efigie bíblica de Moisés, de cuerpo entero, con las tablas de la ley en una mano y con la vara mágica en la otra, hiriendo con esta última una roca de la que salta el agua á torrentes. La estatua, cincelada en blanco mármol de Carrara, es obra de un celebrado escultor, cuyo nombre no puedo recordar. Tiene toques de cincel acabadamente artísticos, y las líneas del rostro conservan la expresión verdadera de la vida.

Es una obra que deben observar detenidamente los viajeros que tengan la heroicidad de hacer aquella ascensión.

Visitado lo único que había que ver, nos dirigimos al hotel, donde un confortable almuerzo servido por una joven

no Flérida ni Arminda  
pero, eso sí, tan linda  
que casi era una chica encantadora,

nos devolvió las gastadas fuerzas y el buen humor, perdido en aquella ascensión fatigosa y difícil.

*Hicimos* un poco de música en un viejo Pleyel, mientras transcurrían las horas en que el calor raja la tierra. Tamagno nos regaló algunas de sus notas formidables, que fueron á repercutir con bronco estruendo en las naves de la iglesia vecina, alborotando el cotarro de feligreses, con gran descontento del padre superior, mientras nosotros charlábamos amigablemente con la joven aquella, que aunque colegía que éramos *herejes* impenitentes y liberales incorregibles, no la desagradaba, por lo visto, nuestra compañía.

Serían las tres cuando emprendimos lentamente el descenso



á pie, porque con las mulas nos habríamos expuesto á rodar una y mil veces por aquellas ásperas pendientes, con grave exposición de nuestro bautismo.

Nos despedimos con pesar de aquella muchacha virtuosa, planta exótica en medio de los montes, único resto de cultura femenil que hallamos por aquellos *pagos* hospitalarios.

Al estrechar su mano en la nuestra nos dijo ¡adiós! en un italiano tan dulcísimo, que todos á una prometimos volver.

Tengo todavía incrustado en la pupila el semblante hermoso, intensamente expresivo, el talle esbelto, y la mirada de fuego de aquella deliciosa muchacha.

No habíamos andado todavía veinte pasos cuando, como brotados de las rocas, se nos presentaron una docena de aldeanas con santos, cruces, crucifijos y medallitas, y ante aquella avalancha inesperada, viendo que sería imposible proseguir tranquilos nuestra marcha, preferimos regalar un franco á cada una y dejarles los objetos con que se buscan honradamente el sustento diario.

Esa emboscada femenina vino á contrastar prosaicamente con aquel último *addio* que parecía una nota del poema eterno.

En el descenso visitamos los doce santuarios que representan la Vía Crucis del Señor,—en donde gran número de hombres, mujeres y niños rezaban interminables oraciones,—y que están en contradicción constante con todo lo que significa arte.

En cada uno de estos santuarios hay manantiales de agua fresca y cristalina que cura, según la piadosa leyenda, todo género de males, y hasta hay una que se llama «Fontana de los enfermos,» donde una vieja... un poco vieja, puesto que frisa en los ochenta, se acerca á los viajeros á ofrecerles el agua milagrosa.

Nosotros rehusamos tomarla, primero porque teníamos nuestras dudas respecto á sus virtudes y eficacia, y segundo porque, como sudábamos á mares, podía ocasionarnos graves desarreglos.

Dimos algunos céntimos á la pobre vieja, que se quedó



mirándonos largo tiempo, extrañando sin duda que entre nosotros no hubiera un solo *creyente*, y seguimos nuestro camino.

Entretanto multitud de mujeres y hombres, en filas de cuatro en cuatro, con los brazos entrelazados, subían y bajaban la pendiente rezando el rosario.

Llegamos á la vuelta de la meseta, donde dejamos el carruaje, al caer de la tarde, precisamente cuando *il giorno se n'andava*, satisfechos de nuestra excursión.

Un silencio sepulcral reinaba en aquellas altas latitudes, sólo interrumpido por el grito estridente del buho y el chirrido monótono de los grillos; el sol moribundo descendía lentamente en su parábola y los objetos todos empezaban á tomar esas tintas semigrises que señalan el comienzo de la noche; entonces contemplamos por última vez el imponente y grandioso panorama de las montañas: á uno y otro lado los valles y los precipicios; á nuestros pies las cascadas, los lagos y los torrentes; en la cima el templo, las torres y los santuarios, y allá, á lo lejos, perdidos en la bruma, como baluartes inexpugnables, coronados de eterna nieve, los Alpes, con sus cúpulas enormes.

LUIS BERISSO.

Varese, «Villa Margarita,» Junio de 1889.

---

## EL BRAZO

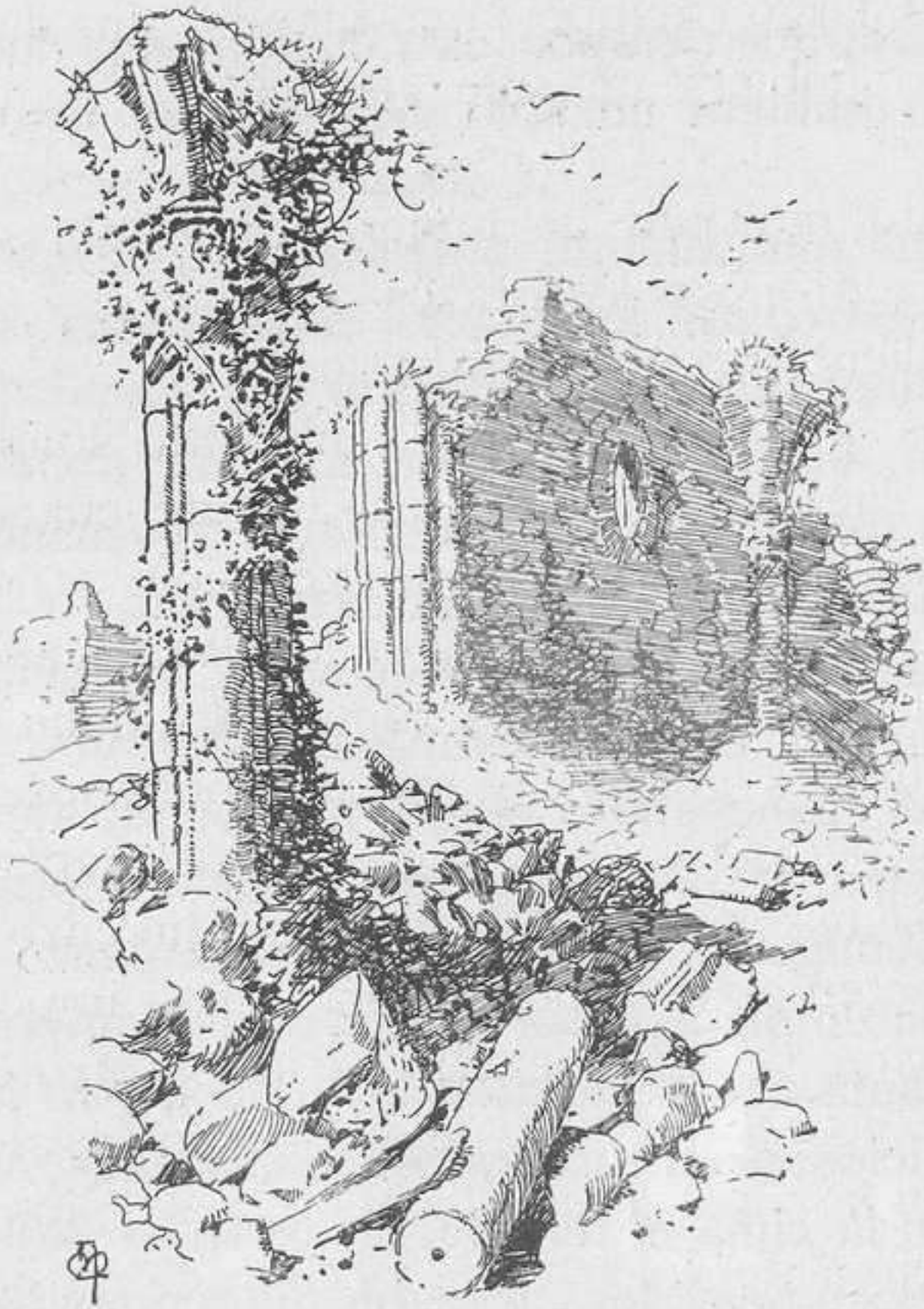
---

El brazo, mortal fragmento,  
fiel y sumiso al intento  
de la mente que concibe,  
viene á ser en el que escribe  
pararrayos del talento.

Cuando la luz centellea  
y rasga la densa bruma  
del cerebro que flamea,  
fulgura el rayo, la idea;  
y huye al acero, la pluma.

SALVADOR RUEDA.





## ENTRE RUINAS

### I

Miro el templo en ruinas,  
roto el frontón, la ojiva cuarteada;  
revolando las pardas golondrinas  
en la anchurosa nave abandonada.

El sol filtra su rayo amarillento  
hasta el altar desnudo y solitario,  
mientras se plañe dolorido el viento  
en los huecos del alto campanario.

Yace la cruz en tierra  
junto á la reja gótica del coro,  
y en medio á tanta soledad que aterra  
está sin voz el órgano sonoro.

En todo, polvo denso,  
mudas memorias y cenizas frías;  
como las blancas ondas del incienso  
las horas huyen y se van los días.

En el ángulo oscuro se levanta,  
como espectro de llanto y de dolores,



de la Madre de Dios la imagen santa,  
¡ya sin altar, sin himnos y sin flores!

¿Quién, en los pebeteros que quedaron  
calor y aromas á buscar se atreve?  
Las aromas volaron;  
las ascuas son ceniza helada y leve!

Allá, en el fondo un lienzo desgarrado  
ultraja del pincel las maravillas.  
¡Ni el arte el abandono ha respetado!  
¡El rico alféizar se tornó en astillas!

Y el tiempo desprendió del tosco muro  
el cancel que de polvo se reviste...  
Todo está tan callado, tan oscuro,  
tan funeral, tan lúgubre, tan triste,  
que esta terrible soledad advierte  
cómo será la noche de la muerte!

## II

Así como este templo abandonado,  
está mi corazón, triste, sombrío,  
por el dolor tan sólo visitado  
y sepulto en la noche del hastío.

El ara de su fe quedó desierta;  
ninguna voz á consolarlo alcanza,  
y está en el polvo, muerta,  
la diosa á que dió culto: la Esperanza!

. . . . .  
¡Oh bóvedas sombrías,  
símbolos mudos de las penas mías!  
¡Oh altar, que ya sin cirios y sin flores  
eres mi corazón con sus dolores!  
¡Oh soledad estéril y escondida  
semejante á las horas de mi vida!  
¡Virgen, ayer objeto de ternura,  
y hoy, en el polvo, inútil escultura!  
¡Triste rumor del vagaroso viento  
igual, en lo fugaz, á mi lamento!  
¡Quién pudiera feliz á vuestro abrigo  
morir abandonado,  
sin más consuelo amigo  
que de la oscura noche el beso helado!  
Sin una sola lágrima de duelo,  
sin oír el ¡adiós! de un ser querido,  
y así tornarse polvo sobre el suelo



y perderse en los senos del olvido!  
 Del mar del mundo en las revueltas olas,  
 si mueren el amor, la fe, la calma,  
 ¡qué mejor dicha que morir á solas  
 cuando ha vivido en soledad el alma!

México.

JUAN DE DIOS PEZA.

## DOS MODELOS DE POESÍA

SIGLO XVIII

—¿Quieres decirme, dulce zagala,  
 si una ovejilla viste pasar?  
 —No digas eso, porque parece  
 que hay indirecta, burlón zagal.  
 —¡Ah! si tú fueras esa ovejilla...  
 —Tente, no sigas, que me hace mal...  
 —¡Ah, si yo osara decirte todo!...  
 —¡Ah, si pudiera todo escuchar!...  
 Tal se dijeron, y ella, la dulce  
 zagala, cubre su blanca faz,  
 mete sus dedos en las narices,  
 mientras el otro, mudo, se va.

SIGLO XIX

Cárcel eterna de la luz, la sombra  
 en colosal marea se derrama;  
 sobre el llano infinito, verde alfombra  
 por Dios tendida sobre el mudo suelo,  
 para velar el vasto panorama,  
 en nubes baja del inmenso cielo.  
 Grazna el buitre agorero,  
 el potro horrorizado tiembla, y brama  
 el toro, que es el padre del ternero.  
 El pobre campesino,  
 soñador del trabajo, lentamente  
 prosigue su camino:  
 pronto su altiva frente  
 se abatirá á tu empuje ¡oh torbellino  
 siniestro del destino!  
 Arriba sombra, abajo penas... todo  
 lo que surge del lodo  
 al cielo sube, y lo del cielo baja  
 al lodo, lluvia, luz, vida, rocío...  
 El cuerpo es la mortaja  
 del hombre, y la existencia es el vacío.

PEDRO CRESPO.





Excmo. Sr. Duque de Beragua



## SUCESORES DIRECTOS

DE

## CRISTÓBAL COLÓN

Como documento curioso, que juzgamos ha de merecer los aplausos de nuestros lectores, y para conmemorar en el ALMANAQUE SUD-AMERICANO *para el año 1892* el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, damos á continuación el árbol genealógico del actual duque de Veragua, que es quien se honra al presente con los títulos de Almirante del mar Océano y Adelantado mayor de las Indias, concedidos, como es sabido, por los reyes don Fernando y doña Isabel al intrépido é inspirado Cristóbal Colón, antes de emprender aquel viaje que había de confirmar sus teorías, relativas á la extensión de la masa sólida de nuestro planeta, y constituir, por sus resultados, el hecho más grande que registra la historia del linaje humano.

Doce generaciones se han sucedido en el transcurso de cuatrocientos años. El apellido que el marino genovés inmortalizó con su audacia, con su fe y con su perseverancia, ha ido borrándose paulatinamente desde la cuarta generación, en que por haberse extinguido la línea masculina, quedó heredera de las glorias del Almirante su biznieta doña Francisca Colón y Pravia, que se unió en matrimonio con don Diego Ortegón. A ésta, durante otras dos generaciones, sucedieron también hembras; doña Josefa Ortegón y Colón, que casó con don Francisco de la Paz de la Serna; y doña Josefa, hija de los precedentes, que se unió con don Martín de Larrea-tegui. Este es el que lleva el actual duque de Veragua, habiéndose conservado sin interrupción durante seis generaciones consecutivas, en las cuales ha habido constantemente sucesión masculina. Mas en tanto existan hombres en el mundo, el apellido de COLÓN, siquiera no haya quien lo lleve, será pronunciado con veneración y respeto como el de uno de los genios más grandes con que se honra la humanidad.

Véase ahora la genealogía á que nos hemos referido.

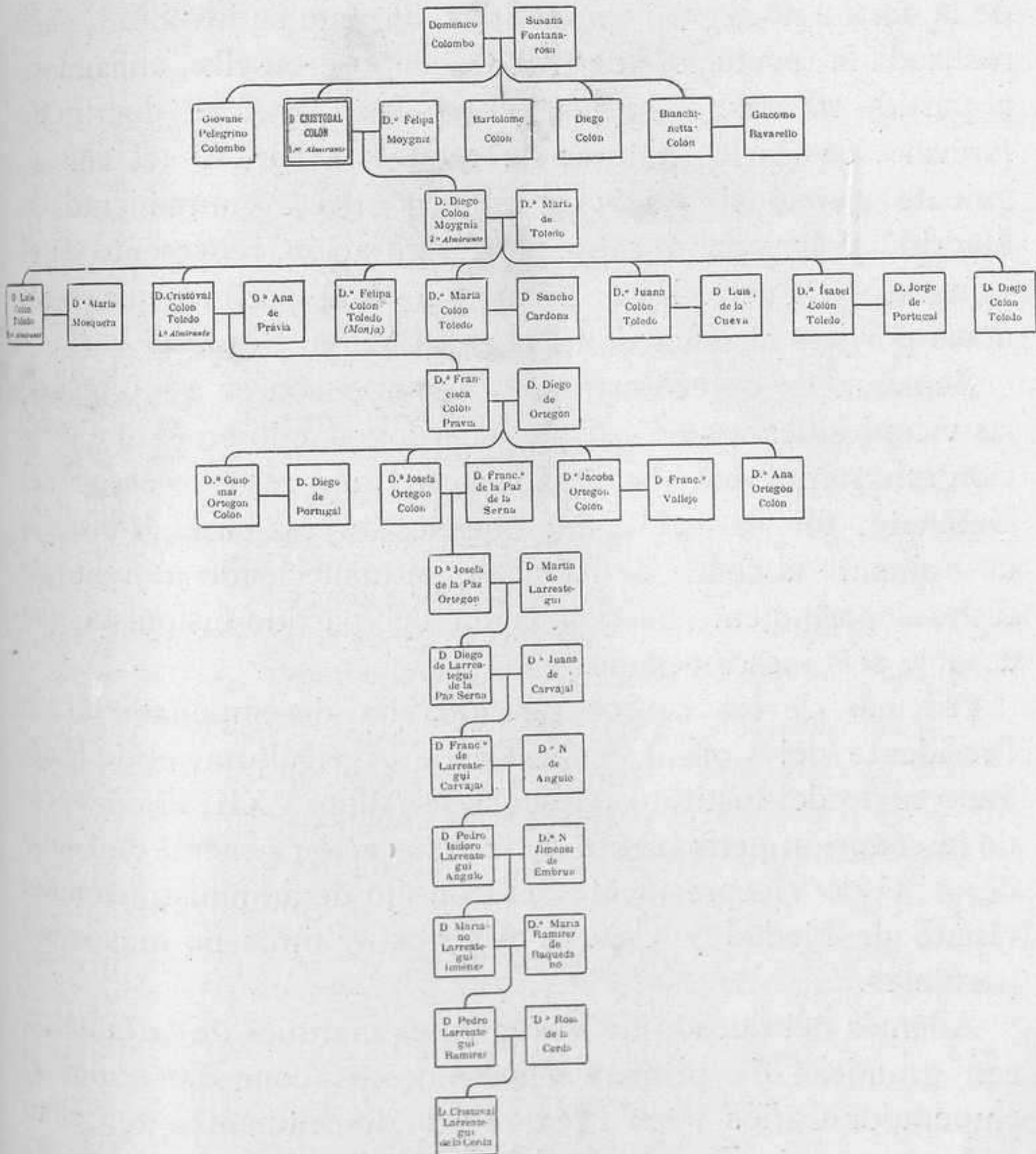


# ASCENDIENTES

DEL

## DUQUE DE VERAGUA

ACTUAL «ALMIRANTE DEL MAR OCEANO Y ADELANTADO MAYOR DE LAS INDIAS,»  
COMO SUCESOR DEL DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO





Para completar estos apuntes, juzgamos oportuno publicar algunos datos respecto del actual duque de Veragua, cuyo retrato acompaña á este artículo.

Nació en Madrid en el año 1837, y sus padres don Pedro Larreategui y Ramírez Baquedano, y doña Rosa de la Cerda, quisieron que se le impusiera en la pila bautismal, el nombre de su ilustre y lejano progenitor.

Con ser una de las personas más conspicuas y distinguidas de la corte, no figuró en política durante su juventud; pero realizada la revolución de 1868, ocupóse en ella, afiliándose al partido radical, y representó en las Cortes el distrito de Arévalo, en las legislaturas de 1871 y 1873. En el año siguiente ejerció el cargo de concejal del Ayuntamiento de Madrid, y llevada á cabo la Restauración, representó en el Congreso á Puerto-Rico, adhiriéndose al partido que reconocía por jefe al señor don Práxedes Mateo Sagasta.

Senador por derecho propio, desempeñaba en 1890 una de las vicepresidencias de este alto cuerpo, cuando en la modificación ministerial que hizo en Enero del año referido el jefe del Gabinete, fué llamado para que sustituyera en el Ministerio de Fomento al conde de Xiquena, permaneciendo al frente de dicho departamento hasta la caída del partido fusionista, que acaeció seis meses después.

Además de los cargos referidos ha desempeñado el de Presidente del Consejo superior de Agricultura; el de Delegado regio del Instituto Agrícola de Alfonso XII; el de Vocal de la comisión permanente de la Asociación general de Ganaderos; el de Vicepresidente del Consejo de administración del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, y otros no menos importantes.

Además del ducado de Veragua, es marqués de la Jamaica, con grandeza de primera clase, títulos concedidos por el emperador Carlos V en 1537, á los descendientes de Colón, y conserva además, según hemos dicho, los honoríficos de Almirante del mar Océano, y Adelantado mayor de las Indias, con derecho al uso de uniforme.

Dichos títulos los heredó en 1870, y posteriormente ha



podido añadir á los mismos los de gentilhombre de Cámara; Grande de España con ejercicio y servidumbre, desde el 24 de Julio de 1882, y Gran Cruz de Carlos III en 21 de Julio de 1887.

Su afabilidad y sencillez le han captado numerosos amigos, y su nombre es uno de los más conocidos, por ser propietario de las famosas ganaderías cuyas reses se lidian con general aceptación en la mayor parte de las plazas y circos taurinos de la Península.

V.

---

## Á INDALECIO ARMESTO

---

En las orillas del Lérez  
 tranquilas y perfumadas,  
 cuna de mis ilusiones,  
 fuente de mis esperanzas,  
 después de ruda pelea  
 en sueño eterno descansas.  
 ¡Dichoso tú, que en el mundo  
 alcanzaste nombre y fama  
 y la suerte te dispone  
 tumba alegre y visitada  
 por los vapores de un río  
 que entre sus ondas de plata  
 lleva aromas de violetas  
 y rumores de alabanzas!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

---

## EPIGRAMA

---

— ¡No pases por esa esquina!  
 — ¿Temes á ese caballero  
 que en ella hay, con faz mohina?  
 — Sí tal.

— ¿Quién es?

— Un banquero  
 que está amenazando *ruina*.



## EL COCHERO DE PLAZA



—El por qué de la multa no me explico,  
y así, si no es faltarle, le suplico  
que me lo explique usted, pues me interesa  
—Por ir, y excuse usted todo reproche,  
demasiado de prisa con su coche  
por calles concurridas.

—Pago y callo...

¡Demasiado de prisa! ¡qué sorpresa  
va á tener, al saberlo, mi caballo!

## A UNA FEA

En el teatro te ví  
y tanto miedo sentí,  
que instintivamente, Inés,  
volví el anteojo al revés  
para alejarte de mí.

EDUARDO B. RUIZ.

Mendoza, 1891.





## CANTO DEL NORTE

### I

La niña ha visto á su amante—  
 única vida del alma—  
 y regresa del jardín,  
 con las manos encarnadas...  
 Su madre le dice:—Niña,  
 ¿por qué sales solitaria,  
 con las manos encendidas?  
 —Madre mía, esta mañana  
 las espigas de las rosas  
 me rozaron en la marcha!

### II

La niña ha visto á su amante  
 y regresa de los campos,  
 llena de gracia y perfume,  
 con los labios encarnados...  
 su madre le dice:—Niña,  
 ¿por qué están tus ojos bajos,  
 y tus labios encendidos?  
 —Madre mía, los granados  
 del jardín, esta mañana  
 con su jugo los pintaron!

### III

La niña ha visto á su amante  
 y vuelve mustia y callada,



sin luz en los ojos bellos  
 y con las mejillas pálidas!...  
 La madre le dice: — Niña,  
 ¿qué amargura te taladra?  
 ¿por qué traes pálido el rostro?  
 — ¡Oh madre, madre del alma!  
 Hazme cavar una fosa  
 y graba sobre su lápida:

## IV

Una vez la pobre niña  
 trajo encarnadas sus manos  
 porque su pérfido amante  
 oprimióla entre sus brazos...  
 Otra, su blanca mejilla  
 con tinte de sol de ocaso  
 ardía, porque su amante  
 en ella posó sus labios...  
 Pero un día tenebroso  
 ¡ay! la abandonó el ingrato  
 y volvió la pobre niña  
 con el rostro triste y pálido!

MARTÍN GARCÍA MÉROU.



\*  
 \* \*

Mariposa que el viento  
 cruzas liviana,  
 de la flor y del ave  
 feliz hermana,  
 pues te da el cielo  
 de la flor los matices,  
 del ave el vuelo;  
 agitadas del viento  
 de las pasiones,  
 son imágenes tuyas  
 las ilusiones:  
 siempre suaves,  
 tornasolan cual flores,  
 huyen cual aves.

FEDERICO BALART.



## PAISAJES DEL GUAYAS

### ALBORADA

Tras de la oscura noche, en el oriente  
rasga la bruma gris albo celaje  
que diseña á lo lejos el paisaje  
con argentadas tintas, vagamente...

La palma, alzando su abatida frente,  
murmura leda un cántico salvaje;  
y el ave entre las sombras del bosque  
inquieta anuncia al Sol resplandeciente.

¡Oh Sol que mi alma, en soledades hondas,  
desde los limbos de la vida espera,  
cual ave oculta en las opacas frondas!

¡Oh sol Eterno! desde tu alta esfera  
derrama en ella tus fulgentes ondas,  
y, renaciendo, como el Fénix, muera!

### LA TARDE

Cual grupo de mujeres desoladas  
de largas y esparcidas cabelleras,  
se inclinan á lo lejos las palmeras,  
sobre el rojo horizonte perfiladas;

Más arriba, entre tintas sonrosadas,  
asoman ya las fúlgidas lumbreras;  
y columpian las ráfagas ligeras  
del bosque las profundas enramadas...

Y el alma soñadora del poeta,  
á la caída mágica del día,  
llena se siente de embriaguez secreta;

y tiene la confusa profecía  
de otra existencia en más feliz planeta,  
de paz, de amor, de luz y de armonía!

### ESPLENDORES MATUTINOS

¡Asombroso espectáculo! Al oriente,  
entre la gasa matinal brumosa,  
viva luz, mezcla extraña de oro y rosa,  
inunda el Guayas extendido enfrente;



Vasto espejo bruñado y refulgente  
 semeja el agua turbia que reposa,  
 esmaltada con tinta prodigiosa  
 como jamás se figuró la mente;

y aquella luz, desde el confín lejano,  
 con manto de esplendor lo envuelve todo  
 y hasta en oro de Ofir trueca el pantano...

Así, de nuestra infancia en el periodo  
 la ilusión dora el tenebroso arcano  
 del Universo... y de la vida el lodo.

#### ANUNCIO DE LA TEMPESTAD

El sol se eclipsa; desfallece el viento;  
 la natura, perdido todo encanto,  
 como agobiada de mortal quebranto,  
 yace inmóvil, sin fuerza y sin aliento;

De uno al otro confín del firmamento  
 se extiende gris y nebuloso manto,  
 cual la mortaja, humedecida en llanto,  
 del cadáver del orbe macilento;

y en tanto, allá en la silenciosa altura  
 surge, enlutando las etéreas salas,  
 nube gigante, procelosa, oscura

que amaga al Cosmos, de pavor inerte,  
 cual las inmensas tenebrosas alas  
 del águila siniestra de la Muerte!...

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil, 1890.

---

### EFECTOS DE LA CRISIS

---

—En cuanto pase ese prójimo  
 la orden del día le aplico,  
 y si no suelta la bolsa  
 le dejo seco de un tiro.

Tiempo es... ¡La bolsa ó la vida  
 y sin sustos ni remilgos!

—Hombre, me ganó de mano;  
 yo le iba á pedir lo mismo.

MOISÉS N. CASTELLANOS.



# EL BAILE DE MÁSCARAS

## I

Las altas lucernas arrojan raudales de vivísima luz, parecen canastillos de dorados mimbres que dejan caer sobre la abigarrada muchedumbre, por entre juncos y mallas de cristal, una lluvia de fuego.

La luz resbala sobre aquel flujo y reflujo de olas vivientes, cabrillea con chispazos de piedras preciosas y se extiende por todos los ámbitos con la grandiosa potencia de diamantino sol. Y es que el gas, con permiso de la luz eléctrica que á todo imprime su melancólica palidez, es la luz de la buena sociedad; hijo de su siglo, tiene las aficiones sibaríticas y todos los refinamientos de su época. Por eso se fija en los diamantes y brillantes telas, sonríe en las molduras doradas, en las porcelanas y preciosos bronce, y acaricia con femenil coquetería el nevado busto y torneados brazos de las bellas. El gas no pierde el tiempo, es uno de los elementos modernos que saben mejor lo que se hacen.

El baile ha comenzado.

Para presenciar mejor el conjunto de la sala, me coloco debajo de la araña.

El espectáculo resulta fantástico y deslumbrador, digno de una leyenda oriental.

Gasas, plumas, rasos, terciopelos, piedras preciosas, vistosos mantones de Manila ilustrados con soberbios bordados, caprichosos disfraces, todo lo brillante, lindo y fascinador confundido en el más agradable y pintoresco desorden.

En confusión mareadora pasan delante de mí máscaras luciendo vistosos trajes.

Una me da en el rostro con su abanico de nevado plumaje. Es una archiduquesa del siglo XVIII vestida con un jardín tejido en seda; el rostro mal cubierto por pequeña *Lucrecia*,



los bucles empolvados y sobre los bucles una enorme balumba de flores, lazos y plumas.

Al darme con el abanico en el rostro me dice:

— ¿Esperas? sin duda...

— Espero.

— ¿A mí?

— A tí no.

Otra máscara llega. Es ella. No puede confundirse con otra.



¡Es tan hermosa! tan propia su soberana distinción que no cabe equivocarse en habiéndola visto una vez. Viene disfrazada de Margarita de Valois. Ciñe precioso traje de raso blanco bordado de oro, ricos hilos de perlas circundan su garganta de nieve, y una gola de primoroso encaje sirve de marco á su graciosa cabeza.

Va del brazo de un caballero tan apuesto como gallardo. No le conozco, pero le presiento, es mi odioso, mi abominable rival.



Al pasar junto á mí *Margarita* ha reído de una manera siniestra.

Así debió reir Luzbel al ser arrojado del Paraíso.

Un estremecimiento interno ha conmovido todo mi ser, y temiendo ceder á lo violento de la emoción que me conturbaba, me he alejado de la sala llevando la noche en mi alma, y saboreando la amargura de mi reciente decepción.

## II

Fatigado del baile me he reunido á unos amigos que acompañados de alegres máscaras se disponen á cenar opíparamente.

Me convidan y acepto gustoso. Anhele borrar de mi imaginación las sombras que la oscurecen y nada se me antoja tan á propósito como una cena para conseguir mi fin.

¡Vana esperanza! Las cenas alegres me han sabido á mí siempre muy amargas. Como todos los corazones probados por la desventura tengo el vino muy triste.

Baco es una fiera, un monstruo con nombre de Dios.

Mi rostro está abrasado por los besos de púrpura del alcohol, hierve mi cerebro, frecuentes latidos golpean tenazmente mis sienes, mi corazón sufre horriblemente.

El vino que bebo sabe á lágrimas, sus encendidos reflejos se extienden como enorme mancha de sangre encima del mantel.

Los gritos y carcajadas de mis compañeros me parecen ecos siniestros, acentos fatídicos que rápidamente acrecen mi malestar.

Quiero abandonar la mesa y algo extraordinario, superior á mi voluntad, me retiene á mi sitio, obligándome á permanecer en él.

Tal presión es debida á la súbita simpatía que ha despertado en mí una de las heroínas de la fiesta. Es una joven pálida como un rayo de luna, esbelta, delgada, de ojos azules, de vago y triste mirar.

Todo en ella me atrae y fascina, pero lo que más honda



impresión me causa es su risa, su carcajada constante, triste como una queja, y desgarradora como eco de insondable dolor. Hay risas que suenan como el llanto. La sensación que se percibe al escucharlas difícilmente se puede expresar; sólo es comparable al contacto de acerada hoja que penetrando lentamente por el pecho, busque con caricias de muerte un medio seguro para hacer blanco en el corazón.

La desconocida no cesa de reír, más expansiva es su risa



cuanto más se acentúa la palidez de su triste faz; de pronto fija sus divinos ojos en los míos nublados de lágrimas, abandona su sitio y se sienta á mi lado.

Nada tan á propósito para engendrar simpatías como el mutuo dolor, de ahí que antes de hablar, nos comprendiésemos, que antes de comprendernos nos amáramos.

Como respondiendo á secreto impulso, anhelosa estrecha entre las suyas mi ardorosa mano. Al percibir el frío contacto de las suyas temo ser víctima de penosa alucinación.



## III

La aurora llega ciñendo enlutado cendal. Llueve copiosamente.

Las máscaras salen en confuso tropel del teatro, y acelerando el paso se dirigen á sus abandonadas viviendas.

Nada tan triste como la lluvia á la salida de un baile. Parece que el cielo llora los delirios de la pasada noche.

Mi pálida desconocida y yo salimos del brazo y ocupamos uno de los coches de punto que esperan á la salida del Real.

Mi desconocida da las señas de su casa, mejor que sentarse se abandona en el testero, y el carruaje, obedeciendo á su mandato, parte veloz.

Ya no ríe la pálida beldad, al contrario, su palidez se acentúa por instantes, de sus divinos ojos brotan ardientes y silenciosas lágrimas.

Le pregunto la causa de sus tristezas, y mis palabras no obtienen contestación.

El carruaje rueda y rueda largo tiempo.

Cuando el silencio que ambos guardábamos se iba haciendo de violento insostenible, llegamos á su casa.

Despedimos el cochero y le ofrecí mi brazo. Por angosta y destartalada escalera subimos al piso cuarto y entramos en una habitación pequeña, pobre, casi miserable, invadida por las sombras y la más tétrica oscuridad.

Temblorosa y agitada se desprende de mi brazo y enciende una pequeña lámpara, que hay encima de una mesa. Su oscilante llama ilumina súbitamente la reducida estancia, haciendo más latente su humildad y extrema pobreza.

En un ángulo descubro un lecho, y descansando en él, algo que me trastorna y llena de espanto.

—¿Qué es eso? pregunto delirante y frenético á aquella infeliz.

Y arrasados los ojos de lágrimas, dando expansión al más doloroso y desgarrador gemido. — Es el cadáver de mi hijo,



me contesta. Encontrábame sin recursos para pagar su entierro, y he ido al baile á ver si alguien me los facilitaba.

Lleno de espanto y compasión, á la par pongo en su mano todo el oro que me acompaña, y fuertemente impresionado salgo de su casa.

¡Amor materno, hasta en tus extravíos eres sublime!

#### IV

Va amaneciendo. El cielo continúa lóbrego y triste, las nubes se condensan cada vez más, imprimiendo al firmamento la perspectiva de enorme sábana plomiza. Los horizontes, cerrados por oscuras manchas, no muestran ni una línea de oro ni un punto de escarlata. Es una alborada más triste que la noche.

Ganoso de descansar de las impresiones recibidas me retiro á mi casa, pero al llegar á ella algo extraordinario é inesperado reclama de nuevo mi atención.

En la misma acera de mi casa yace en el suelo un *arlequin* bañado en sangre. El desgraciado tiene el pecho atravesado de una estocada, estando oculto su rostro por la careta más cómica y grotesca. La risa de sus labios de cartón, me recuerda la carcajada de aquella infeliz mujer. Su extrema palidez ¿qué era sino la máscara de su oculto dolor?

Obedeciendo á un impulso de caridad he arrancado á la víctima la alegre careta que ocultaba su faz. Le he mirado atentamente y todo mi ser se ha estremecido de terror. No era aquél un ser desconocido. En sus amoratadas facciones, en aquel rostro sin vida me he reconocido á mí mismo; á mí mismo herido, y en plena descomposición por el estrago de la muerte.

Convulso y agitado he llevado las temblorosas manos á mi frente, y á su frío contacto las he separado con espanto, las he llevado al corazón y he sentido su anheloso latir, pero las he separado teñidas en sangre.

Un grito de dolorosa angustia se ha escapado de mi pecho.



ocasionándome conmoción tan violenta, que en aquel instante... he despertado.

Todo ha sido un sueño.

El cinturón de hierro que oprimía mi corazón se ha roto.

Pero algo queda que me impide recobrar el ansiado sosiego, la apetecida calma.

Es la firme convicción de que mi sueño ha sido engendrado por la realidad.

A. OPISSO.

1891.



## POR QUÉ MATA EL AMOR

DOLORA

—¿Por qué dicen, pregunta Rosalía, que nos mata el amor, siendo tan bueno?

—Lo dicen los que saben, hija mía, que si un vaso de amor es ambrosía, un vaso de placer es un veneno.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

## EPIGRAMA

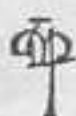
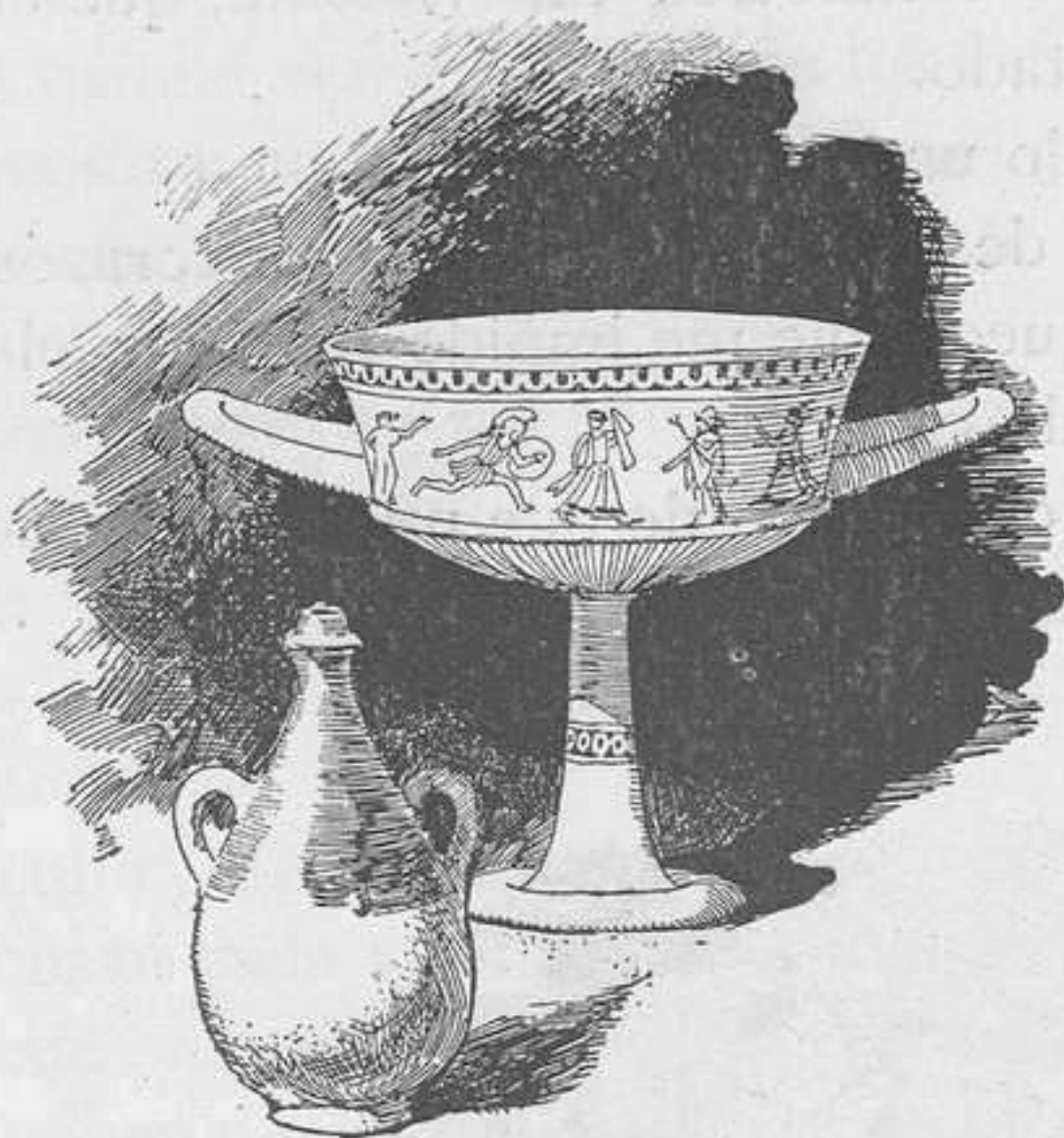
—¿Dices que acabas de dar una obra á luz?

—Sí: *La Cruz*.

—Hombre, ¿te quieres burlar?

—Pues haces mal en dudar; se la dí á mi prima Luz.





## CHISPAS

Zoilo, tienes razón; todos los seres  
somos del barro mismo;  
mas no me probarás que el vaso etrusco  
se parece al botijo.

Pudo el Hacedor crear  
sin esfuerzo y con placer  
cielo y astros, tierra y mar,  
pero creó la mujer...  
y tuvo que descansar.

Si yo debiese convertirme en piedra  
y pudiera elegir,  
no sería diamante, ni esmeralda,  
ni ópalo, ni rubí.

¡Ni deidad, ni sepulcro, ni obelisco,  
ni escollo en mar azul:  
ser quisiera la pila de alabastro  
donde te bañas tú!

MANUEL DEL PALACIO



## EL PADRE NUESTRO

## CUADRO NOCTURNO

(A MIS HIJITAS CLEMENCIA Y ROSA LASTENIA)

Escenario: una alcoba, entre albas nubes de transparente gasa y lazos rosas, aguardando á sus dueños, tres querubes, tres diminutas camas primorosas.

Actores: una madre, dos chiquillas que no suman entre ambas nueve años, de ojos negros y mórbidas mejillas, cabellos ondulantes y castaños;

Un chiquitín que goza sueño blando, al seno de la madre suspendido, é invisibles, cuatro ángeles velando por la dicha inefable de ese nido.

Las dos niñas se han puesto de rodillas, y alzando hacia la joven sus miradas, unen con santa unción sus manecillas, y recitan las preces consagradas.

—*Padre nuestro*, comienza en tono grave la religiosa dama, y las pequeñas:

—*Padre nuestro*, repiten con voz suave, y—mamá, mire al niño que hace señas,

Y se ríe, interrumpe la chiquita.

—¡Silencio! Ahora rezad: tú, Luisa, empieza: *Padre nuestro...*

—Mamá, lo sé solita:

*Padre nuestro que estás...* Julia no reza.

—Vamos, ¿no seguiréis? *Que estás...*

—*Que estás*

*en los Cielos...*

—*Los Cielos...*

—¡Claro, ea!

—¿En los Cielos, mamita?—¿Allí no más? papá me ha dicho que, aunque no le vea,

Él se halla en todas partes...

—¡Pizpireta!

vais á empezar de nuevo por castigo.

—Mi papá me ha ofrecido una peseta...

—Y á mí también...

—Si de corrida digo los *Mandamientos* y la *Salve* entera.



— ¡Pero tú no lo sabes y yo sí!

— ¿Que no lo sé? Verás: *Los Manda...*

— Espera...

— ¿Vais á reñir?

— Si Julia...

— ¿Yo, qué? Dí:

— Basta, que ya me enoja. ¡Quietecitas  
¿De ver al niño no tenéis vergüenza,  
más formal que vosotras?

— Las manitas,  
mamá, las ha enredado aquí en mi trenza  
y sabe tirar duro... ¡Ay, señorito,  
suelte!...

— No grites, que ya arruga el ceño.

— Mas por fin, ¿no rezamos un poquito?

— Muy poquito, que estoy muerta de sueño.

— Volved á arrodillaros. Ya está: ahora,  
tornad hacia esa imagen vuestros ojos  
y á la Virgen pedid, Reina y Señora,  
con el alma también puesta de hinojos,  
que de talento en vez, belleza y oro,  
os dé de una alma justa la templanza,  
de cristianas virtudes el tesoro,  
santa Fe, ardiente Amor, viva Esperanza;  
humildad, mansedumbre y obediencia  
á todos los preceptos celestiales;  
pues los bienes mayores serán males  
si tenéis una mancha en la conciencia!

Pedidle que conserve sin mancilla...  
mas ¿qué veo? ¿dormís?...

Sí; ya reposa  
en graciosa actitud, sobre una silla,  
de Julia la cabeza primorosa;  
mientras que de su madre en el regazo,  
mezcla con los rosados piececillos  
del gordinflón *bebé*—doblado un brazo,  
y sobre él acostada—los anillos  
de su cabello, la hechicera Luisa...  
vaga aún por los labios sonrosados  
de entrambas niñas, plácida sonrisa...  
¡Venid, venid, pintores inspirados,  
venid, grandes poetas y escultores;  
de esos niños la angélica figura,  
de los maternos ojos los fulgores,  
copie el mármol, el verso ó la pintura.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil.





Sra. D.ª Mercedes Cabello de Carbonera

DISTINGUIDA NOVELISTA PERUANA





## EL ALBUM DE UN PADRE

Hay una cosa que me hace estremecer.

Algunas veces, mirándolo, me figuro los muchos millares de niños, de su edad, nacidos en el mismo día, y que en este instante son como él inocentes y cariñosos; me los figuro en sus cunas, entre los brazos de sus madres, cubiertos de besos y llamados con los más dulces nombres de la lengua humana; veo en el corazón de sus padres la misma esperanza, el mismo presentimiento de que serán honrados y felices, mejor dicho, la misma seguridad mía, y tan fundada como la mía, y no de otro modo alimentada que como yo alimento la mía al mirar mi hijo; y pienso que, sin embargo, de toda esa legión de angelitos saldrán ladrones, falsarios, asesinos, parricidas que arrojarán la desesperación y la deshonra sobre sus familias. Cuando este pensamiento se fija en mi cabeza, tengo que hacer gran esfuerzo para librarme de él.

Esta mañana tomé mi niño sobre las rodillas, y le pregunté:

—Niño, ¿serás tú un asesino?

(Él no comprende todavía el significado de estas palabras.)

—Sí, respondió, pero quiero dulces.

¡Si pudiese adivinar su porvenir como hacen los gitanos, en la palma de la mano!



¿Qué manejará esta manecita?

¿La espada?

¿El puñal?

¿La pluma?

¿El arco de violín?

¿El escalpelo del anatómico?

¡Pobre manita, cuántas veces sostendrás la cabeza fatigada por el ingrato trabajo ó por el pensamiento doloroso!

¡De cuántas cartas listadas de negro romperás el sello!

¡Cuántas diestras de falsos amigos y de mujeres indignas tendrás que estrechar!

Pero tú la conservarás limpia de toda mancha, hijo mío, y si cuando te hiera un gran dolor, inmerecido, te asaltan impulsos de levantarla en alto, no la levantes, no, para maldecir, sino para juntarla con la otra, como todas las noches y todas las mañanas te enseña tu santa madre.

Miro su manecita, la abarco toda en mi puño, y sonrío pensando que pasaron también por esta forma las manos de los guerreros más formidables y de los artífices más gloriosos del mundo.

Y de esta idea, paso á mis pensamientos predilectos, de la infancia de los grandes hombres.

Me figuro á Homero, que se desespera porque le han quitado un albérchigo; á César, que tiembla delante de un ratón; á Dante, que salta en la silla de un caballo de madera; á Miguel Ángel, que mientras su padre le enseña una estatua, está todo dedicado á machacar un hueso con el pie, y á la señora Bonaparte, que dice al futuro vencedor de Europa:

— ¡Qué vergüenza! ¡A esa edad, cuando se tiene una necesidad se dice y no se ensucia de este modo la casa!...

¡Si llegase á ser un grande hombre! Es un sueño de todos los padres; pero no, es imposible.

Enigma, enigma al fin; jeroglífico cuyo significado es aún



desconocido; palabra de la cual no está escrita más que la primera letra; número de la inmensa lotería humana. Esta duda es el más dulce alimento de mi vida.

Me parece que poseo misterioso cofrecillo, en el cual es



posible que haya un puñado de arena ó un montón de perlas. Estoy cerca de los treinta años, y mi porvenir, que empezaba á limitarse, se ha prolongado de improviso; he perdido las últimas ilusiones de la juventud, he encontrado las infinitas ilusiones de la infancia. ¿Qué importa que mis cabellos se caigan? ¡Los suyos se espesan! ¿Qué importa que yo descienda?

¡Él sube!

Y ¿si fuese, por el contrario, de escasa inteligencia y de fibra débil, no sólo para no salir de la oscuridad, sino para permanecer entre el último?

Cuando me asalta este pensamiento siento irresistible necesidad de estrecharle contra el pecho y de cubrirlo de caricias, como para pedirle perdón de la vasta ambición que me lo hace soñar distinto de aquello á que puede estar él predestinado.



Tengo necesidad de asegurarle desde ahora que cuanto más pequeño sea el puesto que le esté reservado en el mundo tanto más grande será el que tenga en mi corazón. Pensando que algún día, tal vez al volver de la escuela, me dirá llorando: « Soy el último, » siento un estremecimiento de amor por él.

Pero esto no será, porque le ayudaré en sus estudios, me volveré á dedicar al latín, al griego, á las matemáticas; velaré con él, y volcaré tanto afecto en su corazón que el corazón iluminará la inteligencia.

Cuando aquí debajo hay un tesoro, también hay alguna cosa aquí encima.

---

Los niños proporcionan grandes consuelos. ¿Quién lo sabe mejor que tú, pobre criada vieja?

Tú eres amada en casa, pero tu cabeza calva, tu rostro arrugado, toda tu persona desfigurada por los años, te hacen fastidiosa á los individuos que te son queridos, y constituyen la causa de que ellos no te prodiguen las caricias que tú les prodigabas á ellos cuando eran niños.

Alberto se retira bruscamente hacia atrás cuando tú acercas el rostro al suyo para mirar las estampas del libro que hojea.

Enrique, desde hace mucho tiempo, no quiere que tú le hagas el lazo de la corbata, por no sentir tu aliento y el contacto de tus manos.

---

Cuando quieres besar á Adelaida, la muchacha que has llevado en brazos durante tantos años y divertido con tantas historias en las largas noches del invierno, estás reducida, porque no te rechace, á besarla furtivamente cuando duerme.

Hay una sola criatura en el mundo que no rehusa tus caricias, que ama tu cabeza calva y tu rostro arrugado, que te recompensa de todas las ingratitudes y de todas las amarguras, y es este niño de tres años.



—Ernesta, te dice besándote en la boca, ¡qué hermosa eres!

—

Y siempre recaigo en el pensamiento de la belleza.

No creo que el padre, fuera del afecto que todos comprenden, debiese alimentar por el hijo un sentimiento tan igual al del escultor por su estatua.

Yo, no obstante, observo con temblor el rostro de quien lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como el artista poco seguro de su obra. Toda su belleza me parece un mérito de mis manos, todas sus imperfecciones el efecto de un error mío. Cada día se me presenta con nuevo aspecto.

Lo miro y lo vuelvo á mirar de frente, de perfil, por delante, por detrás, por encima, por debajo; corrijo con los ojos algunos de sus rasgos, permanezco perplejo, reflexiono; pero, concluyo siempre frotándome las manos y diciendo que es un hermoso trabajo.

—

¡Qué grandes niveladores del corazón humano son los niños!

Hay una pobre mujer con un niño en brazos sentada en el escalón de una puerta, que ve pasar una señora en coche con otro niño sobre las rodillas. El niño de la señora está vestido de terciopelo, el suyo cubierto de andrajos: aquél llevaba un bulto de juguetes, éste no había visto jamás ninguno; aquél comía confites, el otro roía un pedazo de pan negro. Sin embargo, de las miradas que las dos mujeres cambiaron sobre sus propios hijos, las que expresaban un sentimiento de envidia eran las de la señora. La pobre mujer lo advirtió, y exclamó con estremecimiento de orgullo:

—¡El mío es más hermoso!

—

Yo no sé si todos los padres verán en sus hijos lo que yo



veo en el mío: sé que mientras lo contemplo, admiro la infinita amabilidad de la infancia, que me parece una compensación dada por Dios á la ansiedad y á los cuidados que nos cuestan. Tienen movimientos de cabeza, expresiones de estupor, relámpagos de sonrisas, gestos fugitivos, caricias, coqueterías, monadas inexplicables que me arrancan un grito de amor siempre.

—¡No me provoques! le digo algunas veces. Y en esta gracia encantadora de gestos y actitudes hallo una variedad inmensa, una transfiguración continua, una sorpresa á cada instante.

Me parece que encerrado con él en un castillo solitario, sin libros, sin trabajo, sin otro cuidado que el de custodiarlo, no tendría ni una hora de fastidio.

Es extraño lo que pienso hoy por la primera vez: ¡esta carita, esta vocecita, esta gracia angelical, que alegra ahora mi vida, dentro de algunos años no existirá ya!

Cada día que pasa me roba alguna cosa de este niño. Dentro de algunos años tendrá otra cara, hablará con otra voz, gesticulará de otra manera, y de la criatura de hoy no me quedará sino algún retrato y algunas reminiscencias. Este cuerpecito no es más que una figura que pasa delante de mí y que debe desvanecerse.

Será irracional: ¡pero es un pensamiento que me entristece!

No comprendo ahora cómo he podido vivir tanto tiempo y ser casi feliz en una casa tranquila; donde no había jamás una silla fuera de su sitio; donde no se tropezaba con un juguete; donde no se hicieron en la vida pajaritas de papel; donde no había sino camas enormes; donde no se oían nunca más que pasos lentos y graves; donde no se escuchaba otra cosa que voces tranquilas diciendo siempre cosas razonables sin faltas gramaticales...



Con frecuencia, al verlo tan bien vestido y alimentado, con un montón de bagatelas delante, digo para mí:

—¿Y si un revés de la fortuna me redujese á no tratarlo de ese modo? Toda mi sangre se revuelve violentamente á esta idea, y al mismo tiempo se levanta mi frente y mi alma se agiganta.

¡Ah, no será jamás, niño mío! ¡Aunque tuviese que comprar cada uno de tus juguetes con una noche de trabajo, descontar cada vestido nuevo con una arruga de mi frente, pagar cada día de felicidad con un mechón de cabellos blancos, conservar el color rosado de tu rostro con la tortura de mi cerebro y de mis huesos!

¡Qué me importaría que la gente riese de mi cara descarnada y de mi vestido roto! Te llevaría á pasear conmigo á cualquier parte solitaria del campo y me sentaría á la puesta del sol oprimiendo tu cabecita contra mi pecho.

¡Ah, no temas! Entre tú y la pobreza están mis treinta años, mi voluntad indómita y la fuerza desmesurada de mi cariño.

Hoy le he hecho tomar un baño en una palangana rota, y al verlo desnudo y bello, goteando agua y riendo, pensaba:

—Sin embargo, si á esta pobre criaturita la consume la fiebre, la viruela lo pica, la tos convulsiva lo ahoga, el crup lo destroza... será preciso verlo quedarse negro, agitarse, volver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro moviendo las manecitas y permanecer rígido; será preciso verlo encerrar en pequeño ataúd, llevarlo de prisa, envuelto en un paño negro, descender á la fosa y cubrirlo de tierra y de piedras, y después volver á casa pensando que él está allí, bajo la nieve, en medio de un campo lleno de esqueletos; y al tornar á casa, ver sus juguetes, sus vestidos, su cuna vacía, su sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío, y oír resonar en aquel horrible silencio las risas de los niños del vecindario...

¡Ah! cuando sucede esto me parece que no se puede hacer más que dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra la pared



ó caer de rodillas y permanecer perpetuamente con la frente clavada en la cuna.

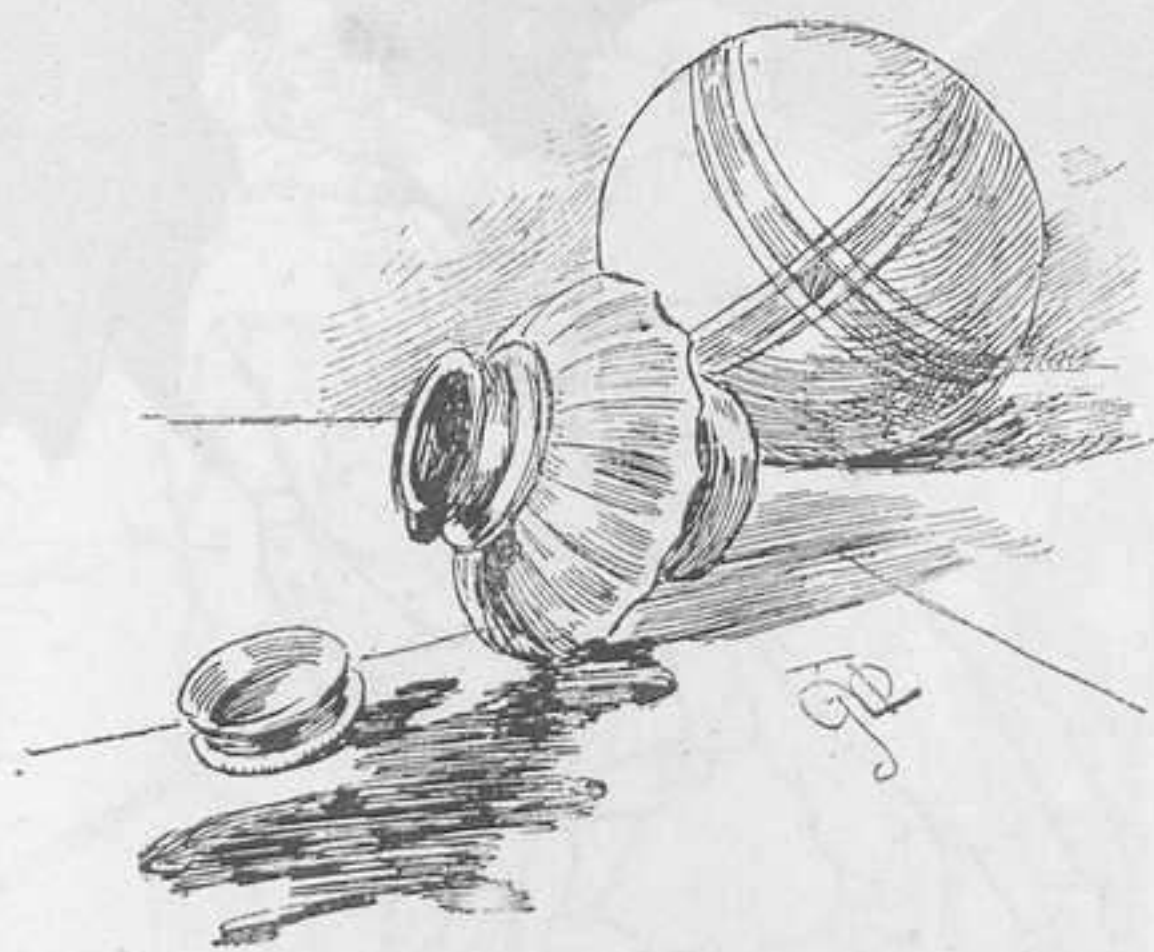
Desde que mi vida está ligada á esta criatura, el pensamiento de la muerte no me aterra, ó no me entristece ya sino en cuanto se refiere á su porvenir.

Pero si por su vida debiese sacrificar la mía, si debiese con la seguridad de salvarle hacer escudo con mi cuerpo y defenderle sin defenderme, inmóvil, con él en los brazos y diez asesinos por la espalda, ¡oh! me estremezco con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia; creo, siento, juro que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar:—¡Piedad!—y sin derramar una lágrima por mi suerte.

Esta mañana entre otras cosas raras de las suyas, he descubierto, que él cree que los hombres están hechos de madera, y á pesar de cuanto le había dicho...

(Interrumpido por la caída de una pelota de goma que ha derribado el tintero).

EDMUNDO DE AMICIS.



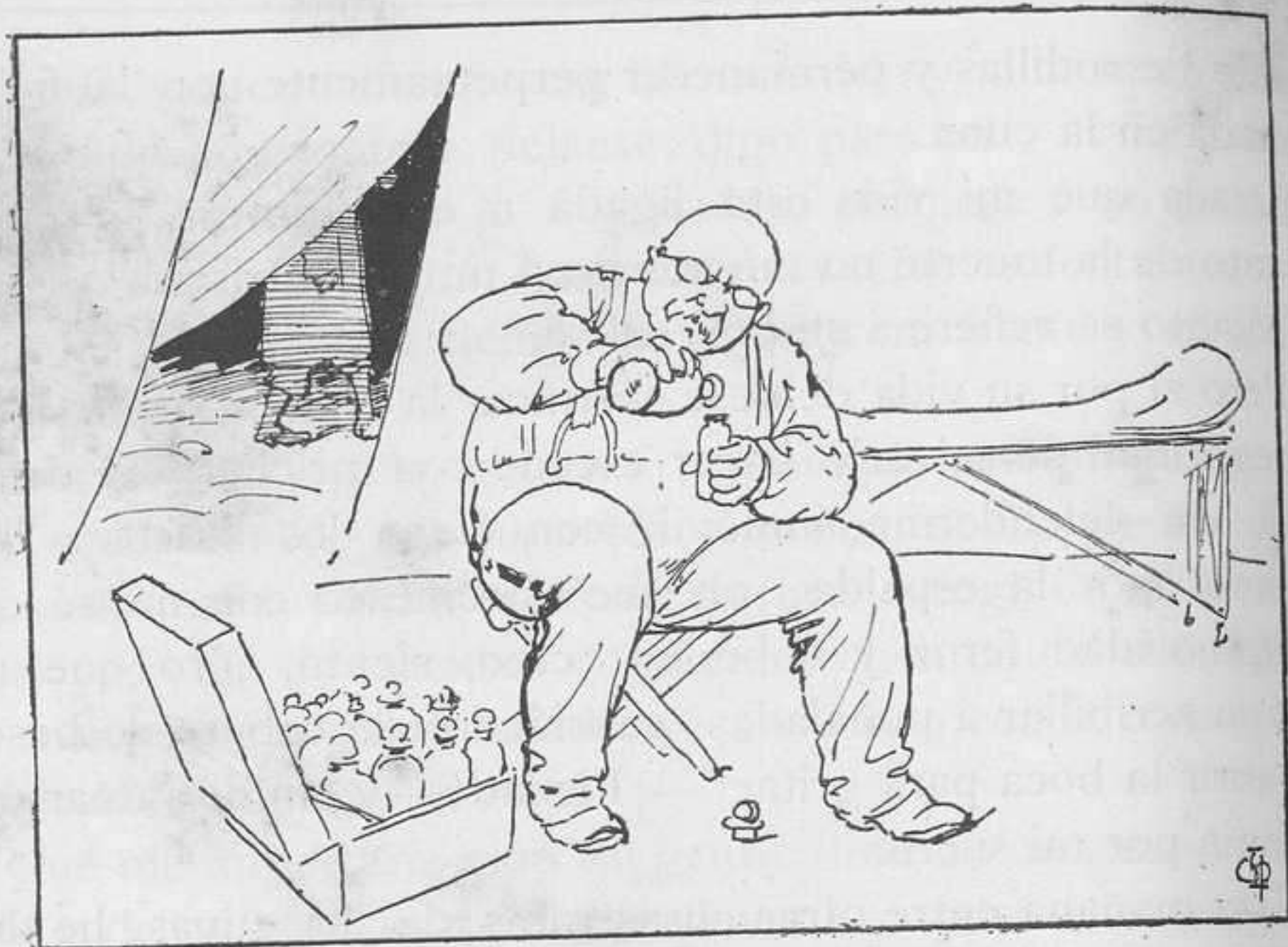
## HUMORADA

Me inspiras compasión, pues dicen que eres  
¡oh infeliz! muy feliz con las mujeres.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



# EL CENTINELA Y EL MÉDICO DEL REGIMIENTO

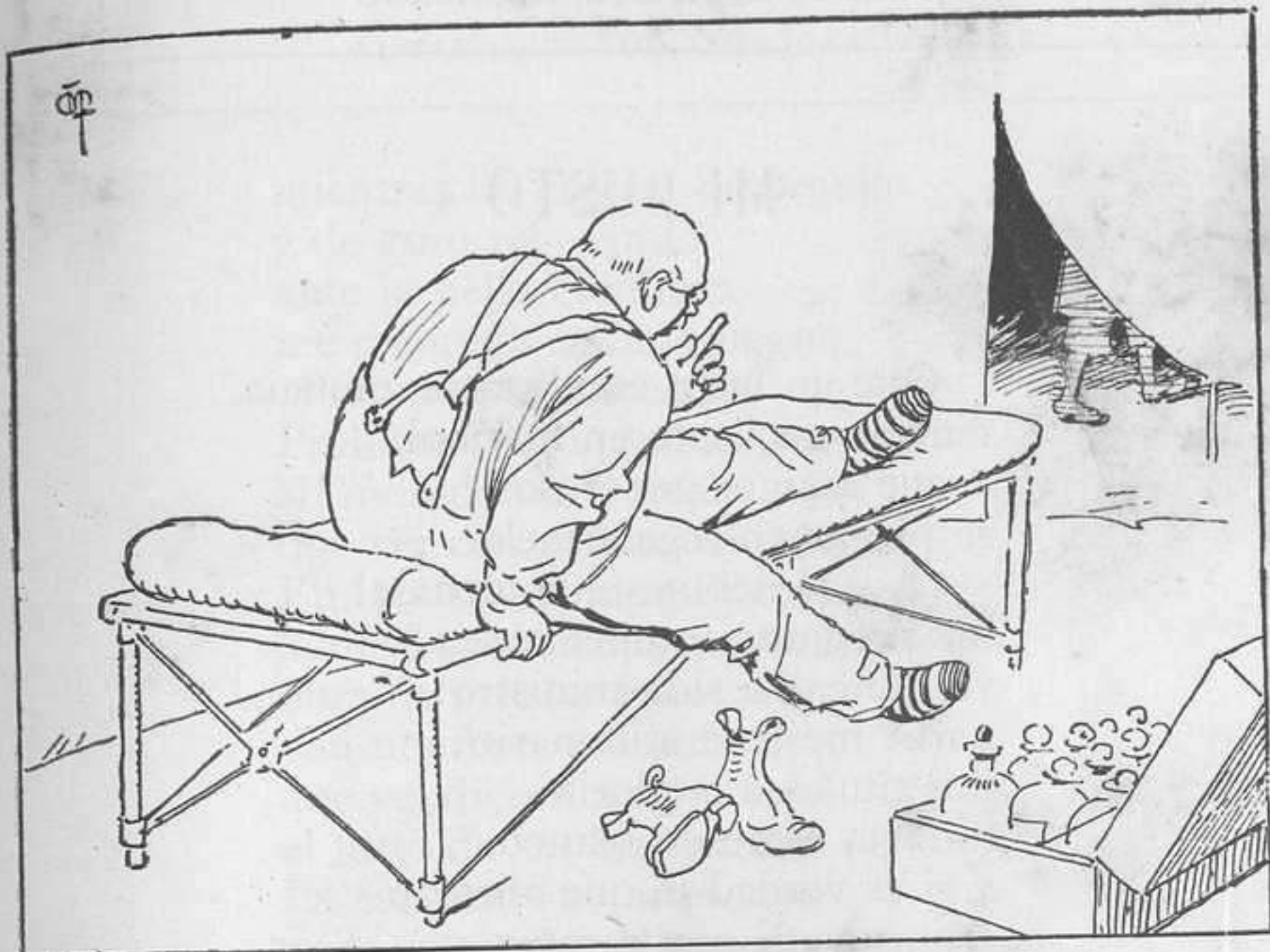


—Con la maldita tos del centinela,  
¿quién diablos va á dormir? ¡ni el más estoico!  
pues antes que pasar la noche en vela,  
voy á ensayar este remedio heroico.



—¡Abre la boca pronto!  
—¡Puf! ¡qué asco!  
¡esto sabe á demonios!  
—¡Toma y calla!  
—¡Pero, doctor! ¡si apuro todo el frasco,  
estallo sin remedio!  
—¡Pues estalla!





— ¡Cesó la tos!... ¡oh efecto sorprendente!  
aunque la envidia sin cesar me acose,  
bien dice el socarrón de mi asistente  
que en medicina, á mí, nadie *me tose*.



— ¿Pasó la tos?  
— ¿Qué tos? si el resfriado  
era, doctor, un compañero mío,  
el mismo á quien yo había relevado,  
antes de darme aquel brebaje impío!



## MI BUSTO

---

Que un buen escultor, se anuncia,  
cincela mi busto en mármol,  
y que amigos generosos  
se proponen regalármelo.  
—¿A qué debo este homenaje?  
me pregunto estupefacto;  
yo nunca he sido ministro;  
nadie me cree millonario;  
mis títulos á la gloria  
todavía están en blanco,  
y si es verdad lo que afirman  
cronistas de cierto rango,  
mi existencia es, en resumen,  
toda un puro descalabro.  
¿Qué pudo, pues, inducir  
á hacerme el presente clásico,  
precisamente en el punto  
en que voy barranca abajo?  
¿Si será por lo ingenioso,  
ó, quién sabe, por lo santo?  
Modestia aparte, me inclino  
á creer haya en esto algo,  
si la virtud se calcula  
por la cuenta de los años,  
y el vivir pobre y sin deudas  
equivale á hacer milagros.  
De ello, sea lo que fuere,  
dejo el comentario á los sabios,  
prefiriendo comenzar  
la cosecha de mis lauros,  
desde que está decidido  
entre tirios y troyanos,  
que si en mi noche no hay soles,  
por lo menos hay relámpagos.  
¡En piedra alba de Carrara  
reproducidos mis rasgos!  
¡Mi casuca ennoblecida  
con marmóreo simulacro!  
¡Oh, ya me imagino el verle  
sobre pedestal de cuarzo!  
maravilla á los sirvientes,  
asombro de mis muchachos,



mientras mi esposa, de orgullo  
y de gozo rebosando  
ante la bella escultura,  
me compara á Carlomagno.  
¿Pero dónde colocarla?  
Problema, de veras, arduo.  
Mi morada nada tiene  
que ver con el Vaticano.  
En la sala, es imposible;  
admite apenas mis cuadros,  
obra de artistas ignotos  
con nombres estafalarios,  
que vendieron á vil precio  
el fruto de sus brochazos.  
La estancia (no artesonada)  
mide sólo seis por cuatro;  
en ella mi biblioteca  
se ha metido por asalto.  
Pocos muebles la decoran,  
(los compré á un *mueblero* vasco),  
sobresaliendo en el porte,  
sin dar cabida á más trastos,  
un venerable instrumento  
con pretensiones á piano.  
¿En el dormitorio? ¡Diantre!  
Produciría un escándalo,  
siendo yo de carne y hueso,  
verme allí petrificado.  
Tampoco en el comedor:  
la mesa, un sofá inválido,  
que más que á la gente, sirve  
de mullido lecho al gato,  
y el morrudo aparador  
donde descansan los platos,  
ocupan con grave aplomo  
de esa pieza todo el ámbito.  
Las demás habitaciones  
que miran vizcas al patio,  
aderezadas no fueran  
á los mármoles de Paros;  
y en la bodega mi imagen...  
¡Primero un pistoletazo!  
Discutiendo en el asunto  
con mi vecino don Pancho,  
un buen criollo, y de consejo,  
me dijo: — Mire, sea práctico;  
por esas y otras razones



de que estoy también al cabo,  
no desaire á las personas  
empeñadas en honrarlo.  
En recibir no hay baldón,  
tratándose de agasajos.  
Si el zorzal canta en el monte  
se le escucha con encanto;  
á la poesía, coronas;  
á la vil prosa, morlacos.  
Acepte el obsequio, es justo.  
¿Que en casa no tiene espacio?  
Pues envíelo al museo,  
ó á una vidriera del tránsito.  
A mi parecer, sería  
lo mejor, que en algún cuarto,  
bien envuelto en una lona  
lo conserve entre sus bártulos.  
Ya usted no está muy mocito;  
somos mortales, don Carlos,  
y si viene la pelada  
no hay tu tía, chancelamos.  
En la Chacarita entonces,  
puestos en el triste caso,  
luciría en un buen túmulo  
su figura de ermitaño.  
Ni faltarían las flores  
á quien las diera á puñados,  
y si el mundo lo olvidaba,  
lo llorarían los pájaros.—  
¡Para cuando yo me muera,  
sobre mi tumba!... ¡canastos!  
Allí sólo vendrá bien  
una humilde cruz de palo.  
Nada, propongo al artista,  
digno á fe de mis sufragios,  
y á las almas candorosas  
que me honran con su entusiasmo,  
por evitar contingencias  
y el dar á la envidia pábulo,  
sin perjuicio de ofrecerles  
mi gratitud hasta en cánticos,  
que pues el busto no está  
concluído aún, en un raptó,  
de inspiración, le transforme  
el escultor, cincel ático,  
en la imagen veneranda  
del gran apóstol san Pablo



y fecho, se la conduzca,  
 si es posible, bajo palio,  
 en solemne procesión  
 á alguna iglesia de campo,  
 ó á la modesta capilla  
 de los padres Escolapios.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

---

## EL GRAN PROBLEMA

---

¡Morir! ¿Y qué es morir? Terrible enigma  
 grabado de la vida en el umbral  
 como meta infranqueable á la esperanza  
 y á la ambición tenaz!

¡Morir! ¡Bálsamo dulce de las penas!  
 ¡Morir! ¡Gota amargante del placer!  
 ¿Es acaso acabar toda existencia,  
 ó es empezar á ser?

¿Es fría soledad, plácido sueño,  
 reposo corruptor, triste quietud?  
 ¿O es romper la crisálida envolvente  
 y transformarse en luz?

¿Sigue al postrer clamor silencio eterno,  
 ó un cántico de triunfo y galardón?  
 ¿Tras la tumba hay las aguas del olvido,  
 ó el filtro del amor?

La inapagable sed que al hombre inflama,  
 ¿es inquietud de fiebre pertinaz,  
 ó atracción poderosa con que tira  
 del alma la Verdad?

Signa la fe con su celeste dedo  
 la tumba como puerto salvador,  
 pero ¡ay! que al acercarse al negro borde  
 vacila la razón.

¿Es duda ó es espanto? En vano, en vano  
 interroga á la ciencia con afán;  
 la ciencia ignara, como helado esfinge  
 no responde jamás.

¡Ah! Para hacer tus luchas meritorias,  
 demente humanidad, ha dicho Dios:  
 — Te daré los secretos de la vida;  
 los de la muerte, no.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.



## LA SEÑORA Y LA DONCELLA



—¿Cómo te llamas?

— Andrea,  
y aun cuando no es, por fortuna,  
mi cara del todo fea,  
soy juiciosa, y... ¡vamos! crea  
que no tendrá queja alguna.

—Pues si eres trabajadora,  
puedes quedarte desde ahora  
á mi servicio.

—¡Qué gozo!  
y dígame usted, señora,  
¿el señorito es buen mozo?



## IDILIO

(DE «PEREGRINACIONES DE UNA ALMA TRISTE»)

Departiendo así, sentadas bajo el algarrobo al lado del fuego, la puestera acabó de asar en una brocha de madera un trozo de vaca; vació en una fuente de palo santo el tradicional *ápi*; molió en el mortero, rociándolos con crema de leche, algunos puñados de *mistol*, y he ahí hecha la más exquisita cena que había gustado en mi vida, y que ella sirvió sobre un cuero de novillo extendido al lado de la lumbré. En seguida fué á llamar á su marido y á mis conductores, que platicaban sentados al sol poniente; y acomodados, como pudimos, en torno de la improvisada mesa, hicimos una comida deliciosa, sazonada con la inocente alegría de los niños y los chistes espiritualísimos de los dos elegantes gauchos.

El huerfanito se hallaba entre la puestera y yo. Aunque la buena mujer lo miraba con la misma ternura que á sus hijos, había en la actitud del pobre niño cierto encogimiento, y en la mirada que alzaba hacia su bienhechora, una triste sonrisa...

La algarabía de los niños y el alegre canto de las charatas, me despertaron al amanecer del siguiente día.

Mis compañeros tomaban mate sentados al lado de una gran fogata, en tanto que se asaba sobre las brasas el inmenso churrasco que había de servir para su almuerzo.

Nuestros caballos ensillados, pero libres del freno, pastaban la grama salpicada de rocío, que crecía en torno de la casa.

La puestera coció una torta debajo del rescoldo; ordeñó á dos vacas, y me dió una taza de apoyo con sopas, desayuno exquisito que no había probado yo hacía mucho tiempo.

Eran apenas las siete de la mañana, y ya aquella excelente madre de familia había barrido su casa, arreglado los



cuartos, lavado y vestido á sus niños, molido el maíz, puesto las ollas al fuego, regado la sementera y sentándose al telar.

Nada tan plácido como la vida doméstica entre estos sencillos hijos de la Naturaleza, para quienes la felicidad es tan fácil de conquistar.

¿Un mancebo y una muchacha se aman? Únense luego en matrimonio, sin preocuparse de si ella no tiene sino una muda de ropa y él su *apero* y su *chiripá*.

¿Qué importa? La joven novia lleva en dote manos diestras y un corazón animoso.

Danzado el postrer *Cielito* de la boda y apurada la última copa de *aloja*, el novio deja la casa de sus suegros llevando á la desposada en la grupa de su caballo y va á buscar al abrigo de alguna colina ó en la ceja de un bosque el sitio de su morada.

Los vecinos acuden. Las mujeres ayudan á la esposa á confeccionar la comida, los hombres al marido á cortar madera en la selva.

Unos plantan los horcones, otros pican paja; éstos hacen barro; aquellos atan las vigas con lazos de cuero fresco que cubren con cañas y barro preparado, echándole encima una capa de juncos.

Y he ahí la casa pronta para recibir á la nueva familia.

Los vecinos se retiran dejando prestado á él un par de bueyes y una hacha; á ella dos ollas, dos platos y dos cucharas.

El marido corta tuscas en las cañadas inmediatas, las trae á la rastra y forma con ellas el cerco del rastrojo; ara la tierra y siembra maíz. Ella siembra en torno al cerco algodón, azafrán, zapallos, melones y sandías. Toma luego arcilla negra, la amasa y hace cántaros, ollas, artesas y platos. Sécalos al sol, los apila en pirámide cubriéndolos de combustibles, los quema; y he ahí la vajilla de la casa.

La sementera ha crecido; las flores se han convertido en choclos, maíz, zapallos, sandías y melones.

He ahí el alimento que consumen y venden para comprar tabaco, hierba, azúcar, velas y el peine de un telar.

El algodón y el azafrán maduran; abre el uno sus blancas



bellotas, el otro las suyas color de oro. La nueva madre de familia los cosecha. Su ligera rueca confecciona con el uno, desde el grueso pábilo hasta la finísima trama del cendal, que ella teje para sus vestidos de fiesta; de la estofa con que arregla los de su marido, desde la bordada camisa hasta el elegante chiripá teñido color de rosa con las flores del azafrán.

Diciembre llega, y con el cálido sol de este mes la dulcísima algarroba y el almibarado mistol, que la hija de los campos convierte en patay, pastas exquisitas, que quien las ha gustado prefiérelas á toda la respostería de los confiteros europeos.

De todo esto vende lo que le sobra; con ese producto compra dos terneros *guachos*, y plantea con ellos la cría de ganado vacuno. Poco después, merced á las mismas economías, adquiere un par de corderitos; la base de una majada, con que más tarde llena sus zarzos de quesos y su rueca de blanca lana, á la que da luego por medio de tintes extraídos de las ricas maderas de nuestros bosques los brillantes colores de la púrpura, azul y gualda que mezcla en el urdimbre de *ponchos* y cobertores.

Y cuando el trabajo de la jornada ha concluído, llegado la noche, y la luna desliza sus rayos al través de la fronda de los algarrobos del patio, la hacendosa mujer tórnase una amartelada zagala y sentada en las sinuosas raíces del árbol protector, su esposo al lado y entre los brazos la guitarra, cántale tiernas endechas de amor...

—¡Qué feliz existencia!—pensaba yo, alejándome de aquella poética morada.

Tal fuera mi suerte, si antes que despertara el corazón, no me hubiesen arrancado al suelo de la patria. Unida á uno de sus hijos con el triple vínculo de las ideas, las costumbres y el amor, mis días habrían corrido tranquilos como ese arroyuelo que susurra entre la grama.

Y volviendo una mirada al tormentoso pasado, mi labio murmuraba la doliente exclamación de Atala:—¡Felices los que no vieron nunca el humo de las fiestas del extranjero!...

JUANA MANUELA GORRITI.



## LA MUNDANA



— ¡Qué cuerpo tan elegante  
y qué contornos tan puros  
los de tu bella inconstante!  
¿cuánto tiempo fué tu amante?  
— Durante cinco mil duros.

## PROFESIÓN DE FE

De mi vida en el trágico sainete  
soy para Dios, que el Universo guía,  
un sabio, á quien le basta en su agonía,  
saber que dos y cinco suman siete.

En comer y engordar como un zoquete,  
se funda mi mejor filosofía,  
y en sus ansias de luz, al alma mía,  
le sobra con la luz del Padre Astete.

Corran otros en busca de las bodas  
que al aire el mármol de su pecho esbelto  
les brinda el coro de las gracias beodas.

Amo la soledad, y estoy resuelto  
á darme el lujo de morir envuelto  
en el sayal de mis virtudes godas.

J. J. GARCÍA VELLOSO.



## EL PUESTERO

---

Del Salado á la mansa amena orilla  
se levanta la rústica cabaña  
del humilde *puestero*; y tan sencilla  
de paja, barro y caña,  
sobre toscas *tijeras* construida,—  
es así de su dueño tan querida.

---

Con el sudor de su tostada frente  
mezclado ha sido y amasado el barro;  
y al humo de su hogar resplandeciente  
fuma en paz su cigarro,  
en tanto que su amante compañera  
trenza al alba su negra cabellera.

---

No el suave olor del oriental perfume  
se extiende por la plácida morada;—  
mas la *visnaga* que el hogar consume  
da aroma delicado;  
mientras el aire y la luz de la mañana  
penetran por la rústica ventana.

---

Brilla el fuego y chispea alborozado...  
con alegre rumor en la caldera  
el agua suena; *el mate* regalado  
prepara la puestera;  
y uno *él*, otro *ella*, van tomando  
la sabrosa bebida paladeando.

---

Fulgente sol los campos va vistiendo  
de variado matiz y resplandores,—  
van su aroma las flores esparciendo;  
y cántiga de amores,  
con dulce voz y música süave,—  
en el pajizo techo ensaya el ave.

---

Bala el cordero en el corral cercano,  
el potro negro, de su dueño orgullo,  
cerca, ensillado ya, relincha ufano;  
y el tranquilo murmullo  
del Salado que corre, este concierto,  
este canto completa del desierto!...

---







CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



Arrigo Boito

EMINENTE MAESTRO COMPOSITOR ITALIANO



## ARRIGO BOITO

Cábele á Boito la gloria de ser un poeta de elevada inspiración, original y lleno de espontaneidad, hábil libretista, á la vez, é incansable propagador de la estética de Wagner en Italia; cábele, también, la satisfacción de haber escrito la ópera *Mefistofele*, que influyó en su país, hasta cierto punto, en el abandono de la gastada tradición, haciendo que la moderna escuela musical italiana entrase, decididamente, en el camino señalado por los progresos del arte.

Arrigo Boito, músico, poeta y crítico, nació en Padua en 1842, á 24 de Febrero. Hijo de un reputado pintor veneciano y de una dama de la aristocracia polaca, pasó en el país natal los primeros años de su vida, hasta que en el mes de Noviembre de 1853 se decidió á ingresar en el Conservatorio de Milán, con ánimo de proseguir y encauzar los estudios musicales en que se había ya anteriormente iniciado, poniéndose bajo la dirección del celebrado maestro Mazzucato durante nueve años.

Terminados todos los estudios, salió del Conservatorio allá por el año de 1862, después de haber ganado, junto con Franco Faccio, el premio extraordinario por el Oratorio titulado, *Le Sorelle d' Italia*, letra compuesta por Boito, y la música por Faccio y Boito juntos. El premio extraordinario consistía en una pensión concedida por el gobierno italiano, y con ánimo de disfrutarlo y estudiar á la vez los adelantos del arte musical, los dos inseparables amigos emprendieron juntos un viaje por las principales naciones de Europa.

Mientras Boito estudiaba en el Conservatorio habíase ensayado en el cultivo de la poesía y en el de la crítica musical. Una de las obras poéticas que produjo en aquella época, un poema, titulado *Re Orso*, tuvo el don de apasionar al público, provocando vivas discusiones, y llamar la atención del mundo literario que señaló con gusto las excepcionales y raras condiciones de ingenio que poseía su autor.



Mientras cultivaba con tan buena suerte la literatura empezó á escribir el libro y la música de una ópera sobre el gran poema de Goethe, *Fausto*, que bautizó con el nombre de *Mefistofele*, por la importancia que en el plan del libreto había adquirido este personaje y para que pudiese distinguirse entre tantas obras escritas sobre el mismo asunto y con el título de *Fausto*, que no son pocas en la historia de la música.

La audición del *Faust*, de Gounod, descorazonó bastante al joven compositor y le hizo cambiar toda la acción del libro añadiéndole el *Prólogo*, cuya escena pasa en el cielo, y una segunda parte, igualmente compuesta, como el *Prólogo*, siguiendo el plan ideado por Goethe.

Aventurarse un artista músico durante los últimos treinta años de nuestra época en la vía del drama lírico, mal explorada por los compositores italianos, aferrados, casi todos ellos, á lo tradicional, que exigía fuerte y honda remoción, equivalía á asegurar su desventura.

Tal aconteció á Boito en su afán de tentar y explorar nuevos horizontes. La aparición de su *Mefistofele* en el teatro de la *Scala* de Milán, allá por el año de 1868, conturbó al público que se desató en improperios contra la obra, su autor y las tendencias de la escuela moderna.

Boito sintió hondamente el fracaso de su obra y este suceso le inclinó á dedicarse con nuevo ahinco al cultivo de las letras. La guerra del año 1866 sugirió á Boito y á su fiel amigo y condiscípulo Faccio alistarse, junto con otros compañeros, en el primer regimiento de voluntarios de Garibaldi.

Algún tiempo antes había escrito Boito el libro de una ópera, *Hamlet*, cuya música compuso Faccio. Representóse con éxito en 1865 en Génova, aunque no fué bien recibida, pocos años más tarde, cuando en 1871 se reestrenó en la *Scala* de Milán.

Cúpole suerte bastante singular á una ópera que Boito escribió sobre el conocido asunto mitológico, *Ero e Leandro*. Teníala á punto de terminar cuando á consecuencia del fracaso del *Mefistofele* destruyó la composición musical cediendo el libro á otro compositor, al célebre Bottesini, el afamado



contrabajista que no han olvidado los viejos *dilettanti* de Europa y América.

Escribió luego para el compositor Coronaro el libro de *Un Tramonto* y para Ponchielli el de la *Gioconda*, que Arrigo Boito firmó con el anagrama *Tobio Gorrio*.

Sonó, para Boito y para su ópera *Mefistofele*, la hora de la rehabilitación, que alcanzó un verdadero y muy sonado triunfo cuando fué representada de nuevo en Bolonia el año 1875, previamente modificada en el fondo y en la forma.

En 1877, el editor Casanova, de Turín, publicó un libro de versos, de Boito (*Il libro dei versi*), que, además del *Re Orso*, el poema antes mencionado, contiene varias obras líricas, algunas de las cuales fueron editadas anteriormente en Stuttgart.

Aparte de las obras indicadas, ha escrito los melodramas *Farnese*, *Iram*, *Zoroastro* y *Otello*, destinado al célebre maestro Verdi; las novelas *L' Alfier nuovo*, *Il pugno chiuso*, *Iberia*, *Horror*, é *Il trapezio*: ha traducido infinidad de poesías de Musset, Moore y Lamartine: ha vertido admirablemente al italiano los poemas de Wagner, *Rienzi*, *Tristano e Isota*, y se dice que persiste trabajando en la composición de su ya famosa ópera *Nerone*, tantas veces anunciada y que desde largo tiempo se aguarda con impaciencia.

En la actualidad, Boito acaba de escribir el libro destinado á Verdi, *Falstaff*, que será la ópera llamada á coronar la vida artística del ilustre compositor, gloria de la Italia contemporánea.

Boito ha dado ya á Verdi dos ocasiones para desarrollar bajo formas más modernas las situaciones escénicas de las dos mentadas obras de Shakespeare, dramáticamente en el *Otello* y cómicamente en *Falstaff*, pruebas de mayor excepción en honor de nuestro biografiado que, en efecto, reúne, como nadie, una gran ductilidad de ingenio, profunda cultura literaria y musical, gran conocimiento de los efectos escénicos y, por extensión, los que tienen relación con el drama lírico y sus modernas tendencias.





## EL CANTO DEL POETA

Á JOSÉ MARÍA ELIA

¡Más allá! ¡Más allá! Sobre esa nube  
cortina inmensa que en los aires flota,  
entre el fragor de la tormenta, sube  
como de un himno la postrera nota.

¡Más allá! ¡Más allá! Donde en la niebla  
la mirada de Dios relampaguea  
donde su aliento los espacios puebla,  
donde gimiendo el huracán rastrea;

¡más allá! donde el cóndor de las breñas  
esconde el pico entre las pardas alas,  
allá, do tanto en tus delirios sueñas,  
¡sube, poeta, á desplegar tus galas!

Allá está el sol, gigante reverbero  
colgado al pie del solio del Eterno,  
¡el sol! ¡de vida colosal venero  
que derrite las nieves del invierno!



¡El sol! de fuego cristalino río,  
de los mundos espléndido tesoro,  
que se arrastra en el cauce del vacío  
como un arroyo sobre arenas de oro.

Allí entona tus trémulas querellas,  
allí los himnos de la fe levanta  
entre el polvo de fúlgidas estrellas  
que brota del Creador bajo la planta

Allí el alba despierta de su sueño,  
como una virgen de rubor velada,  
y allí la tempestad con torvo ceño  
va á dormir en su lecho fatigada.

Allí la noche vierte sobre el mundo  
su regalado aliento de rocío;  
allí la luna con afán profundo  
se mira en el cristal del manso río.

Allí los astros, en ignoto idioma,  
modulan sus estrofas de armonía,  
y la sonrisa de la luz asoma  
como ensueño de amor y pöesía.

Allí los siglos en montón rehuyen,  
la eternidad teniendo por alfombra,  
como olas que se empujan y destruyen...  
¡connubio de la vida con la sombra!

Canta allí tu ardoroso devaneo,  
las creaciones que forja la ventura,  
la imagen vaporosa del deseo,  
la esperanza de mágica frescura.

Canta el amor con su divino anhelo,  
la fe con su gigante poderío,  
¡la fe, que á su calor, acá en el suelo,  
edén se torna el páramo sombrío!

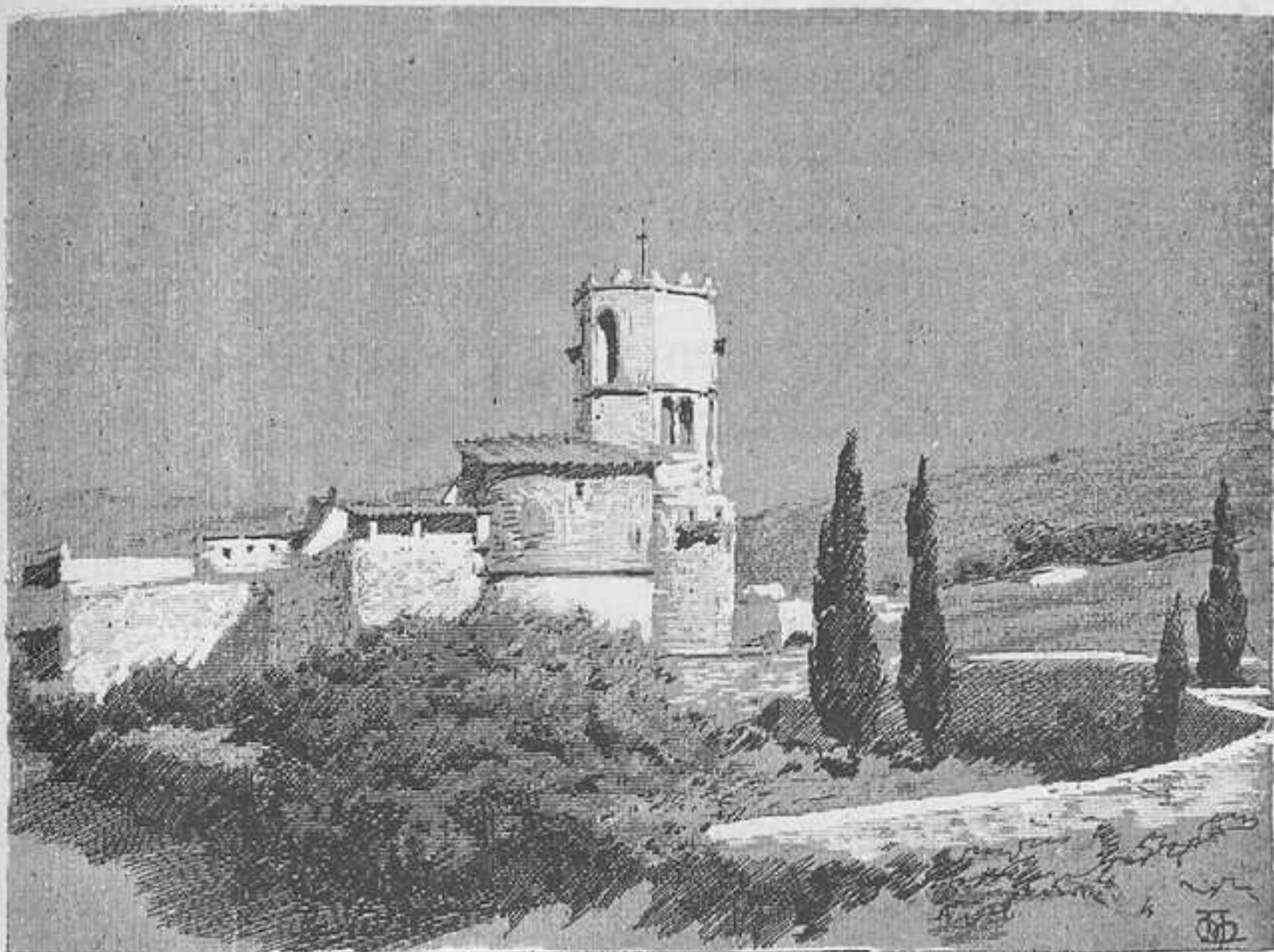
Vierte, poeta, el inmortal destello  
que en tu robusto corazón chispea,  
de la eterna verdad y de lo bello  
fecundo efluvio, vigorosa idea.

No cantes las blasfemias del hastío  
no cantes del dolor la árida duda;  
antes que hablar del descreimiento impío  
¡péguese al paladar la lengua muda!

OLEGARIO V. ANDRADE

Gualequaychú, Julio 3 de 1864.





## HORAS MELANCÓLICAS

### EL DÍA DE LOS MUERTOS

#### I

En lo alto del blanco campanario tañe lánguidamente, con su lengua vibrante, el bronce melancólico, llamando á los fieles á orar por los muertos...

Flota en el aire algo como un perfume de oración, de silencio y de reposo.

El sol, que cae á plomo sobre las blancas avenidas del cementerio, parece, con su pesadez de fuego, asociarse al duelo de los creyentes.

Los altos cipreses, con sus rígidas y verdinegras hojas, semejan inmóviles fantasmas que guardan, con solemne postura, la inmensa quietud de las heladas tumbas.

Todo está triste, pero en el fondo de esa tristeza que gime plañidera y melancólica, se siente algo como una nota de consuelo que levanta el espíritu, algo como una suprema aspiración de los dolientes, que dicen:



—¡Voy á orar por mi madre!...

Es cierto que la tierra sepultó sus despojos, es cierto que su espíritu voló á los espacios infinitos, es cierto que su voz no consuela ya nuestras horas de dolor y de amargura; pero ella vive en nosotros, ella alienta en nuestra imaginación, ella existe viva y latente en nuestro corazón, eternamente agradecido á sus halagos cariñosos...

¡Madre mía! ¡mírame de hinojos ante tu tumba, pidiendo para tí, en premio de tus bondades, la suprema dicha de los cielos, la quietud eterna para tu espíritu superior!

## II

Las calles del cementerio se pueblan silenciosamente. Todos hablan en voz baja. Los ojos de los que llegan están rojos por el llanto. Las ropas que cubren sus cuerpos son negras y negras son las angustias que oprimen su corazón.

Traen en la mano coronas de siemprevivas simbólicas. Es la flor de las tumbas, porque es la flor que expresa el duelo inextinguible. ¿Por qué tienen todos el rostro pálido? ¿por qué sus labios se mueven imperceptiblemente? ¿por qué su paso es mesurado? ¿por qué los negros crespones ocultan el oval de la cara y sus pliegues ondulantes caen sobre el pecho, escondiendo la forma humana? Es que cuando se viene á orar, el alma se pone en contacto íntimo con Dios y Dios no aspira á ver los cuerpos, sino que impera grandiosamente sobre la pureza de los espíritus.

¿Acaso la oración es el acto pueril y material de repetir las palabras huecas escritas por los hombres? — ¡No! — La oración pura y sacrosanta no se escribe; — brota del alma, como brota á torrentes la luz del astro magnífico, y no tiene forma, ni colorido, ni expresión, ni acento, sino que es algo dulcemente tierno; es una angustia serena y suave que palpita en nosotros, que nos abrasa, que enciende nuestro ser y le quema con un fuego de sagrado misticismo, que nos aparta de la tierra y que sólo nos hace volver á ella cuando



dos lágrimas, mal contenidas por una emoción y un estremecimiento involuntario, ruedan ardientes por nuestras mejillas...

¡Y en lo alto del blanco campanario la lengua vibrante de la campana dobla por los muertos!

### III

Sobre la tradición de las cosas terrenales que se transmite de un pueblo á otro pueblo, de una edad á otra edad, de una raza á otra raza, está la tradición del espíritu, que no se borra, que no se apaga, que no se hunde en el sepulcro misterioso del olvido,—ese gran pecador de la humana especie,—y que hace revivir el recuerdo de los que fueron, para quienes la antorcha sagrada arde perpetuamente en el alma de la humanidad entera, cualesquiera que sean sus dogmas, sus creencias, sus preocupaciones de secta ó de religión.

Todo se acaba y todo muere en la tierra, porque en el engranaje de los siglos ruedan todos los afectos, todas las glorias, todos los triunfos, todas las derrotas, las cosas bellas y las cosas malas, el odio y el amor;—la Historia trueca sus rumbos rectos, la Fama oculta y niega sus esplendores á quien los mereció, el Tiempo gasta con su roce imprudente el monumento ciclópeo;—pero vive siempre y no se pierde nunca ese sagrado afecto por los muertos, que todos sentimos, desde la cuna hasta los postreros momentos de nuestra vida; ese respeto incomparable y santo que nace espontáneo en el alma y que no concluye sino en la tumba;—donde irán á orar por nosotros aquellos que recibieron el ser, de la savia de nuestra vida, de la fuerza de nuestra sangre.

Ellos orarán por nosotros, como nosotros hemosorado por nuestros padres... una lágrima vertida al pie de una tumba, una flor arrojada sobre el mármol helado, una plegaria murmurada con los labios temblorosos serán la única ofrenda que recibamos después de todos los sacrificios de una vida entera de dolores, pero esa ofrenda será tan grande y tan magnífica, como son grandes los goces supremos de la vida superior...



¡Para ellos, como para nosotros, la lengua vibrante de la campana, tañendo en lo alto del blanco campanario, será la señal de que deben ir á orar por los muertos!...

#### IV

Los que han perdido todos los seres que daban calor, luz y alegría á su hogar; los que se hallan solos en el mundo; los que tienen que vivir espiritualmente de afectos falsos y de caricias mentidas; los que,—como las almas condenadas al martirio eterno,—tienen que arrastrar su vida paso á paso, sin más cariños que los que su mente les crea, esos mártires de las crudas rudezas del destino, son los que deben sentir el más grande y el más supremo de los consuelos de la tierra, en el momento en que oran por el alma de los muertos!...

¡Qué dulce, qué inefable, qué sublime bálsamo se halla en la oración, cuando la oración nace del alma, cuando el cuerpo se aparta del suelo para penetrar en los inescrutables misterios de las cosas divinas!...

Todo cambia y todo se transforma en las cosas que nos rodean; el aire que se respira, la gente que cruza ante nosotros, los árboles tristes y melancólicos, los ruidos misteriosos y extraños que se escuchan, en medio del silencio majestuoso y solemne del cementerio, todo lo que podemos ver y todo lo que podemos tocar, se asocia á nuestro espíritu de una manera invencible, en una comunión extraña, pero místicamente pura, dulcemente saludable, cariñosamente afectuosa.

La indiferencia misma del sepulturero, frío ante los millares de cadáveres que deposita en la fosa, cede ante esa suprema atracción del espíritu, y no será extraño verle también cerca del muro agrietado de la ciudad de los muertos, doblar la rodilla al pie de la huesa abierta, donde yace un ser querido para él, y que la mano despiadada del destino le arrebató.

Y también él oía con el fervor sagrado de los espíritus serenos que saben pagar su tributo á los muertos, ese tributo



que se impone al alma con la fuerza irresistible de las cosas superiores.

La campana tañe melancólicamente en lo alto del blanco campanario y llama á los creyentes á orar...

Que su voz plañidera, vibrando temblorosamente en los espacios, sea escuchada por todos los que perdieron algún ser querido en la tierra...

Llama á orar por los muertos, y sólo pide una lágrima y una flor para los que fueron...

*¡Date lilia, date lilia!* ¡arrojad los lirios á manos llenas, que su perfume llegue hasta los cielos envuelto en el perfume santo del recogimiento y de la oración!...

PABLO DELLA COSTA.

---

## A UN HISTORIADOR

---

Severo historiador, tu pluma esculpe  
y en tu escrito realzas la figura.  
Tus frases iluminan  
y tu estilo fulgura.

A tus pies, como heridos por el rayo,  
caen ó se postran, déspotas y pillos;  
y con tu hierro marcas  
á siervos y á caudillos.

Y si llevas la antorcha de tu mente  
á ese fango, en el lodo no la ocultas;  
no ofendes á la víctima  
ni á su verdugo insultas.

Y tu obra, que es austera, es obra humana,  
nos educa y mejora y fortalece!  
Y, sol de nuestras noches,  
tu mente resplandece.

GUILLERMO MATTA.



## CONFIDENCIAS



—¿Conociste á Inés Folgado mucho antes de haberla dado al pie del altar el sí?

—No, chico: *la conocí...* después de habernos casado.



## EPIGRAMA

—Me he batido con Andrés y le he dejado en el sitio.

—¡Pero si acabo de verle y está tan bueno y rollizo!

—Sí, estará, mas juro á usted que *le dejé*, como digo, en el sitio, pues me fuí antes que él, con mis padrinos.



## DE VUELTA

---

— Vén á recorrer conmigo  
la hermosa ciudad en donde  
contigo feliz crecí,  
y la que un recuerdo, amigo,  
en cada mansión esconde  
para mí.

---

— Olvidas que el tiempo pasa,  
y que el pueblo en que naciste  
tanto progresando va,  
que apenas queda una casa  
de las que tú conociste  
tiempos há.

---

— ¿Ni la mía? — Ni la tuya.  
Fuerza es que todo concluya.  
Hoy en su solar descuella  
una mansión poderosa.  
— ¡Mas no será tan hermosa  
como aquélla!

---

— Triste es ver desvanecidos  
esos recuerdos tan puros  
que aquí pensabas hallar.  
— Ya me son desconocidos  
en mi patria, hasta los muros  
de mi hogar.

---

No es éste mi pueblo amado;  
será mejor, si tú quieres,  
mas no es aquél. — Algo dura  
eterno que no ha cambiado:  
la gracia de las mujeres,  
su hermosura.

---

— No las hallo tan hermosas.  
— Porque has perdido las vanas  
ilusiones del deseo.  
— Pero ahora son virtuosas.  
— Para tí, que peinas canas,  
¡ya lo creo!

---



Por eso escépticos fuimos  
 todos en la juventud,  
 cuando era fácil vencer;  
 cuando ya no conseguimos  
 creemos en la virtud.

— ¡Puede ser!

— Antes, faltas de consejo,  
 con miraditas amantes  
 á los hombres provocaban.

— Es que ya estás feo y viejo  
 y no te miran como antes  
 te miraban.

— Reniego de la franqueza,  
 que es una virtud salvaje;

¡qué afán de llamarme antiguo!

— ¿También á cansarte empieza?

— Bueno es usar un lenguaje  
 más... ambiguo.

Pero dime: ¿y mi Tomasa,  
 aquella constante bella  
 que me quiso todo un mes?

— Mírala, por allí pasa.

— ¿Esa horrible vieja es ella?

— Esa es.

— 'Todo degenera, todo,  
 los dulces, aquellas frutas  
 de sabor tan exquisito...

— Eso está del mismo modo;  
 pero tú ya no disfrutas  
 de apetito.

No hay salsa más excelente  
 que el apetito asombroso  
 de la niñez. — Es verdad;  
 ni belleza que no aumente  
 el prisma maravilloso  
 de esa edad.

Todo lo abrillanta y dora  
 nuestra dicha. — Y hallas triste  
 cuanto alegre parecía,  
 porque al contemplarlo ahora



dentro de tí ya no existe  
la alegría.

—¿Cómo tenerla, si ya  
desapareciendo va  
cuanto mi alma formó?  
De mis parientes, ninguno  
aquí queda; amigos... — Uno,  
que soy yo.

—Mas, aclara este misterio:  
estos barrios no existían;  
¿no hubo un cementerio allí?  
—Ya no existe el cementerio  
donde tus padres dormían.  
—¡Ay, de mí!

¡Patria! yo te adoro, pero  
soy aquí más extranjero  
que en extranjera nación.  
Si cuanto adoré perdiste,  
desierta estás para el triste  
corazón.

1891.

F. LÓPEZ BENEDITO

## FILOSOFÍA

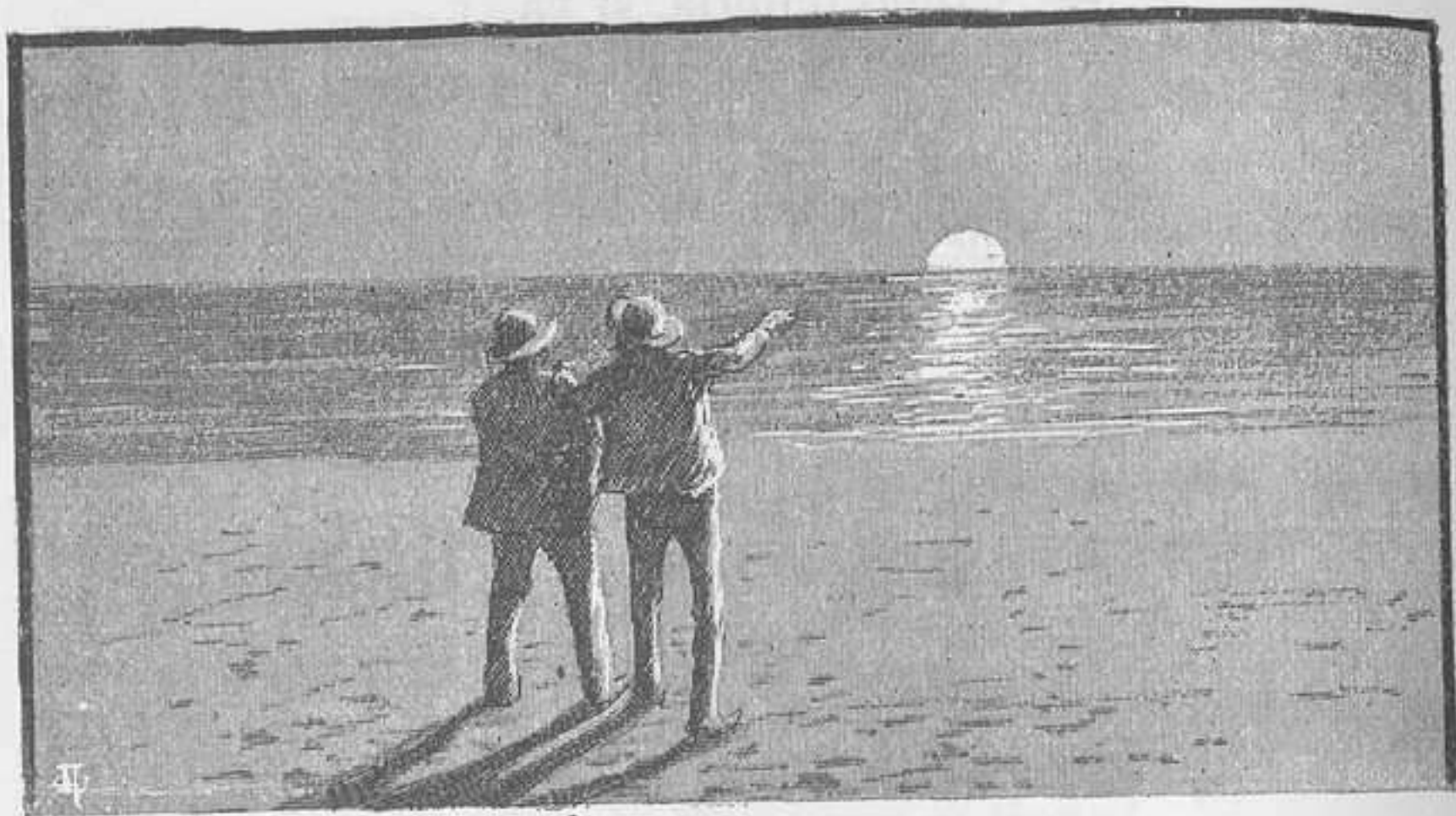
*La nada de la nada: eso es la muerte.*  
¡Pardiez, que me divierte,  
porque me deja á oscuras,  
filósofos germanos, vuestra ciencia!  
En Dios y en mi conciencia,  
vuestras definiciones son locuras.  
¡Y con un tono lo decís tan serio  
tan rotundo y enfático!  
Eso es hablar, señores, del misterio  
como de algún axioma matemático,  
así como quien cuenta  
que veinte y veinte más suman cuarenta.

La premisa sentada  
que la muerte es la nada de la nada,  
corolario:—la vida, caballeros,  
¿será una inmensa sucesión de ceros?

RICARDO PALMA.



## ASTRONOMÍA



—¿Conque usted opina, Martos, que está habitada la luna?

—Sí, señor; sin duda alguna.

—¿Por qué?

—Porque tiene *cuartos*.

## EL HOMBRE DE HOY

### SONETO

Nace, y á pechos de alquiler se cría,  
salvo si por pezón logra un mendrugo,  
crece, y exprime de la ciencia el jugo,  
mixture de agua chirle y ambrosía.

Huyendo la razón serena y fría  
busca en el apetito su verdugo,  
y del vil interés, dócil al yugo,  
siente, piensa, discute y desafía.

Le aguardan en su senda de amargura,  
si es pobre ó malo, el hambre y el presidio;  
si es soñador, la anemia ó la locura;  
si es dichoso, la gota y el fastidio;  
si no tiene esperanza ni ventura,  
la protesta del débil: ¡el suicidio!

MANUEL DEL PALACIO.



# LA SEÑORA DE ROSABLANCA

## I

—Sí, amigo mío, exclamó la señora de Rosablanca, cerrando su abanico violentamente; desearía que me ocurriera algo extraordinario, algo que rebasara los límites de lo vulgar que me rodea por todas partes. Me fastidia soberanamente esta existencia monótona... En el bosque hay un recodo que veo todos los días, antes de comer, y en el cual hay siempre un caballero, que me saluda de un modo tan cortés como insoportable... ¡Daría cualquier cosa por no ver al caballero, ni pasear por el recodo del bosque! Todos los bailes á que asisto son iguales. Todas las comidas á que me invitan son idénticas, tanto en lo que se refiere á los gestos y conversaciones de los invitados, como en lo que atañe á los platos que componen el *menú*. Nuestros cocineros son como nuestros poetas: les falta imaginación; de lo que resulta que los estómagos más delicados acaban por estar hambrientos de sopa de coles. Tocante al amor, estoy convencida de que en todas partes es lo mismo. Las mujeres que cambian de amantes, se toman un trabajo inútil. No hay otra variedad que la de decir «Enrique,» en vez de «Carlos» ó «Avelino.» Yo soy amada, puesto que no soy fea... Pues bien: á todos los que me adoran se les ocurre la idea de enviarme ramilletes, que unas veces son de rosas ó gardenias y otras de... gardenias ó rosas. Y todos los ramilletes salen de casa de la misma florista y ostentan en su envoltura la misma estampilla de lacre azul. Parece que todas las pasiones que inspiro están sujetas á un régimen inalterable, como el que se usa en los presidios y en los cuarteles... ¡Oh! me desespera tanta monotonía...

Hizo la hermosa rubia una pequeña pausa, acortó la distancia que la separaba de su visitante y prosiguió:



—El deseo de salir de este círculo de vulgaridades en que vivo, me hace á veces pensar hasta en el crimen... Producir en la multitud un movimiento de asombro, de estupefacción, es mi sueño dorado, sueño que acaricio muchas noches, mientras finjo escuchar, desde mi palco de la Ópera, el dúo de *Los Hugonotes* ó el aria final de *Norma*, y mientras que, desde todos los ámbitos de la sala, me saludan los hombres y me critican despiadadamente las mujeres... Todo esto que digo le parecerá á usted una colección de extravagancias ¿no es verdad? Pues bien: seré todo lo extravagante que usted quiera y le proporcionaré un motivo más para que me aplique ese calificativo. Fíjese usted bien en lo que voy á decirle ahora... Yo, que tanto he hecho sufrir á los galanteadores de más fama; yo, que me he mostrado insensible, en muchas ocasiones, á las más ardientes súplicas y á las promesas más halagadoras, no podría negar un sentimiento de gratitud eterna al hombre que, por cualquier rasgo de ingenio, llegara á crear á mi alrededor una atmósfera de curiosidad y me hiciera objeto de la admiración de la muchedumbre...

—¿Aunque ese hombre fuera yo? preguntó tímidamente el señor de Cerigny.

—Si ese hombre fuera usted, replicó la señora de Rosablanca, mi agradecimiento sería... ilimitado.

Y después de pronunciar estas frases, envolvió á su interlocutor en una mirada enloquecedora.

## II

Dos meses más tarde, era objeto de todas las conversaciones el robo cometido en una de las principales joyerías de París; robo atrevidísimo, pero que nada tenía de original... Un hombre, que rompe con el puño el cristal de un escaparate, que se apodera de la alhaja de más precio, que huye después y que es alcanzado por la policía... Pero había corrido la voz de que el procesado iba á manifestar el motivo que le obligó á cometer el robo, y decíase también que este mo-



tivo era una pasión violentísima inspirada por una hermosa dama de la sociedad elegante.

La historia de aquel amor desgraciado, cuyo epílogo iba á ser una condena de los tribunales de justicia, se refería en voz baja y daba lugar á comentarios animadísimos. El ladrón era un joven tapicero que, trabajando en casa de la señora de R..., sintió por esa distinguida señora una de esas pasiones volcánicas que hacen perder la razón, y que son tanto más terribles y avasalladoras, cuanto mayor es la distancia que separa al adorador y á la mujer adorada con delirante frenesí. El primero veíase obligado á ahogar aquel amor ardiente y á contentarse con mirar desde lejos al objeto de sus ansias. Mudo, pálido, temblando de emoción, poseído de abrasadora fiebre, seguía á su ídolo por calles y paseos; y después de algunas horas ó de algunos minutos de felicidad contemplativa, regresaba á su zaquizamí borracho de sensaciones, sediento de caricias apasionadas...

Cierta noche, en que la señora de R... iba escoltada, como de costumbre, por su humilde adorador, ocurrió una cosa que fué origen del robo cometido por aquel pobre diablo. La hermosísima dama se detuvo ante el escaparate de una joyería y fijando sus ojos en un collar de perlas que llamaba poderosamente la atención de los transeuntes, exclamó, dirigiéndose á una de las amigas que la iban acompañando:

—¡Qué alhaja tan magnífica! Sería feliz si la poseyera... Pero no puede ser... ¡cuesta mucho dinero!

El pobre diablo oyó estas frases, dichas con acento de tristeza, y la idea de apoderarse de la joya le dominó de tal modo, que no comió ni durmió hasta realizarla.

Tal era la historia que se refería en voz baja y que daba lugar á comentarios animadísimos... El vulgar ladronzuelo convirtiéndose en una especie de héroe y algunos periódicos *ilustrados* publicaron su retrato y su biografía. En realidad no era guapo, ni mucho menos, pero á la gente le dió por afirmar que tenía cierto parecido con un famoso tenor... En cuanto de la dama por la cual se cometió el robo, no hay que



decir que, durante algún tiempo, fué la más admirada, la más envidiada, la más célebre de las mujeres.

El día en que se celebró la vista de la causa, la sociedad elegante invadió la sala de Justicia. Un murmullo de curiosidad resonó en el amplio salón al anunciarse la entrada de la señora de Rosablanca que iba á declarar como testigo. La hermosa rubia, vestida con elegante sencillez, contestó con naturalidad á las preguntas que se le hicieron.

No recordaba haber visto al procesado, pero sí las frases pronunciadas por ella ante el escaparate de la joyería. ¡Cuánto sentía haberlas dicho! Mas, ¿quién iba á figurarse?... ¡Pobre hombre!... Confiaba en que el Jurado sería indulgente con aquel infeliz...

Al decir esto, fijó en el reo una compasiva mirada y salió de allí con paso reposado, para prolongar todo lo posible las muestras de admiración que le prodigaba el público.

### III

—¿Está usted satisfecha de mi mentira? preguntó aquella noche el señor de Cerigny, estrechando la mano de la que idolatraba y dejando asomar á sus ojos una humilde petición de recompensa.

—Sí; respondió ella sonriéndose. No carece usted de ingenio para romper la monotonía de mi vida con farsas de éxito seguro... Pero creo que ha faltado un detalle... un detalle que hubiera dado al proceso mucha más sensación de la que ha tenido.

—Usted dirá, exclamó el impaciente adorador.

—No hubiera estado de más, dijo la señora de Rosablanca con acento tranquilo, que ese infeliz, al cometer el robo, hubiese asesinado al dueño del establecimiento.


CÁTULO MENDES.



## FRAGMENTO

DE UN

## CANTO AL BRASIL



UJERES de tez morena  
y ojos de negra pupila,  
que con azul aureola  
cual negro diamante brilla;  
y cuando mira, parece  
que la mirada suspira;  
diciendo que está en el alma  
la tentación escondida.

Ondas de negro cabello  
abultan su sien altiva,  
y la espiral de los rizos  
por los hombros se desliza.

Ancho y derramado el seno,  
late contando que abriga  
un manantial de deseos  
en voluptuosa armonía;  
y en él, veladas por nubes  
de encajes y muselinas,  
dos ondas de un mar de leche  
si no se ven se adivinan.  
Gasas como niebla leve  
que al solo aliento se agitan,  
ciñen su fina cintura  
con tanta coquetería,  
que de las ocultas formas  
la redondez se adivina;  
y la mirada se escurre  
por esas nubes malditas  
que nunca el viento se lleva  
y que á un suspiro se agitan:  
mirada que bien comprenden  
las hadas, y en su sonrisa  
y en un nuevo movimiento,  
su curiosidad castigan.  
Posadas en sus divanes  
de plumas y sedería  
haciendo burla del aire  
con abanicos de la India;



y embriagadas con la esencia  
 de rosas y clavelinas  
 que en la atmósfera impregnada  
 ni un débil soplo aniquila.  
 En palabra y movimiento  
 perezosas y aburridas  
 teniendo miel en el labio  
 y en las posturas malicia;  
 como si á mengua tuvieran  
 emplear la palabrería,  
 mujeres que á su albedrío  
 con los ojos magnetizan.  
 Mujeres así, en el mundo,  
 al extraño que las mira  
 si ellas dicen « Brazilianas »  
 él las presume Odaliscas,  
 que de Oriente escapadas,  
 llenas de encanto y de vida  
 corrieron al nuevo mundo  
 tras su libertad querida;  
 dejando entre los serrallos  
 cadenas y cachemiras,  
 mas trayendo su belleza,  
 su amor y su poesía.

JOSÉ MÁRMOL.

---

## VERANO

---

Llena la sien de espigas y de rosas,  
 del rojo sol eterna apasionada,  
 la tierra, ruborosa desposada,  
 con él celebra dichas amorosas.

Ante el altar, las manos temblorosas  
 enlaza la pareja emocionada,  
 y pronuncian el *sí* con voz alada  
 céfiros y divinas mariposas.

De entre las galas de la ardiente esfera,  
 un himno á los espacios solitarios  
 todo exhala, vibrando por doquiera.

Y entre el gemir de los acentos varios,  
 ondula la flotante enredadera  
 meciendo sus azules incensarios.

SALVADOR RUEDA.





## LAS DE PÉREZ

- ¿El señor Pérez?
- Servidor de usted; pase usted adelante.
- ¿Sigue usted bien, caballero?
- Perfectamente, gracias; pero... ¿podría saber á qué debo el honor de?...
- Es un asunto importante, del que deseo hablemos despacio.
- Ya escucho.
- Pero ante todo... ¿cómo sigue su señora?
- Tan furiosa como de costumbre... ¡digo, no! tan famosa como de costumbre; dispense usted, ha sido un...
- Lapsus linguæ.*
- Precisamente; un *lapsus linguæ*. ¡Qué quiere usted, ami-



go! acabo de almorzar y siempre que acabo de almorzar no sé lo que me digo... ¡salgo tan agradablemente impresionado del comedor! La felicidad es como el vino: se le sube á uno á la cabeza y le trastorna las ideas de una manera lastimosa. Conque si quiere usted explicar el motivo de su visita...

—Pues el motivo... pero permítame usted todavía otra pregunta.

—¿Otra?

—¿Y Diana?

—¿Mi hija? buena, gracias... ¿la conoce usted?

—He tenido el honor de ser presentado á ella hace pocas noches, en una pequeña fiesta dada con motivo del cumpleaños de una de sus amigas.

—¡Ah! ya sé; en casa de las de Arias; ¿verdad?

—Efectivamente, allí conocí á Diana, lo mismo que á su mamá, que me parecieron dos personas muy amables.

—¡Mucho!

—¡Lo dice usted de una manera!... ¿acaso no es usted feliz? pero comprendo que mi pregunta peca de impertinente y pido á usted mil perdones por mi indiscreción, aun cuando la falta de que me acuso sea hija, más que de una curiosidad irreflexiva, del vivo interés que siento por usted.

—Pues confieso que también usted me inspira la misma simpatía, no sé por qué, y lejos de enojarme por eso, voy á hablarle con entera franqueza... ahora que no me oye mi mujer.

—No sé cómo agradecer ese rasgo de confianza...

—¿Me pregunta usted si soy feliz? pues bien, caballero, creo que no.

—¡Qué escucho!

—Mi mujer, vista en sociedad, es una cosa, pero vista en casa, es otra muy distinta. ¡No la conocería usted! A veces me cuesta creer que sea la misma, y me pregunto, alarmado, si no me habré casado con dos. ¡Hace uno, distraído, tantos disparates!

—¿De tal modo le parece á usted distinta?

—No puede usted formarse una idea; hay momentos en



que, no creyendo que sea ella, me quedaría tan fresco, si viese que se marchaba con otro.

—Pues no comprendo...

—El caso es que estoy desesperado. En casa no se piensa más que en diversiones, y oponerme á los caprichos de mi mujer, es atraer sobre mi cabeza todas las tempestades de su cólera. Indiferente á los goces del hogar, vive en él todo lo menos posible y deja entregado el gobierno de la casa á manos mercenarias, con lo cual ya puede usted figurarse el orden y concierto que reinarán en ella. Hay días que nos



sentamos á comer á las dos de la madrugada y otros que nos desayunamos á puesta de sol. Y todo anda lo mismo. Para mi mujer y mi hija sólo tiene encanto la calle, y no hay diversión que no frecuenten, ni acontecimiento público que no sea para ellas objeto de distracción y solaz. El primer día de la pasada revolución salieron, como de costumbre, á la calle, y viendo que su ausencia se prolongaba más de lo justo, me decidí á salir yo también en busca de ellas; lleno de zozobra é intranquilidad, pues sé cuán imprudente es la curiosidad en las mujeres y cuán poco respetan á la curiosidad las balas, y después de recorrer varias calles, expuesto á tener algún desagradable encuentro con una bala de cañón que me dejase



incompleto, encontré á mi mujer y á mi hija... ¿dónde dirá usted?

—No lo adivino...

—¡En un cantón!

—¿Según eso Diana?...

—Es como su mamá, se muere por las *diversiones* y no perdona ninguna función... ¡ni siquiera las de guerra!

—¡Y parece tan tímida!

—En sociedad, ¡pero si la viese usted en casa! en casa es todo lo contrario. ¡Con decirle á usted que ni á mí me respetal

—¿Y lo tolera usted?

—¡Qué más remedio me queda! mi mujer se pone de parte de mi hija, el diablo de parte de mi mujer, y, quieras que no quieras, tengo que sucumbir á la fuerza del número, porque la lucha en esas condiciones es imposible. Quisiera que las viese usted cuando se irritan... ¡son imponentes!

—Me deja usted asombrado... ¿Diana también? ¡una niña tan amable!

—Es la peor; hace un momento me sublevé de nuevo contra su insoportable tiranía y acaba de declararme... en estado de sitio.

—¿Pero en qué fuerza apoya su extraña y escandalosa autoridad?

—En el ejército; es decir, en mi mujer.

—Pues yo de usted resistiría.

—No es posible, caballero. Lo he intentado ya varias veces, pero siempre con éxito deplorable. Además, en mis momentos de amarga reflexión, no dejo de considerar que yo tengo en mucha parte la culpa de que mi hija no me respete, puesto que no la enseñé, desde niña, á respetarme; el cariño extremado me hizo ser tolerante con ella y me cegó de tal modo, que tomé por gracias infantiles lo que no eran más que desvergüenzas. ¡Ah! desengáñese usted, caballero: no hay venda más tupida que la que el amor pone en los ojos, ni padre más malo que el demasiado bueno.

—Dice usted bien: es más cruel el que ahorra las lágrimas á sus hijos, que el que castiga con dura mano sus faltas.



—Sí, señor, y si no, ahí tiene usted á Diana, cuyos defectos y vicios de educación harán de ella la mujer más desdichada de la tierra. Por eso ¡ay! me resigno, siempre que esto es humanamente posible, á sufrir sus impertinencias y genialidades, que no son, después de todo, más que una simple consecuencia de mi error. Sólo una esperanza me queda, como tabla salvadora, en medio de este naufragio de mi tranquilidad...

—¿Cuál?

—La de que Diana encuentre marido... ¿se sonríe usted? pues yo no lo creo tan difícil... ¡Si viese usted qué deseos tengo de que se case! así, al menos, contaría con un enemigo menos, y quizás mi mujer, viendo algo más equilibradas las fuerzas entre nosotros, no se empeñaría en darme tantas batallas.

—Pero... ¿le conoce usted á Diana algún novio?

—Conocerlo, no; pero le busca con tal empeño, que ha de acabar por encontrarle, no me cabe la menor duda; precisamente cuando me quejo á mi mujer de que frecuente tanto la sociedad, olvidando quehaceres domésticos á que necesariamente ha de atender toda mujer que conozca sus deberes y estime en algo su buena fama y decoro, me contesta que la chica no puede quedar para vestir imágenes y que es necesario buscar en los salones el novio con quien el destino haya pensado unirla, y aun cuando la observo que el buen paño en el arca se vende, me replica que eso era antiguamente y que hoy sólo tiene salida el *género* en el mercado social, y eso á fuerza de ponerlo delante de las narices del hombre, que cada vez parece menos predispuesto á aceptar la matrimonial coyunda.

—¿Pero cree usted que Diana se ha fijado en alguno de sus galanteadores?

—¡Fijarse! ¿se fija, acaso, la veleta, en alguno de los vientos? pero si, como gira la veleta, en la aguja de la torre, al soplo de todos los vientos, gira el corazón de Diana, en los salones, al soplo de todos los suspiros, confío en que se fijará por fin en alguno... en el primero que le ofrezca su mano, y



en que se casará, lo que sentiré únicamente por el yerno, ¡pues lo que es por mí!...

—¿Conque no cree usted que pueda hacer feliz á su esposo?

—Aunque sea muy triste para mí tener que hacer tales confesiones, fuerza es decir, ya que estamos en el terreno de la confianza, que no lo creo.

—Sustraída al influjo del medio en que vive, puede modificar sus ideas y costumbres y ser buena esposa; todo consiste en que el marido sepa ser marido, ciencia que no está al alcance de todo el mundo... y no es alusión.

—¡Bah! usted no sabe lo que puede el mal ejemplo y mi mujer se los ha dado deplorables. Mi hija no ha de modificar su carácter por nada, y antes que renunciar á los goces de la calle, preferirá mil veces lanzarse á la guerra civil del hogar. La lucha no la acobarda.

—Si el marido es más fuerte que ella...

—No hay nadie más fuerte que una mujer, cuando se irrita.

—¿Y si se le hace comprender la diferencia que existe entre las pueriles satisfacciones de la calle y los íntimos goces del hogar?

—El hogar para ellas es la monotonía y en la monotonía nunca hay encanto. Por eso, sin duda, durante el corto tiempo que tienen que permanecer forzosamente en él, procuran *amenizarla* con todo género de conflictos. Desengañese usted, conozco demasiado á mi hija para creer en tales enmiendas.

—¿Y su señora y su hija se encuentran en este momento en casa?

—No, señor; ya están otra vez en la calle; no vienen más que á comer y á dormir... y esto, no siempre.

—¿Pero es posible que olviden hasta ese extremo los deberes que imponen el hogar y la familia?

—Sí, señor; es posible.

—Con tales costumbres, necesariamente ha de reinar en esta casa el más deplorable desorden.

—¡Figúrese usted! ya le he dicho que hay días que nos desayunamos á puesta de sol.



—No comprendo cómo su señora y su hija puedan tener tan poco cariño al hogar.

—Pues no son ellas las únicas, créame usted; el ansia de notoriedad puede en ciertas mujeres más que el sentimiento del deber, que es para ellas un verdadero *sentimiento*, y de ahí que se exhiban á todas horas. Lo que es mi mujer y mi hija han satisfecho con creces tan pueril anhelo, que todo el mundo conoce á las de Pérez. En todas partes se encuentran y no faltan en ninguna diversión. Hay temporadas en que sólo yo las veo por casualidad.

—Entonces hay que confesar que no es muy envidiable la suerte que espera al marido de Diana.

—No lo sabe usted bien, caballero,

—Y eso sin contar con que la calle es la ruina de muchos maridos, porque no se sale á ella de cualquier modo, sino que es necesario presentarse con lujo.

—Aparte de los peligros que encierra.

—Que son infinitos, como el número de majaderos que siguen á las mujeres bonitas echándolas flores.

—A nadie le gusta tanto el lujo como á Diana.

—Y si luego, en casa, no cose...

—Mi hija no ha tomado en su vida la aguja; creería deshonorarse. ¡Claro! ¡como no piensa más que en divertirse! pero así y todo, ya he dicho que no pierdo la esperanza de que se case.

—¿Tanto lo desea usted?

—No sueño en otra cosa.

—¿Y ella? ¿tendrá iguales deseos?

—¡Vaya! ¡como que es capaz de ir al altar con el primero que se le presente!

—¿Aun sin amarle?

—¿Para qué necesita amarle, si no ha de tardar en enseñarle los dientes? Pero, á todo esto, aún no sé á qué debo el honor de su visita...

—¡Bah! ya no tiene objeto; conque permítame usted que me retire.

—¿Que ya no tiene objeto? no comprendo... ¿qué quiere usted decir?



—Pues nada, que estaba *ciegamente* enamorado de su hija y venía...

—¿A qué?

—A pedirle su mano.

CASIMIRO PRIETO.



## MOISÉS

Por conservar de la existencia el hilo  
al hijo de su amor idolatrado,  
contra el decreto del Monarca airado,  
la infeliz Jocabel busca un asilo.

No está su tierno corazón tranquilo  
con guardarle entre sombras á su lado,  
y en un cesto de mimbres encerrado  
á las aguas confíale del Nilo.

Llega allí la magnífica princesa;  
descubre al niño, tómale, le abraza.  
«¡Hijo!» le llama y con pasión le besa...

Así se salva de temprana muerte  
el salvador futuro de su raza.  
¡Oh poder misterioso de la suerte!

AMALIA PUGA.

Cajamarca.



## EL PÁJARO DE AGLAYA

---

¿Leiste alguna vez allá en el Tasso  
la suave historia del jardín de Armida?

¿Del pájaro, te acuerdas, prodigioso,  
de varias plumas y de rojo pico,  
que con humana voz allí cantaba  
la vida del amor y de las rosas,  
las rosas codiciadas  
de mil amantes y de mil doncellas,  
para adornar con ellas  
la tersa frente ó el mullido seno?

¿Recuerdas cómo el pájaro encantado  
después con sabia lengua refería  
cual pasa y se marchita la lozana  
única flor que en la existencia crece,  
y que apenas florece,  
cuando quema sus hojas el estío?

¿Recuerdas el dulcísimo consejo  
con que acabó sus pláticas el ave?  
«Coged la rosa, mientras dure el Mayo,  
agotad el perfume de la vida  
mientras hierva en el fondo de su copa  
la regia prez del oloroso vino:  
recorred triunfadores el camino,  
como en antiguas fiestas los mancebos  
corriendo en el estadio, se arrancaban  
las sagradas antorchas, de las manos.»

Yo pienso, mi señora,  
que el ave aquella, cuya estirpe ignoro,  
alta filosofía  
aprendió de otros pájaros doctores  
y aun de otras alimañas más oscuras  
en Oriente y en Roma y en Atenas:  
¿quién me diera entender su algarabía  
y declararte su sentido arcano?  
Dicen que Salomón le comprendía...

Sólo sé que esa voz detenedora  
del mísero Reinaldo en la espesura  
bajo el poder de la celosa Maga,  
era la voz de tórtola judía  
que gime en el Cantar de los Cantares  
la voz de anacreóntica paloma,



donde hasta el himno se transforma en verso;  
 del persa ruiseñor la melodía  
 que de Ilafiz en el Diván resuena.  
 Y hasta el chirrido alegre ó discordante,  
 con que alivia al cansado caminante  
 la cigarra del Ática en estío.  
 Es voz de amor que se revela al mundo,  
 Y si ese amor invade  
 alma gentil de sus misterios digna,  
 espárcese en la vida un penetrante  
 lánguido aroma de azahar oculto,  
 y acuden en tropel los ruiseñores,  
 cantando sus amores,  
 á anidar en el alma enamorada  
 y á celebrar sus inmortales bodas.

Y hoy anidan en mí; pero uno solo  
 rompió su cárcel por buscar tu seno,  
 y no encontró calor, y abatió el ala  
 y encadenado gime  
 bajo el imperio de tu blanca mano,  
 entre las redes de artificio sabio:  
 él te podrá contar en la alta noche  
 lo que nunca decir osó mi labio,  
 que él sabe mis ocultos pensamientos  
 y es docto como el pájaro de Armida.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

## SATANÁS

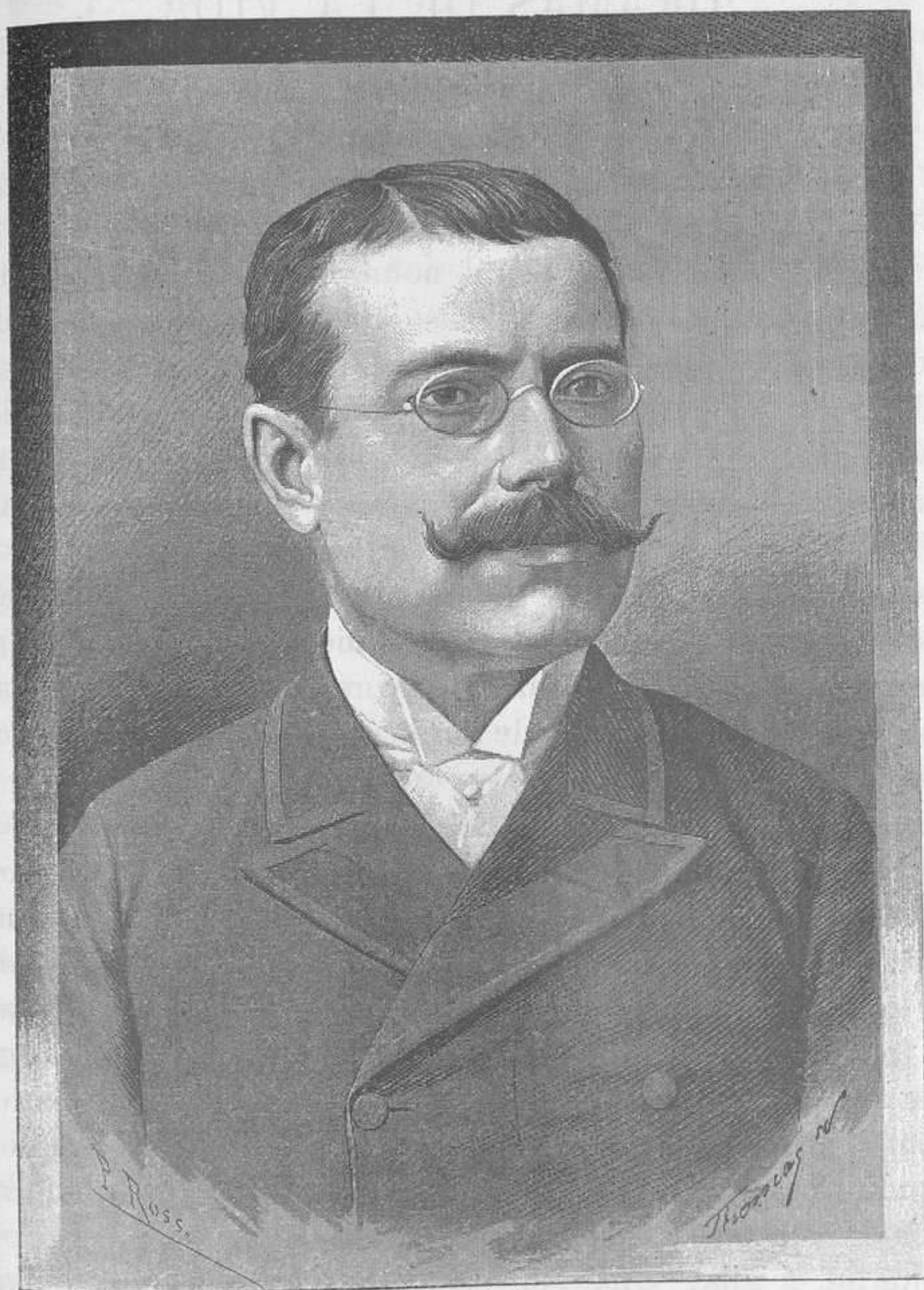
No bien un astro en el cenit fulgura,  
 ya la sombra se agita en el abismo;  
 á batallar se apresta el heroísmo,  
 y la traición contra él urde y conjura.

De la cándida fe la vestidura  
 toma al pie del altar el fanatismo;  
 y se enciende furioso el erotismo  
 del amor en la sacra calentura.

Sombra, vicio ó traición, que así profana  
 hermosura, virtud, grandeza y gloria  
 haciendo el crimen y el dolor eternos,  
 torpe enemigo de la dicha humana,  
 ese es el vil tirano de la Historia,  
 ese es el Satanás de los Infiernos.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA.





## Dr. D. Antonio J. Viñero

DISTINGUIDO ESCRITOR ARGENTINO



## DRAMAS DE LA VIDA

### I

—¡Esperanza! Este es el nombre de mi vecina. ¡Bonito nombre! Pero todavía es más linda la niña que lo lleva. Por eso somos muchos los que hemos fijado nuestros ojos en ella. Pero yo he fijado más que los ojos en tan preciosa criatura. El recuerdo de sus hechizos y de sus encantos embarga mis sentidos. Cuando la veo, me quedo extasiado; y ella sabe que la consagro mi cariño, todo mi cariño; y yo comprendo que no la soy indiferente. Aspiro á llamarme su esposo. No sé de qué medios valerme para manifestarle mis deseos. Quisiera encontrar un recurso nuevo... He pensado en todos los medios que de ordinario se emplean para que los jóvenes se declaren á sus adoradas. No me gustan las cartitas; ni la publicación de unos versos dedicados: «Al ángel de mis amores;» ni soy aficionado á hacer el Tenorio por las esquinas; ni me cautiva remitir ramitos interpretando el lenguaje de las flores; y considero poco serio el seguirla en los paseos, perseguirla cuando va de compras ó acecharla en los templos. ¡Si me atreviera á remitirle esta su imagen que mis pinceles han estampado en un pedazo de lienzo!... Comprendería, Esperanza, que el que con tanto parecido la retrata de memoria, es porque la lleva grabada en la mente y en el corazón. ¿Cuándo tendré ocasión propicia para presentarme á ella? Una voz halagadora grita en mi interior diciéndome:—Pronto conseguirás lo que solicitas, espera. Y espero, sí, señores, espero conseguir enlazarme con mi bella Esperanza. En la próxima Exposición de pinturas premiarán mi cuadro. Casi todos los artistas que forman parte del concurso conmigo y que son autores de sorprendentes cuadros de verdadera originalidad, aplauden sin reserva mi obra, y algunos miembros del Jurado hacen elogios de mi



composición. Mi buena madre, que tanto se afana por el glorioso porvenir de su hijo, escudriña, averigua, inquiere, y es la que se encarga de hacer llegar hasta mí las benévolas apreciaciones de mis colegas y las propicias inclinaciones de los maestros. ¡Pobre madre mía! Si con el verdadero cariño y con las continuas caricias se consiguieran curar los males físicos, hace tiempo que tu hijo te hubiera devuelto la salud. Tu enfermedad es la única nube que enturbia el primaveral horizonte de mi felicidad. Aunque al recordar las palabras de nuestro médico y la seguridad que tiene de curarla, espero verla completamente restablecida y llena de satisfacción en el nuevo hogar que pienso establecer con mi seductora Esperanza. ¡Ah! se equivocan los que aseguran que el que espera desespera. ¡No! Todo me sonríe en torno y soy verdaderamente feliz porque espero.

## II

—Ocho días atrás, me decía usted, doctor, que esperara, pues creía usted segura la curación de mi pobre madre.

—Segura, no; probable creemos siempre los médicos la curación de los enfermos que nos confían, aunque su estado no sea del todo halagüeño. Además, por sistema, nos abstenemos de hacer pronósticos desesperados á las familias de los pacientes.

—Esa revelación me manifiesta que hoy...

—Pues simplemente que hemos llegado á un caso extremo, en el que nada puede conseguir la ciencia.

—Todavía espero en que Dios haga un milagro. ¿Se sonríe usted, doctor... y se va?

—Otros seres dolientes reclaman mis cuidados. Volveré pronto al lado de la enferma. Esa buena mujer que la asiste...

—Natividad, mi nodriza.

—Sabe de qué modo deben suministrársele los últimos medicamentos que he preparado.



## III

—Dudo. Caen en mi corazón como plomo derretido los vaticinios del doctor, y todavía, todavía tengo esperanza... ¡Esperanza! La desaparición de esta mujer misteriosa aumenta mi desesperación. Allí están sus balcones, siempre cerrados. Hace ocho días que los cerraron y continúan del mismo modo; sin que ser humano dé señales de vida en su interior. Esperanza, ídolo mío, ¿dónde te encuentras? ¡Oh, corazón humano! eres lo más incomprensible que se somete á nuestro juicio mientras late en el seno de la criatura. Corazón, ¡pobre corazón mío! procura en estos momentos latir solamente por aquella infeliz que te dió el ser.

—¿Adónde vas, Federico?

—¿Eres tú, Natividad? Voy al lado de mi pobre madre; voy á posar mis labios sobre los suyos, y á procurar con mi aliento reanimar su existencia.

—Está reposando.

—¿Consiguió conciliar el sueño?

—Sí, hijo mío; no sé si será por los efectos de la última medicina que le ha propinado el médico ó porque se inicie una reacción favorable en la pobre enferma.

—¡Cuánto se sufre, Natividad, al ver que un ser querido se aproxima al dintel de la tumba!

—La buena señora no teme á la muerte. Sólo siente dejarte sin la pensión que cobra como viuda del bravo coronel que te dió el ser.

—¿Eso dice? ¿En eso piensa?

—Afirma que se truncará tu glorioso porvenir si te ves obligado á emplear tus pinceles en ganarte la subsistencia.

—¡Madre del Redentor, prolonga la vida de la que me llevó en su seno!

—No te dejes caer de ese modo sobre ese débil altar improvisado. Has hecho oscilar los candeleros y por poco vienen al suelo los dos cirios que hemos encendido delante de esa Dolorosa que tú pintaste. Alguien entra en la habitación.



- ¡Carlos!
- El mismo, envidiado Apeles.
- Hijo mío, llegaré de puntillas hasta el lecho de tu pobre madre.

## IV

- Pero... ¿qué te sucede, Federico?
- Sucede, Carlos, que mi adorada madre está desahuciada por los médicos.
- ¿Y no encontrando recursos salvadores en la ciencia, piensas conseguirlos encendiendo velas á los santos?
- Carlos, la oración consuela á las almas afligidas y muchas veces se consiguen milagros por medio de las plegarias.
- Buenas son las oraciones y las plegarias para reconcentrarnos y fortalecer nuestro espíritu, pero no sirven para nada cuando nos estimulan á una vida contemplativa y de inacción.
- Me había olvidado de que tú le haces la guerra á Dios.
- No, Federico; yo no le hago la guerra á Dios; al contrario, amo á Dios sobre todas las cosas. Pero dejemos filosofías á un lado y vengamos al objeto de mi visita. He averiguado, querido Federico, que tu obra maestra, que tu cuadro, no sólo no obtendrá el primer premio como habíamos creído, sino que por intrigas y complots infames quedará relegado á un último accésit.
- ¡Horrible desencanto! Pero en el trance amargo en que me veo, esa decepción no me impresiona.
- Me apresuré á participártelo por si podías poner en juego algunas influencias que consiguieran hacerte justicia.
- La justicia me la harán: la sociedad ilustrada de hoy, y el recto criterio de las edades futuras.
- ¡Bravo! He ahí un arranque que dignifica al hombre de verdadero genio... ¡Esperanza! El lienzo que descansa sobre este caballete, es copia fiel de la seductora Esperanza, ¿verdad?
- ¿La conoces?
- ¿Te ha encargado ese retrato el Vizconde?



—¿El Vizconde? ¿A qué personaje te refieres?

—Al íntimo, al protector de esta Margarita Gautier malagueña.

—Esperanza, ese dechado de hermosura, ese conjunto de perfecciones femeninas, ¿es una mercancía que se vende?

—Es una despreocupada doncella que camina sin escrúpulos por la senda de rosas de los placeres. El Vizconde acaba de llevársela á la Exposición de París.

—¡Ah! ¡qué horrible desencanto!

—¡Calle! ¿estabas enamorado de ella?

—La suponía una mujer ideal y virtuosa; vástago de una honrada familia. Ocupaba el piso principal de esa casa de enfrente desde hace dos meses, con algunas otras personas al parecer respetables.

—Y su aparición despertó en tí una pasión volcánica, ¿eh?

—Ella comprendió que yo la amaba, y por un momento creí que me estimulaba con sus miradas de fuego y con sus insinuantes sonrisas...

—Todas las mujeres de su clase se desviven por hacer víctimas y emplean esos medios para avivar el amor de las almas candorosas.

—¡Fatalidad!

—Pues nada, siento mucho, Federico, haber sido para tí en este día mensajero de malas nuevas.

—Ya sé que fueron nobles los propósitos que te inspiraron, querido Carlos.

—Sí, porque deseaba que te pusieras en guardia contra los tiros de la envidia ó de la injusticia.

—Comprendo tu buena intención y te la agradezco.

—Esta otra revelación ha sido hija de la casualidad al ver el retrato.

—Carlos, mentiría si no te asegurara que me hacen sufrir mucho los desencantos que acabo de experimentar; pero todo lo inmolo con verdadera resignación ante los deberes del hijo cariñoso.

—Es probable que Dios recompense esa santa resignación



prolongando la vida de tu virtuosa madre. Volveré. En la próxima noche velaremos juntos á la enferma.

## V

—¿Qué observa usted, doctor?

—Intermitencias de un corazón que funciona con dificultad.

—Estoy aquí, junto á tu lecho, madre mía... ¡madre adorada!... ¡ah, doctor! no me contesta.

—Vuelve á latir su pulso... vive todavía.

—¡Madre mía!... ¡Madre!... ¿Te sonríes?... ¿Qué palabras son esas que pronuncias y no comprendo? Abres con dificultad tus ojos... los fijas en tu hijo, continúas sonriéndote... y te llevas uno de tus dedos á la boca para imponerme silencio?...

—Sí.... Soy... fe...liz... déja...me dor...mir...

—¿Dormir, madre querida? ¿Quieres dormir? ¿Por qué dejas caer tu mano sobre las mías y cierras tus párpados? ¿Observa usted, doctor? Se prepara á...

—Sí, Federico, se prepara á disfrutar del sueño eterno.

—¿Dejó de existir mi buena señora?

—Sí, mi pobre Natividad, y soy el ser más desgraciado que ha venido en el mundo; pero en medio del torbellino de calamidades en que me veo envuelto, se agolpan á mi mente, fortaleciéndome, los consejos de la santa madre que acabo de perder, y echándome en tus brazos digo: ¡resignación! ¡conformidad!

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata, 1891.

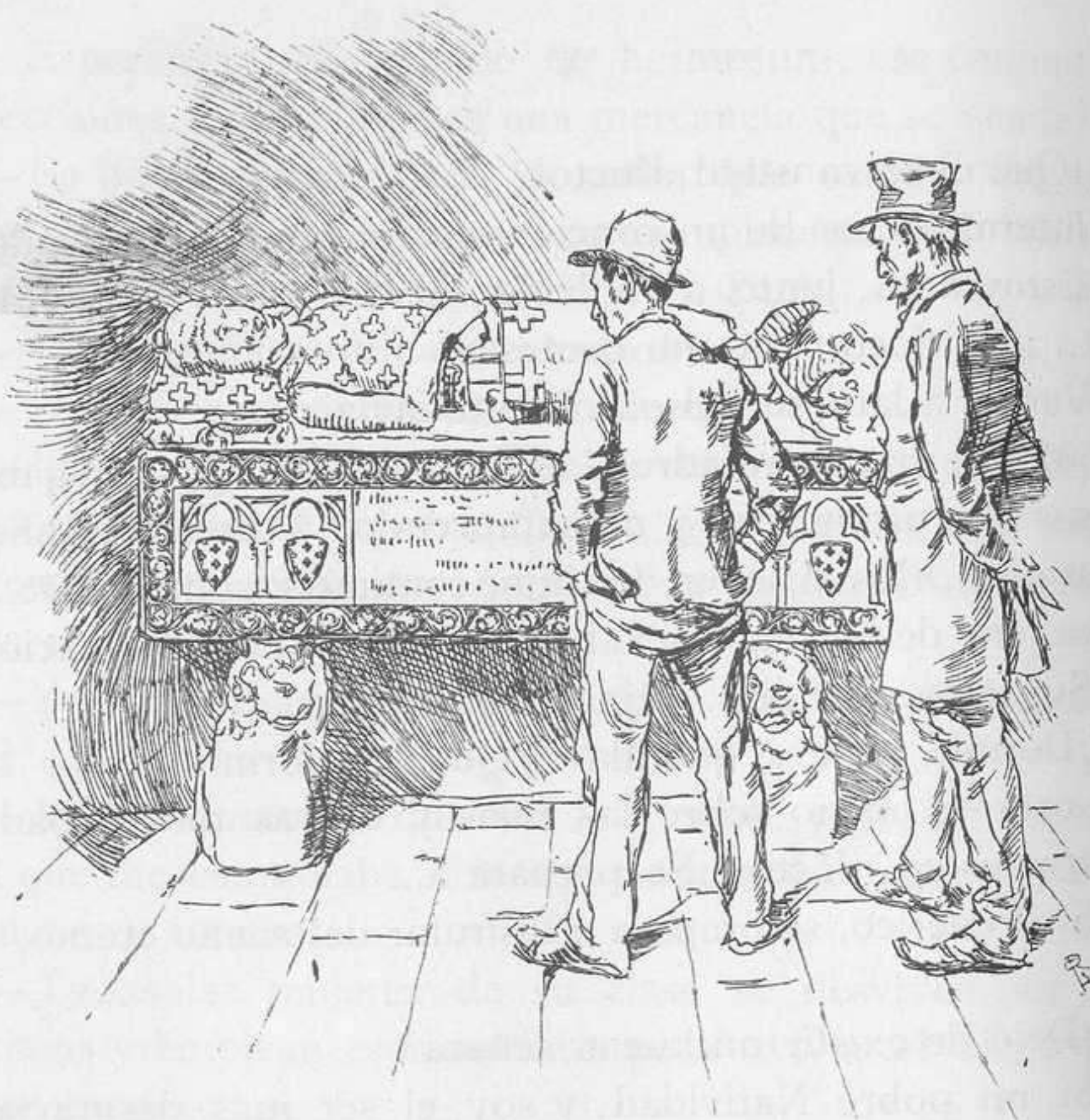
## EPIGRAMA

—No sabes que el club de Infiesto,  
al cual concurre Leonor,  
ha dado un baile en su honor?  
—¡Bonito se lo habrán puesto!

X.



## ANTE UNA ESTATUA



— ¿Por qué esa estatua, Ventura,  
te entristece de tal suerte?  
¿piensas, ante ella, en la muerte?  
— No, chico; es que esa escultura  
que imaginas que me arredra,  
trae á la memoria mía  
los tiempos en que dormía  
sobre los bancos de piedra.

### EPIGRAMA

— ¿Qué hora tiene usted, Aceña?  
— Hombre, no tengo reló;  
¡como en no andar se empeñó!...  
— ¡Y cuándo *se desempeña*?

MOISÉS NUMA CASTELLANOS



## RECUERDOS Y FANTASÍAS

ANTE LA ESTATUA ECUESTRE DE SIMÓN BOLÍVAR EN GUAYAQUIL

### I

El prodigioso Aníbal del Oriente  
y el semidiós de fulminante brazo,  
juntáronse una vez en el regazo  
de la ninfa del Guayas sonriente.

Para la redención de un continente,  
los dos se unieron en sublime abrazo;  
y, por verlos, absorto el Chimborazo  
alzó entre nubes su argentada frente...

¡SAN MARTÍN! Tus virtudes acrisoladas  
cuando en las aras del deber austero  
tu esplendoroso porvenir inmolas;

¡BOLÍVAR! Tus hazañas de guerrero,  
como un oceano de fulgentes olas,  
cubren la faz del continente entero!

### II

¡Providencial compensación! La copa  
bien pronto, el uno, del dolor apura,  
y remata el dogal de la amargura  
lo que no pudo la asesina tropa.

Tranquilo desde el suelo de la Europa  
contempla el otro en oración futura,  
y en la inmortalidad entra segura  
su nave, orlada de laurel la popa...

¡Ya se cumplió de entrambos el destino!  
Mas nueva vida en contrapuestas playas  
les presta el Arte con poder divino:

y hoy, sus bronce, cual mudos atalayas,  
ve en su horizonte el Paraná Argentino  
y en sus amenas márgenes el Guayas!

### III

Detenido en mitad de su carrera,  
tiesa la brida, inerte el acicate,



esa sombra del genio del combate,  
allí, en inmóvil actitud, ¿qué espera?

¿Otra alma, de la suya compañera  
donde abnegado el patriotismo late,  
que, á contrastar el furibundo embate,  
como ÉL salvó la andina cordillera?

¡Quién sabe si otra vez, suelta la rienda,  
el Ande escalará, con alto grito,  
subiendo EL OTRO por contraria senda,

y, unidos en la cumbre de granito,  
la pareja inmortal, osada emprenda  
la gloriosa ascensión de lo infinito!

Guayaquil, 1890.

NUMA POMPILIO LLONA.

---

## CANTARES

### I

Para el justo nuestras leyes  
serán siempre letra muerta,  
que el código del honrado  
es tan sólo la conciencia.

### II

Para ser feliz opino  
hace falta una de dos:  
ó carecer de cerebro,  
ó no tener corazón.

### III

Soy capaz yo con tu amor,  
tal es mi esperanza ciega,  
de lograr el imposible  
de ser feliz en la tierra.

### IV

Cada vez que tu mirada  
se nubla por el dolor,  
me parece que de un velo  
se cubre mi corazón.

### V

Si creyera que en tu cuerpo  
asilo no tiene un alma,  
de fijo no te quisiera  
por mucho que te admirara.

Buenos Aires, Junio 1891.

R. MONNER SANS.





## ENRIQUE HEINE

Cierta mañana vinieron á decirme que un extranjero, cuyo nombre, desfigurado por mi doméstico, no pude comprender, solicitaba hablarme. Bajé á la habitación en que recibía yo las visitas, y ví á un hombre muy flaco, cuyo semblante recordaba el de Gericault, y terminaba en una barba puntiaguda, rubia, y en la cual veíanse blanquear muchos hilos de plata.

Buscaba yo entre mis recuerdos quién podría ser aquel huésped matinal que me saludaba familiarmente y me tendía la mano con la franca cordialidad de un amigo antiguo. No conseguí juntar su nombre á aquella cara tan cambiada; pero transcurridos algunos minutos de conversación, un rasgo ingenioso del desconocido me hizo exclamar:



—Este es el diablo ó es Heine.

Era efectivamente Heine, convertido de dios en hombre.

Pocos meses después, Enrique Heine caía en cama para no levantarse más; permaneció ocho años clavado en la cruz de la parálisis por los clavos del padecimiento.

Durante esta larga agonía, presentó el fenómeno del alma viviendo sin cuerpo; del espíritu prescindiendo de la materia; la enfermedad le había arrugado, demacrado, disecado como á su antojo, y en aquella estatua de dios griego había tallado, con la paciencia minuciosa de un artista de la Edad Media, un Cristo descarnado hasta el esqueleto, en que los nervios, los tendones, las venas aparecían salientes.

Aun así desfigurado, Enrique Heine era todavía hermoso; y cuando levantaba su párpado caído brillaba una chispa en su pupila casi ciega; el genio resucitaba aquella cara muerta; Lázaro salía de su fosa por algunos minutos; aquel espectro que, envuelto en sus sábanas, parecía estatua fúnebre yacente sobre un monumento, hallaba voz para hablar, para reir, para lanzar ironías ingeniosas, para dictar páginas seductoras, para dar rienda suelta á sus estrofas aladas, y en aquellos días en que la piedra de su tumba mortificaba con más dureza sus miembros, para gemir lamentaciones tan tristes como las de Job en su estercolero. Sus amigos debieron alegrarse de que aquella espantosa tortura concluyese al fin, y de que el verdugo invisible diese el golpe de gracia al infeliz atormentado; pero pensar que de aquel luminoso cerebro, amasado con luz y con risas, del que surgían imágenes zumbando como abejas de oro, sólo resta hoy un poco de pulpa gris, es un dolor al que no es posible resignarse sin protesta.

Cierto que estaba en vida encerrado en un ataúd; pero, acercándose á él, era posible oír á la poesía cantar bajo el negro ropaje.

¡Cuánto apenaba el ver uno de esos microcosmos, más vastos que el universo, contenidos en la reducida bóveda de un cráneo roto, perdido, aniquilado! ¡Cuántas y cuán lentas combinaciones habrá menester la Naturaleza para formar una cabeza parecida!



Enrique Heine había nacido en el día 1.º de Enero del año 1801, circunstancia que le hacía decir, riéndose, que él era el primer hombre del siglo. Topffer observa los inconvenientes que hay, cuando se envejece, en llevar las centésimas del siglo, que perpetuamente nos recuerda nuestra edad y parece que nos arrastra con él. Heine abandonó á su compañero en el quincuagésimo sexto viaje.

El tiempo era frío, nublado, triste; las horas señaladas para la conducción del cadáver, las de la mañana; unos pocos amigos y admiradores del poeta se paseaban delante de la casa mortuoria, esperando que el fúnebre cortejo se pusiese en marcha para el cementerio. Heine había prohibido toda pompa, toda ceremonia; considerábase como muerto desde hacía mucho tiempo, y quería que lo poco que de él quedaba saliese en silencio de aquella habitación que no debía abandonar sino para trasladarse á la tumba. La vista del féretro, muy largo, muy ancho y muy pesado, en que aquellos restos pequeños estaban tendidos más desahogadamente que en su lecho, evocó en todos nosotros el recuerdo involuntario de este pasaje de *L' Intermezzo*: «Id á buscarme un ataúd de tablas sólidas y gruesas: es menester que sea más largo que el puente de Maguncia; y traedme doce gigantes más fuertes que el vigoroso San Cristóbal de la catedral de Colonia, del Rhin; es necesario que lleven el ataúd y lo arrojen al mar; un ataúd tan grande pide una grande fosa. ¿Sabéis por qué es menester que el féretro sea tan grande y tan pesado? Porque voy á depositar en él juntamente mi amor y mis penas.»

En efecto: el ataúd era demasiado grande; y si no fué arrojado al mar, se le depositó en una huesa provisional en presencia de poetas y de artistas franceses y alemanes poco numerosos, que permanecían formados respetuosamente, convencidos de que asistían á los funerales de un monarca del talento, aunque no había allí ni gran cortejo, ni negro estandarte con estrellas, ni discurso enfático, ni blandones de amarilla cera. Colocada la lápida, cada cual tornó á descender por la triste colina, y fué á perderse en el hormiguero infinito de la vida humana.



Pocos poetas me han conmovido y emocionado como Heine. Desconozco el idioma alemán, es cierto, y sólo he podido admirarle en las traducciones: pero ¡qué hombre será éste cuando, aun privado del ritmo, de la rima, del feliz ordenamiento de las voces, de todo lo que constituye el estilo, en una palabra, produce todavía efectos tan maravillosos!— Heine es el poeta lírico más grande de Alemania; su sitio está naturalmente al lado de los de Goethe y Schiller; tal aparece á mis ojos, aunque la poesía traducida en prosa no sea sino un rayo de luz relleno de paja, como Heine mismo ha dicho.

Ninguna naturaleza hubo nunca que se compusiera de elementos más heterogéneos que la de Enrique Heine; era simultáneamente alegre y triste, creyente y escéptico, tierno y cruel, sentimental y burlón, clásico y romántico, alemán y francés, delicado y cínico, entusiasta y lleno de sangre fría; todo, menos fastidioso. A la más pura plástica griega, unía el sentido moderno más exquisito; era verdaderamente el Euforión hijo de Fausto y de la hermosísima Elena.

No es propio de este sitio examinar y apreciar su obra, que hablará por sí misma; pero no podemos por menos de indicar la impresión que nos produce.

Cuando se abre un tomo de Heine parece que entramos en uno de esos jardines que tanto gustaba él de pintar; las mármoreas esfinges de la escalinata afilan sus garras en el ángulo de sus pedestales, y nos miran con sus ojos en blanco, y nos miran con una intensidad que asusta; sobre su lomo leonado se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita como si latiese un corazón bajo aquellos contornos rígidos; rechinan las puertas al girar sobre sus goznes enmohecidos, y se cree ver el pliegue de un vestido que desaparece bajo un arco, como si el espíritu de la soledad huyese sorprendido por nuestra llegada.

El musgo, las ortigas, las bardanas han brotado entre las desunidas losas de la terraza; los arbolillos sin cultivar nos detienen el paso con sus ramas, como si nos suplicasen que no siguiésemos adelante. Las rosas parecen ensangrentadas entre las espinas, y las gotas de lluvia suspendidas en sus



pétalos brillan como lágrimas; las flores ahogadas por las hierbas nocivas exhalan perfumes extraños que producen vértigos.

En el estanque el agua negruzca se corrompe bajo la hierba verde, y la náyade roja es chata como la estampa de la muerte. El sapo salta á través de los senderos y va á contar nuestra llegada á su tía la víbora. Sin embargo, el viento suspira sus elegías, y el ruiseñor canta penas de amores idos; en la ventana de la casa, casi destruída, aparece una doncella fresca y rubia, envuelta en su bata de raso, semejando á esas hadas neerlandesas que Gaspar Nestcher se agrada de pintar en un fondo de rocas ó de dulcamaras; es encantadora, pero no tiene corazón, y en su seno se encierra un pozo de nieve.

Jamás caerá en falta con nosotros; pero si tenemos alma y nervios, valiéranos más habernos enamorado de una de esas mujeres que llevan pintado el vicio en sus pómulos enrojecidos. Esa doncella nos dará la muerte con mil suplicios inocentemente diabólicos, y ni en el día del juicio osaremos resucitar por miedo de volver á verla.

Heine tiene de común con Goethe que sabe pintar mujeres verdaderas; una línea le basta para que una figura se dibuje viva y completa. ¡Qué engañoso encanto, qué pérvida languidez, qué risa de hiena, qué lágrimas de cocodrilo, qué ardiente frialdad, qué helada llama, qué coquetería de gata! Ningún poeta ha sabido mover con más gracia la cola de dragón en la comisura de unos labios de rosa. ¡Con qué convicción dice de Lusignan, el amante de Melusina: «¡Hombre feliz, cuya querida no era serpiente sino á medias!»

Si Heine no ha labrado en sus *paros* la más resplandeciente estatua de dioses griegos y bajo relieves de bacanales tan puras de forma como los antiguos, está, cuando menos, al nivel de Uhland y de Tieck, si narra las leyendas católicas y caballerescas de la Edad Media. Heine saca del cuerno maravilloso de Achim, de Armin y de Bretano sonidos que hacen estremecerse á los ciervos en el fondo de los bosques y bajarse los puentes levadizos de los castillos feudales. Cuando jinete en su corcel se lanza á la carrera, muy luego roza con su cal-



zado la blasonada falda de la castellana cazadora, y nadie maneja el venablo con más gracia.

Nuestras costumbres literarias, muy dulcificadas, acaso hagan que aparezcan excesivamente crueles algunas ejecuciones de Enrique Heine; con los malos poetas era implacable; pero ¿no tiene Apolo derecho á desollar á Marsyas? La mano que empuña la lira de oro, empuña también el cuchillo para disecar el sátiro grosero; voy á terminar con una página del libro de *Lázaro*; ella dará una idea de la manera del poeta, que ya sabe á qué atenerse sobre ese terrible problema:

«La pobre alma dijo al cuerpo:—No te abandono; permanezco contigo; contigo quiero abismarme en la noche de la muerte, y contigo beber la nada. Has sido siempre otro yo; me has envuelto cariñosamente como en vestido de rosa suavemente forrado de armiño; ¡ay! es preciso ahora que completamente desnuda, despojada de mi querido cuerpo, como ser puramente abstracto, yo me lance á vagar, allá arriba, como una hada bienaventurada, en el reino de la luz, en esos fríos espacios del cielo donde las eternidades silenciosas me miran bostezando; allá se arrastran llenas de hastío y producen un ruido insípido con sus zapatillas de plomo. ¡Oh! ¡Esto es aterrador! ¡Ah! ¡Quédate aquí conmigo, querido cuerpo!

»El cuerpo dijo á la pobre alma:—¡Ah! Consuélate; no te aflijas de esa manera. Debemos sobrellevar resignados la suerte que nos depara el destino. Era yo la torcida de la lámpara; es menester que me consuma; tú, el espíritu, serás elegido para brillar allá arriba, lindísima estrellita de la claridad más pura.

»Yo soy ya solamente un harapo; no soy sino materia; caña hueca, es preciso que me deshaga y vuelva á ser lo que he sido, un poco de polvo. Adiós, y consuélate. Por otra parte, acaso en el cielo se divierta uno más de lo que tú crees. Si encuentras á la Osa mayor en la bóveda celeste, dale muchas expresiones de mi parte.»

TEÓFILO GAUTIER.



# EL MORALISTA

CUENTO VIVO POR  
APELES MESTRES

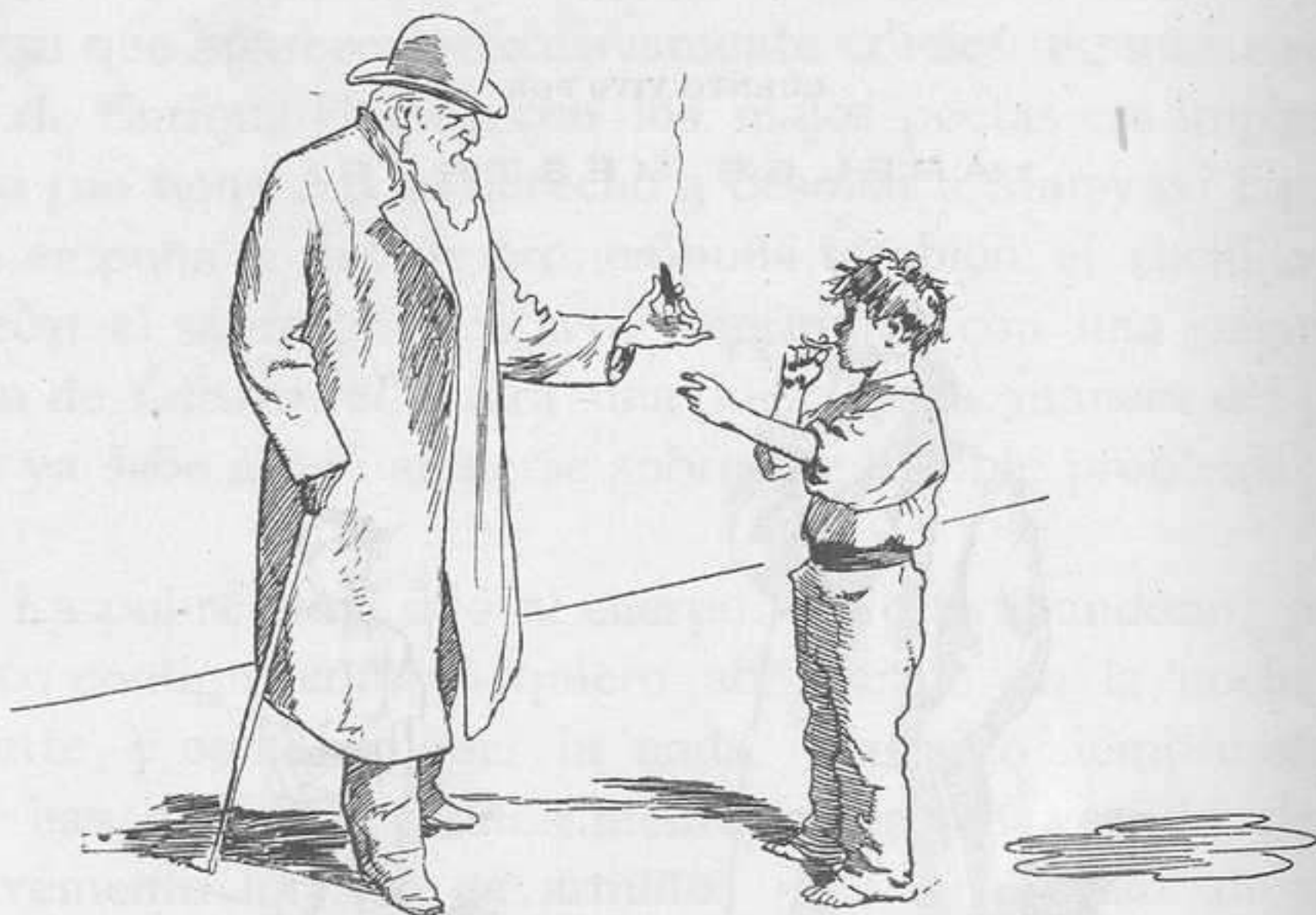


—¡El sol es espléndido, el aire delicioso, este tabaco exquisito... Hoy la existencia me parece bella y la humanidad buena.



—Caballero: ¿me hace usted el obsequio?





—¡Hombre de Dios!... ¿Tan pequeño y ya fumas?...



Mira, hijo, que el tabaco es doblemente pernicioso; pernicioso para la salud y para la hacienda. Procura dominar al vicio antes el vicio no te domine á tí...





—Puede que tenga usted razón. ¡Ea, pues! ¡dominemos el vicio!



— ¡Me está bien empleado!... ¡Métete á redentor y crucificarte han!



## A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

---

Si volvieras á nacer,  
no te habían de faltar  
entuetos que enderezar,  
ni agravios que desfacer;  
porque hoy lo mismo que ayer,  
viejo hidalgo sin segundo,  
traza con sombras el mundo  
la curva de su camino,  
prefiriendo lo mezquino  
á lo grande y lo fecundo.

Hoy todos, buen caballero,  
en nuestra senil cordura,  
arrastramos la envoltura  
grosera de tu escudero;  
hoy del prócer y el pechero,  
del que aspira y del que alcanza,  
la preferente esperanza  
y la codicia incesante,  
son cambiar tu Rocinante  
por su rucio á Sancho Panza.

Combatir por el vencido,  
dar libertad al forzado  
y tender emocionado  
la amiga diestra al caído;  
verse maltrecho y tundido,  
(tras de desigual pelea),  
en defensa de una idea,  
sustentando una opinión,  
eso es propio del campeón  
de la sin par Dulcinea.

Pero nuestra edad, que entraña  
un cerebro limpio y sano,  
aunque á veces un enano  
le parezca una montaña;  
nuestra edad, que niega huraña  
tributo á la fantasía,  
(en cuyas alas el día  
hasta los astros asciende),  
nuestra pobre edad, no entiende  
tan neurótica hidalguía.



Manchego ilustre, á mi ver,  
en tu historia singular  
hay virtudes que imitar  
y verdades que aprender;  
culto venerando hacer  
del honor y la hermosura,  
llevar la piedad más pura  
esculpida en la conciencia,  
es una santa demencia  
y una envidiable locura.

Falto de seso te llama  
el mundo al leer tu historia,  
pero no amengua tu gloria  
ni desmerece tu fama;  
entre esa turba que aclama  
sólo diosa á la razón,  
se oye con hiriente son  
gritar á los muchos pocos,  
que también llamaron locos  
á Galileo y Colón.

Deja que el mundo se ría  
y recuente en sus tristezas,  
el rosario de proezas  
que tejió tu bizarría;  
alma yerta y alma fría,  
digna de ultrajante mote,  
es el alma, Don Quijote,  
del que en sus ensueños ruines,  
no creyó ser de malsines  
el fustigador azote.

Todos con veloz carrera,  
que lo es del tiempo la huída,  
gastamos la fe y la vida  
persiguiendo una quimera;  
unos, subiendo á la esfera  
por donde los soles van,  
forjan con luz de volcán  
su espléndido ideal bizarro  
y otros amasan con barro  
el símbolo de su afán.

¡Bendigamos la locura  
que á la justicia estrellada  
roba su celeste espada,  
su no domable bravura;  
y mal hayan la cordura,



el ingenio y el saber,  
 si en lucha con el deber  
 retroceden al hallar,  
 entuertos que enderezar,  
 agravios que desfacer!

CARLOS ROXLO.

Montevideo.



## LOS DOS PERROS

Así un perro decía  
 á otro vecino perro:  
 —¿No han traído á tu amo  
 de regalo una carga de conejos?

Pues, ¿cómo eres, amigo,  
 tan grande majadero,  
 que á la carga no quitas  
 un tierno gazapillo por lo menos?

—¡Yo hacer tal felonía!  
 repuso el compañero,  
 ¡yo quitar una hilacha  
 á un hombre tan de bien como mi dueño!

Sabe que mi conciencia  
 no me permite hacerlo;  
 tú véte de mi lado  
 y á pillos como tú dales consejos.—

Halló la misma tarde  
 el perro consejero  
 al otro devorando  
 un conejo magnífico, soberbio.

—¿Qué fué de tu conciencia?  
 le dijo, ¿cómo es eso?  
 Y respondióle el otro  
 acercándose á él y con misterio:

—No pensaba robarlo,  
 pero he sabido luego  
 que quien hizo el regalo  
 no traía contados los conejos.

JOSÉ ESTREMERÁ.



## LA BALANZA

Á RAFAEL DOMÍNGUEZ, S. TERRENO Y NICANOR BOLET PERAZA

Las arpas de oro se estremecen aún con la vibración de la armonía, interrumpida de improviso; los cantos celestiales han cesado súbitamente; los ángeles dejan caer sus alas con tristeza; las inmensas claridades del infinito se han empañado, como temerosas de brillar; el silencio del cielo es formidable, la solemnidad augusta.

Va á juzgarse una alma.

Por tribunal una balanza; por balanza una cruz salpicada de sangre siempre fresca.

Medio oculto en sombra fatídica, que forma con sus alas negras, y de espaldas al cielo está de pie un ser lúgubre y sombrío esperando la hora vil del acusador, terrible, inexorable. En su rostro hay lineamientos de perfidia, mirada de asechanza y sonrisa malévola que hiere como puñal.

En el sitial de la justicia brilla un inmenso foco de luz resplandeciente que sirve de aureola al juez austero, lleno de incomparable majestad. Pero algo íntimo misterioso hace traición á su designio de severidad y á su misterio de rigor, porque aquella sombra doliente de tristeza que vaga por su semblante, no es de juez sino de padre, y hay no sé qué ternura en aquellos ojos de cordero y en la dulce inclinación de su cabeza, que deja entrever mucho de inconsulta piedad y de imprudente misericordia. Luego, hay marcados en su frente golpes de caída y en sus manos cicatrices de suplicio, y el corazón adivina que no ha de ser implacable en el castigo quien ha padecido amarguras de humillación y dolor de víctima.

Al pie de la cruz gime la culpable. Desfallecida sobre sus rodillas, la túnica en desorden, quebrado el alabastro, amortecidos los ojos, suelto el cabello, inclinada la frente vergon-



zosa, aprieta sobre el pecho sus manos entrelazadas, con la convulsión de la culpa y el estremecimiento del terror.

Aún la sigue hasta este trance doloroso el ángel cándido, compañero familiar de su existencia, lanzando penosamente suspiros prolongados de tristeza inmortal, que denuncian el pesar supremo de los esfuerzos inútiles y de la esperanza en derrota.

Habló el maldito, y se elevó hasta la agonía la suspensión de las legiones celestiales, que cubrieron sus rostros inocentes con sus manos de armiño. Cada palabra era una culpa, cada culpa caía en el platillo de la balanza con enorme pesadumbre, inclinándole siniestramente del lado del abismo.

Allí cayó la liviandad, la impureza, el deshonor... y la balanza se inclinaba hacia el abismo.

El platillo de los merecimientos estaba vacío.

Allí cayó la torpeza de los pensamientos, el deleite funesto, el goce inmundado... y la balanza se inclinó hacia el abismo con lúgubre crujido.

Calla el acusador, el silencio es pavoroso, la balanza vacila, el vértigo invade todos los espíritus... ¿No hay quien defienda el alma infortunada? ¿Quién, generoso, tome la voz de quien la pierde ahogada entre nudos de remordimiento?

¡Va á cerrarse el juicio fatal!

Incorporóse trabajosamente la acusada; pero no halla voz en aquel pecho lleno de tempestades, ni en aquellos labios, trémulos de dolor infinito...

Vencida de la agonía suprema, apoya su frente desfallecida en el madero ensangrentado...

Una lágrima solitaria, desprendida de sus ojos, cae de improviso sobre el platillo vacío de la balanza, que, sacudida por una conmoción terrible, recobra de súbito el equilibrio...

Jesús abre los brazos, ruge el monstruo, prorrumpen deliciosos cantos celestiales, brillan claridades inefables...

¡Magdalena se ha salvado!

EDUARDO CALCAÑO.





## LIBRO EN BLANCO

Á LA SEÑORITA G. L.

De tus recuerdos el libro  
 aún se encuentra en blanco ¡oh niña!  
 ¡ni una nube en la alborada!  
 ¡ni una esperanza marchita!

Es la estación armoniosa  
 de los nidos y las lilas,  
 cuyo perfume se lleva  
 entre sus alas la brisa;  
 la estación de los ensueños,  
 en que el valle de la vida  
 al azar graciosas cruzan



las palomas y las ninfas...

Corza que vas anhelante  
á la fuente de aguas vivas,  
que para tí siempre sea  
murmurante y fresca y límpida,  
guarda en el virgíneo seno,  
como en urna cristalina,  
de tu virtud la alma esencia  
que trasciende á rosa mística.

Y cuando al correr el tiempo  
hacia atrás vuelvas la vista  
por contemplar del pasado  
las románticas ruinas,  
recuerda fuí yo el primero  
en poner aquí mi firma,  
de tu beldad aspirando  
el favor de una sonrisa.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

---

## EL CARMEN

---

Ni el aura que los árboles mecía  
susurraba al pasar:  
todo en el silencioso carmen era  
tristeza y soledad.

¡Cuántos dulces cantares lo alegraban  
en tiempo más feliz!  
¡Cuánto amor, cuánta dicha cobijaron  
las frondas del jardín!

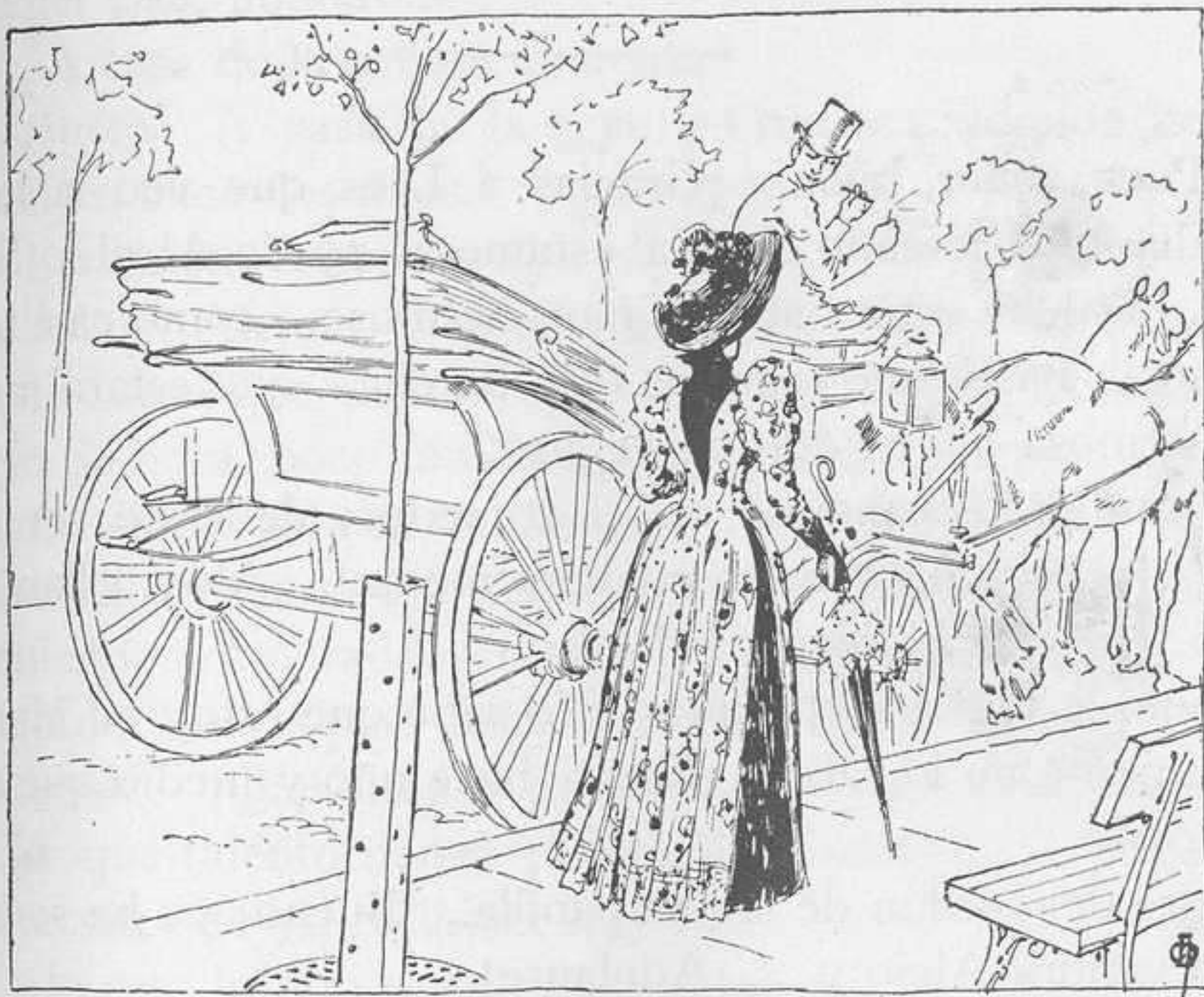
Ahora la estéril hiedra tapizaba  
la ruinoso pared,  
y en medio del jardín abandonado  
descollaba un ciprés.

¡Ay! cual él, solitario entre tus ruinas,  
¡oh pobre corazón!  
se alzaba melancólico el recuerdo  
del tiempo que pasó.

FEDERICO BALART.



## GALANTERÍA



— ¡Qué cuerpo! ¡vale un Perú!  
¿tiene ya dueño?

— No sé,  
¡y acabemos! ¿está usted  
disponible?

— Yo sí, ¿y tú?

## EPIGRAMA

— Vengo, señor don Mariano,  
y perdone la osadía  
de un hombre tan franco y llano,  
á pedir la blanca mano  
de su hija Juana María.

— Pues mi hija, señor Fraguesos,  
de un tío muerto el noventa,  
ha heredado cien mil pesos;  
y usted, ¿con qué fondos cuenta  
para casarse?

— ¡Con esos!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.



## CASTILLO DE NAIPES <sup>1</sup>

—Pues, señor, bien... ¡Gracias á Dios que veo la luz de este día tan deseado!... Ya estamos á 19 de Abril... Santa Inés... Y debe estar un día muy hermoso... como casi todos los años... Basta que sean los días de ella... que estará mucho más hermosa que el día, de seguro...

Ya cantan los canarios en el comedor; debe de ser muy tarde... ¡Huy, más de las nueve y media!... Voy á llamar al criado para que la lleve las flores...

¡Cómo la voy á sorprender! No sabe que estoy en Madrid, seguramente no lo sabe... Como hace año y medio que falto de la corte...

Tiraré del cordón de la campanilla... Bueno; ya ha sonado. Ahora vendrá Alejo y... ¡Adelante!...

—¿Ha llamado el señorito?

—Sí; yo he llamado.

—¿Quiere el señorito chocolate?

—No, hombre, no quiero chocolate (¡cualquiera toma chocolate en una fonda!); quiero te con leche. Pero encárgaselo á la cocinera, que tú tienes que ir á un recado.

—Adonde el señorito mande.

—Bueno; mira, Alejo, vas á ir al puesto de flores de Ramona la Valenciana, ¿sabes?... En los derribos de la calle de Sevilla... Una de aquellas casetas de madera... Fíjate bien... tiene un rótulo que dice: *Ramona la Valenciana*.

Allí tendrán ya hecho un ramillete de flores muy hermoso y muy grande... tú vas allí con una tarjeta mía... ¡Ah! coge la tarjeta; mira, en el bolsillo interior de la levita estará el tarjetero... No, en el del frac, que anoche me puse el frac... ¿Está ahí?... Sí...

Coges una tarjeta y un billete de cinco duros, te vas al puesto de flores de Ramona la Valenciana, preguntas por el

<sup>1</sup> Del libro *Capullos de novela*.



ramillete que yo encargué ayer tarde, que será el mejor que haya allí, te le dan, le pagas, y le llevas con la tarjeta, á la calle del Oso, número...

—¿A casa de la señora Condesa?

—¡Justo! A casa de la señora Condesa, adonde llevabas los dulces hace dos años.

—Está bien, señorito.

—Adiós, Alejo... Que está bien, dice: pues claro que está bien... Como que casi no puede estar mejor. Dentro de un cuarto de hora, poco más, llegará Alejo con el ramo de flores, llamará, saldrá María, la doncella, cogerá el ramo y se le irá á enseñar corriendo á la señorita... que dirá toda sorprendida y poniéndose colorada: (¡Calla! ¡Ha venido Gonzalo! .. ¡Y le ha faltado tiempo para felicitar me los días con este precioso ramillete!... ¡Qué bueno es Gonzalo, y qué fino y qué amable... y qué talento tiene! ¡Cómo ha cuidado que la primera felicitación que yo recibiese hoy fuera la suya!...)

Todo esto lo dirá dando vueltas al ramo y acariciándole y pasándole la mano con mucha monería. Después cogerá una gardenia y la pondrá en el pecho, para no separarse por entero del recuerdo mío, y seguirá peinándose... y pensando en mí, naturalmente... ¡Estará más hermosa!

La verdad es que me había de levantar, pero tengo pereza... Es tan dulce estarse así, sin hacer nada, cuando es uno feliz... como lo soy yo ahora. Porque ¡cuidado que soy feliz de veras!... Y lo seré mucho más todavía... Sí, Gonzalito, sí... Te digo que vas á ser el hombre más feliz del mundo... Esa mujer vale un Potosí... Esa mujer es un ángel... Esa mujer no tiene precio...

Cuando concluya de peinarse, más primorosamente que otros días, como que hoy se peina para mí, irá á misa con su madre á San Cayetano... si es que no ha ido ya á comulgar por la mañana... que sí habrá ido, porque ¡es más buena!... Pero aunque así sea, volverá seguramente á misa de doce... y creerá que me va á ver allí... No, no me verás, alma mía...

Está muy lejos.

A media tarde, viendo que no he ido por allá todavía, dirá



Inés á su madre:—Mamá, podías mandar una tarjeta á Gonzalo convidándole á comer, porque si no, es posible que no venga á darme los días hasta la noche, y francamente...

Este francamente y estos puntos suspensivos quieren decir: «Yo no quiero tardar tanto en ver á Gonzalo, yo deseo verle cuanto antes...»

¡Bendita seas, Inés, bendita seas!...

No, y como la Condesa me convide á comer, acepto el convite y voy volando. ¡Vaya si voy! Lo contrario fuera una grosería. A más de que no he de desperdiciar una ocasión así de comer con Inés... y sentarme á su lado... Y como esté muy amable conmigo, que sí lo estará, hoy mismo me declaro formalmente.

Ella no me dirá que sí, de plano; pero me lo dejará entender con algún rodeo; yo insistiré dentro de unos días, y al cabo me dirá que sí... de seguro... Es una muchacha muy formal, y si no me quisiera, no me lo hubiera dado á entender tantas veces con los ojos, este verano hará dos años.

Después concertaremos la manera de vernos á menudo... Me dirá que va por las mañanas con su madre al Retiro, porque se lo ha recomendado el médico... Yo iré también, y las encontraré de *casualidad* por allí, hacia la Casa del Pobre, y las acompañaré y tomaremos en el *Lactante-Club* leche con bollos, y cuando su madre se entretenga en mirar las crías de los cisnes, hablaremos largo y tendido de nuestros proyectos de felicidad futura, que será completísima.

También la veré en el Circo de Price los martes por la noche, y entraré un rato á sentarme junto á ella en el palco, y se me quejará con encantadora sencillez de que la quiero poco, porque voy pocas veces á su casa, cuando su mamá no desea otra cosa, y además porque me ha visto mirar á Luisa y saludar con demasiado cariño á Teresa.

Pero yo la tranquilizaré, y quedaremos tan enamorados y tan conformes.

Al verano me iré detrás de ellas á San Juan de Luz, y la veré todos los días en la playa, y haremos una expedición á Lourdes, y muchas á Bayona; y así, intimando cada vez más,



en el viaje de vuelta me autorizará para pedirla. La pediré, y como estaremos ya entrando en el invierno, se concertará la boda para la primavera.. de suerte que á otro año por ahora, si no estamos casados ya, estaremos para casarnos...

¡Qué día aquél!... ¡el día de la boda!... Y después, ¡qué dicha la mía, y qué felicidad tan grande!...

Casado con Inés... el sueño hermoso de toda mi vida... ¡Me querrá tanto!... Pasaremos la primavera en Italia, el verano en Alemania, el otoño en Francia, y volveremos á Madrid poco después de la apertura del teatro Real, donde tendremos abono... como en el Español y en la Comedia... Todo esto contando con que á Inés la gusten estas cosas, que lo que es por mí... á mí me basta con estar cerca de ella: yo no quiero ni querré nada más que á ella. Viviremos en la ronda de Recoletos, que es un sitio muy elegante; digo, si quiere Inés, que sí querrá, porque no querrá más que lo que yo quiera... Mi amigo Pepe Centeno, que tiene desocupados los dos principales de su casa de la calle del Arenal, me ofrecerá uno; pero no me pesca. La calle del Arenal es insufrible... con tanto barullo de coches y carros... Hoy lo céntrico es de mal gusto.

Al verano siguiente ya tendremos un niño... ¡más mono! se llamará Gonzalo, como yo: eso sí; lo que es como sea niño, el primero se ha de llamar como su padre.

Le llevaremos á paseo con nosotros: iremos Inés y yo y llevaremos á la niñera con el niño: nos bajaremos del coche á la entrada del Retiro, junto á la Puerta de Alcalá, y subiremos á pie por la fuente de Galápagos, llevando también el niño delante en brazos de la rolla, y todos los que le vean dirán por lo bajo: «¡Qué niño más hermoso!» ¡Y nos mirarán con una envidia!...

Le iremos á retratar á casa de Napoleón, el gran fotógrafo, la especialidad en retratar niños; y es claro, saldrá admirablemente, y Napoleón pondrá un ejemplar abajo, en el muestrario de la puerta, donde estará tan mono sonriéndose, ¡hijo de mi alma! y haciendo que se paren á mirarle todos los que pasen por la calle del Príncipe.



—¿De quién será este niño tan guapo? preguntará Isabel á su marido, muerta de pesadumbre.

—No sé, la contestará él, aparentando indiferencia, y seguirán mirándole.

Pero en esto llegará Paco, que conocerá al niño, y les dirá:

—¿Estáis mirando á Gonzalito?

—¡Ah! ¿Tú conoces este niño? ¿De quién es?

—¡Toma! Pues de Gonzalo Quintana, del Conde de Rueda.

—¡Qué hermoso! Claro, como la Condesa es tan hermosa... (porque Inés hay que reconocer que es muy hermosa), y el Conde... (la verdad es que yo tampoco soy feo).—¡Dios se le conserve! dirá por fin Isabel, ahogando un suspiro, porque como ella no tiene hijos, la pobre...

Dos años después tendremos otro, que se llamará Luis, como su abuelo, y no será rubio como Inés, sino moreno como yo; pero también será muy guapo.

Después tendremos una niña, que regularmente se llamará Dolores. Yo más quisiera ponerla Inés, como su madre, á la que se le parecerá, es claro; pero su abuela se empeñará en que se ha de llamar como ella, y dirá que no la quitamos ese gusto, y que ya Dios nos dará más y la podremos poner como nos dé la gana... y no habrá más remedio que transigir con mi suegra... que casi no se le puede llamar suegra, porque es tan amable... También en esto voy á tener mucha suegra... digo mucha suerte... ¡Qué loco estoy de alegría!... Ya casi no sé lo que digo... y la cosa no es para menos.

Tras de esta niña, que será enteramente un encanto, con los ojos azules como el cielo de Aranjuez y el pelito rubio como las palmas de Orihuela ó las espigas de Paredes de Nava, tendremos alternativamente un niño y una niña y otro niño... todos tan hermosos...

¡Ah! Pero, sobre todo, la niña primera... será una criatura preciosa. Cuando llegue á los dos reales, es decir, á los diez y siete años, se la podrá ver... Por supuesto, que tendrá los novios así, como los dedos de la mano; pero yo me decidiré... es decir, ella se decidirá, con la aprobación de sus padres, porque será una niña muy obediente... se decidirá por el pri-



mogénito de mi amigo el Marqués de Siete Cruces, el niño que bautizamos el otro día, que tendrá unos seis años más que ella... edad proporcionada... y serán muy felices... Pero me parece que esto es adelantar demasiado el discurso...

Todavía los niños no van al colegio, aunque irán pronto, eso sí, muy pronto...; lo que es los dos mayores, Gonzalo y Luis... Pero, en fin, ni á ellos ni á Lolina, todavía no es hora de pensar en casarlos...

Por de pronto se van desarrollando muy bien, y nunca están enfermos... Especialmente el segundo, Luis, es tan robusto... Verdad es que para eso tenemos cuidado de llevarlos por las mañanas al Retiro en cuanto entra el buen tiempo; allí corren ellos y enredan á sus anchuras.

Vamos con ellos Inés y yo, porque no se les puede dejar solos, y nosotros somos unos padres modelos...

Llevamos dos criadas para tener en brazos los dos más pequeños, y otra para ir al cuidado de los tres mayores.

Y á veces no basta, porque se van cada uno por su lado, y... ahora, por ejemplo, si atiende á la niña, que quiere echar pan á los patos, para lo cual se pone medio á caballo sobre el antepecho de hierro del estanque grande, y es posible que dé la vuelta, no puede atender á los otros, que ¡son más traviosos!... principalmente el segundo...

—Pero ¿qué diablos está haciendo aquel chico?... ¡Pues no se está subiendo á un árbol!... Y se va á caer, y se va á romper algún brazo... ¡Luis!... ¡Luis!... ¡No te subas!... Se cae de seguro... Voy corriendo...

—Señorito...

— ¡Déjame, Alejo; déjame, por Dios!... Se va á caer...

—Aquí traigo las flores, porque en casa de la señora Condesa no había nadie, más que dos criados. Ella creo que se ha ido hace quince días á vivir á un convento. La señorita se casó hace dos meses, y está con su marido viajando por Italia.

— ¡Ay! (*prolongado*). Pues, entonces, no me importa que se caiga el niño.

ANTONIO DE VALBUENA.





## EL VENGADOR DE SU HONRA

—¿Me conoce usted?

—No tal;

aunque mi mente torturo,  
no le conozco; lo juro  
á fe de Luis Sandoval.

—Pues si en mi rostro repara...

—Reparo y pienso, ¡pardiez!  
que esta es la primera vez  
que nos vemos cara á cara.

—¿Tan ciego está ó aturdido,



que en mi semblante no nota  
ni semejanza remota  
con otro muy conocido?

— ¡Por Dios que ya me exaspero!  
que no, he dicho, y concluyamos;  
pues sabe quién soy, sepamos  
quién es usted, caballero.

— ¡De una hija á quien adoré  
soy, don Luis, el vengador!

— ¿Y aquí qué busca?

— ¡Mi honor  
que cubrió de infamia usted!

La deshonra de Virginia  
mis nobles canas enloda  
y sólo puede una boda  
borrar tan negra ignominia.

Sin sombras de deshonra  
ver quiero su frente bella  
ó he de matarla y con ella  
á su infame seductor.

¡Hable usted!... del torpe agravio  
que en mi ausencia usted ha inferido  
á mi honor, cuentas le pido...

¿por qué enmudece su labio?

— ¿A qué negar que sin calma  
perdí por Virginia el seso?  
una noche me dió un beso  
que encendió un volcán en mi alma.

— ¿Ella?

— Sí.

— ¡Tal liviandad!...

— Preso yo en tan tiernos lazos,  
tendí con amor los brazos  
á Virginia y...

— ¡Oh maldad!

¡Bien la infame se burló  
de mi confianza sin tasa!...

¡al entrar usted en mi casa,  
de ella mi honra se alejó!

¿Dónde hallar ya la quietud?

— ¡Tesoro tan mal guardado!...

— No existe más que un candado  
para el honor... ¡la virtud!

— Yo, ciego; Virginia, hermosa;  
la ocasión, que hace al ladrón...

— ¿Mas pudo dar ocasión  
mi esposa al desliz?



—¿Su esposa?  
 tenderme quiso una red  
 que logré esquivar, artero...  
 —¡Basta ya! ¡oh destino fiero!  
 ¡harto le comprendo á usted!  
 —Corriendo de un yerno en pos,  
 dió origen á tal desmán.  
 —¡Pues, por Dios, ganas me dan  
 de casarle... con las dos!  
 En fin, yo en su boda insisto.  
 —Vano afán: no he de ceder.  
 —¡Vive Cristo, que ha de ser!  
 —¡Pues no será, vive Cristo!  
 Si sacrifico, constante,  
 á su hija nombre y reposo,  
 vengar querrá en el esposo  
 los desdenes del amante.  
 Tendióme el lazo traidor,  
 y pues roto queda el lazo,  
 esa boda yo rechazo.  
 —Pero ¿y mi honor? ¿y mi honor?  
 —Ella es quien torpe lo inmola,  
 sin que enrojezca su frente,  
 ¿no puso el pie en la pendiente?  
 ¡que rueda al abismo sola!  
 —¡Pues por Dios que he de anudar  
 los lazos que ha roto, impío!  
 —Los que desata el hastío  
 ya no se vuelven á atar.  
 Si la amante, asaz galante,  
 delinquiró, y no le hizo mella,  
 ¿qué puedo esperar yo de ella  
 cuando ya no sea *amante*?  
 —¿Habrá destino más negro?  
 —¿Qué dice usted?  
 —¡Voto á tal!  
 que pude yo en caso igual  
 decir lo mismo á mi suegro.  
 —¡Cómo! ¿usted también?  
 —¡Oh, sí!  
 mas yo cedí y me casé  
 y si no cede hoy usted...  
 ¡tiemblo por usted y por mí!  
 —¿Por qué tal temor le acosa?  
 tranquilo estoy, á fe mía.  
 —Pues yo no.  
 —¿Y su energía?



—Fué prestada: es de mi esposa.  
De ella, que en loco arretrato,  
nos dará un disgusto fiero,  
á usted, por mal caballero,  
y á mí, porque no le mato.  
Conque basta ya, por Dios,  
y acabemos este asunto:  
ó se casa usted al punto...  
¡ó huyamos de aquí los dos!

CASIMIRO PRIETO.



## FABULEJA

Tiró á la calle varias monedas  
y quedó oculto tras su ventana,  
un viejo loco que vive ahora  
frente á mi casa.

Armó en la calle, para recogerlas  
ávidamente gran algazara  
la muchedumbre, que envilecida  
por entre el fango se revolcaba.  
Hombres, mujeres, niños, mirando  
hacia la altura — ¡Más! ¡más! — clamaban,  
mientras el loco se sonreía  
tras los cristales de su ventana,  
y — Así, me dijo, nos hace el cielo  
con las que nombran dichas humanas;  
todos se afanan por conseguir las,  
pero... ¡son falsas!

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1891.



## EL MEDITERRÁNEO

---

¡Qué hermoso es el Mediterráneo!

Viéndole se comprende sea el mar de la poesía, el espejo de los poetas, que sus brisas agitaran las cuerdas del arpa de David, de la lira de Homero, y que en sus tranquilas aguas se bañaran las musas de la Grecia.

El Océano es más grande, más bravo, más tempestuoso, más sombrío, es sublime; pero el Mediterráneo es más celeste que el Océano, más alegre, más tranquilo, más hermoso.

En la categoría de las ideas, lo sublime es más grande que lo hermoso; pero lo hermoso es más humano y está más cerca del alcance de nuestras facultades que lo sublime.

El Sol es sublime, y por eso no podemos mirarle; la Luna es hermosa y por eso nuestros ojos se bañan en su tibia luz.

Dios, que está sentado en la cúspide de los mundos, que exhala de su aliento el espíritu que nos anima, que presta con su mirada luz á los astros, que tiene en sus manos la catarata del gran río de la vida en que beben su esencia todos los seres; Dios, inefable, infalible, eterno, inmenso, es sublime.

Por eso su luz nos ofusca, por eso al verle pasar tiemblan los mundos y se ocultan en sus alas los serafines.

La religión cristiana, conociendo que el alma se quedaría ciega si de continuo se perdiese en la deslumbradora luz de Dios, ha puesto en el cielo una mística luna, María, á la cual se levanta de continuo la oración del cristiano, seguro de que aquella tibia luz es la del eterno sol de la verdad y de la ciencia: Dios es sublime y María es hermosa.

Lo sublime es superior á nuestra naturaleza, y hasta cierto punto incomprensible por nuestra pobre razón; lo sublime nos abate, nos sumerge en una especie de espanto, muy parecido al que sintió el pueblo de Israel cuando tronaba Dios en la cumbre del alto Sinaí.



Y he aquí por qué el Océano nos espanta.

No puedo ver aquellas escarpadas riberas, sus montañosas ondas, sus continuas tempestades; no puedo oír sus roncós bramidos, el huracán que lo azota, sin sentirme aniquilado como la gota de lluvia que cae en su profundo seno.

Lo hermoso nos atrae, nos sonrío: en esa idea descansa el alma como en su centro; todas nuestras facultades se ponen, digámoslo así, en equilibrio; todos nuestros pensamientos entran en concertada armonía: gozamos como mirando unos hermosos ojos, como oyendo el acento de una voz querida ó el eco de una canción de Bellini. El Mediterráneo es hermoso: sus riberas son doradas; floridos sus campos, cubiertos de viñas y de naranjales; su color es el color del cielo; sus brisas son como el aliento del amor; sus ondas se rizan en ligeras playas como feliz lago; sus horizontes son alegres, clarísimos, transparentes; parece como que convida con su tranquilidad á dejarse mecer por sus ondulaciones; que cuando se quiebra en la orilla, canta que ha sido creado para retratar como claro espejo las estrellas del firmamento. Es el mar amigo del hombre.

Cuando los poetas bíblicos cantaban, este mismo mar movía las alas de su inspiración, las cuerdas de sus arpas. En él vió Homero levantarse como una niebla á la Thetis, sacudir su cabellera cargada de perlas y llorar sobre el seno de su hijo; este mar fué muchas veces el fondo del teatro por donde discurrían las grandes creaciones de Esquilo, de Sófocles y Eurípides; en él se apagó, como una exhalación, la vida de Safo; de su seno surgió Citerea, blanca como su espuma, con sus ojos azules como átomos del firmamento y sus cabellos de oro como los rayos de las estrellas de la tarde; en sus riberas enseñaba Platón la unidad de Dios, y en sus islas Pitágoras las armonías de las ideas, las ciencias de los mundos; por este mar se esparcieron los Apóstoles, que por vez primera predicaron la religión cristiana á los hombres, y cerca de él derramó Jesucristo las ondas de sus divinidades; y en su seno, inspirado por sus murmullos, escribió san Juan su Apocalipsis: flores nacidas en el Mediterráneo, y que á sus



brisas confiaron sus semillas, para que las desparramasen, ora en Italia, ora en las Galias, ora en España.

En sus orillas duerme, bajo un laurel, Virgilio; en él se miraban las grandes ciudades egipcias, que unieron al principio nuestra era, el alma de todos los pueblos antiguos; por sus horizontes vió el Dante volar, como el ángel de la oración, á Beatriz; y mirando su plateada superficie, se consolaba, en Nápoles, Petrarca de la ausencia de su Laura; la estela de las góndolas de Venecia ha dejado una huella de poesía en sus aguas, y la voz de Provenza y el eco dulcísimo de sus aires, y la mirada de España un luminoso reflejo en sus horizontes, y el Asia, Grecia, Egipto y todas las naciones que le rodean, han hecho de este mar el conductor de la civilización y del arte.

Todos los dramas de la civilización se han representado en el Mediterráneo. De él salieron todas las grandes expediciones, desde Alejandro hasta Napoleón. En el Mediterráneo ha luchado el Oriente con el Occidente la idea de absorción, de castas, de despotismo, con la idea de la expansión, de derecho, de libertad.

Aquí se oye aún el sollozo de Príamo que era el postrer quejido de la civilización oriental, su último suspiro. Por estas azules aguas cruzó el grande, el portentoso César, en cuya alma se unieron el espíritu del Oriente y del Occidente. El Mediterráneo fué como mediador plástico de Europa, África y Asia.

Suprimiendo en el pensamiento el Mediterráneo, cada uno de los grandes continentes acaso hubieran sido de los restantes tan ignorados como lo fué América de todo el viejo mundo hasta el siglo XV.

Encerrado el Mediterráneo entre riberas que lo estrechan, ha podido llevar de un punto á otro fácilmente la primitiva navegación, incierta y poco audaz; y sólo ese mar tan placido y sereno ha podido atraer al hombre para que confiara la vida á sus ondas. Por esto, pues, el Mediterráneo es el mar de las colonias, al paso que el Océano es el mar de las irrupciones.



He oído decir á algunos que, aunque creyendo en el mar, no pueden comprender la facilidad de la bienaventuranza de la contemplación perpetua de Dios.

A la vista del mar se comprende y se explica.

Doquier aparece lo infinito, el hombre se recrea en contemplarlo y aspira á volar al cielo: sí, al cielo que es su patria. Por eso, á pesar de la uniformidad del mar, el alma se goza en contemplarlo como todo lo que parece y se aproxima al infinito.

Al descender el crepúsculo, el mar se tiñe de un tinte rosado, que le da dulce alegría; algunas nubes, impelidas por los rayos del sol poniente, se retiran del ocaso á desvanecerse en las mansas aguas que no se mueven, como si en la noche durmiese ella en tranquilo sueño.

Sí, en este mismo mar, Byron, que tantas veces había maldecido á Dios, ángel caído del cielo que se gozaba en arrastrar sus blancas alas por el lodo; Byron, que se aparece siempre á mis ojos con la lira rota en sus manos por la desesperación y la copa del placer quebrada á sus plantas por el hastío; Byron oyó al anochecer el acento de una campana, el rezo de los marineros, el murmullo de las olas y de los próximos bosques, agitados por aquella religiosa plegaria á María, y en celestial arrobamiento la vió aparecer en sonrosada nube, pura, hermosa, coronada de estrellas, llevando su hijo entre sus brazos, deslizándose sobre la superficie de los mares, envuelta en el celeste manto, acompañada de la misteriosa paloma que se cernía en los aires, y ante tal espectáculo cayó herido de hinojos sobre la cubierta del buque, plegó sus manos, y sus labios secos murmuraban una mística oración que se confundió con las oraciones de los hombres y de la Naturaleza.

El culto á María es propio de las orillas del mar. Hasta el ateo vió aquí á la madre del Verbo en toda la realidad de su hermosura; y la vió, porque este mar será siempre su templo.

EMILIO CASTELAR.



## LA VOZ DE LOS ANIMALES



—¿Conque son tus gracias tales?

—No exagero; sí, señor:  
no hay quien imite mejor  
la voz de los animales.

—Pues yo conozco en Sevilla  
uno, cuyo nombre callo,  
que imita el canto del gallo  
de un modo que maravilla.

¡Si no lo vas á creer!  
en cuanto se deja oír...

—¿Qué ocurre?

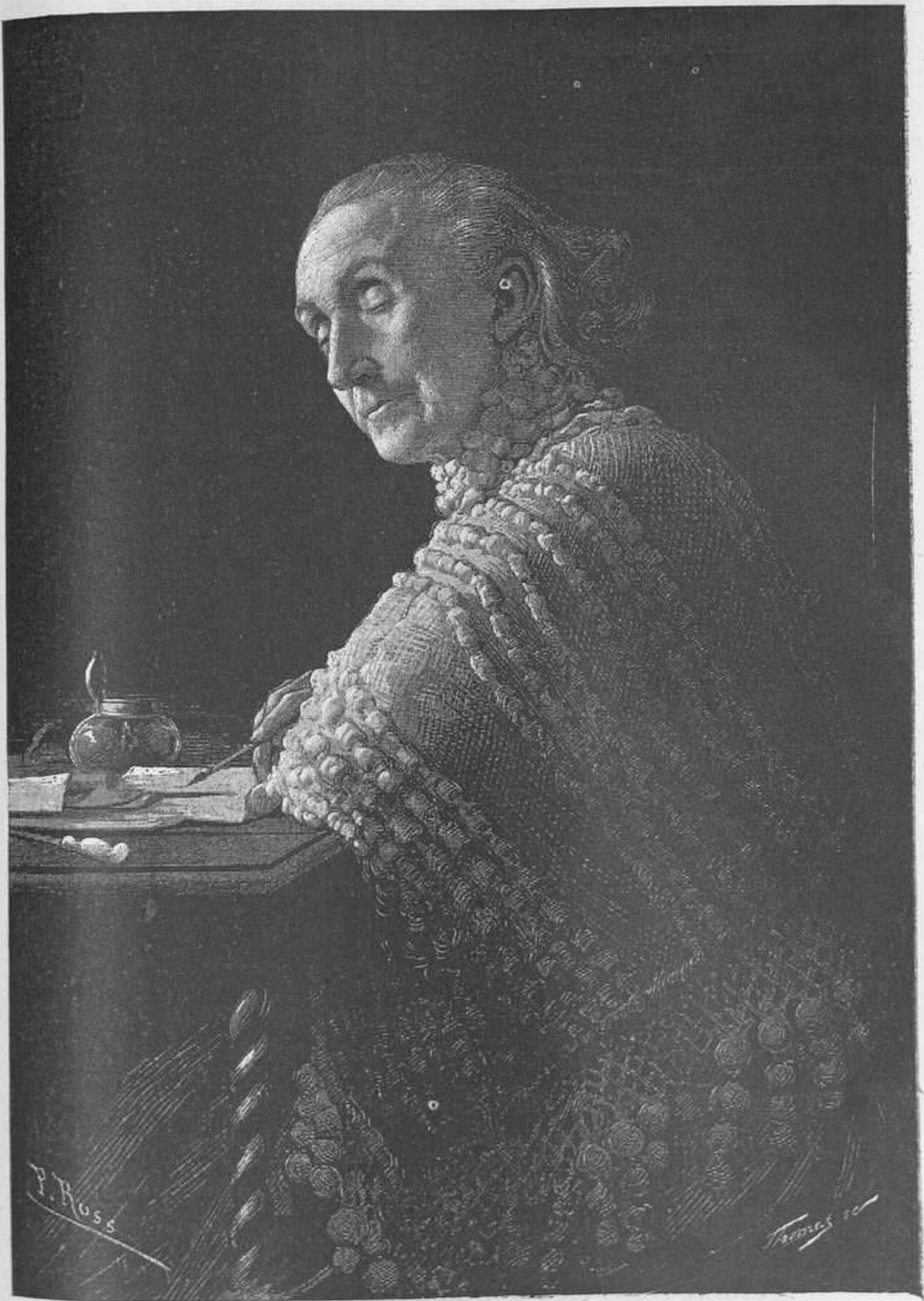
—¿Qué ha de ocurrir?  
¡que comienza á amanecer!

## EPIGRAMA

Desde el día en que Clemente  
se casó con Luisa, está  
golpeándose la frente,  
y, cual Chenier, tristemente,  
—Algo, dice, tengo acá.

LOPE DE FIGUEROA





LA EMINENTE NOVELISTA ARGENTINA

Sra. D.ª Juana Manuela Gorriti

ESCRIBIENDO UNO DE SUS LIBROS



## ÓRDENES PARA ESPAÑA

Á MI AMIGO MARTÍN GARCÍA MÉROU, EN SU PARTIDA PARA MADRID

INÉDITA

Un padre-nuestro al pie del san Antonio,  
dos veces milagroso, de Sevilla;  
y á Colón y hospederos de la Rábida  
y á Isabel, nuestra madre, una visita.

Pelayo, el Cid y Palafox, y el héroe  
de Bailén, y otros mil, de tí reciban  
por mí, por ambos, por la España inmensa  
de aquende el mar, su eterna siempreviva.

Las sombras de Nariño y de Miranda  
y San Martín consagran la fenicia  
Cádiz para nosotros, enseñando  
la cruz que á todo redentor confirma;  
vé á la Carraca y de los dos primeros  
encontrarás quizá tristes reliquias,  
los hierros que cargaron, algún eco  
de ese adiós sepulcral de padre á hija.

Y pues de tales mártires tratamos  
vé á la mínima aldea de Bolívar,  
por Calahorra, y con su nieto egregio  
su corazón de abuela reconcilia.

Él, como digno vasco, en sus entrañas  
ramo viroz del inmortal Guernica  
trajo aquí, — manzanillo para déspotas. —

Si Dios lo hizo prender, Dios lo bendiga.  
Plúgole así lección eterna darnos  
de alma fraternidad, con sangre escrita,  
y abrir cimiento justo á la potente  
unidad que en la sangre arde y suspira.

Tú en los museos de Madrid la historia  
común verás en palpitantes cifras,  
y á todo descastado, haz que en la Mancha  
vea las fotografías de familia.

Y si no cede, estámpale en la frente  
el franco pie con que en España misma  
sentimos nuestro el suelo que pisamos  
como esta lengua que en los Andes vibra.

Dile á Madrid que se haga siete plazas,  
romana, goda, líbica, morisca,



barroca, renaissance y americana,  
muestra central de su opulencia artística,  
que con los genios y héroes de la época,  
de Aníbal y Trajano hasta Padilla,  
del Cid é Ignacio á Calderón y Ayala,  
canten muda epopeya en pétrea rima.

Echa un sueño en la Alhambra, y un desvelo  
Betis abajo, y oye alguna misa  
en Burgos, y en Toledo el gran romance  
de Zorrilla—y de boca de Zorrilla.—

Mándame de Valencia unos melones,  
y agua y pan de Alcalá de Guadahira,  
y una *pomba* gallega; y en Menéndez  
dale mi abrazo á todo hispano artista.

Ciego en aquella fe que hallaba mundos,  
y pintaba Purísimas y Limpias,  
ceba tu alma en el aura con que mofan  
de nuestras dudas de hoy sacras ruinas;  
suelta tu corazón en esos campos  
de alta visión de sobrehumana vida,  
y canta,—y del Pirene al Tequendama  
aplaudirán tu voz manos amigas.—

RAFAEL POMBO.

Bogotá, 17 Mayo 1883.

## EL GALO MORIBUNDO

CÉLEBRE ESTATUA QUE SE ADMIRA EN EL MUSEO CAPITOLINO

¡Ya caiste vencido! De tu herida  
mortal, parece que un gemido alienta  
y ha abierto con sigilo la sangrienta  
boca, que acusa al bárbaro homicida.

Tu mano, que la lucha no impaciente,  
suelta la espada; tu cabeza erguida  
desfallece, y saludas tu partida  
con gesto mudo como al hombre sienta.

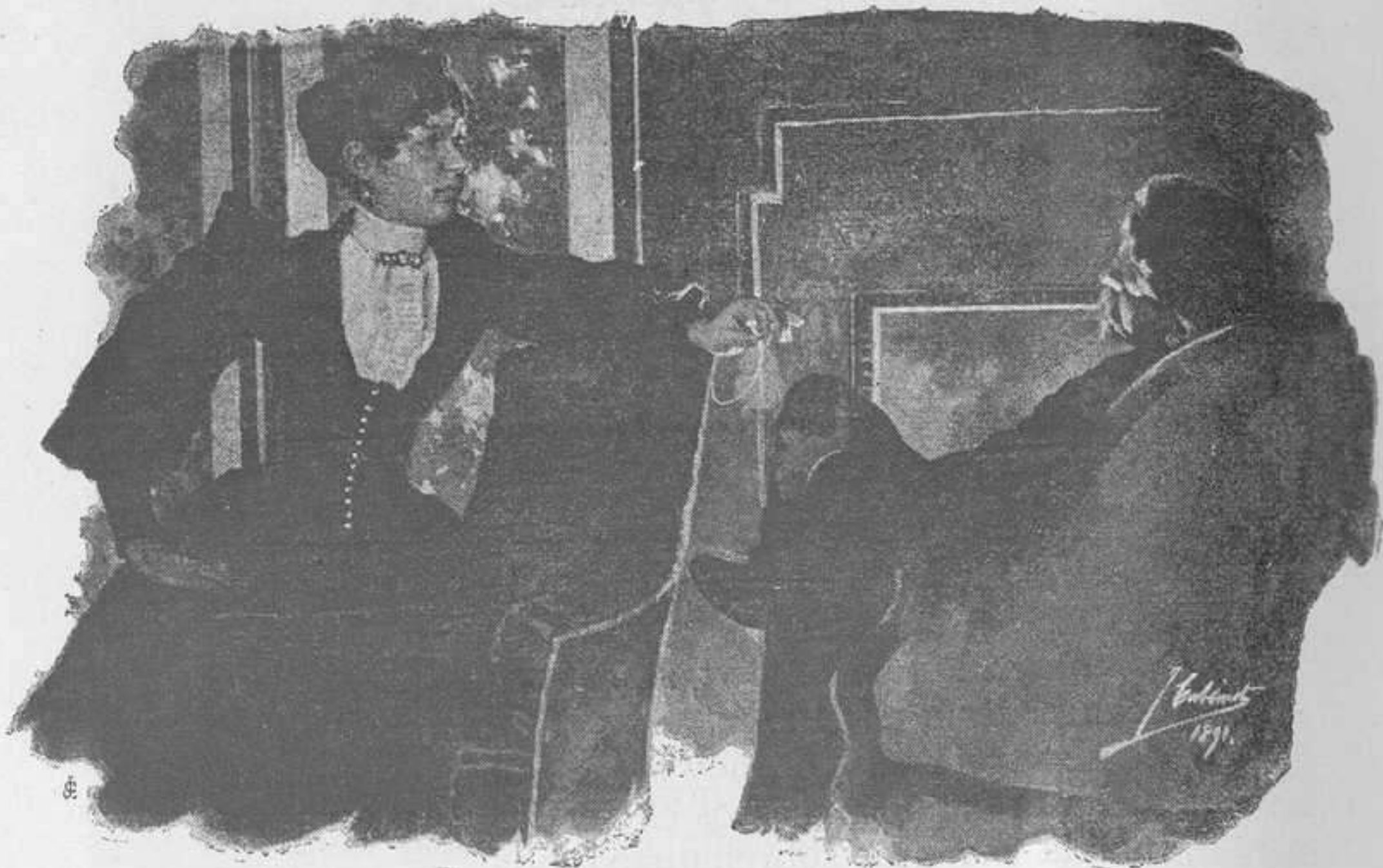
Que ya no oyes de turbas cortesanas,  
Galo, el estruendo y no oyes los enojos  
que lanzan voces de inflexibles iras.

¡Gratos ecos de músicas lejanas  
al morir, te recrean!... ¡Y en tus ojos  
valles nativos reflejarse miras!

1891.

GUILLERMO MATTA.—





## AL AMOR DE LA LUMBRE

Estamos en la estación de los días sombríos y de las noches polares.

La poesía huyó de los campos, ya sin idilios ni mariposas, para refugiarse en el hogar, junto á la lumbre, en esas crudas y largas noches del invierno, que serían insoportables á no existir el amor, ese sentimiento que presta á las horas de nuestra vida sus alas de alondra.

El frío tiene, entre otras virtudes, la de volver, siquiera sea momentáneamente, á la senda del deber á muchos casados.

Después de comer, tiéndense perezosamente en muelle butaca al lado de la elegante estufa, donde la modorra no tarda en aprisionar su voluntad, en tanto que la lluvia azota los cristales del balcón y el viento zumba fragoroso en el cañón de la chimenea.

—¿No sales? decía la otra noche á un caballero de esos, su bella é infortunada esposa.

—No, contestó él, cerrando los ojos con voluptuoso placer.



— ¡Qué milagro! murmuró ella, con sonrisa irónica; ¿todos tus amigos están... buenos?

— Sin novedad; gracias.

— Pues me alegro, porque así los deberes de la amistad no te harán olvidar los del amor.

— ¿Del amor? ¿acaso olvido yo los deberes del amor?

— Algunas veces.

— No es cierto.

— ¿Y las noches que te pasas fuera de casa?

— El amor... al prójimo me obliga á ello.

— O á la prójima.

— No hago más que seguir el precepto divino. Dios dijo: «Amaos los unos á los otros.»

— Sí, pero no dijo: «Amaos los unos... á las otras;» y mucho menos cuando *los unos* son casados y *las otras*... unas cualquiera.

— ¡Vamos, celosilla!

— ¡Suéltame la mano, hipócrita!

— ¿Sabes que estás monísima esta noche?

— ¡Ya lo creo! ¡como que el frío y la lluvia te condenan á no salir! Sólo cuando el mal tiempo te tiene sitiado en casa, te acuerdas de que soy bonita... ¡Ah, infame! ¡cuán pronto te has olvidado de tus palabras de ayer! «¡Nunca me apartaré de tu lado!» me dijiste la noche de nuestras bodas, y á los ocho días... á los ocho días ya se había enfermado gravemente uno de tus amigos. ¿Por qué me dijiste, en medio de tu exaltación amorosa, lo que no eras capaz de cumplir?

— ¡Bah! eso se dice siempre, pero no se hace. Y es natural: vivir en constante éxtasis amoroso en el hogar, delante del ser que se adora, sería contraer la peor de las enfermedades del espíritu: el aburrimiento. De ahí que todo casado necesite de distracciones, para evitar la monotonía de la felicidad. Además, mis pasatiempos no pueden ser más inocentes ni más sencillos; los busco en la amistad, que es una prolongación del amor.

— Sí, así como el amor es una prolongación de la amistad... de entre bastidores.



—¿Todavía crees que me dedico á las bailarinas? ¡Calumnias de la gente que te rodea! Si alguna vez voy al teatro, es á recrearme con las obras del genio.

—En vano tratas de engañarme... ¡lo sé todo! ¡todo!

—Te juro...

—¿Qué caso quieres que haga de tus juramentos, si faltaste á los más sagrados? Todavía no he olvidado la historia de la rusa... su recuerdo me persigue tenaz. Anoche mismo soñé que la veía cruzar, orgullosa y sonriente, las heladas estepas en volador trineo... Iba contigo y reclinaba su rubia cabeza sobre tu hombro. Y el trineo volaba, volaba, volaba... Y tras del trineo volaba yo también, sobre un caballo negro como mis pensamientos... Y cuanto más ansiaba daros alcance, para castigar vuestra perfidia, más el trineo se alejaba de mi venganza, y cuanto más abría los ojos para no perderos de vista, más se arremolinaban en torno mío los copos de nieve, cual torbellino de mariposas blancas... ¡Ah, cuánto sufrí! De pronto mi caballo se detuvo y se negó á seguir: eché una mirada á mi alrededor, tratando de descubrir qué era lo que había detenido en su vertiginosa carrera al noble bruto, y ví, junto al camino que seguía, un ángel. Miraba hacia el sitio donde iba desapareciendo el trineo y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Eché pie á tierra y me acerqué á él.—¿Quién eres, le dije, y por qué sigues con ojos ávidos á ese hombre y á esa mujer?—¿Quién soy? exclamó el ángel, exhalando un triste suspiro; soy un espíritu celeste que ha seguido hasta ahora, por mandato de Dios, los pasos de ese desventurado sobre la tierra... ¡soy su ángel custodio!—¿Su ángel custodio y le dejas solo con *ella*? grité desesperada y mirando en lontananza, donde apenas se distinguía ya el trineo.—Sí, dijo el ángel llorando; le abandono y me vuelvo al cielo con el pesar de no haber podido salvar esa alma confiada á mi custodia. Tú no sabes los sitios que me ha obligado á frecuentar tu marido,—añadió poniéndose de mil colores;— más de una vez he visto manchadas mis alas con el vino de la orgía... ¡Ah! en lugar de ángel de la guarda, lo que necesita tu marido es un par de polizontes. Siguiendo



á la bailarina ha venido hasta las orillas del Neva, sin que le haya acobardado un instante esta temperatura, cuyos rigores desafia impertérrito, tras de la mujer que adora. Tu marido será siempre el mismo en todas las latitudes. Sólo él



ha sido capaz de proyectar este fantástico paseo á través de la estepa y soñar con idilios coronados de nieve, como si esos copos que descienden lentamente del cielo oscuro, fuesen lluvia de rosas blancas arrojadas á su paso por los genios de los amores...—Pero yo no puedo permitir que la bailarina



me robe su corazón, grité con acento desesperado; la justicia amparará mis derechos... ó daré un escándalo.—¿Qué intentas hacer, desdichada? dijo el ángel de la guarda, mirándome con expresión de pena.—Lo que quiero, exclamé, es que la rusa me devuelva mi marido.—Te lo devolverá la rusa y tu marido se arrojará en brazos de otra; en su corazón caben todas las razas y lo mismo le impresiona la dulce sonrisa de las hijas del Norte que los ardientes ojos de las hijas del Mediodía...—O de la media noche, lo sé, observé despechada; pues bien, puesto que no hay esperanza, seguiré la misma senda por donde él se ha extraviado... con la bailarina, y no faltará un ruso, buen mozo, que me vengue de las perfidias de ese monstruo infame. É hice ademán de subir otra vez á caballo.—¡Ah, no! dijo el ángel, rodeando mi cuello con sus brazos y con voz tan dulce que parecía descender del cielo; Dios no quiere que ruedes al abismo á que te empuja el demonio de la venganza.—¿Y para qué quiero mi salvación sin mi marido? murmuré con amargura.—¿Tanto le amas? dijo el ángel custodio con inefable sonrisa.—Sí, contesté con voz opaca, y no sé cómo el fuego de la cólera que arde en mis ojos no ha derretido ya esa tempestad de nieve que oculta bajo sus alas blancas el negro idilio de sus amores...—Pues bien, dijo el ángel de la guarda con expresión de lástima; serena tus hermosos ojos y calma tu inquietud... yo le volveré á tus brazos, aunque no vale seguramente la pena de que pierda el tiempo en custodiar tan mala cabeza...—Y en aquel punto desperté y me encontré á tu lado; pero al inclinar mi cabeza para besarte enamorada, sentí trocarse mi cariño en indignación, al oír en tus labios el nombre de...

—¡Mila!

—¿Eh? ¿todavía tienes el atrevimiento de pronunciar delante de mí el nombre de la rusa? ¡infame!

—Pero, ¿por qué das esos gritos, mujer? me has asustado.

—¡Y lo pregunta!

—Perdóname, hija mía; me había dormido y soñaba... con mi administrador. ¿Conque decías que no crees en mis juramentos? apuesto á que tu tía la solterona es la que te ha



metido en la cabeza esas ideas. La pobre no ha perdonado todavía al género humano el haber quedado soltera. En las largas noches del invierno, sobre todo, es cuando recrudece en ella su odio á los hombres... ¡Es claro! ya no hay primaveras en su alma, ni florecen en ella las ilusiones. En sus juveniles años se vió rodeada de galanes, á quienes desairó creyendo eterno el imperio de su hermosura y dejó que llegara el otoño de su vida, sin ver que sus hechizos iban marchitándose poco á poco, y cuando su corazón quiso abrirse á la vida del amor, se encontró con que sus viejos adoradores se habían casado. Volvió sus angustiados ojos á la juventud, no armada de desdenes, como la rosa de espinas, sino indefensa á sus miradas, y los jóvenes pasaron indiferentes por su lado, en busca de nuevas auroras y primaveras... ¡que ese es, generalmente, el premio que alcanza la que, nacida para el amor, se complace en envenenar la existencia de los que la aman!

—Pues no me parece á mí tan duro el castigo y antes creo que es premio del cielo. Así no se ve burlada en sus más caras afecciones y vive contenta y feliz.

—¡Bah! eso lo dicen todas las casadas; pero, desengáñate, hija mía, las que padecen de doncellez crónica piensan de muy distinta manera. Por eso muchas, de sobra rencorosas, se entretienen en calumniar al hombre... ¡como á mí, verbigracia!

—¡Pobrecito!

—¡Decir que olvido mis deberes conyugales por los amores de las bailarinas! ¿no estoy aquí, al lado tuyo, más enamorado que nunca?

—¡Es claro! ¡con esta noche!...

—Una noche deliciosa para pasarla contigo al amor de la lumbre...

—Y sin embargo, hace poco te has quedado dormido.

—¡Cómo no había de quedarme dormido! creía que dabas comienzo á uno de tus interminables sermones y á las primeras palabras, como de costumbre, me acometió el sueño.

—Y soñabas en cosas más *amenas*, ¿verdad?

—No sé yo que tenga nada de ameno mi administrador.



¡Pobre hombre! ¿sabes que desde que se casó ha cambiado mucho?

— ¡Ya lo creo! ¡como que ha cambiado hasta de nombre!

— ¿De nombre?

— ¿No se llama ahora *Mila*?

— ¿Estás loca?

— Al menos ese era el nombre que pronunciabas en sueños... ¡Y no es la primera vez!

— ¿*Mi... lá...*? ¡Bah! soñaría que estaba solfeando.

— O que te habías ido á Rusia con la bailarina.

— ¡Pero, mujer! ¡vaya unas ganas de hacerme viajar por aquellas heladas regiones en una noche tan fría! ¡Ea! no hablemos más de bailarinas y te juro no volver á dormirme al lado tuyo. ¡Cargue el diablo con todas las beldades coreográficas de la tierra y déjame gozar en paz de tu santo y puro amor, aquí, junto á la lumbre y al grato calor de esas llamas, que se confunden como nuestros pensamientos!

— Pensamientos y llamas que tendrán para tí la misma efímera existencia.

— Te juro...

— ¡Lo has jurado tantas veces!

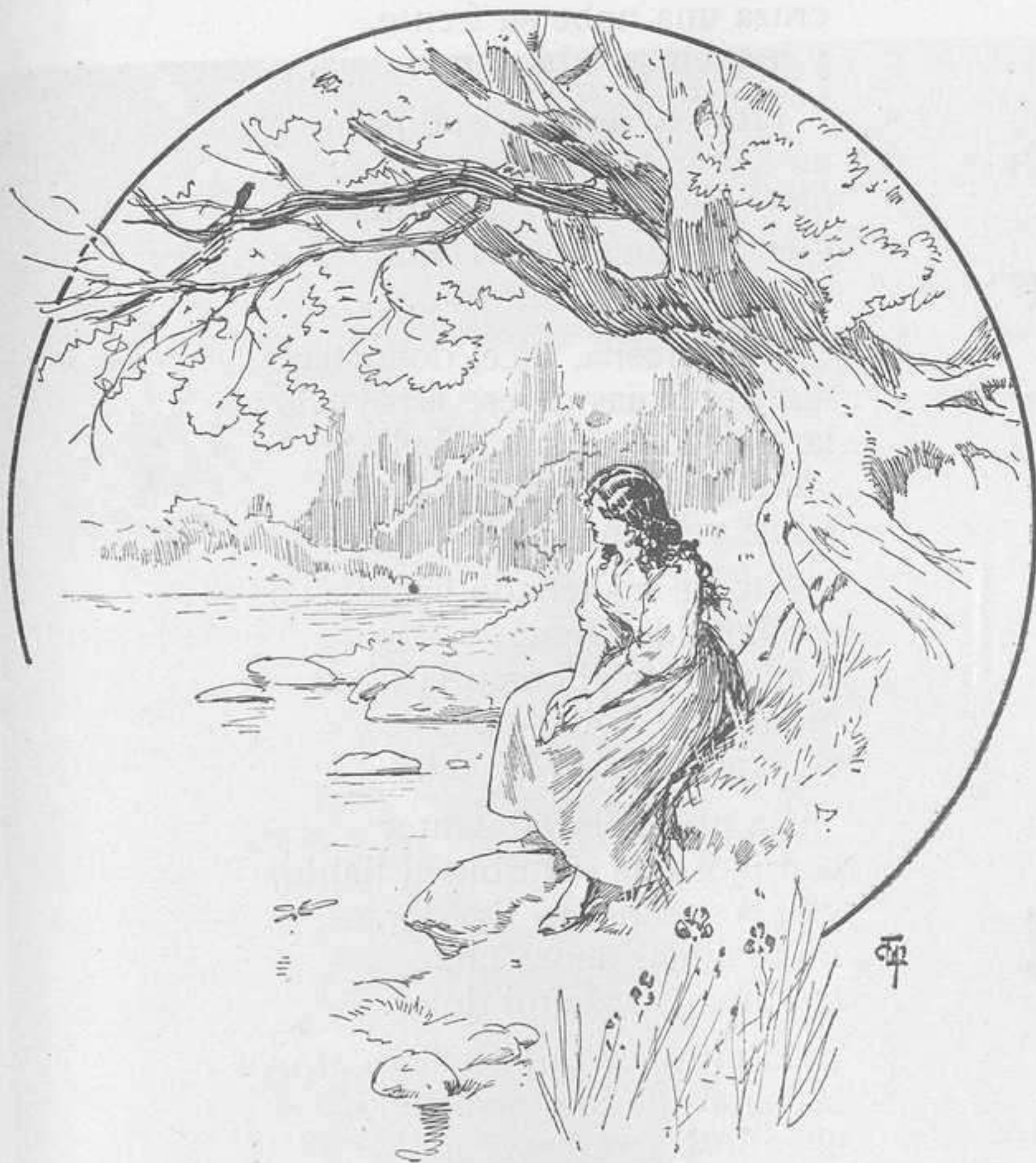
— Pero es que ahora va de veras... ¡Vamos! ¿me perdonas?

— ¿Qué más remedio me queda? puesto que todavía me encuentro en la primavera de la juventud, dejaré que sigan floreciendo en mi alma... *las ilusiones*.

CASIMIRO PRIETO.







## EL PÁJARO CULPABLE

TRADUCCIÓN LIBRE DE UNA POESÍA FINLANDESA

Orillas del arroyuelo  
 una niña se ha sentado,  
 ojos de color de cielo:  
 ella lava su pañuelo  
 en lágrimas empapado.

Orillas del arroyuelo,  
 la niña que se ha sentado  
 ojos de color de cielo,  
 lava sus pies, sin recelo,  
 que el zarzal ha desgarrado.

Al contemplar la corriente  
 que, murmurando, se aleja,  
 la niña no sé qué siente...



cruza una nube su frente,  
y hay en su labio una queja.

Junto al agua cristalina  
un álamo se levanta,  
que, por besarla, se inclina:  
y en la rama más vecina  
un pájaro burlón canta.

—Doncella, dice, doncella,  
que enturbias de ese arroyuelo  
la corriente mansa y bella;  
piensa que el azul del cielo  
no se verá más en ella.

Tu pie manchado conmueve  
ese límpido fanal:  
y aunque es él como la nieve,  
piensa que sólo se atreve  
un cristal á otro cristal. —

La niña mira al cantor  
con ojos que enturbia el llanto,  
y le responde:— Traidor,  
no te aflijas ahora tanto  
con mengua de mi dolor.

Si mi pie á enturbiar se atreve  
las aguas de este arroyuelo,  
el eclipse será breve...  
piensa que también la nieve  
refleja el azul del cielo.

Pero cuando viste un día  
que un joven, traidoramente,  
de amores me requería,  
¿por qué tu pico elocuente  
entonces no le decía:

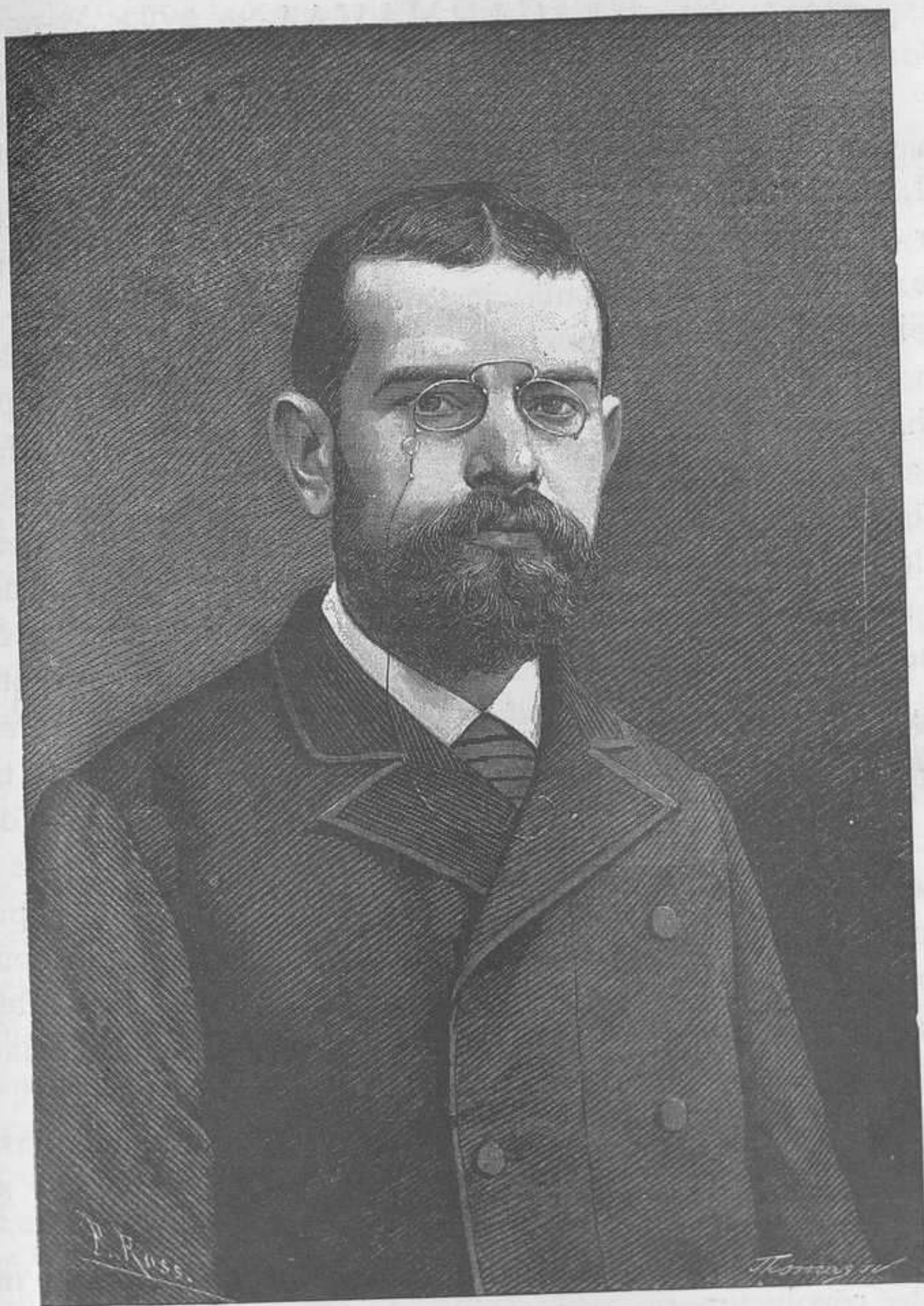
«No enturbies de esa doncella,  
sumiéndola en desconsuelo  
el alma tranquila y bella;  
mira que el azul del cielo  
no se verá más en ella?» —

¡Calló la niña, borrando  
con sus lágrimas el cieno...  
el pájaro huyó, volando,  
y el arroyo, murmurando,  
corrió más limpio y sereno!

CARLOS M. DE EGÓZCUE.

Santa Ana de Misiones Argentinas, Agosto de 1889.





# D. Leopoldo Alas

(CLARÍN)

EMINENTE LITERATO ESPAÑOL



# EL CARNAVAL

---

## I

La sociedad presente será conocida en los tiempos futuros por este mal humor y esta displicencia que le dan carácter, y que constituyen el síntoma cierto de un estado morboso.

Sin duda, con la supresión de las dificultades materiales con que tenían que luchar los hombres de otros tiempos, lucha que les proporcionaba salud á su cuerpo por el ejercicio, y satisfacción á su espíritu por la victoria; con la supresión de estas dificultades, decimos, había de venir la holganza y el decaimiento de la vida física, y el desorden moral resultante de una actividad psíquica desequilibrada é inarmónica con aquélla. De ahí este mal humor incurable; de ahí esta inquietud, esta versatilidad febril que nos niega el reposo; este anhelo, nunca satisfecho, que nos impele constantemente tras lo desconocido, como elemento de deleite para el ánimo desquiciado; esta fuerza insegura que nos mueve sin cesar de un lugar á otro, cruzando valles, transponiendo montañas, para descubrir nuevos horizontes que han de ser tan monótonos como los que hemos abandonado: de ahí, en fin, este afán creciente por removerlo, por subvertirlo, por transformarlo todo; buscando, inútilmente, en las regiones de la realidad, un mundo que responda al mundo que soñó la exaltada fantasía.

Tal es la sociedad presente: Saturno que devora á sus propios hijos.

Por eso se ha llamado al actual momento histórico, el momento revolucionario por excelencia. Revolución incruenta, pero dolorosa, en medio á la cual caen creencias, cultos, símbolos, instituciones, escuelas, costumbres, tradiciones, gustos; como fuentes cegadas, de las cuales no brotara ya manantial de vida alguno para el inquieto y desasosegado espíritu.

---

Entre las tradiciones que mueren de esas que han prestado



á la humanidad consuelo, esparcimiento ó dicha, cuéntase el *Carnaval*, cuya agonía viene anunciando, con cierta satisfacción lúgubre, en los últimos años, la prensa de ambos mundos.

Hoy que muere, pues que la frase irónica no suena bien ante la tumba, permítasenos que, asunto que ha pasado siempre por baladí, que esta entidad calificada de grotesca, sea tratada con respeto por nosotros. Ya que el Carnaval fallece, ya que el orden recobra su imperio, ya que la inquieta línea de la caricatura toma de nuevo su posición de grave reposo, ya que el eco de la carcajada se extingue y el fulgor de la risa se desvanece, ya que el movimiento espasmódico cesa, ya que la bufonesca mueca abandona el rostro humano, ya que la seriedad inmutable domina el vasto campo de la vida, creemos obrar con lógica al tratar estas cosas que fueron, ó que van á dejar de ser, en el tono y con la modalidad hoy universalmente consagrados.

## II

Así como la Religión, el Derecho, la Patria han establecido sus fiestas-cultos, el *Carnaval* no viene á ser otra cosa que la fiesta consagrada á la santa «Alegría.»

Bien analizado, toda fiesta es ridícula; todo culto externo es amanerado y condicional. El culto á la risa debía resultar extraño, grotesco, falto de realidad; pues que la risa misma, sólo á la Naturaleza es dado producirla, jamás al arte.

Tan original y típica, y, si se quiere, antiestética demostración de un estado del ánimo, tenía forzosamente que servir de pauta al culto que se le ha consagrado; ya que el culto, objetividad de subjetivas ideas, personificación de ingénitos sentimientos, es simbólico ante todo. La risa, la carcajada, el movimiento desordenado y convulso, la contraída faz, producto de este estado psíquico, la alegría, en su período de crisis, al formar el ritual del culto, había de producir la caricatura.

Pero no cabe desconocer que toda facultad se desenvuelve



por el ejercicio, y que todo culto alimenta y nutre al propio sentimiento que le dió vida. Las demostraciones del placer excitan el placer mismo. La risa es contagiosa; la dicha es comunicativa; y conviene agitar ese éter misterioso de que está saturado el espíritu humano, para que la vida aparezca envuelta en luz. La risa es una irradiación.

La posesión del contentamiento es el desiderátum del progreso humano en el orden moral. Se remueven obstáculos, se disipan sombras, se abren rutas; pero todo esfuerzo se encamina necesariamente á aquel fin.

No sé por qué, sin embargo, á medida que el tiempo pasa y que la humanidad avanza, la tristeza, la honda y negra tristeza, se extiende sobre el horizonte de la vida.

### III

Es indudable que esta fiesta, convencional y periódica, ha tomado, de las antiguas fiestas gentílicas, parte de su ceremonial; pero no debe, no puede establecerse solidaridad alguna entre ella y los votos orgiásquicos conocidos por las Saturnales ó las Lupercales, ni por el principio que las informa, ni por la forma externa que las caracteriza. No es el culto á la fecundidad, al principio de la renovación y de la vida universal: es el culto al placer, sentido y expresado con arreglo al progreso de los tiempos.

No son suyas, no, las orgías báquicas. No son suyos aquellos torpes y vergonzosos espectáculos, producidos por la embriaguez de los sentidos y la anarquía de las pasiones, de continuo excitadas á merced de un falso concepto del placer, de la carencia de elemento ético y del desconocimiento de las leyes fisiológicas; espectáculos en que se envilecía el alma, se cegaban las fuentes de la vida y se producía la degeneración del hombre.

Por lo demás, la *máscara* misma, su más típico distintivo actual, fué tomada también, sin duda alguna, del antiguo teatro griego; y desempeña aún, en parte, el papel que le dió origen; presentando como petrificados, en faz inerte, los inter-



nos movimientos del ánimo. La máscara carnavalesca es uniformemente alegre: la máscara trágica no ha transpuesto los umbrales del teatro. Hoy subsiste aquélla, sin embargo, como simbolismo tan sólo. Como medio de expresión sería un anacronismo. El *Carnaval* es un hombre que ríe.

Encarna otra idea la máscara carnavalesca, ó, más propiamente, el antifaz moderno: el misterio, como elemento de deleite moral; lo incógnito, lo velado; el enigma, que despierta la atención y la curiosidad, provoca el esfuerzo adivinativo y excita la imaginación de grato modo.

Simboliza más; simboliza el imperio de la verdad; la suspensión de ese estado tiránico llamado «convencionalismo social,» que ahoga el sentimiento y vela el juicio. La fina tela que se interpone entre vuestro rostro y los ojos de vuestro interlocutor, parece que tuviera un espesor inmenso, y os alienta, de misterioso modo, á pensar de él en voz alta. El alma se transparenta, toda entera, al través del antifaz. En rigor, el verdadero Carnaval lo constituye este estado ordinario de la vida colectiva, caracterizado con el nombre de «conveniencias sociales;» y el llamado *reinado de la locura*, sin duda porque encarna un principio subversivo, no es más que la consagración de la fuerza expansiva del pensamiento y el sentimiento humanos.

La máscara es un signo de redención.

#### IV

Hay en toda religión falsos sacerdotes, en todo cuadro sombras, y en el proceso de todo principio sano y de toda idea buena, accidentes desconsoladores.

Esfuerzo inútil sería pretender ocultar que, la historia de esta risueña entidad que hoy declina, presenta páginas tristes y sombrías.

Forzoso es confesar que, la máscara, ha sido profanada. Ella ha encubierto el vicio, ha sido el escudo del crimen, y testigo de dolores, lágrimas y sangre.—¿Cabe desconocer, por eso, que lo fué también de los votos de amor cambiados entre miles de almas juveniles? ¿Hay, al presente, corazón alguno



que no vea en el antifaz, el emblema de su dicha? ¿No lleva él, aún, como el lienzo bíblico, estampada la imagen de un rostro adorado? ¿No simboliza la redención de tanta honda y noble pasión que ha sufrido largo cautiverio? ¿No es verdad que, al través de sus flexibles y ondulantes pliegues, más de una vez ha forjado, la exaltada fantasía, bellezas increadas?

La noche, con su cielo estrellado, con sus vagos rumores, con sus cuerpos de indecisas formas, con su hálito de infinita melancolía, con sus sombras, con su honda quietud, es la bienamada de las almas poéticas y soñadoras; pero es también el refugio de los malvados. Ella ofrece encantos á los poetas, y muestra el cielo, como un libro abierto, á los astrónomos; pero ofrece también asilo al criminal é impunidad al crimen. Es el mundo de los misterios; pero lo es también de las alimañas.

Cada cosa, cada idea, cada institución, se convierte en instrumento de índole distinta, según el agente que lo maneja y el fin á que se destina.

Al amparo de esa libertad temporal que forma la característica de la fiesta que estudiamos, muchos excesos se han cometido, muchos actos vergonzosos la han manchado; actos que, á señalar un principio en los esparcimientos humanos, habría que condenar, por falso, el concepto de nuestra superioridad moral. Pero, en cambio, ¡cuántos días claros, cuántos días hermosos, cuántos días de regocijo ha proporcionado al espíritu humano, tan trabajado siempre por los mil elementos que lo entristecen y lo aquejan!

En los pueblos más cultos, en los centros más populosos y civilizados, París, Roma, Venecia ¡Venecia, sobre todo! se han celebrado estas fiestas, trayendo á ellas cuanto contingente estético puede proporcionar la Naturaleza y el arte.

El Carnaval de Venecia, solo, salva la combatida tradición. El genio del placer, del placer sano, del placer que ahuyenta el crimen y aleja la muerte, ha desplegado allí de prodigioso modo sus esplendores.

El cielo, con sus tintas suaves y su clara luz; el mar, con sus reverberaciones y sus cambiantes; la brisa, cargada de ecos y de aromas; el arte con sus combinaciones de color, de



formas, de armonías; el entusiasmo de todo un pueblo dominando el cuadro: tal es aquella fiesta. El Carnaval debía encontrar en este pueblo su mejor intérprete. Es un pueblo alegre, sensible, artista, bello, con la conciencia de su belleza, revelada, todos los días, en el permanente cristal de sus calles.

Los hombres y las cosas, la Naturaleza y el arte; las poéticas góndolas que surcan los canales por donde circulan, como raudal de vida, las aguas del Adriático, tripuladas por vistosas comparsas; las músicas que esparcen sus ecos sobre las murmurantes ondas, la temblorosa luz de las antorchas que ríela en ellas, los altos balcones cubiertos de ricos tapices, adornados de flores y rebosantes de hermosas cabezas femeninas, semejantes á nidos de hadas suspensos en el espacio; artísticos atavíos, banderas que aletean por todas partes, la sonrisa en todos los rostros; el dicho alegre y galante en todos los labios; por doquiera el aplauso; todo, todo se asocia, todo trabaja, todo presta su acción á la obra del contentamiento humano. Los sentidos, todos los sentidos, liban allí el placer, y el alma se desvanece entre rompientes de luz.

El Carnaval de Venecia ha inspirado ya obras de arte imperecederas.

---

Concluyamos.

Hemos dicho que el Carnaval es el culto al placer, sentido y expresado con arreglo al progreso de los tiempos.

Debe él seguir la ley de todas las instituciones humanas: el movimiento, la evolución. Condenamos la inmutabilidad del dogma, que petrifica las instituciones seculares.

Hágase de él una expresión adecuada á nuestro actual modo de sentir; pero creemos que, nuestra enfática gravedad, no es incompatible con su existencia.

Y, si ha de morir, piénsese que no se debe dejar el altar vacío. Y piénsese, por último, que no es justo dedicarle, como prez, si muere, el acento irónico, ya que pocos hay, en la hora presente, que no le deban algún momento de felicidad.

MANUEL A. BARES.

Mercedes, Junio de 1891.



## DESDE LEJOS

---

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA MARÍA ENCARNACIÓN CAMOGLI

EN CORRIENTES

---

No te sorprendas;  
el rumor de alas  
que de improvisto  
suenan en tu estancia,  
no es el del cuervo  
de la desgracia,  
¡es el del ave  
de la esperanza!

Son las festivas  
notas de mi arpa  
que en ronda llegan  
á tu morada.

Ellas tendieron  
las alas blandas,  
rumor de espumas  
llevan del Plata  
y allá, en las Talas,  
cuando en bandada  
sobre los vientos  
raudas cruzaban,  
les habrán dado  
llanto las auras,  
la flor del aire  
perfume y gracia,  
la del ceíbo  
color y magia  
y hasta su encanto  
las pasionarias,  
los arzaes  
y las retamas.

Van presurosas  
hacia tu casa  
porque han querido  
decirte: — ¡Hermana,  
gentil y esbelta  
como las palmas,  
buena y hermosa  
como las hadas!



En tu risueña  
boca de grana,  
nido de arrullos  
y de plegarias,  
libar queremos,  
porque nos falta,  
la miel hiblea  
de tus palabras!

Y dore el polvo  
de nuestras alas,  
que el cielo ansían  
de tus miradas,  
la lluvia de oro  
que el sol derrama  
de tus cabellos  
en la cascada.

¿No oyes rumores  
á la distancia,  
besos callados,  
notas lejanas;  
algo que alegre  
suena en las ramas  
como el arrullo  
de las calandrias,  
de los boyeros  
y las torcazas?

¡Somos nosotras,  
trémulas, vagas,  
en tus oídos  
aprisionadas!

No nos olvides,  
¡oh tú, que encantas  
las correntinas  
amadas playas!

Y así, sin sombras,  
serena y clara,  
fresco arroyuelo  
de limpias aguas;  
viendo que siempre  
las dichas bajan  
como una lluvia  
de rosas blancas  
sobre tu hermosa  
frente de nácar,  
sea tu vida  
risueña y plácida  
como una aurora



de las de Salta,  
como un ensueño  
de los de tu alma!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 1891.

## A ELLA

Reales son mis amores.

VILLAMEDIANA.

Es rica y es hermosa, mas pasa ya de adulta  
y téngola por vieja, si bien la edad se oculta,  
y aun creo que su padre el Padre Eterno fué;  
pero ¡qué importa!... la amo: en ella mi cariño,  
lo mismo que en mi madre, he puesto desde niño,  
y sé que suspirando por ella moriré.

Un tiempo, al separarnos, temía que la ausencia  
en mí causara olvido, pues diz que la experiencia  
en lides amorosas la vida dió al refrán;  
mas ¡cuán ajeno entonces de la verdad me vía!  
¡cuán lejos, ay, estaba de sospechar que un día  
de amargas añoranzas rindiérame el afán!

Y así es, y cada noche cuando me abate el sueño,  
mi emancipado espíritu, de su albedrío dueño,  
ansioso cruza y férvido el anchuroso mar;  
y júntase con ella, y con delicia aspira  
su aliento perfumado, que adoración inspira,  
y escucha preso de éxtasis su plácido cantar,

compuesto de zortzicos, cerdanas y rondeñas,  
y tiernas soledades y gratas malagueñas,  
muñeiras, y manchegas y jotas de Aragón:  
canciones deleitables y dulces armonías,  
que encierran en compendio las patrias alegrías,  
con las que luego el alma me arrulla el corazón.

Y al despertar y al verme tan solo y lejos de ella,  
á Dios, contra mi suerte, renuevo la querrela  
y el juramento que hice, allá en mi mocedad;  
pues quiero que ella sea quien cierre al fin mis ojos,  
la madre cariñosa que guarde mis despojos,  
porque ella es ¡ay! mi España, mi reina, mi beldad.

JOSÉ MARÍA OLLER.

Buenos Aires, Julio 1891.





## Pedro Mascagni

MAESTRO COMPOSITOR ITALIANO



## PEDRO MASCAGNI

---

El público que en la noche del 17 de Mayo de 1890 se encontraba en el teatro Constanzi de Roma presenció, á un tiempo, el éxito de una obra y la aparición de una nombradía en el mundo del arte musical, que fué glosada y conmemorada en todos los tonos, escribiéndose en dos semanas sobre Mascagni, el artista nacido de repente á la celebridad, y sobre la *Cavalleria rusticana*, la ópera aplaudida en el referido teatro, más artículos encomiásticos y laudatorios que sobre Rossini y Verdi en dos años del principio de la carrera artística de ambos celebérrimos maestros.

Preconizar á Mascagni como el sucesor artístico de los más brillantes luminares del arte, ha conducido á extremos que pueden influir en el porvenir y en la ineficacia de su primera manifestación en la vida del arte: hablar brevemente del autor y exponer los hechos de su carrera artística, aguardando que sean encumbrados por otras y otras batallas del arte ganadas en buena lid, es gratísima materia de momento en que ocuparse llenando el objeto de estos apuntes biográficos.

Ya desde este momento y hora todo el mundo sabe que Pedro Mascagni es hijo de un panadero de Liorna; que halló grandes dificultades para dedicarse á la música; que recibió muy limitada enseñanza, primeramente de Pratesi y de Soffredini, en Liorna, y, después, de Saladino, en el Conservatorio de Milán, en donde cursó dos años, subvencionado por el conde de Larderel, pero sin terminar los cursos reglamentarios.

Anduvo errante por varias ciudades de Italia, puesto al frente de la dirección de modestas compañías de opereta, que una después de otra desaparecían á poco de anunciarse en los carteles, hasta que, tres años después de llevar una vida artística tan expuesta á toda clase de contratiempos, aceptó



la plaza de maestro ó director de la banda municipal de música de Cerignola, modesta población situada entre Foggia y Bari.

El editor milanés Sonzogno, propietario de *Il Secolo* y de otros importantísimos periódicos de Italia, empresario, al mismo tiempo, quiso hacer una tentativa para alentar á los compositores jóvenes, y en 1886 publicó las bases de un certamen musical, digno de elogio por su objeto y por la manera práctica como se realizó y llevó á buen término. Excluyó de la liza, con muy buen acuerdo, á todo compositor del cual se hubiese ya estrenado una ópera, en público ó en privado, y dispuso que el fallo de un jurado compuesto de maestros, nombrado al efecto, fuese confirmado por otro jurado de no escasa competencia, el público del teatro Constanzi, que á la sazón corría á cargo del aludido editor y empresario Sonzogno. La ópera debía constar de un solo acto. Setenta y tres fueron las presentadas, de las cuales fueron premiadas tres, una para cada premio, por el orden siguiente: *Rudello*, de Vicente Ferroni, discípulo de los maestros franceses, Savard y Massenet; *Labilia*, de Nicolás Spinelli, discípulo de Serao, maestro del Conservatorio de Nápoles, y *Cavalleria rusticana*, de nuestro biografiado.

Ferroni, buen contrapuntista, estuvo desgraciado en la elección de asunto, que en la concepción de su obra no le dejó moverse con holgura ni pudo hacerle lucir sus grandes conocimientos en la técnica del arte: por todas estas causas su ópera no obtuvo el sufragio del público.

Spinelli, alcanzó calurosos aplausos, y fueron de notar en la representación de su ópera grandes cualidades de fluidez melódica, mucha elegancia y facilidad en la armonización y tino en la parte instrumental. Conoce el autor de *Labilia* las exigencias del melodrama moderno y sabe acentuar el diseño general de la acción por medio de cierta discreta firmeza, llena de relieve.

Noticioso del concurso dos meses antes de la espiración del término, decidió Mascagni tentar la prueba, obteniendo de dos amigos liorneses, Targioni-Tozzeti y Menasci, el



libreto de *Cavalleria rusticana*, modelado sobre las conocidas y populares escenas del celebrado poeta Verga.

La fortuna sonrió, verdaderamente, á Mascagni desde el momento en que la casualidad le deparó colaboradores literarios tan inteligentes como los citados autores liorneses, los cuales no echaron á perder, alterando las posiciones, el atrevido y apasionado drama de Verga: la fortuna de Mascagni puede decirse que data de la elección de un asunto tan dramáticamente musical y de la buena suerte de hallar quien supiese reducirlo con la mayor exactitud y con gran parsimonia de versos.

Entre los colaboradores de Mascagni, el editor y Verga, el autor del drama, del cual entresacaron los citados colaboradores el libreto de la ópera, media en la actualidad un ruidoso proceso que ha sido sentenciado en contra de Mascagni y su editor y del cual se han apelado. Es de presumir que el pleito dará todavía mucho que hablar.

La ópera de Mascagni, sin entrar en averiguaciones y comentarios técnicos que nos conducirían muy lejos, ha alcanzado desbordados éxitos en unas partes y en otras poco favor; sea como quiera, y gracias á la infalibilidad de ciertos medios que hoy ponen en práctica los editores y los empresarios, la ópera ha corrido por casi toda Europa y parte de las naciones de América con vertiginosa rapidez.

La fortuna alcanzada por la ópera de Mascagni sugirió al editor Pigna la idea de exhumar algunas composiciones de menor importancia, anteriores á la *Cavalleria*. Entre estas figura una colección de seis melodías para canto y piano con los siguientes títulos: 1.<sup>a</sup> *La tua stella* (texto de Fiorentino); 2.<sup>a</sup> *Alla luna*; 3.<sup>a</sup> *Pene d' amore* (poesía de Ghislanzoni); 4.<sup>a</sup> *Rosa*, escrita sobre algunas estrofas de Pagliara; 5.<sup>a</sup> *Risveglio*, y 6.<sup>a</sup> *Non m' ama!* Sin el éxito de *Cavalleria* puede asegurarse que esta serie de composiciones habría estado durmiendo muchos años en el cajón de manuscritos del editor.

No ha sido muy afortunado Mascagni en su segunda tentativa artística realizada con motivo de las fiestas conmemo-



rativas de erección de la catedral de Orvieto, recientemente celebradas. Bien es verdad que tenía que competir con composiciones de tan elevado vuelo como la *Misa* de Palestrina, llamada del papa Marcelo, y la de *Requiem* de Verdi. La falta de estudios técnicos, quizá, explique el semifracaso experimentado por la *Misa* de Mascagni, ejecutada durante las fiestas aludidas, colocada con no buen consejo entre las de Palestrina y Verdi.

Trátase, ahora, de averiguar (ya se habrá averiguado cuando estas líneas vean la luz pública) si el público confirma los vaticinios hechos á la aparición de *Cavalleria rusticana*, cuando se represente la segunda ópera que se halla componiendo en la actualidad el festejado joven maestro italiano.

Intitúlase ésta *L' amico Fritz*, asunto inspirado en la celebrada novela de Erckmann y Chatrian. Constará de tres actos precedidos de un prólogo sinfónico y de dos breves preludios destinados al segundo y tercer acto. Está escrita para *soprano*, *mezzo soprano*, tenor, barítono y algunas partes secundarias. Será, en fin, según noticias publicadas por algunos periódicos de Italia, de facilísima *mezza in scena* y estará dispuesta para representarse durante la temporada teatral de 1891-92.

Que la suerte sea propicia al joven maestro italiano.

FELIPE PEDRELL.

---

## FACES DE LA LUNA DE MIEL

---

— Besando he visto á Daniel  
 á la voluble Sofía;  
 ¡cómo es eso! ¿todavía  
 dura la luna de miel?  
 — Hombre, sí; al menos para él,  
 que es, en su afecto, constante,  
 aunque al brillar rutilante  
 sobre su dichosa frente,  
 diga más de un maldiciente  
 que está ya en *cuarto menguante*.

CASIMIRO PRIETO.



## EN LA ESQUINA



—Ahí va tu ex querida Sara;  
comprendo que se inflamara  
tu amante pecho por ella;  
no ví una cara más bella.  
—Ni yo una bella más cara.

---

 INVIERNO
 

---

Viste un tono morado el agua fría,  
y á su espejo, la rama desgajada  
se asoma como imagen descarnada  
que galas tuvo y esplendor un día.

Yace la tierra estéril y sombría  
en su tumba de nieve amortajada,  
y en la gruta de genios habitada  
se refugió la bella poesía.

Allí los cuentos del hogar hilando,  
entre arcadas y grietas del averno  
los fantasmas del miedo van pasando.

Y allí está el agua con su son eterno  
con golpe misterioso cincelando  
la imagen tenebrosa del Invierno.

SALVADOR RUEDA



NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Carlos Roxlo

DISTINGUIDO POETA URUGUAYO



## TÁCITO

De sus viejas virtudes olvidada  
Roma en los brazos del placer dormía,  
como vestal cobarde, profanada  
sobre el muelle triclinio de la orgía.

El águila sombría  
que cruzó vencedora los desiertos  
á la pálida lumbre de la luna,  
y en la diadema de los reyes muertos  
dejó escrito su salve á la fortuna;

El águila caudal, cuya arrogancia  
se templó en las corrientes del estrago,  
sin miedo al heroísmo de Numancia  
y sin miedo á las naves de Cartago;  
la que surcó el aciago  
mar de Cantabria en horas de ventura,  
viendo el deleite que carcome á Roma,  
sobre el trono de Augusto se desploma  
con nostalgias de luz y hambres de altura.

¡Derrumbe colosal! La virgen fiera  
que adoró la virtud republicana,  
y de Corinto con la roja hoguera  
veló el azul de la extensión lejana,  
su púrpura liviana  
entreteje con mirtos y con vides,  
se abandona sonriendo á los histriones,  
y saciada de triunfos en las lides  
en las thermas se sacia de pasiones.

¡Derrumbe colosal! La que señora  
se despertó del universo un día,  
juntando los dominios de la aurora  
con los dominios de la niebla fría,  
gimiendo de alegría  
entre los torpes brazos del imperio,  
saturada de Chipre hasta los ojos,  
¡quema feliz del mundo los despojos  
para aromar las noches de Tiberio!

No es ya la Roma que bebiendo ideas  
recorrió los helénicos jardines;  
hoy de Nerón prefiere los festines  
iluminados con humanas teas:  
sus armas ciclopeas



colgó en la soledad del espolario,  
y cuando empuña la homicida lanza  
¡es para herir al Dios de la esperanza  
que agoniza en las cumbres del Calvario!

De la Vénus lasciva el culto impío  
llena su corazón, su frente enloda,  
y es su plegaria la canción de boda  
que al fauno arrulla bajo el bosque umbrío;  
su heroico poderío  
muere sin fe, sin majestad, sin riego,  
y al acorde del dácilo liviano,  
cae devorada por el mismo fuego  
que aún consume á Pompeya y Herculano!

Entonces como un látigo celeste  
sobre aquella bacante sacudido,  
que arrancando jirones de su veste  
deja en su espalda un surco enrojecido,  
como un haz desprendido  
del huracán de llamas de Sodoma  
el dedo de las furias infernales  
escribe con centellas tus « Anales »  
sobre la frente de la torpe Roma.

¡Castiga, vengador! Las nubes llenas  
se desgarran al fin en maldiciones  
sobre ese pueblo impúdico de histriones  
que con rosas matiza sus cadenas;  
del circo las arenas  
con los alientos de Medusa lava,  
y amenacen las hidras de tu mano  
á los que el lloro de la patria esclava  
beben en los festines de un tirano!

CARLOS ROXLO.

Buenos Aires, Junio de 1891.

## CONÓCETE A TÍ MISMO

DOLORA

A fuerza de burlar y ser burlado  
se adquiere este secreto:  
que el hombre es un perfecto condenado  
y la mujer un ángel incompleto.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



# LA MÚSICA

---

(FRAGMENTO DE UNA CARTA)

En las poéticas márgenes del Rhin, el río sagrado de la Alemania, corre una leyenda encantadora, nacida en el espíritu de un poeta, en un momento de éxtasis.

Helada, desgarrado el corazón, rojos los párpados, una madre se encuentra reclinada sobre la cuna de su pequeña hija, muerta ya.

Se halla en una choza solitaria, abandonada en medio de un desierto de hielo; por la entreabierta ventana entran pequeños copos de nieve que van á azotar el inmóvil rostro de la madre.

La rubia criatura ha cerrado ya sus ojos azules; sus manecitas penden yertas, y el sonrosado color de sus frescas mejillas ha desaparecido ante la intensa palidez de la muerte.

El viento silba fuera; los árboles gimen y las aves nocturnas huyen despavoridas, lanzando su quejido lastimero.

La Naturaleza entera parece sollozar, y el sufrimiento infinito de esa pobre madre semeja una nota perdida del colosal canto del dolor.

Ante el cadáver de su hija, ya no reza la madre desgraciada. ¡Cuántas veces ha llamado á Dios! ¡Cuántas quedó sola, triste y abandonada!

Ahora pide la muerte, el olvido; su alma empieza á confundirse y el agitado espíritu comienza á entrever las visiones pasajeras de los sueños.

De pronto, la tierra se ilumina; la nieve que cubre los árboles se transforma en el rosado tinte del último rayo de sol á la caída de la tarde; los vientos callan, un suave calor templá la atmósfera, y por fin llega á los oídos de la extática madre, una armonía divina, trayendo entre sus ondas el timbre de una voz angelical.



El dolor ha desaparecido, y la frente, há poco cargada de las nubes del sufrimiento, irradia esplendorosa. Y la música celestial, tenue, deliciosa, suave como el murmullo de las alas de un ave atravesando los aires, viene á infundir la paz y la esperanza en el alma de la doliente madre.

El Universo se ha borrado para ella: tiende anhelante el oído, se arrastra hacia el mágico canto y en el éxtasis divino, cae sobre el cuerpo de la muerta criatura!...

¡Y el primer albor de la mañana alumbra dos cadáveres!

¡Oh! en esa dulce leyenda está la apoteosis de la música.

No hay dolor sobre la tierra, no hay amargura, que no se disipe fugazmente, cuando se hunde la cabeza entre las manos y se oye una melodía melancólica cantada por una mujer de corazón.

El espíritu abandona el mundo y bajo la influencia del canto, parece entrever un pedazo del cielo. Se sueña, se habla con esos mentidos fantasmas que pueblan la imaginación en los delirios de la noche.

La música, para las almas que saben gozarla, para las que comprenden el tesoro inagotable de sensaciones exquisitas que encierra, es una necesidad absoluta.

Hay plantas que mueren cuando falta un rayo de sol que caliente sus hojas heladas; hay insectos que viven de la gota de rocío que cae del cielo.

Así, para los espíritus delicados, la música es una imprescindible necesidad, es el alimento intelectual, es el rayo de sol de la planta...

Escribo en este momento, contemplando cuatro retratos que penden de las paredes de mi cuarto, y que parecen mirarse con la simpatía del genio.

Son cuatro maestros.

Tres de ellos han pasado ya sobre la tierra, y á la manera de un rayo de luz, se han extinguido.

El otro, aún se agita entre los hombres.

Bellini, el espíritu ideal, el ángel humano, destaca su bello y armonioso rostro, animado de la inspiración celeste.

Le miro y los cantos de *Norma* murmuran en mi alma; la



*Sonámbula*, como una mágica visión, pasa por mi espíritu y creo entrever la vaga figura de Beatriz.

Bellini no era un cantor del mundo; su música tenía algo de vaporoso y aéreo, propio de esas melodías místicas que las concepciones religiosas imaginan en los cielos.

Fué un astro que irradió un instante y se hundió en las tinieblas.

Brillaste y te perdiste,  
En la noche de paz, meteoro triste!

Luego vienen Rossini, el maestro, el jefe, el creador; Verdi, el de la inspiración enérgica, y Donizetti el... padre de *Lucía*, *Lucrezia* y *Favorita*.

Amo á Donizetti sobre todos los maestros italianos. Su espíritu es simpático al mío.

Otros prefieren la pasión fogosa, el grito incoherente de Verdi; necesitan sensaciones violentas y ásperas y su sentimiento se armoniza fácilmente con el estilo enérgico del autor de *Macbeth*.

Los amantes de la forma se encantan con Rossini, y sus obras, artísticamente completas, especie de vasos cincelados por una mano maestra, preciosas filigranas, música tejida como el aire de Horacio, le son predilectas.

Son los cariños individuales que no responden más que al gusto propio, formado por el temperamento, por un recuerdo querido que viene siempre ligado á tal ó cual trozo musical.

A este propósito, recuerdo que tú me contabas que aún conservas en la memoria un aire campestre, oído en una noche feliz para tí. Que bastaba que lo tarareases en tus momentos de desesperanza, para que vinieran, como un perfumado recuerdo, las horas inolvidables de la juventud trayendo la calma á tu espíritu. Para tí la música de Meyerbeer, Gounod, Mozart ó los italianos era pálida y descolorida al lado de esa sencilla y primitiva canción.

Lo repito, amo á Donizetti sobre todos los maestros italianos; pero si bien Italia es para mí la tierra bendita de la



inspiración; si el nombre de ese suelo que ha fatigado la historia, reina absoluto en la región del arte, tengo allá en el fondo del alma, un cariño más grande, una adoración más intensa. Miembro de la raza latina, siento en mi espíritu un profundo desconsuelo: quisiera que los hombres que venero, hubieran todos pertenecido á la gran familia de la raza de mis padres, como quisiéramos que todos los astros bellos del cielo se reunieran para brillar en el firmamento de la patria.

¡Y mis dioses humanos se llaman Meyerbeer, Shakespeare, Miguel Angel, Gounod y Byron! ¡Sólo dos latinos!

Donde hablan ellos, todo calla á mi espíritu.

La poderosa inspiración de esos atletas parece una luz intensa que irradiando de pronto, destruyera el efecto encantador de los cambiantes caprichosos del horizonte en una tarde de verano.

Bellini amaba como deben amar los ángeles, y los hijos de su espíritu pasan siempre rozando la tierra; pero los de Gounod aman como quisieran amar los ángeles.

Y si el pensamiento pide su parte en el festín, si el alma necesita sacudimientos tremendos, al lado de delicias serenas, la figura de Meyerbeer se destaca grandiosa como la imagen del profeta Eías en el cuadro soberbio del Buonarrotti.

MIGUEL CANÉ.

## EPIGRAMA

Al mostrarme don Gabino  
su jardín, el otro día,  
me dijo que en él había  
hasta un surtidor de vino.

Miré en torno mío, absorto,  
y comprendí que era cierto,  
a ver en él á Ruperto,  
que es quien le *surte* de Oporto.



## EL NUEVO CONVIDADO DE PIEDRA



—¿Por qué estás ahí sin chistar  
y hecho una estatua, Gregorio?  
—Por si viene algún Tenorio  
que me convide á cenar.

## TU NOMBRE

Soñé contigo en dulce desvarío,  
y despierta á los rayos matinales,  
escribí con el dedo en los cristales  
tu nombre sobre gotas de rocío.

Y al desgarrar el congelado velo  
á la lumbre del sol ví, cielo mío,  
que era tu nombre azul el mismo cielo.

BLANCA DE LOS RÍOS.

Lima, 1891.





## DAVID D'ANGERS Y SU MAESTRO

En pobre bohardilla  
 á la luz de una vela que mal brilla  
 absorto en su trabajo se ve á un mozo,  
 casi un niño. Radiar sobre su frente  
 del genio el rayo ardiente  
 se ve, y la obra en su faz exalta el gozo.

Vacila, titubea;  
 esculpiendo figuras á su idea  
 modela la columna de Trajano;  
 y de esa épica historia  
 oye el himno que en ráfagas de gloria  
 vació en el bronce el ideal romano.

Apenas del artista,  
 un trozo tiene el aprendiz copista  
 y en él se admira todo el monumento.  
 Esculpe sus difíciles figuras,  
 traza sus esculturas,  
 lo alza entero en su propio pensamiento.

Y de cuántos prodigios  
 se marcan los bellísimos vestigios,



de un arte nuevo, sueños de arrogancia.  
 ¡Ideales modernos!  
 ¡Él fundirá en el bronce otros eternos  
 que el mundo antiguo envidiará á la Francia!

Mas tocan á su puerta  
 y de sus sueños la visión despierta  
 y David se alza y tiembla de zozobra.  
 Y como de una falta avergonzado  
 echa el modelo á un lado  
 y en un rincón oscuro oculta la obra.

Mas, ¿quién tan á deshora  
 llega? Es su maestro, quien al verlo llora  
 y lo estrecha á sus brazos con cariño.  
 —Trabaja, estudia, exclama, ya eres hombre;  
 gana, David, el nombre  
 que así empiezas á honrar siendo tan niño!

Y de Francia en la historia  
 no hubo un artista de más pura gloria  
 ni tan bella cual la obra de su mano.  
 Podría estar su vida  
 en inmortales bronces esculpida,  
 mejor que en su espiral la de Trajano.

GUILLERMO MATTA.

---

## RÍE QUE RÍE

---

Ríe que ríe; la rosa  
 en el capullo plegada,  
 se asoma, leve, riendo  
 por el botón de esmeralda.

Ríe que ríe; en el lirio  
 vierte la risa sus gracias,  
 y de la flor las despliega  
 sobre la copa morada.

Ríe que ríe; en el vivo  
 clavel de encendidas llamas  
 revienta alegre la risa  
 en explosiones de grana.

Ríe que ríe, y mirando  
 bogar á dos por las aguas...  
 suelta su risa á torrentes  
 la boca de la granada.

SALVADOR RUEDA.



NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Alberto del Solar

DISTINGUIDO NOVELISTA CHILENO



## INSOMNIO

---

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!  
(BECQUER, *Rimas*).

Cerré el libro, apagué la luz y me coloqué de mi lado favorito para dormir.

Los versos admirables del poeta español me voltejaban aún en la memoria, de modo que mi imaginación, sin poder descansar un momento, los repetía y repetía hasta sentirse fatigada:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!...

Nada hay tan rebelde como una idea cuando se aferra á la mente. La voluntad más vigorosa no basta para dominarla y arrojarla de allí. De noche, sobre todo al entregarse al sueño, y cuando, buscando el momento de transición entre el velar y el dormir, el cerebro excitado se va exaltando bajo una fuerza nerviosa que le agita y le hace pensar, pensar siempre, pensar aún, multiplicando las imágenes que le dan materia de trabajo, esas ideas se desarrollan y suceden con desesperante rapidez, se confunden, crecen, atropellan y desbordan, hasta que el cráneo se siente repleto y próximo á estallar, los párpados se entreabren, el corazón palpita, la respiración se vuelve fatigosa, y el pobre enfermo de insomnio, tembloroso, jadeante, medio loco, se revuelca furioso en la cama deshecha y húmeda con el sudor que empapa su cuerpo febricitante.

Aquella noche, noche de verano serena y apacible, un calor sofocante me había hecho abrir las ventanas de mi cuarto para dejar penetrar por ellas el aire fresco y más puro.

Dos horas habían pasado desde el momento en que me



decidí á acostarme. No tenía sueño y para procurármelo había tomado al acaso, un libro cualquiera. El tomo segundo de las obras de Becquer fué el que alcanzó mi mano. Lo había abierto, había pasado la vista por algunas de sus páginas, y por fin me había detenido sobre la composición magistral del soñador romántico que principia con aquellos dulcísimos versos:

Cerraron sus ojos  
que aún tenía abiertos;  
taparon su cara  
con un blanco lienzo...

A pesar de que la sabía entera de memoria, me puse de nuevo á leerla y á repetir en alta voz cada una de sus estrofas. Así es cómo el estribillo soberbio se había quedado, después, resonando en mi oído; y allí estaba todavía empecinado en pasearse, como un centinela, de un lado á otro por los espacios de mi cerebro, en donde la frase, la misma frase horrible y cruel se grababa porfiadamente en caracteres negros ó encendidos; claros ó fantásticos; ya ondulantes ó temblones; ya tersos y severos; góticos, romanos, cursivos, árabes, egipcios...

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!...

No sé cuánto tiempo transcurrió así: sólo sé que durante esas horas mortales, sentí repetirse con monotonía abrumadora, el sonido del péndulo del reloj, alternado con el canto lastimero del gallo y el ladrido lejano de algún perro vigilante. Y en medio de todo, el eco, fúnebre unas veces, melancólico otras, sonoro y vibrante siempre de la campana de la iglesia vecina, que daba las horas... las doce .. la una .. luego las dos... y las tres... llegaba á mis oídos con su regularidad acompasada, sin que el sueño bienhechor acudiese á calmar mis fatigados párpados.

Tampoco recuerdo cómo fué ni cómo empezó; pero conservo, sin embargo, conciencia de cierta sensación de pesadez



que poco á poco fué invadiendo mis sentidos, hasta que en un momento dado, que hoy no puedo precisar

. . . . . en ese limbo,  
en que cambian de forma los objetos,

pero que me imagino coincidiría con la primera claridad vaga del amanecer, mis ojos comenzaron á cerrarse y un velo turbio empañó las imágenes que, sin borrarse del todo, perdieron á mi vista la precisión de sus líneas y detalles. Entonces me sentí preso de un sopor semejante al que produce un narcótico poderoso; los caracteres que formaban la frase fatídica se trocaron en luces menos vivas, pero al mismo tiempo más extendidas é informes: la palabra *muertos*, sobre todo, me parecía extinguirse por momentos y confundir en lenguas espirantes de fuego sus letras medio apagadas, como las de una luz de artificio ó alegoría luminaria en una noche de huracán!...

Y sentí olor de cirios apagados,  
de humedad y de incienso...

¡Cosa curiosa!... á pesar de todos estos síntomas del sueño, había algo en mí que me hacía mantener despierto el conocimiento de las cosas reales que me rodeaban, de modo que el tic-tac cadencioso del péndulo continuaba manifestándome que el oído velaba, y la débil claridad que penetraba por entre las rendijas de las persianas, atenuaba las tinieblas que hasta entonces habían envuelto la atmósfera de mi dormitorio...

¿Cuánto tiempo transcurrió así?... No lo sé. Sólo recuerdo que en medio de las visiones fantásticas y confusas que en esos instantes me acosaron, ví ataúdes y procesiones, esqueletos y colgaduras de crespón; oí músicas de acordes sordos y destemplados; una mezcla informe de sonidos sin ritmo ni cadencia, pero entre los cuales descollaban, sin embargo... ¡contradicción caprichosa! las notas afinadas y secas de las choquezuelas y canillas de la *Danse macabre* de Saint-Saëns y el *Miserere* de Becquer...

Poco á poco el fondo del cuadro comenzó á despejarse, y



aparecieron, claras é iluminadas por una luz sulfúrica y verdosa, las cruces de un cementerio. Las tumbas eran allí numerosas; las lápidas, blancas y brillantes esculpidas con letras negras ó doradas. Al frente, una montaña; á un lado un despeñadero; y sobre el fondo multitud de cipreses enfilados y rectos, de cuyas cabezas, que se elevaban hasta perderse en las nubes, colgaban jirones de enlutados mantos con inscripciones mortuorias y símbolos tristes...

¿Dormía y soñaba ó estaba despierto?... No pude saberlo. La duda, sin embargo, me mortificaba: quería probarme á mí mismo que mi conciencia velaba; hacía esfuerzos por hablar: ¡inútilmente!

¿Qué pasaba por mí?

Tampoco logré definirlo; pero es indudable que el terror se apoderaba de mis sentidos todos.

De súbito me pareció que llegaba á mis oídos, rasgando los aires, el sonido lúgubre de un cuerno, semejante al quejido de un dolor intenso, profundo, arrancado como una sola voz, á un mismo tiempo, á la humanidad entera. ¡Y pensé entonces que acaso, en esas horas silenciosas de la noche, las almas de aquellos seres cuyos cuerpos estaban encerrados bajo la losa fría de los sepulcros enfilados, gemían con un gemido inmenso y desgarrador!...

El eco repitió temblando las últimas vibraciones que se hundieron en el valle, atenuándose poco á poco y borrándose hasta perderse del todo en la majestad del silencio!...

Y entonces volví á pensar:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!...



No sé cómo, un momento después, aislado y perdido entre un bosque de cruces y mausoleos, y agobiado bajo el peso de las ideas fúnebres que iban aturdiendo mi mente, me encontré vagando por entre las tumbas tristes y calladas que, á los resplandores de la luz, pálida y suave, se parecían,



repitiéndose á lo lejos sobre la superficie iluminada, á las olas del mar ligeramente plateadas y rizadas por la brisa de una clara noche de luna en los trópicos.

La negra silueta trazada por la sombra de mi cuerpo se proyectaba sobre las tumbas cercanas y velaba sus inscripciones sentidas y amantes...

En aquellos momentos el silencio sepulcral me hacía meditar; ¡y esa meditación era triste y traía á mi memoria el recuerdo doloroso de los seres amados, arrebatados ¡ay! tan pronto á mi ternura, y cuyos cuerpos, rígidos y yertos, debían descansar, inmóviles, con la inmovilidad espantosa de la muerte, en el seno negro y profundo del nicho!...

—¿Y por qué, por qué, Dios mío, me decía horrorizado, por qué á esos muertos queridos que durante las noches crueles de tempestad y nieve en que el viento ruge, y

acaso de frío  
se hielan sus huesos...

mientras permanecen recostados en su lecho húmedo y desesperante, por qué en el curso de estas horas serenas, tibias y perfumadas, no les es dado, por una vez siquiera, sólo un instante, salir á la luz y al aire, como en la nocturna fiesta de los cementerios melancólicos del canto inmortal de Víctor Hugo, en que las sombras de las hermosas envueltas en sus albos sudarios dejan sus tumbas para saludar con cantos y danzas del otro mundo á su tierna amiga, la bienhechora luna?...

¡Allí, bajo esos mármoles tersos debía estar aún la que, al volar su alma á los espacios infinitos, se llevó pedazos de la mía!... ¡mi madre idolatrada!...

¡Allí estaría silenciosa y muda, en la misma posición en que la dejaron cuando

la piqueta al hombro  
el sepulturero  
cantando entre dientes,  
se perdió á lo lejos!...



¡Han pasado diez años!... Y durante ellos diez inviernos,  
con sus noches tempestuosas

en que las maderas  
crugir hace el viento;

¡diez años desde que la perdí! ¡diez años durante los cuales  
he ido yo á visitarla en su melancólica morada para depositar  
sobre sus restos con mano cariñosa una flor!...

¡Una flor!... ¿Acaso puede ella respirar su perfume ó admi-  
rar sus suaves colores y matices delicados?...

¡Diez años!... Miles de miles de minutos transcurridos en  
el fondo de una caverna lóbrega y espantosa, hasta donde no  
llegarán, sin duda, los ruidos aturdidores del movimiento con  
que se agita el mundo aquí arriba, mientras con sus miserias  
infinitas sigue la vida su curso fatal!... ¡Ni tampoco llegará  
allí el aroma embalsamado de las plantas, ni el canto de las  
aves, ni el dulce murmurar de la brisa que mece las ramas de  
los cipreses enhiestos y acaricia sus copas flexibles y temblo-  
nas!... ¡No, nada de eso! ¡Si algún ruido se escucha y turba  
la paz de la bóveda sombría, será el fragor horrendo de las  
entrañas volcánicas de la tierra en efervescencia...; si alguna  
emanación llega á abrigarse en esos espacios insalubres, será  
la del vapor y humedad de sus huesos en descomposición!...  
¡Horrible verdad!...

¿Todo es vil materia,  
podredumbre y cieno?

Mi cabeza comenzaba á aturdirse; un rumor extraño per-  
turbaba mi oído, y las ideas, más confusas á medida que me  
engolfaba en mis lúgubres meditaciones, se borraban ó mez-  
claban de nuevo en desorden, palpitaban y me hacían perder-  
me en un laberinto de absurdos...

Ora me parecía escuchar los ecos de una música lejana,  
triste y sentimental, que acompañaba cánticos grandiosos de  
entonación severa, ó sólo tiernas y dulcísimas melodías.

Entre todas éstas una canción delicada y sencilla, ¡*Vorrei  
morir!* que me acostumbré á escuchar desde mi infancia acari-



ció mi oído. ¡Ay, qué feliz me sentía en esos momentos al pensar que los muertos, desde sus tumbas, quizás por mis ruegos la oirían también!... Yo sé sus versos, que principian por

*Vorrei morir nella stagion dei fiori,*

los he sabido siempre y los he repetido sin cesar.

Pero en aquella ocasión me pareció que el dulce idioma del Dante se desfiguraba y transformaba, de modo que las palabras de la canción iban llegando á mis oídos como si hubieran sido escritas en mi propia lengua, ordenándose cadenciosamente en suaves versos castellanos que yo escuchaba con delicia.

¡Sí, también yo quería morir en la estación de las flores; tenía horror al invierno helado y su soledad cruel!...

Y la canción seguía:

¡Si al fin he de morir, morir quisiera  
en la estación del año primorosa  
en que el ave su nido, placentera  
teje cantando alegre y afanosa!...

¡Morir!... ¡Quiero morir en primavera  
cuando el aura acaricia temblorosa  
las hojas verdes de la selva umbría  
lozanas, frescas como el alma mía!

¡Pero morir cuando rebrama el viento  
con ronco son é ímpetu salvaje  
arrebatando, rápido y violento,  
al árbol de los bosques su follaje,  
para dejar marchito, amarillento,  
sólo el seco esqueleto del ramaje!...

¡Morir entonces!... ¡oh! vencer no puedo  
la horrible idea... ¡no!... ¡me infunde miedo!...

Cesó la canción, y la música comenzó á apagarse; al mismo tiempo cantó el gallo del poema sinfónico, se atenuó la luz hasta perderse confundida entre los albores del amanecer, una claridad vaga se difundió por todo mi espíritu y... el reloj comenzó á dar las nueve de la mañana. ¡Había dormido cinco horas!

ALBERTO DEL SOLAR.



FILIGRANAS <sup>1</sup>

## I

## CONSEJO

Cristiano y caballero, tu corazón y labio  
perdonen al que agravio  
cobarde te infirió.  
Mas olvidar la ofensa, borrar el torpe insulto  
de la memoria, hágalo el sinvergüenza estulto,  
el hombre digno, no!

## II

## EN UNA CALAVERA

De dos enigmas solución sabida  
tienes ya ¡oh trozo de materia inerte!  
¿Dónde acaba el enigma de la vida?  
¿Dónde empieza el enigma de la muerte?

## III

## CABELLOS BLANCOS

No los arranques, no los ultrajes;  
pálidas flores de invierno son;  
acaso, acaso les prestan savia  
latidos últimos del corazón.  
Para las tumbas, joven, respeto;  
para las canas veneración,  
que toda cana flor es que brota  
sobre el sepulcro de una ilusión.

## IV

## CURIOSIDAD

No por forma de estricta galantería  
de hombre cortés  
te dije, há pocas tardes:— Señora mía,  
beso sus pies.

<sup>1</sup> De un libro inédito que con este mismo título publicará en breve nuestro distinguido colaborador don Ricardo Palma.



Que te los ví, al descuido, cierta mañana  
 sin la botina,  
 y de decir á gritos me entró una gana:  
 « ¡cosa divina! »  
 Desde entonces curioso, pues Dios lo quiso,  
 descubrir quiero  
 si tienes algún ángel del paraíso  
 por zapatero.

## V

## SAMBENITO

Tú la patria conduces al abismo,  
 su limpio pabellón manchando estás...  
 te absolverán los hombres del presente;  
 mas la justicia histórica... ¡jamás!

## VI

## DE ENRIQUE HEINE

Gatazos negros miedo me inspiran,  
 gatitas blancas mi tirria son.  
 Yo quise á una como á mis ojos,  
 y tal araña me dió la pérfida  
 que aún brota sangre mi corazón.

## VII

## BECQUERIANA

No me agravia el desdén, mujer perjura,  
 de tu vil corazón que amores miente.  
 Para ahogar tan inmensa desventura...  
 en las bodegas venden aguardiente.

## VIII

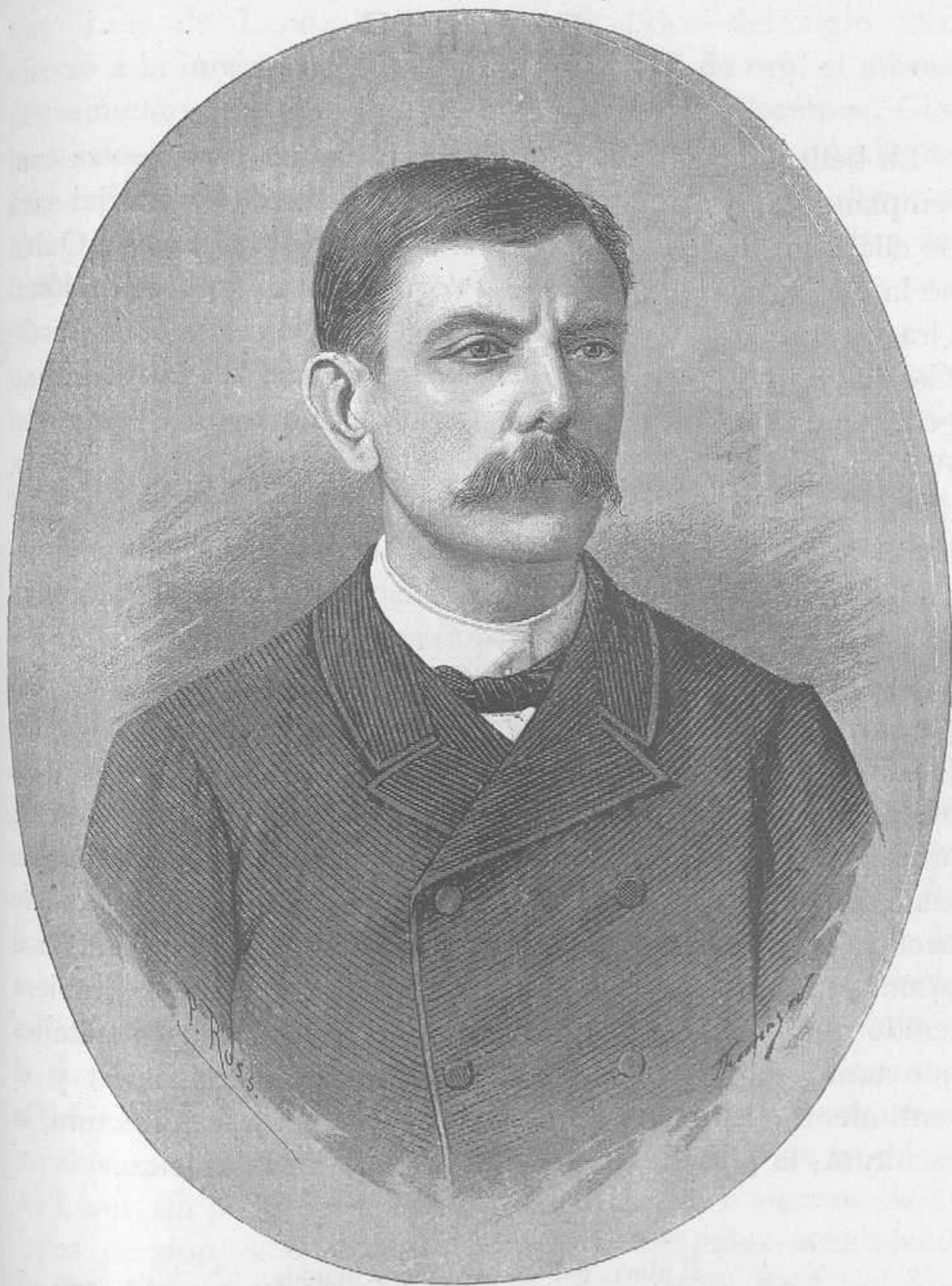
## EPITAFIO

Aquí la Hacienda Nacional reposa:  
 la alumbran cuatro funerarias velas:  
 la chuparon la sangre, y fué á la fosa  
 víctima de infinitas sanguijuelas.

RICARDO PALMA.

Lima, Mayo de 1891.





## Dr. D. Daniel Granada

AUTOR DEL NOTABLE « VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO »



## EL ARTE

La belleza ¿quién no la conoce? El hombre se recrea contemplándola, y, aun cuando ningún provecho material saca de ella, se esfuerza en reproducirla por medio del arte. ¿Quién no la distingue de la fealdad? Preguntaron al filósofo de Estagira en qué se diferenciaban la una de la otra, y él contestó: *Esa es una pregunta de ciego*. No se puede decir más: hay gente que tiene ojos, y no ve, oídos, y no oye. Cuenta don Antonio Ponz (erudito escritor de acendrado gusto artístico, que á fines del siglo pasado enriqueció la historia y la crítica de las artes) el caso de cierto Onosandros que, en una conversación donde aquél se hallaba presente, dijo con aire de vanidad y para hacerse singular:—*¿Creerán ustedes que jamás me han gustado la música ni la pintura?*—y que tuvo por respuesta:—*Pues, amigo, alégrese usted con saber que para los infiernos ya tiene andado más de la mitad del camino.*—¿Dónde no hallará uno Onosandros? ¿Quién no ha tenido ocasión de oír expresarse á alguno de los que haya conocido, de la misma manera que se expresó el del cuento? Yo siempre les he hecho el favor de no dar crédito á sus palabras, echándolas á broma, porque sino, si les hubiese dado crédito, hubiera tenido que presuponer amortiguadas en ellos unas facultades que tanto dignifican al hombre como la imaginación y el sentimiento. Embebécenme las artes todas: la arquitectura, la escultura, la pintura, la poesía y la música; la música,

á cuyo son divino  
el alma, que en olvido está sumida,  
torna á cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.

Y, como se conoce,  
en suerte y pensamiento se mejora:  
el oro desconoce  
que el vulgo vil adora,  
la belleza caduca engañadora.



En estos delicados versos, tan delicados como profundos, fray Luis de León, sublime poeta lírico del siglo XVI, ofreció á la inmortalidad, purificado en crisol de oro, el mismo pensamiento que un gran filósofo de nuestros tiempos, Gioberti, desenvuelve de la siguiente manera: «La estética es una especie de disciplina preparatoria para iniciar y educar al hombre en el conocimiento de la verdad y en la práctica del bien. La consideración y el estudio de la belleza son una confortación efficacísima en medio de las inevitables contrariedades de la vida, de cuya servidumbre como que se redime espiritualmente el angustiado ánimo, acogién dose á aquella región, imaginaria sí, pero apacible y serena, donde no tienen cabida las torpezas y miserias y donde un orden inefable gobierna todas las cosas, que son allí justamente lo que deben ser: mansión ideal, en la que, no solamente somos menos desdichados, sino mejores; porque en esa especie de beatitud que nos hace tocar con los labios, se compenetran é identifican enteramente el deleite y la virtud. Así la historia nos enseña que cuando el cebo de la sensualidad, de la avaricia y de la ambición, llegan á sofocar en un pueblo el amor y el culto á las letras y á las artes, ó degeneradas éstas se materializan y corrompen, baja al mismo tiempo el nivel de las acciones laudables y de los pensamientos elevados <sup>1</sup>.» El rey don Alfonso X de Castilla, apellidado el Sabio, enumera, entre otras cosas que debían saber los prelados, la *retórica* y la *música*, *porque los mueven á obras piadosas* (*ca los mueven á facer obras de piedad*). No estaría de más que hoy, muchos, muchísimos, aprendiesen de memoria los versos de fray Luis de León, un poco de la filosofía de Gisberti y algunas de las leyes de don Alfonso, y que saliesen discípulos aventajados de tan sabios maestros.

El arte, por medio de creaciones imaginarias, revela, bajo la pura forma de la belleza, inesperadas, recónditas verdades, amigas de la virtud, antípodas al vicio. Acaso no las buscó el artista, que no toca á su ministerio dar á conocer verdades, ni predicar obras piadosas, sino lisa y llanamente expresar la

<sup>1</sup> *Del Buono, del Bello.*



belleza; mas se le ofrecieron á su mente, veladas, modestas, libres. Eso sucede porque la verdad, el bien y la belleza están unidas entre sí por vínculos superiores que no se deshacen nunca, eternos, como la sustancia soberana, que es su manantial. Quien los deshace, no es artista: relaja las artes. A lo que produce, lo llamará y lo llamarán bello; pero tal belleza será una belleza sofisticada. También se falsifican las monedas de oro y de plata, los alimentos y hasta los remedios.

La actividad artística se verifica en dos maneras: ó purificando la belleza que el hombre descubre imperfecta en los objetos y en la variada urdimbre de las acciones humanas, ó bien dando forma perceptible á las concepciones estéticas que engendra espontáneamente la fantasía; lo que equivale á decir que, ó idealiza lo real, ó realiza lo ideal. El universo presta al arte los elementos con que se reviste. Por lo mismo la actividad artística ha menester empaparse en el concepto de la vida que bulle en el universo. El artista mira, observa, contempla la Naturaleza, y ve en todas las cosas el espíritu de Dios. Si no le ve, seguramente equivocó su vocación: dedíquese á hacer cuadros con figuritas de cajas de fósforo. El verdadero artista le ve, y, del propio modo, ve el mundo sensible envuelto y penetrado por el mundo suprasensible. Todo esto que su razón le pone delante de los ojos del alma, eleva su corazón, y de ahí el arrobamiento que se apodera del hombre cuando ejercita desinteresadamente la actividad artística y cuando contempla las obras inmortales que el arte de buena ley presenta en el altar de la belleza. Entonces la imaginación, acompañada del sentimiento, esa *loca de la casa*, como arrepentida de tantos extravíos y vaciedades á que rinde tributo en la vida, levántase á cosas perdurables y santas, coronada de flores del cielo.

El cultivo del arte, si bien despierta y solicita inmediatamente la imaginación y el sentimiento, pone asimismo en acción, por consecuencia necesaria, las demás facultades del alma. Pide una labor prolija, constante, atenta de continuo á la Naturaleza y á la sociedad humana. Mal se compadece con un ánimo débil ó preocupado: razón clara, juicio recto, cora-



zón generoso, entero, son prendas que ha de tener indispensablemente quien aspire á merecer el dictado honrosísimo de artista, sea músico, pintor ó poeta, apóstoles del arte en nuestros tiempos.

El arte es espiritualista por esencia. Muchos lo niegan y contradicen. Unos, entre ellos, dirán que las ideas que preceden son, en sustancia, trasnochada metafísica, y otros, más familiarmente, dirán que es música celestial. Si estoy en un error, á mí no me compadezcan. No sé si podrán decir otro tanto de sí mismos los impugnadores de tan benéficas doctrinas.

DANIEL GRANADA.

Salta, Junio de 1891.

---

## AMOR «PLATÓNICO»

---

—¿Conque se va usted de América?  
 —Sí, señor; resuelto estoy;  
 vine á hacer fortuna y hoy  
 mi pretensión es quimérica.  
 —¿Está usted pobre? lo extraño:  
 creí que nadaba usted  
 en la abundancia...  
 —¿Por qué?  
 ¿porque ando en traje... de baño?  
 —Pues no se arredre ¡y valor!  
 aunque el país hoy zozobre,  
 pronto es fácil que recobre  
 su riqueza y su esplendor.  
 Si aquí le trajo su estrella  
 y era América su sueño,  
 ¿por qué con tan necio empeño  
 quiere usted alejarse de ella?  
 —Bien claro su nombre explica,—  
 ya que de ingenuo blasono,—  
 el por qué de mi abandono:  
 está pobre y la *amé rica*.

CASIMIRO PRIETO.

Mayo de 1891.



## LA MUERTA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN

Es el viento helado y fuerte  
la media noche resuena  
y, vestida del sudario,  
deja el sepulcro la Muerta.

—Hijo del alma, hijo mío,  
cara sangre de mis venas,  
soplan ráfagas de nieve,  
y llamo y velo á tu puerta.

—¿Quién eres tú, que mi sueño  
de los párpados ahuyentas?  
Fué mi madre hermosa y blanca,  
tú eres mustia y eres fea;  
tuvo labios de corales,  
tu boca es lívida y hueca;  
tuvo cabellos dorados,  
tú, desnuda calavera.

—¡Oh, mi esposo idolatrado!  
rompe el sueño, corre, vuela,  
que tu fiel amada toca  
los batientes de tu puerta.

—¿Quién eres tú que, á deshoras,  
mi corto sueño destierras?  
Fué mi esposa un ángel puro,  
tú, fantasma horrible y negra:  
tuvo azules, grandes ojos,  
tú vacías, hondas cuencas;  
tuvo olor de rosa virgen,  
tú, asqueroso hedor de huesa.

Fieros mastines aullan,  
la roja luna clarea,  
y, sombría, paso á paso,  
vuelve al sepulcro la Muerta.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA.

Lima, 1891.





ESTRELLAS DEL RIMAC





## EL PARAÍSO

AL ESTIMABLE LITERATO D. MOISÉS NUMA CASTELLANOS

### I

Plantó el bueno de Narciso,  
en su quinta *La Serpiente*,  
un hermoso paraíso  
junto á un lago transparente.

Un día de primavera,  
de esos, de auroras radiosas,  
en que es más azul la esfera  
y en que se abren las rosas,  
contemplar, la rubia Aminta,  
el tierno arbolillo quiso  
y se fué, alegre, á la quinta  
con su adorado Narciso.

¡Pero cuál no fué el dolor  
del galán y la doncella,  
al ver mustia y sin verdor  
la planta un día tan bella!

Mas pronto se olvida el duelo  
en esas horas dichosas,  
en que es más azul el cielo  
y en que se abren las rosas.

Y, de su sangre al hervor,  
sintiéndose enardecidos  
y encendida ella en rubor,  
vagaron, quizá embebidos  
en un coloquio de amores,  
por las verdes enramadas,  
llenas de nidos y flores  
y mariposas doradas...

### II

No muy lejos de la quinta  
y casi al caer la tarde,  
hallé á Narciso y á Aminta  
y murmuré: — El cielo os guarde.

— Que el cielo te guarde á tí,  
dijo él, todo confundido.

— ¿Y el *paratso*? añadí.

Y me contestó: — ¡Perdido!

CASIMIRO PRIETO.



# NOVUS

## I

### DESCUBRIMIENTO

I algún recuerdo tengo aferrado á mi memoria, de tal suerte que no podrá borrarse nunca, es el de *Novus*.

Extraño es su nombre: pero es más extraña todavía su historia. Voy á referirla, en la confianza de que el lector no ha de considerar como tiempo perdido el que dedi-

que á conocer las aventuras de aquel originalísimo personaje. ¡Cuántas veces tuve la pluma en mi mano para escribir los sucesos en que *Novus* fué protagonista, y cuántas abandoné la empresa temeroso de que, por parecer inverosímiles, resultase perdido mi trabajo!

Diez años hará próximamente, que recorría yo en alegre expedición de caza la parte más accidentada é inaccesible del occidente de Asturias. ¡Qué espléndida naturaleza! La montaña altísima, coronada de nieve; el bosque espeso y sombrío, poblado de osos, jabalíes y ciervos; el torrente profundo; todo es allí grande y majestuoso como el heroísmo de los hombres que pueblan aquella región, cuna de la reconquista de España.

Deliciosas horas aquellas en que gozando de una especie de libertad primitiva, la más sublime de todas las libertades, se aprende á amar la vida. Al pie del peñón abrupto, oyendo el sordo resonar de la arboleda movida por el viento y contemplando á lo lejos el valle, la selva, la montaña, es cuando el hombre sabe que es hijo de la Naturaleza, y sólo entonces llega á identificarse con su grandeza infinita.

Un día, al declinar la tarde, hizo alto la alegre caravana en la choza de unos pastores. La cena, tan frugal como deseada,





que se improvisó con leche, queso, frutas secas y algunas provisiones que llevábamos, fué amenizada con el relato de las consejas, las leyendas y las tradiciones, que tan comunes son entre los sencillos pobladores de aquella tierra.

Estábamos en lo más animado de la conversación, cuando el más anciano de los pastores, que había permanecido silencioso, nos interrumpió para decir:



—Las cosas viejas, viejas son. Pero, que Dios me mate, si he visto nunca nada más misterioso ni más raro que el hombre de la cueva. Parece cosa del diablo.

—¡El hombre de la cueva! le dije; ¿qué hombre es ese?...

—¿Y qué sé yo? me replicó el pastor. Unos dicen que es un animal, pero casi todos creen que es una persona. Yo lo he visto muchas veces, envuelto en una piel, con un pelo larguísimo y una barba que le llega á la cintura; pero nunca dejó que me acercase. Cuando alguno se dirige á él, corre como un gamo, salta los precipicios, atraviesa los ríos nadando, penetra en el bosque, donde nadie se atreve á entrar por miedo al oso, y desaparece por mucho tiempo. Un día le seguimos diez pastores armados con hoces y le vimos meterse en una cueva que hay en la montaña del otro lado del torrente: dicen que es una mina del tiempo de los moros que llega por debajo de tierra hasta Castilla. Entramos y



pronto tuvimos que volvernos; había sitios en que el agua nos llegaba al pecho, y otros en que apenas podía pasar el cuerpo de un hombre.

—¿Y regresaron sin él? le pregunté.

—¿Pues cómo habíamos de regresar? Cuando se le sigue, yo creo que se esconde en los infiernos. Nadie me quita de la cabeza que en este asunto tiene parte el demonio.

—Algo de bueno daría yo por verle, dije.

—Pues ayer mismo, dijo uno de los pastores, estaba en la orilla del río recogiendo castañas. Como sabemos que es imposible acercarse á él, ya nos hemos acostumbrado á no hacerle caso.

## II

### BUENA PRESA

Confieso que me impresionó tan vivamente aquel curioso relato, que desde luego me asaltó el deseo de apoderarme del misterioso poblador de la selva.

No referiré aquí, porque serían largos de contar, los mil recursos que puse en juego para conseguirlo. Todos fueron infructuosos. Llegué á convencerme de que sólo podría apoderarme de él cazándole á tiros como á una fiera; pero esto, sobre ser inhumano, estaba lejos de llenar mi propósito, que era penetrar el secreto de aquella extraña existencia.

Ocurrióseme un día disfrazarme de suerte que quedase lo más parecido posible al hombre de la montaña. Largo y enmarañado pelo postizo, barba hirsuta y espesa, mal ceñida piel de oso, fácilmente hicieron de mí un verdadero troglodita. El efecto de mi estratagema fué maravilloso. A la tercera excursión que hice con aquella original vestimenta, conseguí hallarme tan cerca del hombre de la cueva, como le llamaba el pastor, que habría podido dirigirle la palabra. Sin embargo, después de mirarle, y aparentando la mayor indiferencia, me alejé despacio y me interné en el bosque, no sin haberme convencido de que tanto mi aspecto como mi proceder habían despertado en él una vivísima curiosidad.



No habían transcurrido dos días, y nos hallábamos frente á frente. En actitud recelosa me vió llegar y me miró con fiereza.

En su rostro varonil, de correctas facciones, curtido por la intemperie, se adivinaban desde luego la juventud y la fuerza.

Le hablé y se quedó mirándome con estupor. Volví á dirigirle la palabra, y obtuve por toda contestación algunos sonidos inarticulados que no comprendí y que seguramente nada significaban.



Entonces le alargué mi mano, y en vez de darme la suya, creyendo que le acometía, retrocedió algunos pasos dispuesto sin duda á luchar conmigo. Temiendo ver frustrado mi plan, le hice señas en el acto, que parecieron tranquilizarle, y nos aproximamos de nuevo. Me senté sobre una piedra, y después de dudar un momento, se sentó él también á alguna distancia de mí. El momento era supremo y decisivo. Saqué de mi zurrón un trozo de queso, que me puse á comer tranquilamente, y al mirar de soslayo á mi hombre, pude comprender que se pintaba en sus ojos el deseo de tomar parte en mi frugal banquete.

Le ofrecí entonces un pedazo del queso que miró con mucha



atención, y que devoró en seguida ávidamente lanzando chillidos de alegría. Comimos pan, fruta y miel, y recuerdo que demostró un apetito á toda prueba. En esto, saqué un frasco conteniendo una bebida dulce, ligeramente alcohólica, fingí apurar un buen trago y le dí para que bebiese. Tomó el frasco y estuvo un rato indeciso; pero por fin pudo más en él la curiosidad, la sed acaso, que la desconfianza, y bebió con verdadera ansiedad hasta que le hice señas para que no siguiese.



Una hora después, el hombre de la cueva, completamente aletargado y sujeto, en previsión, con fuertes ligaduras, era conducido por la gente que yo tenía dispuesta á la casa que debía servirle de morada.

La agradable bebida contenía un fuerte narcótico que en breve lo sumió en un profundo letargo.

### III

#### TRANSFORMACIÓN

¿A qué describir el asombro, la fiereza, el verdadero horror con que el hombre de la cueva se vió al siguiente día sin su



pelo, sin su barba, despojado de la piel en que se envolvía, provisto de buena ropa, con cama en que dormir y encerrado en una habitación de la que no podía evadirse?

Parecía un tigre. Todo aquello era para él horrible, infame, desconocido. Sus gritos atronaban la casa. Hubo momentos en que creí que sería imposible dominarle.

Sin embargo, poco á poco se fué habituando á su cruel transformación, y hasta empezó á soportar mi compañía sin enfurecerse. Esto era conseguir mucho porque la fiera empezaba á domesticarse.

Al cabo de algún tiempo, éramos casi dos buenos amigos.

No hay para qué decir que fué menester enseñárselo todo: desde el lenguaje, cosa para él completamente desconocida, hasta el uso de los más sencillos objetos. Habituarse á vestirse, dormir en cama, sentarse á la mesa, manejar tenedor y cuchillo, fué realmente obra de romanos: todo aquello le contrariaba y era para él un verdadero suplicio.

Bien podía decirse de él que era el hombre primitivo, el hombre nuevo: por eso desde el primer momento, le llamé Novus.

Aprendió á hablar con una facilidad extraordinaria: palabras é ideas, como eran nuevas para él, quedaban rápidamente grabadas en su memoria. Pronto pude convencerme de que tenía un talento clarísimo, y desde luego me propuse educarle.

Una vez que supo expresarse por medio de la palabra, traté de averiguar el misterio que envolvía su vida; pero fué inútil; ni él mismo sabía cómo había venido á hacer la vida del hombre primitivo, ni se daba cuenta de su horror hacia la sociedad. Tenía un vago recuerdo de un largo viaje á pie, á través de los montes, siendo muy niño en compañía de un anciano, que devoraron los osos. Esa era toda la historia de sus primeros años.

Tenía Novus, además de una inteligencia privilegiada, un elevado sentimiento del deber. Sin libros de moral ni tratados de teología, sabía distinguir con una precisión admirable lo malo de lo bueno, y discurría siempre con tanta claridad como acierto.



Por de pronto, cuidé de que sólo llegasen á su espíritu ideas generales, los nombres del mayor número posible de objetos, los grandes adelantos científicos y todas aquellas palabras que más fácil podrían hacerle el raciocinio; y cifré el más grande empeño en aislar su mente así de los prejuicios de todo género con que ordinariamente somos lanzados en la lucha de la vida como de las preocupaciones que tan fácilmente nos extravían al juzgar los hechos y las cosas.

#### IV

#### NOVUS JUZGA

En esta situación, seguro de que Novus estaba resignado á su suerte y de que no trataría de recobrar su antigua independencia, emprendí con él un largo viaje.

Confieso que tenía yo ansia vivísima de ver la impresión que en aquel cerebro, virgen de toda idea que no fuese lo justo y lo bueno, iban á producir los sucesos que debía presenciar á cada paso.

No tardó en presentarse la ocasión.

Viajábamos por el oriente de Europa. La guerra ardía en aquellas regiones, avivada por el fanatismo musulmán, en perpetua lucha con el fanatismo cristiano. Hicimos alto un día en una pequeña aldea, situada en la falda de una montaña. Desde la alegre ventana de nuestro alojamiento se divisaba un paisaje hermoso, casi fantástico.

Despertónos al día siguiente un nutrido tiroteo. Al abrir la ventana, cuando apenas la luz del alba empezaba á iluminar el horizonte, pudimos distinguir que delante de nosotros, al alcance de nuestra vista iba á librarse una batalla. Cuando la luz se hizo más intensa, ya vimos claramente los cuerpos que caían atravesados por el plomo enemigo. Como á cien varas de distancia, un pequeño grupo de montañeses, vióse rodeado por fuerzas de ejército, perfectamente disciplinadas, y antes de entregarse prefirieron morir acribillados á bayonetazos. Novus, ante aquel cuadro jamás visto ni siquiera so-



ñado por él, contenía el aliento y abría desmesuradamente los ojos.

—¿Qué es esto? me dijo.

—Una batalla.

—¡Una batalla! ¿y qué objeto tiene una batalla?

Quedé perplejo un momento y le dije:

—Imponer la ley del más fuerte, en unos casos; defenderse, si sobreviene un ataque injusto, en otros.

—Pero eso es muy bárbaro. Yo entendía que los hombres se contentaban con ser hombres. Apuntarse con un fusil y matarse, introducirse en el cuerpo un pedazo de metal afilado que acabe con la vida, todo eso sería muy bueno si lo hiciesen las fieras. El fuerte no debe imponer ley alguna al débil: cada uno debe vivir según su ley. El hombre no debe atacar nunca injustamente al hombre.

Y á todo esto la batalla seguía cada vez más encarnizada. Novus dijo entonces:



—Si son los hombres quienes hacen tan horrendas atrocidades, y las hacen conscientemente, entre ser hombre y ser bestia, es más noble y más digno ser bestia.

Al día siguiente, cuando al alejarnos de la aldea se alzaban



á nuestro paso las bandadas de cuervos entregadas al festín que les ofrecían los cadáveres esparcidos en el camino, Novus me decía:

—Esas aves son buenas y son justas. Cumplen una ley de la Naturaleza. Sólo aquí es infame el hombre que por ir en contra de ella, se ofrece á sí mismo de pasto á los cuervos. Ni su corazón ni sus ojos merecen más digna sepultura.

Algún tiempo después, hallándonos en una de las ciudades más populosas de Europa, quise que Novus asistiese á una gran fiesta que daba en su palacio el primer ministro de la nación. Novus quedó deslumbrado. La aristocracia del talento, de la política, de la sangre, de la fortuna, se había dado cita en aquellos suntuosos salones rebosantes de luz, de riqueza y de buen gusto. El banquete estuvo soberbio, el baile animadísimo, las damas, ricamente ataviadas. En el salón de juego, los montones de oro pasaban de una mano á otra con la misma facilidad que si aquellas monedas amarillas no tuviesen valor alguno.

No tardé en notar que Novus se hallaba visiblemente contrariado. Apenas le indiqué si quería que nos retirásemos, me agarró del brazo y me llevó hacia la puerta; y cuando bajábamos la gran escalera de mármol, sin poder contenerse, me dijo con mal reprimido acento de cólera:

—O toda esa gente que ahí queda ha perdido el juicio, ó se ha reunido para representar una gran comedia. Todo eso es estúpido. Cuando recuerdo aquella hermosa libertad de la selva, pienso que estas gentes que se arrastran por los salones son unos viles esclavos de su vanidad, de su ambición, de todas las miserias del espíritu. De cuantos quedan en esta casa, tal vez no haya uno solo que no esté pensando en engañar á los demás.

Demostraba Novus claramente, al expresarse de aquella manera, que no estaba civilizado todavía.

Nuestro alojamiento quedaba cerca y nos dirigimos á él á pie. En el camino, á muy poca distancia del palacio del primer ministro, llamó nuestra atención el llanto de un niño que salía del oscuro rincón de una plazoleta. Al acercarnos



pudimos distinguir, á la débil luz de los faroles, una mujer tendida en el duro suelo, lívida, inmóvil, é inclinada sobre su pecho una criatura como de dos años que lloraba amargamente. Los vestidos de aquella infeliz revelaban la mayor miseria.



Novus lanzó un rugido. Tomó entre las suyas la manos de la mendiga, le tentó la cara y exclamó con júbilo:

—¡No está muerta!

El hambre y el frío la tenían indudablemente aletargada; y mientras Novus se entretenía en incorporarla y envolverla en nuestros abrigo de pieles, yo corrí á la más inmediata estación de policía para que enviasen socorros. Llegaron éstos á tiempo, la pobre mujer volvió á la vida.

Cuando abría los ojos, la soberbia orquesta que inundaba de armonías los salones del primer ministro, empezaba á tocar un vals de Strauss. Novus me miró entonces, y me dijo:

—¿Y esto sucede en el mundo? ¿Tanto despilfarro allí y aquí tanta miseria?

—Esto sucede, le contesté, y sucederá, según afirman los sabios, mientras la humanidad exista.

—Mienten esos sabios, replicó. Me habéis dicho que hay salvajes que se devoran los unos á los otros; pues bien, yo os digo que esos hombres no son tan inhumanos como los que, mientras devoran succulentos manjares y se embriagan con riquísimos vinos y se atavían con perlas y brillantes, permiten que haya quien perezca por falta de un pedazo de pan que llevar á la boca; porque la miseria es hija de la desigualdad,



y la desigualdad es obra de los hombres. Y esto ha de terminar algún día: de lo contrario, la humanidad haría un bien inmenso en extinguirse.

## V

## NOVUS SIGUE JUZGANDO

Proseguimos nuestros viajes.

Un día, yendo por una calle de una apartada ciudad, vimos venir hacia nosotros multitud de gente entonando cánticos y llevando en alto estandartes, riquísimos pebeteros é imágenes de la más monstruosa apariencia. Delante iban una porción de hombres casi desnudos, dando saltos y haciendo contorsiones, mientras que con afilados sables se abrían profundas heridas en el rostro y en el cuerpo.



—¿Qué es esto? me preguntó Novus.

—Una procesión religiosa. Los creyentes de este país piensan que esa es la mejor manera de ponerse bien con su Dios.

—Pues deben ser muy imbéciles, me dijo con esa rudeza que le era tan propia. Si eso buscan ¿qué otros sables ni otros



cánticos necesitan que el ser buenos? Si Dios es todo, si Dios lo abarca todo y todos vivimos en Él, me parecen inútiles esas horribles ceremonias.

—Sí, le repliqué, pero no todos los hombres tienen clara noción de sus deberes morales, y es preciso enseñárselos impresionando su imaginación y su sentimiento.

—¡Sus deberes morales!... ¿y qué tienen que hacer sus deberes con esas deformes figuras que veo pasar en andas, y con llevar banderas de colores y con herirse cruelmente? Decid más bien que estas buenas gentes tienen trastornada la cabeza.

—Lejos de eso, repliqué; cuerdos están y muy cuerdos.

—Pues si ellos están cuerdos, dijo Novus, creed que soy yo quien, á fuerza de ver cosas tan extrañas y tan incomprendibles, acabaré por volverme loco.

Algunos meses después, en una hermosa mañana de Mayo, cuando ya habíamos emprendido el regreso de nuestra larga expedición, llegamos á una pequeña población donde se percibía inusitado y poco visto movimiento. Las gentes se atropellaban y corrían hacia la plaza principal. Allá fuimos también nosotros.

En el centro de la plaza levantábase un tablado sobre el cual se veía un hombre, sujeto con recias ligaduras, que miraba á la muchedumbre con ojos espantados, mientras un sacerdote le dirigía la palabra:

—¿Qué van á hacer con ese hombre? me dijo Novus.

—Una ejecución capital, le van á quitar la vida.

—¡Le van á quitar la vida! ¿quién? ¿y por qué?

—La justicia, porque ha cometido delito.

En esto, el hombre de las ligaduras fué obligado á tenderse sobre una tabla, funcionó un resorte, cayó una cuchilla y la cabeza rodó en un canasto.

Novus, sin poder contenerse, lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Qué horror! dijo. ¡Qué infame atrocidad!

Y agregó un momento después:

—Vos me habéis enseñado que la justicia tiene por objeto



restablecer el imperio del bien, aplicando leyes sabias que den á cada uno lo suyo; pero yo ignoraba que para ello fuese menester quitar la vida á los hombres. Según eso, para aplicar leyes que deben ser imperfectas, pues son humanas, se empieza violando las sagradas é inmutables de la Naturaleza.

—Así lo han establecido los legisladores, le dije, elegidos por el pueblo mismo.

—¡Monstruoso! ¡absurdo! continuó Novus. Matar á un hombre indefenso es una cobardía infame; y si se hace en nombre de la ley, más infame todavía. Vos me habéis dicho que las penas no tienen por objeto tomar venganza del delincuente mortificándole, sino impedir que vuelva á delinquir y corregirle. ¿Por qué no se ha hecho eso con el infeliz que acababan de matar, recluyéndole, haciéndole trabajar, educándole? Seguramente ha delinquido porque esta misma sociedad que le asesina, sobre no enseñarle nada, no ha sabido impedir que se perviertan sus sentimientos. Y si mañana se descubre que es inocente, si tal vez se ha confesado reo de un delito que no ha cometido por salvar al padre, al hijo, al hermano, y los que le juzgaron padecieron error ¿cuándo esa justicia humana podrá lavarse de tan grande afrenta?

Novus estaba irritadísimo. Le aparté de aquel sitio, seguimos nuestro viaje, y durante mucho tiempo no quiso ni pudo hablar de otra cosa que de aquel hombre á quien la ley había cortado la cabeza.

Vimos, días después, unos gendarmes que llevaban preso á un hombre cuyo delito era haber dado muerte á su mujer, á quien creía adúltera.

—Loco debe estar ese hombre, dijo Novus. Cuando se convenció de que su mujer no era buena, debió haberla abandonado y buscar otra mejor.

—Sí, le repliqué, pero la ley no permite semejante cosa. Quien una vez se casa, queda ligado á su cónyuge para siempre. De ahí que la sociedad haya establecido que la mujer deshonra á su marido cuando le es infiel.

—Pues yo digo, me contestó con viveza, que esa ley que



establece el vínculo por toda la vida, es casi tan bárbara como la que ordena dar la muerte á un hombre. Se necesita que vos me digáis que esa ley existe, para que yo lo crea. ¿Y en qué situación queda el marido burlado, á quien su mujer abandona yéndose á vivir con otro?

—Pues queda deshonrado, sin familia, sin hogar é imposibilitado ante la sociedad y la ley para formar otro nuevo.

Novus meditó un momento, y exclamó:

—Si algún día llegáis á decirme que los hombres que tales atrocidades escriben en sus códigos tienen sentido común, dejaré de ser vuestro amigo.

## VI

Novus vió después, lleno de asombro, pasar ante sus ojos un monarca rodeado de fausto deslumbrador, ante quien se prosternaban sus súbditos con tanto fervor como en un templo;



supo de jueces que prevaricaban impunemente; oyó la inspirada palabra de políticos que engañaban vilmente á las muchedumbres...



Y un día, cuando ya habíamos regresado de nuestro viaje, dándome un estrecho abrazo, me dijo:

—¡Adiós, mi excelente amigo! Os debo una gratitud inmensa. Habéis sido bueno y generoso conmigo y no podré olvidaros nunca. Pero si antes amaba la selva, hoy, después de lo que me ha enseñado el mundo, la amo más todavía. A ella me vuelvo, y en ella pasaré la vida mientras no me hagáis saber que esos pueblos que llamáis civilizados, se han redimido al fin de su barbarie.

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, 1891.

---

## CANTARES

---

Siento que en ortografía  
tan poca entendida seas,  
pues yo te amo y tú me *abrasas*  
con *s* en lugar de *z*.

Cuando á tu marido juras  
que es suyo tu corazón,  
¡si vieses, tras de la puerta,  
cómo se ríe el Amor!

Yo no sé, junto al arroyo,  
con tu novio qué pasó,  
que se alejó la corriente  
murmurando de los dos.

Que han de enterrarte con *palma*,  
juraste, y no será extraño  
que te entierren con más de una,  
teniendo dos en las manos.

Que en la tierra ya no hay santos,  
dices, niña, y no es rareza:  
¡qué santos quieres que haya,  
existiendo tú en la tierra!

CASIMIRO PRIETO.





## EL GENIO ESPAÑOL

---

Allí donde los gritos  
 sublimes de la gloria,  
 reclaman de mi canto  
 las moribundas notas;  
 allí mi amor inmenso  
 se vuela y nido toma,  
 como en la dulce playa  
 los besos de las olas.

---

Hoy es de los que gimen  
 ausentes de la patria,  
 la voz que de mi musa  
 exige fiel plegaria;  
 y apenas si mis labios,  
 como expresión del alma,  
 pueden decir: «¡Bendita,  
 bendita seas, oh España!»

---



¡Oh, Virgen amorosa,  
en cuyo casto seno  
para mi raza vive  
lo eternamente bello!  
Permite que invocando  
de tu esplendor los hechos,  
salude en tí las glorias  
más grandes del progreso.

---

Tú fuiste la que un día,  
al eco sacrosanto  
de «¡libertad ó muerte  
para el que viva esclavo!»  
de la dormida Europa  
en los hercúleos brazos,  
pusiste de tus iras  
los indomables rayos.

---

Tú fuiste la que en alas  
del huracán violento,  
que en roncadas tempestades  
agita el mar del pueblo,  
para saciar á Roma,  
le mandas por trofeo,  
en urnas de Numancia  
cenizas de tus huesos.

---

Tú fuiste la leona  
que tras batalla ruda,  
refúgiase bramando  
en un peñón de Asturias;  
para saltar de nuevo  
sobre la grey moruna  
y aniquilar la mancha  
que el Guadalete oculta.

---

Tú el genio que más tarde  
coloca sus pendones,  
de la imperial Granada  
en las gallardas torres,  
para decir al mundo  
que siempre fué de dioses,  
la sangre generosa  
que por tus venas corre.

---



Tú el ángel que interrumpes  
 el sueño de la América,  
 para espaciar del Cristo  
 la perfumada esencia;  
 para legar á un mundo  
 con tu sonora lengua,  
 los tres mejores cantos  
 del sol de tu epopeya.

—

Podrás perder ¡oh, España!  
 tus timbres más legítimos;  
 podrá borrar tu gloria  
 el curso de los siglos;  
 pero respira ¡oh, madre!  
 con noble orgullo digno:  
 la América, la América,  
 te salva del olvido.

—

Y no es tan sólo el hierro  
 terror en las batallas,  
 el que tu genio abona  
 para que vivas alta.  
 También tu noble espíritu  
 brilla con luces claras,  
 y en tí fiel se refleja  
 el mundo de las almas.

—

Tú en honra de Talía  
 enlazas con cariño,  
 á la invención de Lope  
 la sátira de Tirso:  
 y con la gloria eterna  
 de Calderón divino,  
 la lira en que cantaron  
 Herrera y León sus himnos.

—

Tú diste al gran Luis Vives  
 la voz del ser que piensa,  
 y diste al gran Cervantes  
 de Juvenal la histórica  
 sublime carcajada,  
 que sale aguda flecha  
 y tórnase en ariete  
 de un mundo de tinieblas.

—



Vestal que en las ideas  
hallas la pira, tú eres  
en el rodar del mundo  
la sola que no duermes.  
Tú el astro que derrama  
cual lluvia de oro ardiente,  
en la verdad la vida,  
y en el error la muerte.

---

Por eso cuando el sátiro  
nervioso de la envidia,  
arrastra por el suelo  
su lengua viperina;  
y escupe al león que guarda  
las torres de Castilla,  
mis manos, ¡ay! embrazan  
tizona en vez de lira.

---

Y digo: «No merece  
insultos el gran pueblo,  
que supo hacer pedazos  
de Napoleón el cetro.  
Si es noche, como afirman,  
la España de estos tiempos,  
es noche que se cubre  
con manto de luceros.»

---

Aún vive, aún vive España;  
aún puede en el crepúsculo  
de su grandeza honrarse  
con Castelar tribuno:  
rey al que sólo iguala  
en su esplendor augusto,  
el Dante de este siglo  
llamado Víctor Hugo.

---

¡Ofelia de mis sueños!  
Vén dulce y pensativa,  
que ya para tu Hámlet  
la muerte se avecina.  
Adórname de flores...  
mejor si son marchitas,  
y sobre mí derrama  
el sol de tus caricias.



. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Cuando tras largas horas  
 mi vida fin encuentre,  
 y espuma del naufragio  
 mi cuerpo sólo quede;  
 cuando piadosas manos  
 mis tristes ojos cierren,  
 y el beso de mi esposa  
 me vuelva de la muerte:

—

Tan sólo pido al cielo  
 para tender las alas,  
 que dos banderas sean  
 sudario de mis ansias.  
 Roja una y amarilla,  
 otra, la azul y blanca:  
 ésta, la de mis hijos,  
 aquélla, la de España.

J. J. GARCÍA VELLOSO.

—><—><—

## Á VICTORIANO E. MONTES

—

(EN UN EJEMPLAR DE MIS « POESÍAS »)

Perdona si en homenaje  
 á tu elevado talento,  
 en vez de laurel y mirto  
 las mustias flores te ofrezco,  
 que en la tumba de mi alma  
 sus corolas han abierto,  
 con sed de luz y rocío,  
 como esos lirios enfermos  
 que velan, tristes y pálidos,  
 en el hogar de los muertos.

GERVASIO MÉNDEZ.

—\*—





## Sr. D. Victoriano G. Montes

DISTINGUIDO LITERATO URUGUAYO, AUTOR DE LA POPULAR POESÍA  
« EL TAMBOR DE SAN MARTÍN »



## BIBLIOTECAS ESCOLARES

La biblioteca escolar es la cúpula del edificio pedagógico.

Las bibliotecas son torres altísimas, atalayas gigantes, desde las cuales se escruta el pasado, se domina el presente y se explora el porvenir.

Osimandías vive en la memoria de la humanidad, no tanto por sus empresas bélicas, cuanto por haber inscripto en el frontispicio de una biblioteca aquellas palabras sublimes que ha recogido la historia: *Cura las enfermedades del alma*.

Las fuerzas titánicas de la Naturaleza han formado las montañas, la perseverancia del hombre las bibliotecas. Desde la cumbre de aquéllas observan los astrónomos los movimientos y la naturaleza de los cuerpos celestes, y desde éstas estudia la humanidad que piensa la labor inmensa de los siglos.

La biblioteca es la fusión del telescopio y el microscopio, abarca lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

En la biblioteca de una Escuela Normal deben predominar las obras pedagógicas. Sin ellas, la enseñanza sería incompleta, deficiente la preparación técnica de los alumnos maestros, mediocres los resultados apetecidos.

Las obras magistrales ó de consulta ensanchan el círculo de los conocimientos adquiridos en los libros de texto, los que por su misma naturaleza no pueden profundizar ningún asunto.

La biblioteca de una Escuela Normal necesita enriquecer sus estantes con las grandes enciclopedias modernas, con los monumentales diccionarios publicados en los últimos treinta años, con las profundas obras históricas escritas en Francia, Inglaterra y Alemania, con los libros científicos que han elevado á portentosa altura la Biología, la Anatomía comparada, la Fisiología vegetal, la Geología y la Paleontología, la Antropogenia y la Astronomía.



Si, como es innegable, abundan los maestros y profesores mediocres, no es tanto por falta de aptitudes intelectuales, sino porque creen que toda la ciencia está encerrada en los compendios.

Los libros vulgares dañan la inteligencia: en vez de imperlarla hacia las cumbres, la empujan hacia los abismos. El libro bueno es carne y leche para el intelecto: lo nutre, lo fecunda, lo vigoriza, le da fuerzas hercúleas. La biblioteca de una Escuela Normal quedaría mutilada si se proscribiesen de ella las obras literarias que han atravesado triunfalmente los siglos.

Las obras literarias son la almohada mullida en que la humanidad reclina la inteligencia fatigada por los estudios austeros y las meditaciones graves. Ellas no sólo solazan el espíritu, ellas suministran preciosos materiales á la imaginación, afinan la sensibilidad, fortifican el carácter, enfrenan las pasiones aviesas, depositan en el alma gérmenes de sentimientos nobilísimos, fomentan el amor á la patria, el heroísmo, las tendencias altruistas, enriquecen la mente de ideas y el lenguaje de giros nuevos y elegantísimos.

Un maestro de escuela debe conocer las arengas de los oradores eminentes, deben serle familiares los grandes poemas épicos, los cantos excelsos de los poetas líricos, los personajes creados por la fantasía de los novelistas y los autores dramáticos.

Un maestro de escuela que quiera formar virtuosos y heroicos ciudadanos, espíritus enamorados de los bellos ideales, hallará mejores ejemplos, para caldear el alma de sus discípulos, en los libros históricos y literarios, que en los textos de moral, perpetuamente abstractos, perpetuamente glaciales.

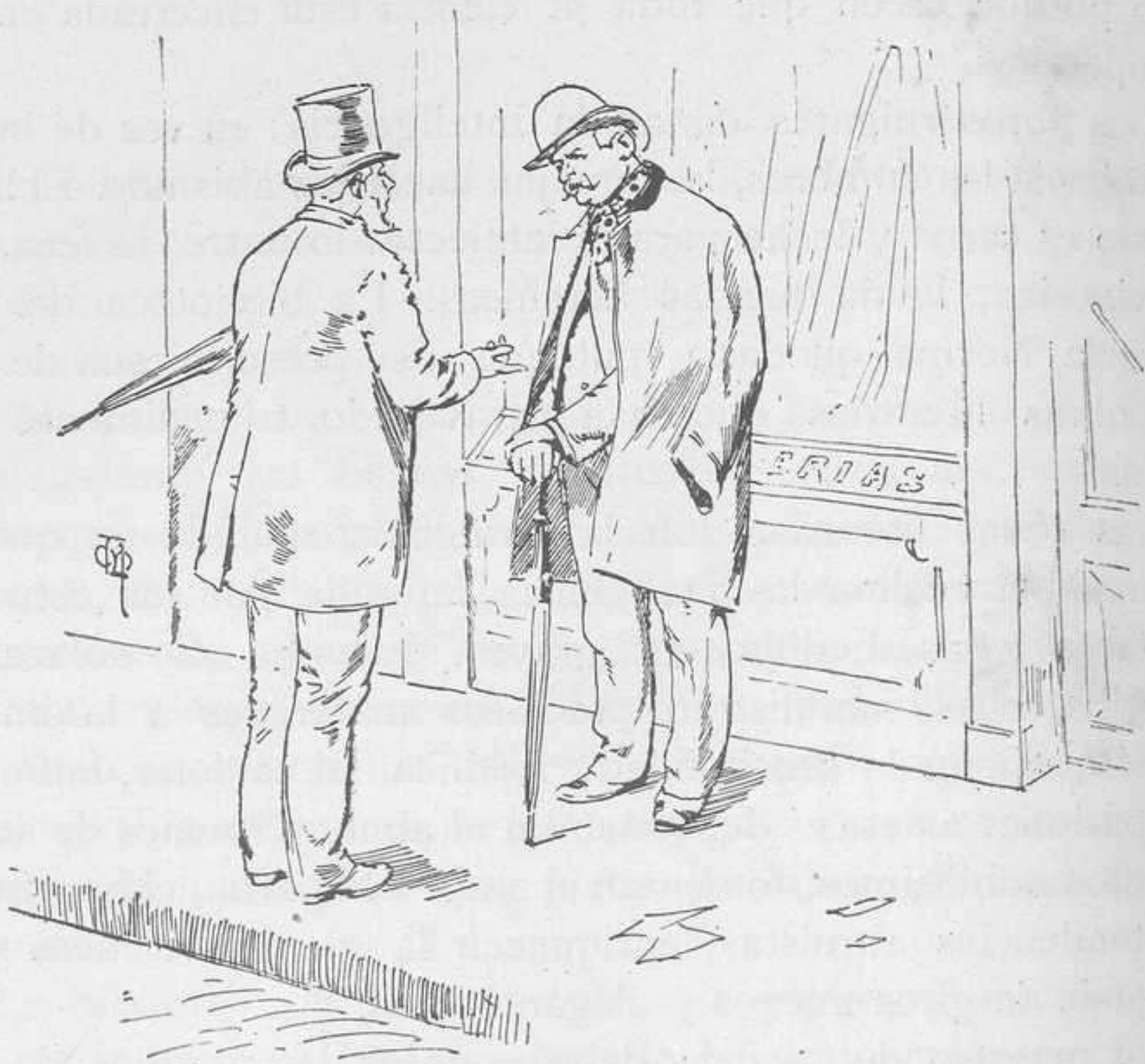
Los maestros de escuela debieran ser literatos y los literatos maestros de escuela. Homero y Pestalozzi, Hesiodo y Fröebel, están más cerca de lo que se cree: se reconocen hermanos y se abrazan amorosamente á través de veinte siglos.

VICTORIANO E. MONTES.

Julio de 1891.



## UN QUEBRADO



—¿Conque quebraste?

—Quebré.

—¿En cuánto?

—En millón y medio.

—¿Y no hay remedio?

—¡Remedio!

sólo del suicidio sé.

Quien deshonorado se ve,  
que á él apele no es extraño.

—Toma estircnina, Avendaño.

—Más bien otra cosa, Espeche;  
acabo de tomar leche  
y eso me puede hacer daño.

M. NUMA CASTELLANOS.

## EPIGRAMA

¿Viejo y todo y le ama Irene,  
que despreció otros partidos  
acceptables? ¿cuánto tiene?





## TORQUEMADA

Sobre cierta cuestión de teología,  
 architrascendental,  
 agitó la discordia cierto día  
 el reino celestial.  
 Iba envuelta á la vez en el asunto  
 la santa Inquisición.  
 Pero no resultó ningún difunto.  
 ¡Rarísima excepción!  
 Cuando quedó la paz asegurada  
 en el alto lugar,  
 quiso oír el Señor á Torquemada  
 y le mandó á buscar.  
 — Decidle, dijo á un ángel, que se preste  
 á venir ante mí.  
 — El encargado del padrón celeste  
 dice que no está aquí.  
 — Pues id al Purgatorio, donde mora,  
 puesto que aquí no está:  
 que le dejen salir por media hora  
 y que se venga acá.  
 — Con almas de allí vengo en este instante,  
 y no está allí, Señor.  
 — ¿Pero dónde se encuentra ese tunante?



¡Maldito inquisidor!  
 — Tal vez en el Infierno, Padre Eterno.  
 — Mira, pudiera ser.  
 — Si queréis que le busque en el Infierno  
 mandadme á Lucifer.  
 — Vé, de mi parte, sí, busca al maldito  
 y dile á Satanás:  
 que le envíe, que yo le necesito;  
 después le volverás.  
 El ángel llega á la infernal morada  
 y cumple como fiel.  
 Oyéndole nombrar á Torquemada  
 se echó á reir Luzbel  
 y calándose altivo la corona,  
 el diablo respondió:  
 — Dí á Dios que no ha existido tal persona;  
 Torquemada era yo!

E. SEGOVIA ROCABERTI.

## PÁGINA SUELTA

Dicen que soy feliz porque en mis labios  
 la luz de la sonrisa no se apaga;  
 dicen que soy dichoso porque nunca  
 en mis párpados vieron una lágrima.

Piensan que no hay dolor cuando se ríe  
 y creen que no hay pesar cuando se canta,  
 y es que del mar la superficie miran  
 y nunca el seno en que la muerte calla!

Como el mar es mi vida, en el semblante  
 la serena expresión de eterna calma,  
 y allá, oculta en el pecho y siempre abierta,  
 la huella del puñal de la desgracia!

Así vivo en el mundo, mis pesares  
 envueltos en celajes de esperanza  
 y el desengaño amargo, revestido  
 de la ilusión con las brillantes galas.

Que es preciso reir cuando otros ríen  
 y es preciso cantar cuando otros cantan,  
 aunque se lleve el corazón tronchado  
 y la muerte en el alma!

EDUARDO B. RUIZ.

Mendoza, 1891.





## LOS MALOS MARIDOS

—Chico, dijo entrando como una exhalación en mi cuarto; es preciso que me salves.

—¿Qué ocurre? exclamé levantándome sobresaltado, al observar la alteración de sus facciones.

—Déjame respirar, contestó, cayendo en una silla; he venido corriendo sin parar más de media hora; pero ante todo cierra la puerta.

—¿Viene persiguiéndote alguien? le pregunté con curiosidad y sorpresa á la vez.

—Sí, contestó jadeante; vienen persiguiéndome y no me llega la camisa al cuerpo... ¿has cerrado bien la puerta? ¡maldita vieja! ¡y pensar que ya era mía!



—¿La vieja?

—¡No! ¡la otra!

—¿La otra vieja? Chico, me parece que deliras. A tí te ha dado algo.

—¿Está bien cerrada la puerta? échale llave.

—Le echo llave.

—Toda precaución es poca... ¡ah! tú no sabes lo que son las mujeres cuando se han propuesto perder al hombre.

—¿Querrás decirme qué diablos te pasa?

—Voy á explicarme... pero échale dos vueltas á la llave; todavía no me creo seguro. Conque escucha. Ya sabes que siempre he tenido una debilidad: las mujeres; me gustan todas; se entiende, siendo bonitas, y no hay consideración que me contenga ni temor que me avasalle, cuando la fortuna pone á mi paso una de ellas y creo posible su conquista.

—Pero... ¿no eres casado?

—¿Y qué?

—Que te debes á tu mujer.

—¡Vaya unas ideas raras las tuyas! Desengáñate: desde que el mundo es mundo, yo no creo que haya existido más que un hombre fiel á su mujer: Adán. Y eso, porque no había otra.

—Estás calumniando á la humanidad.

—Bueno, pues yo no me conformo con una sola. Es muy poca cosa. Cuando veo á las demás, se me van los ojos y el alma tras de ellas. La mía es agraciada, no lo niego; es decir, me pareció agraciada en otra época, cuando la conocí, cuando no era mía; pero, así y todo, no me doy por satisfecho. Además, mi mujer tiene un gravísimo defecto: está enamorada de mí y no me deja vivir con sus malditos celos; quiere que esté eternamente encerrado en la jaula del hogar, piando con ella el duo del amor... ¡Ah! ¡cuándo te digo que soy digno de lástima! ¡Y pensar que hay mujeres que no quieren á sus maridos y les dejan en paz! ¡Pues á mí ni en paz... ni *con Paz!* Ya sabes á qué Paz me refiero, á la niñera.



—Pues no es extraño que tu mujer te cele con esa chica... ¡con aquellos ojos y aquellas carnes! lo extraño es que no respetes tu propio hogar y olvides á tu mujer por seguir á la niñera.

—¡Como me llama *niño!*...

—Veo que eres incorregible.

—No, la incorregible es mi mujer; porque lo que es ahora no se trata de Paz, sino de Semíramis.

—¡Hombre! ¿tiene también celos de la reina de Asiria?...

—No, de una tal Semíramis López, una chica muy mona á quien conocí no hace mucho en un baile de máscaras del club, y que me cree, ó, mejor dicho, que me creía ¡ay! soltero. Figúrate que bailé con ella toda la noche, como estaría bailando todavía, á no habernos advertido, muy respetuosamente, los dependientes del club, que ya se había acabado el baile. Acompañé á Semíramis, después de habernos jurado amor eterno, hasta el *sillón* donde su respetable mamá estaba durmiendo el sueño de los justos y tuve la felicidad de que la buena señora, á quien conseguimos por fin despertar, me permitiese acompañarlas hasta su casa.

—¿Y no temiste que algún conocido te viese?

—¿Quién diablos iba á verme, si ya habían salido del club hasta los músicos? Pues nada, llegamos á casa de Semíramis y después de llamar á la puerta durante media hora larga en que nos turnamos el cochero y yo, abrióse aquélla y apareció en su dintel el papá de la chica, un señor de edad, de aspecto burgués, que está escribiendo, desde la infancia, una historia sobre los pelagos, con que piensa asombrar á no sé qué generación de las venideras, y que sabe mejor lo que sucedía entre los primitivos pobladores de Grecia, que lo que sucede en su casa. Al verme me sonrió con afabilidad, como si nos hubiésemos conocido toda la vida, y sólo al presentarme su señora cayó en la cuenta de que no me había visto nunca.

—Dispense usted, me dijo; creí que era mi sobrino; y añadió con ingenua inmodestia: hay que ser tolerantes con las distracciones de los sabios; por lo demás, se parece usted bastante á Paco, sólo que Paco es un insigne calavera y usted



tiene todo el aire de una persona de bien. Una mirada severa de doña Gertrudis, que así se llama la mamá de Semíramis, y que brilló como un relámpago en sus ojos, hizo comprender al historiador la inconveniencia de tales confianzas de familia, las que no dejaron de causarme alguna alarma, porque, ¡quién sabe si aquel pariente maldito no era algún conocido mío, alguno de mis compañeros de orgía! Además, al oír el nombre de su primo, pasó como una ráfaga de fuego por las blancas mejillas de Semíramis, lo que hizo nacer en mi espíritu una sospecha terrible: ¿amaría *también* á Paco? sus ojos, que al fijarse en mí se habían encendido como dos soles, ¿tendrían iguales destellos para aquel presunto rival? ¡ah, mísero de mí! ¿estaría suspirando por Semíramis en sociedad con otro? No sabía qué pensar. Ni la hora ni el sitio eran á propósito para prolongar aquella escena y fué forzoso despedirme. La joven me sonrió de una manera encantadora, doña Gertrudis me ofreció la casa y el papá me hizo prometer que volvería por la noche.

—¿Y fuiste?

—¡Pues no había de ir! ¡vaya una pregunta! Me exponía á encontrarme con el primo, es verdad, pero, ¿y qué? *audaces fortuna juvat*. Semíramis era demasiado bella para desistir de su conquista por tan pueril temor. A las ocho en punto me hacía anunciar.

—Supongo que te cambiarías el nombre.

—¿Para qué? ¿qué necesidad había, llamándome Juan Fernández? Yo creo que todo el mundo se llama Juan Fernández...

—Continúa.

—Me hicieron pasar á un salón alhajado con bastante lujo y me dejaron solo durante un momento. Por fin oí pasos que se acercaban y no tardó en aparecer ante mis ojos el papá de Semíramis, envuelto en una bata y cubierta la cabeza con un gorro tunecino.—Caballero, dijo tendiéndome afablemente la mano; no sabe usted cuánto le agradezco su visita; es usted muy amable. Contesté al cumplimiento del sabio y pregunté por la salud de doña Gertrudis y de su hermosa hija.—Están



buenas, gracias, contestó; van á salir pronto; están dando la última mano á su *toilette*... ¿Y qué tal? añadió sonriendo; ¿se descansó de la fatiga del baile? Ustedes, los solteros, son terribles para esas cosas; es decir, todos no, porque yo también lo he sido y nunca Terpsícore ha sido objeto de mi culto, no porque me sea del todo antipática esa frívola deidad á quien todas las voluntades se rinden, sino porque no he tenido tiempo. Desde mi más temprana edad, añadió con énfasis, concebí la idea de escribir la historia de los pelasgos, ese pueblo extraordinario de cuya existencia quedan restos todavía que atestiguan su poderío, no sólo en Grecia y en el Asia Menor occidental, sino en Italia y España. En mi libro, yo les sigo paso á paso desde sus más remotos orígenes, desde los tiempos prehistóricos hasta la completa extinción de su raza, y narro sus guerras, sus revoluciones y todos sus hechos más notables, y asisto á la construcción de sus numerosas ciudades, de sus murallas ciclópeas y de sus templos famosos, é ilustro con datos completamente inéditos la invasión helénica, origen de todas sus desdichas, y les acompaño en sus emigraciones á Italia, sin perder de vista á uno solo, llámese Evandro ó llámese Perico de los Palotes.—¿Y tiene usted muy adelantada la obra? le pregunté.—Acabo de empezar, contestó, el capítulo que consagro á la construcción del templo de Samotracia. En fin, agregó sonriendo, le leeré lo que llevo escrito y usted juzgará de su mérito.—¡No, señor! me apresuré á decir, alarmado ante la idea de que se le ocurriera poner inmediatamente en práctica su amenaza; prefiero leerla cuando esté concluída; no sabe usted cuánto me contraría y me desagrada ver interrumpido de pronto el hilo de una narración que me interesa. Conque, ¡nada! dejaremos á los pelasgos, que sigan construyendo el templo de Samotracia... ¡y ojalá no lo puedan concluir por falta de fondos! añadí para mi sayo. Afortunadamente en aquel momento se presentaron doña Gertrudis y Semíramis y me tranquilicé algún tanto, creyendo conjurado por de pronto el peligro que me amenazaba, porque la verdad era que temía más á los pelasgos que al primo. Doña Gertrudis me dirigió una de esas sonrisas que



sólo brillan en los labios de las mamás cuando creen haber encontrado el yerno que buscan, y su hija me tendió la mano con visible emoción y encendida como la grana.— Con su permiso, dijo el historiador, voy á continuar mi interrumpida tarea; con usted no quiero gastar cumplimientos.— ¡Pues no faltaba más! exclamé; ¡nada de cumplimientos! siga usted, siga usted su trabajo.— Ya sabe usted que está en su casa, añadió, deshaciéndose en cortesías. Y se alejó por fin, dejándome solo con Semíramis y la mamá. Ésta me hizo tomar asiento y hablamos de todo un poco: del baile, del calor, de los nervios, ¡qué sé yo! De pronto observé que la buena señora se iba quedando dormida...

— ¡Ya?

— No me interrumpas; observé, digo, que se iba quedando dormida, cosa que si no prescribía la etiqueta, disculpaba el cansancio de la noche anterior, y aproveché aquella circunstancia favorable para exigir de Semíramis una explicación terminante. Adopté un aire trágico, ahuequé la voz y le dije: — Semíramis, ¡yo tengo celos! — ¿Celos de quién? exclamó ella, sorprendida. — ¿De quién? murmuré; ¡de quién ha de ser! de su primo, de Paco, cuyo nombre no puede pronunciarse sin que se turbe usted, sin que enrojezca su tez... ¿qué existe entre usted y su primo? — Nada que me obligue á bajar la frente, contestó con aire que me pareció ofendido; he sido su novia, es verdad, y tal vez le haya querido, no estoy segura; pero lo que sí puedo afirmar es que al deshacerse la boda, me quedé tan tranquila como si se hubiese tratado del asunto más indiferente á mi corazón. — ¿Y por qué se deshizo la boda? insistí yo, con desconfianza. — Papá fué el que se opuso á ella, contestó Semíramis; ¿y sabe usted por qué? porque mi primo se quedó dormido una vez que le leyó un capítulo de su obra, lo que le hirió gravemente en su amor propio de historiador. Papá es así y no puede usted figurarse los disgustos que nos han dado ya los tales pelasgos. A mamá la tienen loca. — Pues yo creo que al que han vuelto loco es á su papá, exclamé; ¿no le han hecho ver ustedes por algún médico? No había acabado de pronunciar estas palabras,



cuando se presentó una visita. Era una señora de edad, que entró con mucho desenfado, como si fuera de la casa. Semíramis se levantó toda confusa y despertó á su mamá, diciendo: — Aquí está tía Rosa. Luego me presentó á tía Rosa, y tía Rosa se quedó mirándome fijamente. — ¡Calle! dijo; yo creo conocer á ese caballero; ¿no está usted casado con la menor de las de Martínez? — No, señora, contesté con un aplomo que alejó toda sospecha del ánimo de doña Gertrudis y de Semíramis; es Pedro, mi hermano; sólo que nos parecemos de una manera extraordinaria; tanto, agregué en son de broma, que cuando estamos juntos, ni nosotros mismos sabemos quién es Juan ni quién es Pedro. Riéronse las señoras de aquel *colmo* y me apresuré á despedirme, para evitar las miradas inquisitoriales de doña Rosa, que no dejaban de causarme alguna intranquilidad, y me fuí á mi casa. Aquella noche soñé que una legión de pelasgos jugaba conmigo al volante.

— ¿Y tardaste mucho tiempo en volver á casa de Semíramis?

— Al día siguiente y volví una, dos, tres... ¡qué sé yo cuántas veces! La chica estaba loca por mí, y me había olvidado ya por completo del primo y de doña Rosa; así que nada turbaba mi dicha.

— Pero... ¿y tu mujer? ¿no sospechaba nada?

— Nada; mi mujer no sospechaba más que de la niñera, con la que seguía dándole celos, para que no espiara mis pasos fuera de casa. Y me iba perfectamente. Seguía viendo á Semíramis todas las noches y mi amor había ganado tanto terreno en su corazón, que estaba á punto ya de clavar su bandera victoriosa sobre la *fortaleza* de su voluntad. El otro día el papá quiso leerme á todo trance un fragmento de su obra; insistí en que no quería saber nada de los pelasgos hasta que no se hubiese extinguido por completo su raza, y esto fué bastante para que el historiador empezara á mirarme con malos ojos. — Su papá, dije esta noche á Semíramis, aprovechando un momento en que nos quedamos solos, me va á poner de patitas en la calle y es necesario que tomemos



una resolución heroica. — ¿Qué quiere usted decir? dijo ella mirándome fijamente. — Que no nos queda más remedio que la fuga, exclamé en un arranque de pasión frenética, no del todo fingida. — ¡La fuga! repitió Semíramis, cubriéndose el rostro con las manos; ¡oh, jamás! — Pues bien, murmuré apoderándome de una de sus manos, que dejó abandonada en las mías; renuncie usted á toda esperanza; su papá será inexorable conmigo y me desterrará de este paraíso, del que saldré con la desesperación en el alma, puesto que saldré de él sin mi blanca Eva. En cambio usted, Semíramis... — ¿En cambio yo?... repitió ella, alzando los hermosos ojos llenos de lágrimas. — En cambio usted se consolará fácilmente de mi partida, porque no me quiere, porque no me ha querido nunca. — ¡Ah! ¡no diga usted eso! exclamó con apasionado acento y con el seno palpitante; ¡que no le quiero!... y hubo en sus ojos azules como una explosión de rayos deslumbradores. — Pues bien, dije yo; dentro de cinco minutos la esperaré á usted en la esquina; si no acude usted, partiré lejos... ¡y no volveré jamás! Y me dirigí resuelto á la puerta, pero antes de llegar á ella, apareció doña Rosa. — ¿Dónde va usted tan aprisa? me dijo con expresión amable. — Dispense usted, señora, contesté; pero un asunto urgente... — Espere usted un momento, replicó asiéndome familiarmente del brazo; voy á presentarle una amiguita que tiene grandes deseos de conocer á usted. — ¿A mí? pregunté con curiosidad. — Sí, señor; aquí la tiene usted, dijo doña Rosa... ¡Y me quedé de piedra!

— ¿Pues quién era la amiga en cuestión?

— ¡Mi mujer!

— ¡Cómo! ¿tu mujer?

— Sí, mi mujer, que con los ojos encendidos como ascuas y la faz descompuesta, quiso abalanzarse sobre mí. Pegué un salto, y eché á correr perseguido no sé por cuántos y no paré hasta aquí... ¡Maldita vieja! la infame no creyó seguramente en aquella semejanza de hermanos... ni siquiera en los hermanos; trató de averiguar la verdad, y una vez que estuvo convencida de mis malas intenciones, se fué á ver á mi mujer,



le contó lo que pasaba y las dos, de común acuerdo, resolvieron darme aquella agradable sorpresa. ¿Comprendes mi desesperación?

— ¡Vaya si la comprendo! ¡ah, desdichado! ¿Cómo te presentas ahora á tu mujer?

— ¡No! ¡no es eso! ¿cómo me presento ahora á Semíramis? ¡imposible!

CASIMIRO PRIETO.





## DOS TENORIOS



—¡No atrevernó con las tales hoy que andan sin sus palomos! convengamos en que somos los dos un par de animales.

—Habla en singular, Pascual, pues al plural no me avengo.

—¿En singular? bien: convengo en que eres un animal.

## EPIGRAMA

—¡Tú con mi mujer! ¡villano!

—¿No estás tú? ¿á qué alborotar?

—¡Es que á mí me dió su mano!

—A mí también... al llegar.





Sr. D. Pedro B. Palacios

DISTINGUIDO POETA ARGENTINO



?

## I

Densa nube de incienso que borra  
del altar las imágenes santas,  
en volutas fugaces asciende,  
se esparce en los aires y se hunde en la nada:  
¿dónde vas, blanca nube de incienso?  
¿Qué regiones del cielo traspasas  
conduciendo en tu ser vaporoso  
temblor de suspiros, fervor de plegarias?

## II

Casto velo de novia que rueda  
en raudales copiosos de gasa,  
sobre curvas de carne marmórea, —  
¡capaz del martirio, capaz de la falta! —  
Blanca gruta de tules ¿qué enigma  
de ventura ó desdichas encarna  
esa estatua de mármol viviente  
que tiembla, que gime, que sueña, que abrasa?

## III

Tierno beso de niña engendrado  
sobre dedos de puntas rosadas,  
que te lanzas al aire — ¡paloma  
que busca en la selva su nido de ramas! —  
¿dónde vas, dónde vas, peregrino  
de no sé qué amorosa cruzada?  
¿Qué pretendes, pasión sin objeto,  
flechazo sin rumbo, caricia con ala?

## IV

Sacudida nerviosa que anuncia  
con profético acierto que espanta, —  
del dolor pitonisa invisible, —  
peligro que viene, traición que amenaza.  
Comoción instantánea que avisa  
del espacio á través la desgracia;  
¿qué potencia inicial te produce,  
qué mano sin brazo, qué voz sin palabra?



## V

Torva idea que surge de pronto  
 del cerebro en las frágiles mallas,  
 y lo colma, y lo absorbe y lo atrofia  
 cual huésped perverso que incendia la casa.  
 Centinela perenne, ¿qué quieres?  
 la razón de tu ser ¿de quién sacas?  
 ¡Si tú misma cegaste la fuente  
 que torvas ideas ó límpidas mana!

## VI

¡Inocente recuerdo de niño  
 que tenaz en la mente se clava,  
 resistiendo las iras del tiempo  
 cuando otras memorias tan trágicas pasan!  
 Remembranza pueril, ¿cómo vives  
 entre aquellas que alegran ó espantan?  
 Pincelazo de luz del pasado,  
 ¿qué mano divina te impuso en las almas?

## VII

Atavismo de raza que llegas  
 en las horas de honor de la raza,  
 á poner la vergüenza en las frentes...  
 ¡Hedor del establo que invade la sala!  
 ¿Por qué surges, crueldad del pasado,  
 cuando todo es estética y gracia?  
 ¡Viejo rostro de mono, riendo  
 detrás de la noble cabeza de Palas!

## VIII

Vocación repentina que tuerce  
 de una vida completa la marcha,  
 que retoca las almas, á guisa  
 de autor indeciso que borra sus dramas.  
 ¡Florescencia invernal de la mente!  
 ¡Ansiedades seniles de fama!  
 ¿Quién os puso en mi pecho, lo mismo  
 que en páramo yerto semilla de palmas?



## IX

¡Intuición del progreso que yace  
 cual simiente de fuego en las almas!  
 ¡Atracción misteriosa, querube  
 que muestra en la sombra laureles de plata!  
 ¡Acícate de acero que azuza  
 la carrera de luz de la fama,  
 y coloca los seres de modo  
 que el sol de la vida les tiñe las caras!

## X

¡Comezón de vivir, de ser siempre,  
 de escalar de una vez la montaña!  
 ¿Quién os puso en la sangre? ¿Qué objeto  
 tendrán los deseos, tendrá la esperanza?  
 Cuando vivan la vida sin muerte  
 perfectas, y eternas, y libres las razas,  
 ¿volverán, otra vez, á la sombra  
 como antes malditas, como antes esclavas?

PEDRO B. PALACIOS.  
 (*Almafuerte*).

Buenos Aires, 1891.

SONETO <sup>1</sup>

Nieve y luz es tu cuerpo, rubia eres  
 como estatua de espigas fabricada,  
 y estás de bellas flores coronada  
 más hermosa que todas las mujeres.

Cuando temblando dices que me quieres,  
 la mejilla de amor congestionada,  
 figura me pareces modelada  
 para el risueño templo de Citeres.

No es como más encantas mi sentido  
 cuando apareces ante mí sumisa  
 y el rostro bajo de rúbor teñido.

Cuando late mi pecho más de prisa  
 es si, lluvia de perlas, da en mi oído  
 el collar desgranado de tu risa,

SALVADOR RUEDA.

<sup>1</sup> De la colección de sonetos *Himno á la carne*, próximo á publicarse.



## DEFINICIONES Y VULGARIDADES

(FRAGMENTOS INÉDITOS DE UN LIBRO QUE NUNCA SE ESCRIBIRÁ)

La Etimología es el microscopio aplicado á las lenguas vivas.

La Filología es el telescopio apuntado á las lenguas muertas.

—  
La Biblia es como un piano.

Se pueden tocar en ella desde los vales lánguidos del Cantor de Sulamita, hasta la marcha fúnebre de David, ese rey de los aburridos.

Se pueden defender con ella desde el nihilismo hasta la Santa Inquisición.

—  
La obra divina es tan superior á la humana que una pata de mosca vista en el microscopio resulta fina y acabada, mientras una hebra de seda aparece como un cable.

Así es de maravillosa y perfecta la función digestiva; pero ¿cuántos hombres habría capaces de llevarla á cabo, si ella fuese obra de la voluntad y no fuerza inconsciente de la sabia materia?

—  
Si Dios no existiera habría que inventarlo, dijo un ateo optimista.

No hay creyente que en un momento de pesimismo no haya pensado que si Dios existiera, habría que suprimirlo.

—  
El buen amigo de los libros, al adquirir uno nuevo, experimenta la misma voluptuosidad que el Gran Sultán al recibir en su harém una nueva esclava.

Y luego, al romperle las hojas, ¡qué suaves deliquios!

—  
No se sabe si realmente Dios creó al hombre á su imagen



y semejanza; pero es seguro que el hombre se ha forjado un Dios hecho á su semejanza y según su imagen.

Júpiter llevaba toga; y yo he visto Cristos con *zaragiuelles* ó *chiripá*.

Los autores son como los melones. Sólo se sabe lo que valen cuando están abiertos y para que se lleven un pedazo hasta los niños si quieren.

Es decir, cuando empiezan á pasarse.

La primera mariposa que se quemó hubo de blasfemar. Mientras chisporroteaba en la llama le dijo á Dios:

— Me diste afición á las flores brillantes sin calcular que un día el hombre habría de inventar el fuego. Para otra nueva Creación que hagas, procura ser más previsor.

Stendhal leía, todas las mañanas, antes de ponerse á escribir, un título del Código Napoleón, para que su estilo fuese claro.

Los legisladores deberían, antes de dar una ley, leer una buena obra literaria. Quizá resultarían, así, sus Códigos menos oscuros.

La ingratitud es la independendencia del corazón.

El que hace muchos favores es una metrópoli que se expone, á cada paso, á quedarse sin colonias.

Lo que más me gusta del Nuevo Continente es el continente.

Esto no quiere decir que lo que más me guste del Viejo, sea el contenido.

El hombre es una continua secreción, desde el pelo que segrega el bulbo raquídeo, hasta el pensamiento segregado por la celulilla cerebral.

¡Si se viera cuántos calvos hay por dentro!



La pintura al óleo es el órgano.  
 La acuarela, la orquesta.  
 El grabado en acero, el violín.  
 El grabado en piedra, cornetines y trompas.  
 La miniatura, el arpa.  
 El agua fuerte, el violoncello.  
 El dibujo, la guitarra ó mandolina.  
 Y el cromo, el piano.

—  
 El patriotismo es la proyección del egoísmo en el espacio.  
 Lo hay de nación, de ciudad, de barrio y hasta de calle.  
 ¿Habrá en la otra vida patriotismo de planeta?

— Papá: ¿qué es el toro?

— El padre del novillo.

— ¿Y el buey?

— Su tío.

En la novela francesa contemporánea, Daudet es el novillo  
 y Zola el toro.

Ohnet es el tío.

—  
 Cada nación tiene la moneda que se merece.

Inglaterra, la esterlina.

Brasil, el mil reis.

Francia, el franco.

Italia, la lira.

España, el real.

Monaco, los 100 francos (que es una *ficha*).

Los Estados Unidos, el dollar de plata.

La Argentina, el peso de papel.

—  
 La política es el arte de los inhábiles y la ciencia de los  
 ignorantes.

—  
 Vivir es quizá dormir, dice Hamlet.

La vida es sueño, le replica Segismundo.

Dormir es vivir, dicen muchos.



Soñar es vivir, exclaman algunos.

Para la inmensa mayoría de los hombres vivir es dormir, soñar... y digerir.

---

Hay quien va á Suiza en busca de grandes panoramas.

Diariamente tenemos el más asombroso sobre nuestras cabezas. Sin embargo, ¡cuán pocos se asoman al balcón de la noche estrellada ó del espacio inacabable!

---

La escultura es á la arquitectura lo que la poesía á la música.

Una estatua brilla desde su pedestal; es decir, por formar parte de un conjunto arquitectónico. La poesía vale por la armonía que encierra.

Por esto no se hablará de Víctor Hugo más que como dibujante regular, cuando todavía se admirará á Wagner, como el primer poeta de este siglo.

---

En los tiempos pasados imperaba el absolutismo de una clase, de una familia ó de un rey; esto en política. En el teatro la tragedia.

El presente político es de los gobiernos mixtos. Predomina en el teatro el drama.

El porvenir es de la democracia y de la comedia.

---

Leverrier descubrió un planeta por las alteraciones que otro astro sufría al pasar por la *vecindad* de aquél.

Caso análogo al que está conversando en la calle y al pasar un transeunte levanta la voz para que éste se entere de lo que él dice.

---

Se dijo que la torre Eiffel era el *clou* de la Exposición de París.

Después ha resultado haber sido un clavo para la República Argentina.

---

En Europa nos afanamos por dar el sufragio universal á los pueblos y la forma de un damero á las ciudades.



En América disfrutamos de entrambos beneficios y todo el mundo suspira por los gobiernos fuertes y las calles diagonales.

—  
La forma de gobierno es la encuadernación de esos grandes libros que se llaman los pueblos.

A algunos de los del Viejo Mundo se les caen las tapas de puro podridas.

En el Nuevo abundan los volúmenes en rústica.

CARLOS MALAGARRIGA.

Buenos Aires, 1.º Julio de 1891.

---

## LAS ESTACIONES

### OTOÑO

Nubes de nácar, de amatista y ópalo;  
campos llenos de sombras y tristezas;  
vinos de perlas de oro y de rubíes,  
que en las brillantes copas centellean;  
cipreses, luto, fúnebres campanas;  
vientos que arrastran lágrimas y quejas;  
el regio coliseo, los laureles  
que alcanzan los dramáticos poetas:  
árboles que parecen esqueletos;  
nidos abandonados, hojas secas.  
¡Oh, estación de las arpas alemanas,  
de las vides, las tumbas y las nieblas!

### INVIERNO

Nubes de plomo de violeta y ámbar;  
aquilones, relámpagos, tormentas;  
montañas coronadas por las nieves;  
aves calladas, tenebrosas selvas;  
pobres desnudos, pálidos y yertos;  
bailes, tertulias, esplendentes fiestas;  
el rumor de la lluvia en los cristales;  
el hogar con sus cuentos y leyendas;  
lechos desabrigados, llanto y frío;  
estufas, pieles, palcos, carretelas.  
¡Oh, invierno, fiel espejo de la vida,  
estación de dolores y tragedias!

MANUEL REINA.



## LA HIJA DE PUTIFAR

A MI EXCELENTE AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR Y ABOGADO ESPAÑOL  
D. RAFAEL CALZADA



### I

#### ISABEL

Alto el seno, el talle leve,  
el pie, de hechizos tesoro;  
el cabello color de oro  
y la tez color de nieve.  
De ojos que aun á las más bellas  
celos, por lo hermosos, dan;  
con atracciones de imán  
y centelleo de estrellas.  
De formas, que son su orgullo,  
llenas de curvas graciosas;  
de aliento que huele á rosas  
y de voz que suena á arrullo.  
Tal es, sin exagerar  
ni un solo rasgo, Isabel,  
la hija del coronel  
don Segundo Putifar.



## II

## PEPE

Tras la verde celosía  
vió á Pepe en cierta ocasión  
y el fuego de la pasión  
la abrasó desde aquel día.  
Era el tal Pepe un buen chico,  
de talentos superiores,  
pero en materia de amores  
el más solemne borrico.  
Lleno de la fe más pura  
y limpio de corazón,  
cediendo á su vocación  
estudiaba para cura.  
Y cual volador venablo,  
temiendo, quizá, caer,  
huía de la mujer  
como quien huye del diablo.

## III

## LA REJA

Iba caviloso un día  
nuestro inocente escolar  
en dirección de su hogar,  
donde dichoso vivía  
en ignorado retiro,  
cuando, de oculta calleja  
al pasar junto á una reja,  
oyó en la reja un suspiro.  
De inquietud dando señales,  
la vista alzó, á su pesar,  
y vió en la reja brillar  
unos ojos celestiales.  
Era Isabel que, en acecho  
del hombre á quien adoraba,  
al verle pasar, trataba  
de herirle, aleve, en el pecho.  
Y cuando, asustado, el chico  
iba ya á echar á correr,  
vió de la reja caer  
á sus pies un abanico.  
Lamentó su mala estrella



y alzó, entre amable y confuso,  
 el abanico y lo puso  
 en las manos de la bella.  
 — ¡Gracias! dijo ésta, gozosa.  
 Y con torpeza fingida  
 dejó caer, desprendida  
 del albo seno, una rosa.  
 De rubor el joven lleno,  
 tomó, temblando, la flor  
 que aun conservaba el calor  
 de aquel nacarado seno,  
 y la presentó á la bella,  
 que, sonriéndole amorosa,  
 dijo, rehusando la rosa:  
 — ¡No!... quédese usted con ella.  
 — ¿Con ella? exclamó el mancebo,  
 con creciente turbación;  
 de tan dulce galardón  
 indigno soy y no debo...  
 — ¡Cruel! dijo ella con donaire;  
 ¿la flor rechaza? ofendida,  
 ¡mire usted cuán encendida  
 se ha puesto con el desaire!  
 Tómela usted sin desvío,  
 porque... ¡vamos! no está bien  
 tratarla con tal desdén...  
 pero ¡mi padre!... ¡Dios mío!  
 ¡huya usted!... mas, por el cielo,  
 mi dulce afán no reproche  
 y vuelva, cuando la noche  
 tienda su estrellado velo,  
 que aquí le aguarda, quejosa,  
 pues hace suya la afrenta,  
 quien quiere exigirle cuenta  
 del agravio de una rosa.

## IV

## LOS SUEÑOS DE PEPE

Y Pepe, á todo correr,  
 se alejó, alegre quizá,  
 aunque más que del papá,  
 huyendo de Lucifer.  
 Llegó á su hogar, intranquilo,  
 y en vano, en sus aficciones,  
 contra impías tentaciones



buscó en él seguro asilo,  
 pues si del amor en alas  
 no acudió á la cita, loco,  
 en cambio durmió muy poco  
 y soñó... ¡cosas muy malas!  
 Turbando su paz dichosa  
 y ardiendo en pasión impía,  
 soñaba que le decía  
 con voz trémula la hermosa:  
 «—No á mis amantes ternezas  
 correspondas con agravios  
 y vén á besar mis labios  
 del color de las cerezas.  
 ¿Acaso, dí, en tus recelos  
 temes caer y te espanta?  
 ¡amor no se arrastra!... ¡canta,  
 como la alondra, en los cielos!  
 ¡Vén y gocemos unidos  
 de un nuevo edén seductor!  
 ¡Vén, que existiendo el amor  
 no hay paraísos perdidos!»

. . . . .  
 —¿Que hechizo que me enajena,  
 dijo Pepe, al despertar,  
 tiene el ardiente mirar  
 de esa engañosa sirena?  
 ¿Por qué mi alma sin mancilla,  
 que hasta hoy voló libremente  
 sin torpes lazos, se siente  
 aprisionada en la arcilla?  
 Huir quiero de esa doncella,  
 y aun lucho conmigo mismo,  
 mas del pecado al abismo  
 me siento ¡ay! rodar con ella,  
 sin que, ante beldad tan rara,  
 me valga ya ni san Pablo...  
 ¡Qué sospecha! ¿será el diablo  
 que se habrá puesto esa cara?  
 En ella de Lucifer  
 algo hay que mi duda abona...  
 si no es el diablo en persona,  
 es, de fijo, su mujer!



## V

## TENTACIÓN

Temiendo nuestro escolar  
ceder, por fin, al encanto  
de un amor, que aun al más santo  
sin duda hiciera pecar,  
quiso, en pos del bien que encierra



la quietud, siempre dichosa,  
poner entre él y la hermosa,  
ya que no el cielo, la tierra.  
—¡Basta ya! ¿á qué vacilar?—  
se dijo—¡no por mi vida!  
voy á tomar en seguida  
pasaje para ultramar.  
Y de carnales antojos  
resuelto á huir, el cuitado,  
salió á la calle embozado  
en la capa hasta los ojos.  
Mas al recordar el talle



de beldad tan hechicera,  
 se iba diciendo:— ¡Dios quiera  
 que no la encuentre en la calle!  
 porque la chica es muy guapa  
 y aunque de ella voy huyendo...—  
 y se interrumpió, sintiendo  
 que le asían de la capa.  
 Volvió la faz, azorada,  
 y vió junto á sí, amorosa,  
 á Isabel, la más hermosa  
 encarnación del pecado.  
 Y aun cuando la hizo la cruz,  
 tan tierna ella le miró,  
 que el infeliz se sintió  
 preso ¡ay! en redes de luz.  
 — ¡Ingrato! dijo la hermosa  
 con dulce expresión de queja;  
 tras los hierros de mi reja  
 te esperé, en vano, afanosa,  
 y tu desdén más me inflama  
 cuanto más hondo me hiere;  
 ¿por qué huyes de quien te quiere  
 y aborreces á quien te ama?  
 ¿O es que, insensible á mi encanto,  
 gozas al ver, pues me humillas,  
 las rosas de mis mejillas  
 escarchadas por el llanto?  
 ¡Ah! ceda al fin tu desvío  
 y si no es tu alma de hielo,  
 á calmar mi dulce anhelo  
 torna á la reja, bien mío,  
 cuando, trémulas y bellas,  
 de la noche en el capuz,  
 se abran cual flores de luz  
 las rutilantes estrellas.

¿Irás?

— Vano es tu porfiar,  
 dijo Pepe, no sin miedo.

— ¡Cruel! ¿por qué?

— Porque no puedo..

¡porque me marchó á ultramar!

— ¡De mí el ingrato se aleja  
 sin ver que de amor me ha herido!  
 ¡ah! ¡cuán presto dió al olvido  
 la plática de la reja!

Mas ya que, de mi beldad  
 esquivo á las seducciones,



la flor de mis ilusiones  
 deshojas tan sin piedad,  
 ¡tiembla que en mi orgullo herida,  
 ya sólo, pérfido, ansío  
 vengarme de tu desvío...  
 mas ¡qué veo!... ¡estoy perdida!  
 ¿No es aquel mi padre? .. ¡Sí!  
 que estaba ausente pensé  
 y si contigo me ve  
 ¿qué será, cielos, de mí?  
 No me abandones... ¡yo muero!  
 —Mas... ¿qué hacer?  
 —¡Huir al instante!  
 ¡ya que me pierde... el *amante*,  
 que me salve el caballero!  
 Y asiendo á Pepe de un brazo,  
 la infiel echó á andar ligera,  
 sin que intentara él siquiera  
 desprenderse de aquel lazo.  
 Poco después, en la lucha  
 casi vencido el doncel  
 entraba con Isabel  
 en una pobre casucha  
 donde, por su mala estrella,  
 y gozando de peor fama,  
 vivía Olga, la vieja ama  
 de nuestra hermosa doncella.

## VI

## SORPRESA

—De esta hecha á su encanto cedo,—  
 pensó Pepe, en su desdoro;—  
 quisiera odiarla y la adoro,  
 quisiera huir y no puedo.  
 —Pues me *salvaste*, dijo ella  
 con simulados enojos,  
 y en tí no encienden mis ojos  
 de la pasión la centella,  
 parte ya sin dilación  
 y huye lejos de mi lado,  
 aunque al partir, despiadado,  
 te lleves mi corazón.  
 —¡Partir! dijo él; ¡desvarío!  
 ¿cómo partir sin sosiego,  
 si ya con lazos de fuego



tu amor ató mi albedrío?  
 —¡Oh gozo! ¿conque me quieres?  
 —¡Venciste! tuya es la palma;  
 ¿quién puede arrancar del alma  
 el dardo con que la hieres?  
 Siendo uno de otro embeleso,  
 miráronse sin agravios  
 y cuando, ardiente, en sus labios  
 palpitaba el primer beso,  
 abrióse de par en par  
 la puerta insegura é infiel  
 y apareció en su dintel  
 el coronel Putifar.



—¡Qué miro! dijo éste fiero;  
 ¿mi buen nombre de este modo  
 salpicáis de infame lodo?

¿y no os maté ya? ¿qué espero?

—¡Padre! murmuró Isabel;  
 mi ruego escucha...

—¡Villanos!

¡vais á morir á mis manos!

—¡Piedad!

—¿Tiemblas?

—¡Sí... ¡por él

—¡Mis nobles canas manchó  
 y he de ser inexorable!



—¡Detente!... si hay un culpable,  
no es él ¡oh padre!... ¡soy yo!

—Mintió tu labio falaz  
y en vano tu amor le escuda;  
¡él fué el raptor! ¿quién lo duda  
si aun turba el crimen su faz?

—Pues se juzga usted ofendido;  
murmuró Pepe, anhelante,  
de las faltas del amante  
responder sabrá el marido.

—¿Tú mi yerno?

—Sí, y su encono  
romper no podrá estos lazos.

—Pues bien... ¡venid á mis brazos,  
hijos míos!... ¡os perdono!

## VII

### LAS CAVILOSIDADES DE PUTIFAR

—Por fin se casó Isabel  
y aun me asedia y mortifica  
la duda: ¿por qué la chica  
inventó aquel padre cruel?  
¡Bien abusó del candor  
del inocente escolar!  
¡Pobre muchacho!... ¡Y pensar  
que si excita mi furor  
y desaira á mi hija bella,  
le dejo á mis pies tendido!...  
menos cruel hubiera sido  
que no casarle con ella.

CASIMIRO PRIETO.





BUENOS AIRES

---

LIBRERÍA, PAPELERÍA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

DE

EL SIGLO ILUSTRADO

DE

RAMON ESPASA Y COMPAÑIA

CERRITO, 170 Y 174

---

Especialidad en publicaciones de lujo y novedades literarias.





GRAN DEPÓSITO  
DE  
**VINOS PUROS**  
DEL  
PRIORATO Y ARAGÓN

Servicio esmerado de los más ricos vinos de las indicadas comarcas. — Completo surtido de vinos de mesa y especiales, lo mismo en las clases usuales que en los rancios más exquisitos de los principales cosecheros.

SE SIRVE Á DOMICILIO